POR SIEMPRE Nosotras



EMMA BENNET

POR SIEMPRE NOSOTRAS

Emma Bennet

© 2026 Emma Bennet

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, sin la autorización expresa de la autora, salvo en los casos previstos por la legislación vigente.

Primera edición: 2026

ISBN: 9798184859064
Sello: Independently published

A mis amigas,

porque sin saberlo inspirasteis esta historia mucho antes de escribirla.
Por nuestras conversaciones eternas, las risas a destiempo, los días difíciles y todos esos momentos que parecían pequeños, pero terminaron convirtiéndose en recuerdos imborrables.

Por ser refugio, caos, hogar y aventura al mismo tiempo. Por escuchar cada idea imposible, acompañarme en el proceso y por formar parte, de una manera u otra, de cada una de estas líneas.

Ojalá cuando leáis esta historia encontréis un pedacito de nosotras entre líneas.

Y a las amistades que sobreviven al tiempo, a la distancia y a las distintas versiones de nosotros mismos. Este libro siempre será vuestro.

PRÓLOGO

La primera vez que subieron a aquella terraza no había nada especial que celebrar. Ni cumpleaños, ni trabajo nuevo, ni siquiera un plan demasiado pensado. Habían quedado porque sí, porque les apetecía, porque todavía estaban en ese punto de la vida en el que todo parecía estar empezando y cualquier excusa era suficiente para arreglarse un poco más de la cuenta, pedir una copa cara y mirar la ciudad como si les perteneciera.

Lía fue la que propuso el sitio. Siempre tenía esa capacidad de encontrar lugares que parecían hechos para quedarse un rato más de lo previsto. Pipa llegó tarde, como siempre, protestando sin motivo real mientras se quitaba las gafas de sol como si acabara de aterrizar de algo importante. Tana ya estaba allí, tranquila, observando, midiendo sin decirlo demasiado.

—No entiendo por qué nos gusta tanto esto —dijo Pipa, mirando alrededor—. Todo el mundo finge un poco.

—Tú la primera —respondió Tana sin mirarla.

Lía sonrió.

—A mí me gusta —dijo—. Aquí parece que todo puede empezar.

Ninguna de las tres respondió a eso, pero tampoco lo negaron. Se quedaron apoyadas en la barandilla, con la ciudad extendiéndose debajo, compartiendo ese silencio que no incomodaba, ese en el que no hace falta llenar nada porque todo está en su sitio, todavía. Porque lo que no sabían entonces era que las cosas no empiezan cuando una decide, sino que empiezan cuando tienen que empezar.

A veces con una conversación sin importancia. Otras, con una mirada que dura un poco más de lo normal, o con alguien que llega sin avisar y se queda más de lo previsto. Pero, casi siempre, en el momento menos oportuno.

Primero fue un mensaje. Luego una coincidencia. Después, una decisión mal tomada. Y, cuando quisieron darse cuenta, ya no estaban en el mismo sitio. Ni entre ellas, ni con ellos, ni consigo mismas. Porque crecer no es avanzar en línea recta. Es equivocarse,

es volver, es elegir y, sobre todo, es entender que hay cosas que no se pueden controlar. Como a quién quieres, cuándo o por qué.

Si alguien les hubiera dicho aquella noche que todo lo que creían tener claro iba a cambiar, probablemente se habrían reído.

Pipa habría hecho un comentario sarcástico. Tana habría dicho que era inevitable. Y Lía habría querido creer que no, que lo importante se mantiene, que las personas no se pierden, que las decisiones correctas son siempre evidentes. Pero no lo son y esa fue la primera lección. Que no todo el mundo llega para quedarse y que, a veces, los que siempre han estado son los únicos que, al final, importan.

Aquella noche no pasó nada y, sin embargo, pasó todo. Porque sin saberlo, sin buscarlo, sin nombrarlo siquiera, acababan de empezar a cambiar sus vidas.



El primer brindis no fue por nada en concreto. O quizá sí. Pero ninguna lo dijo en voz alta. El cristal de las copas chocó con un tintineo suave que se perdió entre el murmullo elegante del rooftop. La ciudad, abajo, parecía otra cosa: menos ruido, más promesas. Como si desde allí todo fuera posible.

Tana fue la primera en bajar la copa. Siempre lo era. Tenía esa forma de moverse segura, precisa, como si cada gesto estuviera ensayado. Años defendiendo a otros en salas donde nadie dudaba en atacarte le habían enseñado a no titubear. Había algo en ella que funcionaba así: rápido, directo, sin titubeos. Incluso en algo tan simple como un brindis. Sus dedos se cerraron alrededor del tallo de la copa con la misma precisión con la que sujetaba un bolígrafo en el juzgado. Su mirada recorrió la terraza con esa atención constante que nunca apagaba del todo. Su vestido brillaba lo justo, lo necesario para que se giraran a mirarla sin que pareciera que lo buscaba.

—No os acostumbréis —dijo, medio en broma—. Este tipo de sitios no entran en mi presupuesto emocional.

Pipa soltó una risa breve, de esas que nacen rápido y desaparecen igual. Apoyó la cadera contra la barandilla, mirando la ciudad como si la conociera mejor que nadie. Tenía la copa a medio camino entre los labios y el aire, como si siempre estuviera a punto de hacer algo… pero sin prisa.

—Habla por ti —respondió—. A mí me pagan por estar en sitios así.

Y no era una forma de hablar, era verdad. Pipa pertenecía a ese mundo sin parecerlo. Sabía exactamente cuándo reír, cuándo mirar, cuándo acercarse. No invadía, no forzaba. Simplemente aparecía en el momento justo. Como si siempre hubiera estado allí. Tenía esa facilidad para caer bien sin esfuerzo, para recordar nombres, caras, detalles mínimos que hacían que cualquiera sintiera que era importante. Relaciones públicas. Pero, en realidad, era mucho más que eso. Era la que abría puertas. La que sabía cuándo hablar… y cuándo callar.

Un par de mesas más allá, alguien levantó la mano para saludarla. Ella respondió con un gesto mínimo, suficiente para que pareciera cercano, pero sin romper la conversación en la que estaba. Eso también lo hacía sin pensar.

Lía no dijo nada al principio. Observaba. Siempre lo hacía. No de forma evidente. No como quien mira buscando algo. Lo suyo era distinto. Era como si procesara todo al mismo tiempo: la disposición de la gente, las distancias, los gestos que pasaban desapercibidos para los demás.

La luz cálida de la terraza se reflejaba en su pelo rubio, dibujando sombras suaves sobre la americana negra que le caía con ese aire despreocupado que, en realidad, estaba medido al milímetro. Se mantenía ligeramente apartada, aunque su brazo seguía rodeando la cintura de Tana. La copa descansaba entre sus dedos con una inclinación leve, casi descuidada. Pero no lo era. Nada en Lía lo era.

Lía veía todo. Las miradas que se cruzaban al otro lado de la terraza, el hombre del traje gris que llevaba diez minutos esperando a alguien que no llegaba, la mujer de rojo que fingía escuchar mientras buscaba a otra persona en la multitud y también las oportunidades.

—Ese de ahí —murmuró, casi sin mover los labios, señalando discretamente con la barbilla—. El del reloj demasiado caro para alguien que no quiere llamar la atención.

Tana giró apenas la cabeza, Pipa ya lo había visto.

—Director de una agencia —dijo Pipa, segura—. Lo sé porque intenté ficharlo hace dos meses.

—Y no pudiste —añadió Tana.

—Aún —corrigió Pipa.

Lía sonrió, apenas.

—No es él quien importa —dijo—. Es con quién está a punto de reunirse.

—¿Con quién? —preguntó Pipa, más interesada de lo que pretendía aparentar.

Lía no respondió de inmediato. Dejó la copa sobre la mesa alta que tenían al lado. Deslizó la mirada un poco más allá, hacia la entrada del rooftop. Ahí estaba la diferencia. Tana defendía. Pipa conectaba. Lía anticipaba. Las tres, juntas, eran otra cosa.

Hubo un pequeño silencio. De esos que no incomodan. Y entonces, como si la escena hubiera estado escrita de antemano, las puertas del ascensor se abrieron. El cambio fue casi imperceptible al principio. Una pausa en la conversación de la mesa más cercana. Un camarero que se giraba ligeramente. Una mujer que dejaba de hablar a mitad de frase. Y después, la entrada. No hizo falta reconocer a la persona al instante. Bastaba con ver cómo reaccionaban los demás.

—Vale… —murmuró Pipa—. Ahora sí.

Tana observó con más atención, ajustando ligeramente la postura.

—Importante —concluyó.

—Muy —añadió Lía.

El hombre del traje gris levantó la vista. Su expresión cambió en cuanto vio a quien acababa de llegar. Se enderezó, dejó la copa a un lado y caminó hacia la entrada y, durante un segundo exacto, antes de moverse, miró en dirección a ellas. No fue casualidad.

—Nos ha visto —dijo Tana, sin apartar la mirada.

—Claro que nos ha visto —respondió Pipa—. Es imposible no hacerlo.

Lía no sonrió, pero algo en su expresión cambió.

—No nos ha mirado por eso.

Tana giró la cabeza hacia ella.

—Entonces, ¿por qué?

Lía sostuvo su mirada un instante.

—Porque sabe que estamos aquí por lo mismo que él.

Pipa soltó una risa suave.

—¿Y eso qué es exactamente?

Lía cogió de nuevo la copa.

—Estar donde pasan las cosas.

El viento se coló entre ellas, moviendo ligeramente sus vestidos, sus camisetas, el bajo de la americana. Traía olor a noche, a verano, a algo que todavía no había terminado de empezar.

Tana alzó la copa otra vez. Esta vez, más despacio.

—Entonces brindemos por eso —dijo.

Pipa chocó su copa con la suya.

—Por llegar antes que nadie.

Lía alzó la suya la última.

—Por saber verlo.

Las tres bebieron. Y, justo en ese momento, la persona que acababa de entrar también miró hacia ellas, sin disimulo. Ninguna apartó la mirada, porque, aunque todavía no lo sabían, ese instante —ese preciso instante— iba a ser el primero de muchos en los que todo empezaría igual. Con una copa en la mano, una mirada que se cruza y la sensación de que algo está a punto de cambiar.

El viento movió ligeramente el pelo de Tana, levantó un mechón suelto de la melena lisa de Pipa y jugó con las ondas doradas de Lía. Tres estilos distintos, tres vidas distintas… pero un mismo punto de encuentro: habían aprendido a moverse en un mundo donde la gente importante lo era todo. Y donde saber quién iba a ser importante… lo era aún más.



Tana siempre había tenido la sensación de que el mundo funcionaba un juicio permanente. Desde pequeña. Observaba, escuchaba, analizaba… y, cuando hablaba, lo hacía con una seguridad que incomodaba incluso a los adultos. No levantaba la voz, no hacía falta. Había algo en su forma de mirar —directa, firme, casi fría— que obligaba a los demás a tomarla en serio.

Se hizo abogada porque no sabía ser otra cosa. No era la típica abogada de despacho gris y horarios previsibles. Tana elegía casos que le removían algo dentro, aunque no siempre supiera explicarlo. Casos complejos, incómodos, de esos que nadie quiere porque implican demasiado. Tenía fama de ganar incluso cuando parecía imposible… pero también de implicarse más de la cuenta. Y eso, en su mundo, no siempre era una virtud.

Vivía deprisa, decidía rápido y, aunque jamás lo admitiría, necesitaba sentir que tenía el control de algo en un entorno donde todo podía cambiar en cuestión de segundos.

Pipa era justo lo contrario, o al menos eso parecía. Si Tana imponía, Pipa envolvía. Tenía esa capacidad casi mágica de hacerte sentir especial en menos de un minuto. Recordaba detalles absurdos —el nombre de tu perro, la ciudad donde creciste, qué habías pedido de beber la última vez— y los utilizaba sin que pareciera calculado, pero lo era. Todo en Pipa estaba medido, aunque pareciera espontáneo.

Relaciones Públicas. Eventos, marcas, contactos, agendas imposibles. Su móvil nunca dejaba de vibrar y, aun así, siempre encontraba el momento para contestar con un "claro, cuenta conmigo" que sonaba sincero. Y lo era… a su manera.

Pipa no mentía. Solo sabía elegir qué versión de sí misma mostrar en cada momento. Era la que hacía que las cosas ocurrieran. La que conectaba mundos que, en teoría, no deberían cruzarse. La que conseguía invitaciones a lugares donde nadie preguntaba demasiado cómo habías llegado.

Lía no necesitaba entrar en una habitación para dominarla. Le bastaba con observarla desde fuera. Publicista, estratega, la mente detrás de campañas que parecían surgir de la nada… pero que estaban pensadas hasta el último detalle. Lía no vendía productos, vendía ideas, y, sobre todo, sabía detectar lo que la gente aún no sabía que quería.

Había algo en ella difícil de definir. No era distante, pero tampoco accesible del todo. Escuchaba más de lo que hablaba. Y cuando hablaba, lo hacía con una claridad que descolocaba. No necesitaba caer bien, le bastaba con ser necesaria. Y lo era. Porque en un mundo de ruido constante, Lía sabía exactamente dónde estaba la atención… y cómo dirigirla.

Lía y Tana habían coincidido años atrás en el colegio. No eran amigas entonces, de hecho, apenas se conocían, pero sí se reconocían. Lía y Pipa, en cambio, llegaron la una a la otra a través de alguien más. Una amiga común, una de esas conexiones que parecen casuales… hasta que dejan de serlo. No estudiaron lo

mismo, de hecho, no había ningún motivo lógico para que las tres hubieran terminado sentadas en la misma mesa aquel día. No fue una clase. No fue una coincidencia cualquiera.

Fue uno de esos espacios compartidos —una actividad, un proyecto, un lugar al que ninguna tenía por qué ir— donde las tres coincidieron. Y esta vez, sí, esta vez se quedaron. Al principio fueron cafés entre clases. Después, comidas improvisadas. Luego, tardes enteras sin mirar el reloj. Y, sin darse cuenta, pasaron de coincidir… a elegirse, a buscarse, a necesitarse. Hasta que un día, simplemente, ya no tenía sentido hacer planes sin las otras.

No se hicieron amigas de golpe. No fue inmediato ni perfecto. Discutían. Mucho. Pipa era demasiado directa. Tana demasiado adaptable. Lía demasiado difícil de leer. Pero había algo que funcionaba: se complementaban de una forma incómodamente perfecta. Cuando una se rompía, las otras dos sostenían. Cuando una dudaba, otra decidía. Cuando una se perdía, siempre había alguien que sabía volver. Y, sin darse cuenta, se convirtieron en eso que no se elige del todo, pero que cuando llega… ya no se suelta. Familia de la que no lleva tu apellido, pero conoce todas tus versiones, las buenas y las que preferirías esconder.



La mañana en Madrid tenía ese tono dorado que solo aparece cuando el día promete calor desde primera hora. La luz entraba limpia por los ventanales altos del despacho de Tana, dibujando líneas rectas sobre la mesa de madera oscura, perfectamente ordenada, casi intocable. No había papeles fuera de sitio. No había nada que no tuviera un propósito. Ella sí.

De pie, con los brazos cruzados, repasaba mentalmente la intervención que tenía en menos de una hora. Llevaba un traje sastre en azul marino, de corte impecable, con la chaqueta ligeramente entallada marcando la cintura y un pantalón recto que caía justo por encima de unos stilettos negros de tacón fino. El pelo, recogido en un moño bajo que dejaba ver la línea limpia de su cuello, transmitía esa imagen de control que todos esperaban de

ella. Pero había algo en su expresión que no encajaba del todo. Una tensión leve en la mandíbula. Un segundo más de lo normal antes de pasar página en el expediente.

—No es complicado —murmuró para sí misma, aunque no lo necesitara—. Solo hay que ordenarlo bien.

Siempre era eso, ordenarlo, como si la vida fuera un caso más.

El teléfono vibró sobre la mesa. Una sola vez. No miró enseguida, sabía quién podía ser a esa hora. Cuando finalmente lo hizo, el nombre le arrancó apenas un gesto. Pipa.

«Café rápido después? Tengo algo que contarte.»

Tana dejó el móvil boca abajo. No contestó. Todavía no.

A varias calles de allí, el ritmo era otro. Pipa caminaba deprisa, pero sin parecerlo. Ese equilibrio tan suyo entre ir con prisa y seguir siendo elegante. Los vaqueros mom fit en azul claro le marcaban la cintura bajo una camiseta blanca de manga corta perfectamente metida por dentro, sencilla pero impecable. Las zapatillas, unas Golden Goose ligeramente desgastadas —ese desgaste que no es casual—, daban ese aire despreocupado que en ella nunca era del todo espontáneo.

El pelo liso, suelto, con ese tono trigueño que cambiaba según la luz, se movía con cada paso. Llevaba las gafas de sol subidas a la cabeza, sujetando algunos mechones, y un bolso cruzado que no dejaba de vibrar con notificaciones. Ni una sola la ignoraba del todo, pero tampoco dejaba que ninguna la absorbiera.

Entró en la cafetería sin mirar el cartel. No hacía falta. Conocía al camarero, conocía la mesa y conocía incluso el momento exacto en el que el café estaría listo sin tener que pedirlo.

—Como siempre —dijo él, sonriendo.

—Como siempre —respondió ella.

Se sentó junto a la ventana. Desde allí podía ver la calle, la gente pasando, los gestos, las prisas, las conversaciones a medias. Apoyó el codo en la mesa y dejó caer la cabeza ligeramente hacia un lado, observando, pensando. No en el trabajo. No del todo.

Sacó el móvil y abrió la conversación. Tana seguía sin contestar. Sonrió levemente.

—Claro que sí —susurró, casi divertida—. Perfecto.

No insistió. Nunca lo hacía.

En otra parte de la ciudad, Lía estaba sentada en una sala de reuniones de cristal, con vistas a un skyline que parecía sacado de una campaña. Y, en cierto modo, lo era. Todo allí lo parecía. Tenía una tablet delante, pero no la miraba, solo escuchaba.

Un hombre hablaba. Otro asentía. Una mujer intervenía de vez en cuando con datos que parecían importantes, pero Lía no estaba en eso. O sí, pero en otro nivel. Llevaba una americana negra oversize que caía con naturalidad sobre unos pantalones baggy vaqueros oscuros, perfectamente combinados con unas Golden Goose de botín con estampado de leopardo que rompían cualquier intento de sobriedad. El pelo, suelto, ligeramente ondulado, caía sobre sus hombros con ese aire de "no lo he pensado demasiado" que, en su caso, era mentira. Siempre lo pensaba todo.

Apoyó la barbilla en la mano, con el codo sobre la mesa, y miró fijamente a quien hablaba. No para escuchar, sino para medir.

—No va a funcionar —dijo de pronto.

El silencio fue inmediato. No alzó la voz, no hizo falta.

—Perdona —respondió uno de ellos—, ¿qué es exactamente lo que no…?

—El enfoque —interrumpió ella, tranquila—. Estáis intentando vender algo que la gente no quiere sentir.

La mujer del fondo frunció el ceño.

—Los datos dicen lo contrario.

Lía negó muy ligeramente.

—Los datos dicen lo que ya ha pasado.

Y entonces se inclinó hacia delante.

—Yo estoy hablando de lo que va a pasar.

Ahí estaba. Ese momento. El que la hacía necesaria. Nadie respondió durante unos segundos. Y en ese silencio, Lía supo que ya había ganado.

El grupo de WhatsApp no tenía nombre, nunca lo había tenido. Solo tres iconos. Tres vidas. Tres versiones distintas de lo mismo.

El mensaje llegó primero de Pipa:

«Tengo algo que contaros.»

Tana tardó unos segundos más en responder:

«Estoy trabajando.»

Y después, como si no hubiera podido evitarlo:

«¿Es bueno o malo?»

Pipa contestó casi al instante:

«Depende de cómo se mire.»

Lía apareció la última.

«Como siempre.»

«Entonces es interesante.»

Hubo un pequeño silencio digital. De esos que no se ven, pero se sienten. Pipa apoyó la espalda en la silla, cruzó las piernas, miró por la ventana.

—Vale —murmuró para sí—. Pues vamos allá.

Escribió:

«Esta noche. 21:30. El sitio de ayer.»

Tana leyó el mensaje con el ceño ligeramente fruncido. Dudó. Un segundo. Dos. Demasiado poco como para cambiar de idea.

«Vale.»

Lía no respondió, pero las dos sabían que estaría. Porque siempre estaban.

En medio del caos, en medio del éxito, en medio de todo lo que parecía bajo control… hasta que dejaba de estarlo. Y aunque sus días fueran distintos, sus ritmos incompatibles y sus vidas cada vez más complejas, había algo que no cambiaba. Siempre volvían. A la misma mesa, a la misma copa, a ese punto exacto donde todo parecía estable… justo antes de dejar de serlo.

A las 21:30 el rooftop tenía ese punto exacto entre elegante y peligroso, cuando la noche ya ha empezado, pero aún no ha decidido en qué se va a convertir, con las luces cálidas reflejándose en las copas, la música lo bastante baja como para permitir conversaciones cercanas y lo bastante alta como para esconder lo que no se quiere oír.

Tana llegó la primera, puntual como siempre, con la misma ropa con la que había salido del trabajo. No le había dado tiempo a ir a casa, pero siempre llevaba unas sandalias planas. Se apoyó en la barandilla con la ciudad extendiéndose bajo sus ojos mientras

soltaba el aire despacio, dejando atrás el día, aunque solo fuera en apariencia.

Pipa apareció pocos minutos después, rompiendo la calma sin necesidad de hacer ruido, con sus jeans mom fit ajustados en la cintura, la camiseta blanca perfectamente metida por dentro, las Golden Goose marcando ese estilo suyo que parecía natural pero no lo era, el pelo liso cayendo sobre los hombros y una expresión que ya traía algo dentro, algo que no iba a tardar en salir. Se acercó directamente a Tana, rodeándole la cintura con un gesto automático, apoyando la cabeza un segundo en su hombro como si ese contacto fuera necesario antes de cualquier otra cosa.

—Vale, tengo que contártelo —dijo sin esperar.

—Falta Lía —respondió Tana, sin apartar del todo la mirada de la ciudad, aunque su cuerpo ya estaba girándose hacia ella.

—Mierda, necesito soltarlo ya —replicó Pipa, con una sonrisa que no era del todo tranquila.

Y como si la escena estuviera medida, Lía apareció justo entonces, caminando sin prisa, con el pelo suelto moviéndose ligeramente con el aire, la mirada fija en ellas dos antes incluso de llegar, como si ya estuviera leyendo la situación.

—Siempre empiezo en el momento interesante —dijo, acercándose.

Pidieron las copas casi sin hablar, porque no hacía falta, porque ya sabían lo que cada una iba a pedir, y cuando las tuvieron en la mano, las tres se colocaron formando ese pequeño círculo suyo, ese espacio que siempre terminaba aislándolas del resto, aunque estuvieran rodeadas de gente.

Pipa dio un sorbo rápido, apoyó la copa sobre la mesa alta y las miró a las dos, primero a Tana, después a Lía, como si estuviera calibrando por dónde empezar, algo poco habitual en ella.

—Ayer no me fui sola —soltó al final.

Tana giró la cabeza con un gesto mínimo, una media sonrisa apareciendo en su rostro.

—Eso no es noticia.

—Ya —respondió Pipa, bajando un segundo la mirada antes de volver a levantarla—, pero esta vez es distinto.

Lía no sonrió, simplemente la observó, inclinando ligeramente la cabeza, como si ese matiz fuera suficiente para activar algo en ella.

—¿Distinto bien o distinto mal?

Pipa soltó una pequeña risa, pero no era la de siempre, había algo más contenido, más consciente.

—No lo sé, y eso es lo raro, porque normalmente lo sé desde el primer momento.

El viento pasó entre ellas, moviendo ligeramente el bajo del vestido de Tana, levantando algunos mechones del pelo de Pipa, rozando la americana de Lía, y durante un segundo ninguna habló, como si ese silencio también formara parte de la conversación.

—¿Quién es? —preguntó Tana, esta vez con más interés.

Pipa se apoyó con las manos en la mesa, inclinándose ligeramente hacia delante, bajando un poco la voz sin necesidad de hacerlo.

—Trabaja en una firma de inversión, vino al evento por uno de los clientes importantes, pero no es eso, no es el tipo de hombre que intenta impresionar, ni siquiera parecía especialmente interesado en estar allí, y aun así… —se detuvo un segundo, frunciendo ligeramente el ceño—, no sé cómo explicarlo.

Lía no apartaba la mirada.

—Explícalo.

Pipa respiró hondo, como si necesitara ordenar algo que no encajaba del todo.

—No me miraba como los demás, no estaba intentando gustarme, ni acercarse, ni buscar conversación, de hecho, fui yo la que se acercó primero, y eso no pasa casi nunca.

Tana arqueó ligeramente una ceja.

—Eso sí que es noticia.

Pipa sonrió, pero esta vez fue más suave.

—Lo sé, pero es que no tenía esa necesidad de gustar, ni de demostrar nada, hablaba conmigo como si ya supiera perfectamente quién era yo… y no le importara demasiado.

Lía se apoyó en la mesa, cruzando ligeramente los brazos.

—¿Y eso te gusta?

Pipa tardó un segundo en responder, miró hacia la ciudad, luego hacia su copa, girándola entre los dedos.

—No lo sé —admitió finalmente—. Pero no puedo dejar de pensar en él.

Y ahí cambió algo. Porque no era solo lo que decía. Era cómo lo decía.

Tana la observó con más atención, dejando a un lado ese gesto seguro que la caracterizaba, y Lía, por primera vez en toda la noche, no tenía una respuesta inmediata.

—¿Volviste a verle hoy? —preguntó esta última.

Pipa negó suavemente.

—No, pero me escribió esta mañana.

Las dos se quedaron en silencio.

—¿Y? —insistió Tana.

Pipa cogió el móvil, lo desbloqueó, dudó un segundo y lo dejó sobre la mesa, girándolo hacia ellas.

—Quiere verme otra vez.

Lía no miró el mensaje. Miró a Pipa.

—Y tú no sabes si quieres.

Pipa alzó la vista, encontrándose con la suya.

—Exacto.

El ruido de la terraza volvió a colarse entre ellas, una risa al fondo, el sonido de otra copa chocando, alguien pasando demasiado cerca, pero en ese pequeño espacio todo se había vuelto más concreto, más definido.

Porque por primera vez en mucho tiempo, no era un contacto más, ni una oportunidad, ni alguien interesante que añadir a su lista. Era algo que no controlaba. Y eso, en sus vidas, nunca era casual.



Antes de que ninguna dijera nada más, algo cambió en el aire. No fue un sonido. No fue un gesto evidente. Fue esa sensación.

Pipa lo notó primero, incluso antes de verlo, como si el cuerpo reaccionara antes que la mente, y al girarse ligeramente hacia la entrada, se quedó quieta un segundo más de lo normal, con la respiración suspendida, la mirada fija en un punto concreto entre la gente que entraba.

Tana siguió su mirada. Lía no necesitó hacerlo enseguida.

—Es él —dijo Pipa, casi en un susurro.

El hombre acababa de entrar en la terraza con una calma que contrastaba con todo lo que le rodeaba, como si el lugar no le impresionara, como si no necesitara adaptarse a él. Alto, con un

traje oscuro sin corbata, la camisa ligeramente abierta en el cuello, las mangas remangadas justo lo suficiente para dejar ver el antebrazo, el reloj discreto, caro, pero sin intención de llamar la atención. No miraba alrededor buscando a alguien, no parecía dudar, simplemente avanzaba, y durante un segundo exacto, levantó la vista y la encontró. A Pipa. No sonrió de inmediato ni hizo ese gesto típico de reconocimiento exagerado, solo la miró y fue suficiente.

—Vale… —murmuró Tana, observándolo con atención—. Entiendo.

Lía lo miró entonces, analizándolo con rapidez, deteniéndose en los detalles, en la forma de caminar, en la postura, en cómo no parecía apresurarse a llegar.

—No tiene prisa —dijo en voz baja.

—No —respondió Pipa, sin apartar la mirada.

El tiempo pareció estirarse lo justo mientras él se acercaba, esquivando mesas, conversaciones, sin perderla de vista, y cuando finalmente llegó hasta ellas, se detuvo a una distancia correcta, ni demasiado cerca, ni demasiado lejos, con esa seguridad que no necesita invadir.

—Hola —dijo, mirándola solo a ella.

Pipa sostuvo la mirada, sin moverse.

—Hola.

Hubo un segundo más, de esos que no sobran. Entonces él desvió la mirada hacia Tana y Lía, con una leve inclinación de cabeza.

—¿Interrumpo?

Tana sonrió apenas.

—Depende de lo interesante que seas.

Él dejó escapar una ligera sonrisa, mínima, contenida. Lía no dijo nada, solo lo observaba, midiendo cada gesto, cada palabra.

—Soy Nico —añadió él, volviendo a mirar a Pipa.

Y en la forma en que lo dijo, sin adornos, sin intención de impresionar, había algo que no encajaba con el resto de los hombres que solían cruzarse en sus vidas.

Pipa sintió cómo algo se descolocaba dentro, algo pequeño, pero suficiente.

—Pipa —respondió.

—Lo sé.

Ahí estaba otra vez. Esa forma de decir las cosas.

El silencio volvió a instalarse, pero no era incómodo, era denso, cargado de algo que todavía no tenía nombre. Tana y Lía intercambiaron una mirada breve, casi imperceptible, de esas que solo existen cuando se conocen demasiado, porque las dos lo vieron al mismo tiempo. Este no era uno más, y aunque ninguna lo dijo en voz alta, ambas pensaron lo mismo. Esto iba a traer algo nuevo para todas y no sabían si estaban preparadas para ello.

—Ellas son Tana y Lía —dijo Pipa, señalándolas con naturalidad.

—Encantado —respondió él, mirándolas brevemente, sin alargar más de lo necesario.

Pidieron otra copa casi sin decidirlo, y durante unos minutos la conversación fluyó de una forma inesperadamente fácil, sin silencios incómodos, sin preguntas forzadas, Nico hablando lo justo, sin invadir, sin intentar impresionar, pero siempre presente, con respuestas precisas, con ese tipo de comentarios que parecían pensados sin parecerlo. No hablaba de trabajo de forma directa, pero se notaba en cómo enfocaba las cosas, en la forma en que analizaba situaciones con una claridad que no necesitaba adornos, y, sin darse cuenta, las tres empezaron a adaptarse a su ritmo, a ese equilibrio extraño entre cercanía y distancia.

Pipa estaba más contenida de lo habitual, escuchando más de lo que hablaba, algo que en ella no era frecuente, y Tana, aunque mantenía su postura firme, había relajado ligeramente los hombros, mientras Lía observaba cada interacción como si estuviera reconstruyendo una imagen completa a partir de pequeños fragmentos.

—Entonces, ¿siempre vienes aquí? —preguntó Pipa en un momento dado, apoyando ligeramente el peso en la mesa.

—No —respondió él—. Solo cuando merece la pena.

—¿Y hoy merece la pena? —intervino Tana.

Nico la miró un segundo, después volvió a Pipa.

—Hoy sí.

No fue una frase especialmente elaborada, pero en la forma en que la dijo, sin énfasis, sin intención de que destacara, tuvo más peso del que parecía.

El tiempo pasó sin que se dieran cuenta, hasta que, en un gesto casi casual, Nico miró hacia una mesa al fondo de la terraza, donde un grupo de tres personas levantaba la mano en su dirección.

—He quedado con ellos —dijo, señalando discretamente—. Pero me alegro de haberos visto.

Se hizo un pequeño silencio. No incómodo. Solo real.

—Igualmente —respondió Pipa, sosteniendo su mirada.

Nico dejó la copa sobre la mesa, se despidió con un gesto breve de cabeza hacia Tana y Lía, y antes de irse, volvió a mirarla una última vez.

—Luego te escribo.

No era una pregunta. Era una afirmación.

Pipa no respondió, pero no hacía falta.

Él se giró y se alejó sin mirar atrás, integrándose en su grupo con la misma naturalidad con la que había llegado, y durante unos segundos las tres se quedaron en silencio, siguiendo su figura hasta que dejó de ser el centro de su atención.

—Vale —dijo Tana finalmente, soltando el aire—. Ahora sí que entiendo.

Pipa no apartaba la mirada del fondo de la terraza.

—¿El qué?

—Que no sea uno más.

Lía apoyó los codos en la mesa, entrelazando los dedos, sin perder de vista la escena.

—No lo es —confirmó.

Pipa bajó la mirada hacia su copa, girándola entre los dedos, con una sonrisa leve que no terminaba de ser tranquila.

El ruido de la terraza volvió a colarse entre ellas, una risa al fondo, el tintinear de otra copa, alguien pasando demasiado cerca, pero en su mesa el ambiente había cambiado, se había vuelto más denso, más consciente.

—Está bueno —añadió Tana, sin rodeos.

Pipa soltó una risa.

—Bastante.

—No, bastante no —corrigió Lía, con una media sonrisa—. Mucho.

—Y el "luego te escribo" —añadió Tana, imitándole ligeramente—. ¿Perdona?

Pipa se llevó la copa a los labios para esconder la sonrisa.

—Calla.

—No, no, espera —insistió Lía, inclinándose un poco hacia ella—. Eso ha sido muy de "sé que voy a volver a aparecer".

—Total —añadió Tana—. Seguridad nivel absurdo.

Pipa bajó la mirada, girando la copa entre los dedos.

—No lo ha dicho mal…

—No, no lo ha dicho mal —repitió Tana—. Lo ha dicho perfecto, y tú lo sabes.

—Y te ha gustado —remató Lía.

Pipa no respondió, pero el gesto fue suficiente.

—Vale —continuó Tana, cruzándose de brazos—. Pregunta importante.

Pipa levantó la vista, ya sabiendo por dónde iba.

—No.

—Sí —insistió Tana—. ¿Qué tal en la cama?

Pipa abrió los ojos un segundo, completamente pillada por la pregunta.

—¡Tana!

Lía soltó una pequeña risa, sin apartar la mirada de ella.

—Contesta.

Pipa negó con la cabeza, mirando hacia otro lado, claramente incómoda por primera vez en toda la noche.

—No voy a… —empezó.

—Eso es un sí —dijo Tana.

—Totalmente un sí —añadió Lía.

Pipa se quedó en silencio un segundo, mordiéndose ligeramente el labio, y acabó soltando el aire.

—Sí.

Las dos la miraron.

—Lo sabía —dijo Tana.

—Se te nota —añadió Lía.

Pipa se pasó una mano por el pelo, intentando recomponerse.

—Vale, ya está, cambio de tema.

—No —respondieron las dos a la vez.

Pero antes de que pudieran seguir, Lía desvió ligeramente la mirada hacia el fondo de la terraza, fijándose en algo que no había pasado desapercibido.

—No está tan centrado en su mesa como parece.

Tana siguió su mirada y entonces lo vieron. Nico estaba hablando con su grupo, apoyado en la silla, escuchando a uno de ellos, pero cada pocos segundos —demasiado regulares para ser casualidad— levantaba la vista y la buscaba. Pipa no se había dado cuenta.

—Vale… —murmuró Tana, volviendo a mirarla—. Esto mejora.

—¿Qué? —preguntó Pipa.

Lía sonrió muy levemente.

—Nada.

Tana negó con la cabeza, divertida.

—No, no. Todo.

Pipa frunció el ceño, confundida.

—¿Qué estáis…?

—Míralo —dijo Lía, muy tranquila.

Pipa dudó un segundo, pero acabó girándose con naturalidad, como si no esperara nada especial, y justo en ese momento, Nico levantó la vista y volvió a mirarla, directo, sin apartar la mirada. Pipa se quedó quieta un instante más de lo normal antes de girarse otra vez hacia ellas, intentando disimular.

—Vale… —murmuró.

Tana sonrió.

—Ya.

Lía apoyó el codo en la mesa, observándola.

—No es solo cosa tuya.

Pipa bajó la mirada hacia su copa, pero la sonrisa ya no podía esconderla del todo.

—Bueno—continuó Tana—. Parece un buen tío.

—Eso es lo peligroso —dijo Lía, desviando la mirada hacia donde estaba él—. Los que parecen buenos suelen ser los que más descolocan.

Pipa volvió a mirarlo, esta vez sin esconderlo, observando cómo hablaba con los otros, cómo escuchaba, cómo sonreía de forma

contenida, cómo no necesitaba ser el centro para estar en el centro.

—No sé —dijo en voz baja—. Pero hay algo.

Y esa frase, tan simple, fue suficiente. Porque las tres lo sabían. Cuando Pipa decía "hay algo", nunca era pequeño y nunca era casual.



La noche anterior no había terminado donde solía. No en una despedida rápida, ni en un "ya hablamos", ni en ese punto exacto donde todo se queda en una promesa ligera que no pesa al día siguiente. Había terminado en su casa, o, mejor dicho, en la de él. El mensaje llegó cuando Pipa ya estaba en el coche, de camino a casa,

con el ruido de la ciudad aún pegado al cuerpo y esa sensación de noche cerrada que suele traer calma. Pero no aquella.

El móvil vibró en su mano. Nico.

«Te dije que luego te escribía. No me apetece que esta noche se quede a medias.»

Pipa miró la pantalla un segundo más de lo normal, con esa media sonrisa que no terminaba de ser tranquila, apoyando la cabeza contra el respaldo mientras el coche avanzaba.

No era una invitación explícita. No hacía falta. Desbloqueó el móvil. Escribió. Borró. Volvió a escribir.

«A mí tampoco.»

Lo envió antes de pensarlo demasiado. Porque si lo pensaba… no iba a hacerlo. El coche siguió avanzando unos metros más.

—Perdona —dijo entonces, inclinándose ligeramente hacia delante —. ¿Podemos cambiar la dirección?

No explicó más. No hacía falta.

Cuando bajó, él ya estaba allí. No parecía llevar tiempo esperando. No miraba el móvil. No daba esa sensación de estar pendiente. Simplemente estaba apoyado ligeramente contra el portal, con las manos en los bolsillos, la camisa abierta lo justo, la mirada fija en ella en cuanto apareció.

No sonrió enseguida. Pipa caminó hacia él sin prisa, acortando la distancia como si ese recorrido fuera parte de algo que ya había empezado antes.

—Pensé que no vendrías —dijo él, sin moverse.

—Tuve mis dudas—respondió ella.

Y en ese cruce, en ese pequeño margen entre lo que decían y lo que realmente significaba, ya estaba todo. No hubo más conversación, no hacía falta. El portal, el ascensor, el sonido leve de la puerta al cerrarse… todo pasó sin detenerse en nada, como si ninguno necesitara ralentizar el momento para entenderlo. Y cuando estuvieron dentro, el silencio cambió. Se volvió más denso. Más claro.

Pipa dejó el bolso sin mirar dónde caía, girándose hacia él con esa decisión que no siempre tenía, pero que esa noche no necesitaba pensar.

—No me mires así —murmuró.

—¿Cómo?

—Como si supieras exactamente lo que va a pasar.

Nico no respondió. No con palabras. Se acercó lo justo y eso fue suficiente. El beso no fue una prueba, fue una continuación, como si hubieran llegado ahí desde el primer momento en el que se miraron, como si todo lo demás hubiera sido solo el camino hasta ese punto.

Pipa lo sujetó por la camisa, acercándolo más, marcando el ritmo sin dudar, sin espacio para medias decisiones, y Nico respondió igual, sin imponerse, pero sin frenar, encontrando el equilibrio exacto entre dejarse llevar… y sostenerlo.

El tiempo dejó de medirse en minutos. Se volvió otra cosa más física, más inmediata.

El beso cambió. No fue más intenso de golpe, fue más lento, más consciente, como si ambos hubieran decidido, sin decirlo, quedarse un poco más en ese punto antes de avanzar.

Pipa no se separó. Al contrario, deslizó las manos por su pecho, despacio, notando la temperatura de su piel a través de la tela, el ritmo de su respiración, ese pequeño desajuste que no terminaba de esconder, aunque su forma de mirarla siguiera siendo calmada, controlada.

—Ya te dije que no me mires así… —murmuró, casi sin aire.

—No puedo evitarlo.

Y en esa respuesta había más intención que en cualquier gesto.

Nico bajó la mirada un segundo, recorriéndola sin prisa, como si no necesitara llegar a ningún sitio concreto, y cuando volvió a besarla, lo hizo más despacio, dejando espacio entre un movimiento y otro, como si quisiera alargar el momento, hacerlo durar.

Pipa respondió igual, adaptándose sin pensar, acercándose más, eliminando cualquier distancia que quedara entre ellos, sintiendo cómo todo se volvía más claro, más directo. Las manos dejaron de buscar, empezaron a quedarse en la cintura, en la espalda, en ese punto exacto donde el contacto deja de ser casual.

El silencio también cambió. Ya no era solo ausencia de palabras, era otra cosa más llena. Pipa dejó escapar una pequeña risa contra

su boca, breve, suave, más por la sensación que por algo concreto, apoyando la frente un instante en la suya antes de volver a mirarlo.

—Esto te gusta demasiado —dijo él, muy bajo.

Pipa sonrió.

—Mucho.

No hubo pausa después de eso. El ritmo se volvió más cercano, más natural, como si ninguno de los dos necesitara marcarlo ya, como si lo hubieran encontrado sin buscarlo, avanzando sin brusquedad, pero sin detenerse. Había algo en la forma en que Nico se movía que no era apresurado, que no necesitaba demostrar nada, y eso, en lugar de frenarla, hizo justo lo contrario.

Pipa dejó de medir, de anticipar y se limitó a seguir. Deslizó las manos hacia su cintura, sin apartar la mirada, deteniéndose un segundo en el borde del pantalón, como si ese gesto marcara un punto de no retorno. No dijo nada. No hacía falta. Desabrochó el cinturón con calma, sin prisas, el sonido leve rompiendo el silencio que se había formado entre ellos, y después el botón, despacio, sosteniendo ese instante un segundo más de lo necesario.

Nico no se movió, solo la miraba, pero su respiración ya no era la misma. Estaba muy excitado, duro. Pipa bajó la mirada entonces, acompañando el gesto de sus manos, agachándose para ayudar a deslizar la tela, sin romper el contacto más de lo necesario, sin apresurarse. Y cuando terminó… no se incorporó. Se quedó ahí.

El espacio entre ellos cambió otra vez. Pipa dejó que sus dedos se movieran apenas, rozando, desplazando ligeramente la tela que aún quedaba, con una lentitud casi calculada, como si no estuviera buscando avanzar, sino prolongar ese punto exacto en el que todo se vuelve más intenso.

Nico dejó escapar el aire de golpe, sin poder evitarlo, un sonido bajo, contenido, pero claro.

—Pipa… —murmuró, más grave esta vez.

Ella no respondió. No hacía falta. Nico apoyó una mano en su pelo, no para dirigir, sino para quedarse ahí, notando cada pequeño movimiento, cada variación en el ritmo, mientras la respiración se le volvía más irregular de lo que estaba dispuesto a admitir.

Había algo en la forma en que se movía, en cómo sostenía ese momento sin apresurarlo, que rompía completamente el equilibrio inicial, desplazándolo hacia otro lugar, uno donde ya no había control claro, solo reacción.

El tiempo dejó de medirse, se volvió más denso, más lento, hasta que él cerró los ojos un segundo, apretando ligeramente la mano contra su cabello, dejando escapar el aire con más peso esta vez y entonces la freno.

—Si sigues no voy a poder…

Pipa se incorporó despacio, sin romper del todo la cercanía, volviendo a su altura con la misma naturalidad con la que había bajado, como si nada de lo que acababa de pasar necesitara explicación.

Lo miró y en esa mirada había algo distinto. Nico sostuvo la suya unos segundos más, sin decir nada.

—Joder… —murmuró al final, casi para sí.

Pipa sonrió levemente y esta vez fue él quien acortó la distancia. La sostuvo un segundo más, como si necesitara fijar ese momento antes de que cambiara otra vez, y entonces fue él quien se movió, acortando la distancia sin aviso, rodeándola con firmeza, alzándola con una facilidad que la descolocó lo justo.

Caminó sin prisa, pero sin detenerse, y en ese trayecto breve, casi suspendido, sus manos siguieron recorriéndola, terminando de deshacer lo poco que quedaba entre ellos, con gestos seguros, sin romper el ritmo que ya habían encontrado. La dejó sobre el sofá con cuidado, sin soltarla del todo, manteniendo el contacto, la cercanía, el peso.

Pipa se acomodó instintivamente, sintiendo la textura bajo la piel, el aire distinto, el cuerpo todavía en tensión, todavía presente en todo lo que acababa de pasar. Nico se detuvo un segundo, solo uno, lo suficiente para mirarla, y en esa pausa había más intensidad que en cualquier gesto anterior. Luego volvió a acercarse. La guió con suavidad, marcando el movimiento sin imponerse, encontrando ese punto en el que ya no hacía falta dirigir nada, donde el cuerpo respondía antes que la mente, donde todo encajaba sin necesidad de buscarlo.

Pipa cerró los ojos un instante, dejándose llevar, sintiendo cómo el contacto cambiaba, cómo la cercanía se volvía más completa, más firme, más difícil de ignorar.

Sus manos buscaron apoyo, aferrándose a él, sosteniendo el momento, el ritmo, la intensidad que iba creciendo sin romperse.

El aire se volvió más corto, más irregular, más compartido.

—Nico… —susurró, apenas.

Él respondió acercándose más, sin perder ese equilibrio entre control y entrega que había marcado desde el principio, sosteniéndola ahí, sin prisa, pero sin dejar espacio para que nada se rompiera. Y en ese punto, en ese instante en el que ya no había nada alrededor, todo dejó de ser pensamiento. Se volvió solo sensación, solo ritmo, solo ellos.

El ritmo cambió sin romperse. Fue un ajuste, apenas un gesto, pero suficiente para transformar el momento en algo distinto, más consciente, menos impulsivo. Nico se detuvo lo justo, apoyando la frente cerca de su espalda, respirando aún irregular, como si necesitara recolocar algo antes de continuar.

—Espera… —murmuró, muy bajo.

Pipa no se apartó. Sintió sus manos en las caderas, firmes pero cuidadosas, guiándola con una seguridad que no imponía, que simplemente marcaba el siguiente movimiento. La ayudó a girarse, despacio, sin prisa, manteniendo el contacto en todo momento, como si no quisiera perder ni un segundo de lo que ya habían construido.

El sofá crujió levemente bajo el cambio y cuando quedaron frente a frente, el espacio entre ellos desapareció de otra forma más directa, más vulnerable. Nico se detuvo un instante, mirándola de verdad, sin recorrer, sin medir, solo sosteniendo la mirada como si ese momento tuviera más peso que todo lo anterior.

—Quiero verte —dijo, casi en un susurro—. Así.

No fue una frase larga, pero lo cambió todo. Pipa no respondió con palabras. Se acercó, apoyando una mano en su pecho, notando el ritmo acelerado bajo la piel, dejando que sus miradas se quedaran ahí, fijas, sin escapar y cuando volvió a moverse, lo hizo sin romper

ese contacto, sin apartar los ojos, como si, por primera vez en toda la noche, no se tratara solo de sentir… sino de quedarse.

El aire se volvió más corto. Más lento. Más intenso. Cada pequeño gesto tenía más peso ahora, cada cambio, cada pausa, porque ya no había distancia donde esconderse, ni distracción posible. Solo ellos y esa mirada que no se rompía.

—Pipa… —murmuró él, apenas.

Ella negó muy levemente, acercándose más.

—No digas nada.

Y entonces se dejaron ir. No de golpe, no como antes. Esta vez fue distinto. El ritmo se sostuvo hasta que dejó de ser controlado, hasta que la respiración se volvió completamente irregular, hasta que el momento dejó de pertenecerles del todo y pasó a ser algo que simplemente… ocurría. Y en ese último instante, cuando ya no había nada que contener, ninguno apartó la mirada. Ni un segundo. Como si eso fuera lo único que realmente importaba.

Cuando todo se detuvo, no hubo palabras. Solo esa pausa suspendida en la que el cuerpo aún no ha terminado de entender que ya no hay más que avanzar.

Se quedaron unos segundos más en el sofá, cerca, sin separarse del todo, con la respiración todavía desordenada y esa sensación difícil de nombrar que aparece cuando algo ha ido un poco más lejos de lo previsto.

Fue Pipa quien se movió primero. No para romper el momento, sino para recolocarlo.

—Vamos a la cama… —murmuró, muy bajo.

Nico asintió apenas. La ayudó a levantarse sin soltarla del todo, guiándola hasta la habitación con una cercanía más tranquila, más pausada, como si el ritmo ya hubiera cambiado.

La cama estaba deshecha. Entraron en ella sin pensar demasiado, dejándose caer entre las sábanas aún frías, buscando una postura cómoda sin necesidad de hablar, sin necesidad de explicarse nada. Pipa se acomodó de lado, dándole la espalda, pero sin marcar distancia real, dejando que su cuerpo quedara cerca del suyo, lo justo. Nico se acercó después, encajando ahí, sin invadir, sin preguntar. Y así, sin más, el silencio volvió a ser suficiente.

La luz entró demasiado pronto. Siempre lo hacía, pero aquella mañana se coló entre las cortinas con una claridad que no dejaba espacio para ignorarla del todo. Pipa abrió un ojo. Solo uno. Lo justo para ver la silueta de Nico moviéndose por la habitación, ya vestido a medias, ajustándose la camiseta con movimientos tranquilos, como si todo estuviera bajo control desde hacía rato.

—¿A dónde vas…? —murmuró, la voz aún tomada por el sueño.

Nico giró la cabeza hacia ella, apoyándose un segundo en el respaldo de la silla.

—A correr —respondió—. Necesito empezar el domingo entrenando.

Pipa frunció levemente el ceño, sin incorporarse, medio escondida entre las sábanas.

—¿A estas horas?

Él sonrió muy ligeramente.

—Es la mejor hora.

Se acercó a la cama, inclinándose lo justo para apartarle un mechón de pelo de la cara, con un gesto mucho más suave de lo que había sido la noche.

—Quédate —añadió—. Cuando vuelva te traigo desayuno.

No sonó a obligación, ni a promesa pesada, solo… a algo fácil. Pipa lo miró un segundo más, sin responder enseguida, como si estuviera decidiendo algo que no tenía del todo claro. Al final, asintió apenas.

—Vale.

Nico cogió las llaves, las zapatillas, y salió sin hacer ruido.

La puerta se cerró con un clic suave y entonces sí, silencio. Pipa volvió a cerrar los ojos, pero ya no era lo mismo. No era sueño del todo. Era ese estado intermedio en el que el cuerpo descansa, pero la mente empieza a moverse, lenta, sin orden claro, recogiendo fragmentos de lo que había pasado. La noche. La forma en que todo había encajado. Lo poco que había dudado. Y, sobre todo… lo fácil que había sido quedarse.

Se giró sobre la cama, mirando el lado vacío, aún marcado. Suspiró.

—Vale… —murmuró para sí.

Pero no había un "vale" claro. No del todo. Se quedó unos minutos más, sin mirar el reloj, sin decidir nada, dejando que el tiempo pasara sin empujar. Hasta que lo hizo. Se incorporó de golpe, como si necesitara romper ese estado antes de que se alargara demasiado. No iba a quedarse. No era lo que hacía.

Se levantó, recogiendo su ropa del suelo, moviéndose por la habitación con rapidez, sin detenerse en nada más de lo necesario. La ducha fue corta, práctica, sin recrearse. El agua le ayudó a despejar, a recolocar lo suficiente como para volver a su sitio, al de siempre.

Cuando salió, ya estaba vestida, el pelo aún ligeramente húmedo, el gesto más compuesto, más reconocible. Miró la habitación una última vez. La cama deshecha, la luz entrando sin permiso y el rastro de algo que no encajaba del todo en sus esquemas.

Se acercó a la cocina, buscó un papel y un bolígrafo. Dudó un segundo, solo uno y escribió:

«Ha estado muy bien. Pipa»

Nada más. Lo dejó sobre la encimera, en un lugar visible, sin esconderlo, sin darle más peso del necesario. Como si fuera una despedida ligera, como si no hubiera nada más detrás. Cogió el bolso. Las llaves no, no las necesitaba, y salió. Cerrando la puerta con cuidado, sin hacer ruido.



La noche anterior no se le había ido del cuerpo. No del todo. No era solo el recuerdo —que también—, no era solo el contacto, ni la forma en que todo había encajado con una naturalidad que no le gustaba reconocer… era algo más difícil de colocar, más incómodo. Más presente.

Pipa caminaba por la calle con las gafas de sol puestas, aunque el día no lo necesitara tanto, el bolso cruzado, el móvil en la mano sin usarlo, como si ese gesto fuera suficiente para mantener el control de algo que, en realidad, ya no dependía del todo de ella.

Había dormido poco. No porque no pudiera. Porque no había querido. Porque, cuando se quedó sola en la cama, con el silencio ya sin excusas y la sensación todavía pegada al cuerpo, algo se le desordenó por dentro. No fue un pensamiento claro, ni algo que pudiera nombrar, sino más bien una incomodidad sutil, una certeza que llegó sin avisar: aquello le importaba más de lo que estaba dispuesta a asumir. Y eso fue suficiente. Lo justo para abrir los ojos del todo… y no volver a cerrarlos. Porque en cuanto cerraba los ojos, volvía a ese momento exacto en el que todo había dejado de ser

ligero, en el que ya no era solo una noche más, ni una decisión impulsiva, ni alguien interesante que añadir a su lista. Era él. Nico. Y eso… no entraba en su forma de moverse.

Giró en la esquina de siempre, entrando en la cafetería sin mirar, con ese gesto automático de quien conoce el espacio mejor que su propia casa, saludando con una sonrisa breve, suficiente, sin detenerse, sin perder el ritmo.

—Como siempre —dijo el camarero.

—Como siempre —respondió ella.

Se sentó junto a la ventana, apoyando el codo en la mesa, dejando que la luz le diera de lado, mientras sacaba el móvil sin prisa, desbloqueándolo con un gesto casi mecánico. Abrió la conversación con las chicas y escribió:

«¿Qué tal terminó la noche?»

Pipa dejó escapar una pequeña sonrisa al recordar cómo había terminado la suya, breve, casi involuntaria, girando el móvil entre los dedos como si eso le ayudara a mantener cierta distancia. No la mantenía. Bajó un poco más. El nombre. Nico. Todavía no había escrito. Eso implicaba que todavía no había vuelto a casa. O eso quería pensar.

Apoyó la espalda en la silla, cruzando las piernas lentamente, mirando por la ventana sin ver realmente la calle, solo dejando que el pensamiento se asentara sin ordenarlo demasiado. Porque podía escribirle, era fácil, siempre lo había sido. Un mensaje rápido, ligero, sin peso ni implicación. Algo que mantuviera el contacto sin cambiar nada. Lo había hecho mil veces, pero esta vez no era igual, porque no sabía qué versión de sí misma iba a usar. La de siempre… o la otra. La que no controlaba del todo.

El café llegó. Dio un sorbo sin pensar, demasiado caliente, demasiado temprano para que le importara. Volvió a mirar la pantalla y abrió la conversación. Escribió.

«¿Qué tal tu entreno?»

Se quedó mirándolo un segundo. Demasiado neutro. Demasiado fácil. Borró

Volvió a escribir.

«Lo de ayer…»

Se detuvo. No. Demasiado evidente. Borró otra vez.

Apoyó el móvil sobre la mesa, boca abajo, como si así pudiera silenciar algo que no tenía que ver con las notificaciones.

—No —murmuró, muy bajo.

No iba a hacerlo. No así. Porque Pipa no tenía problema en empezar algo, el problema siempre había sido cuando algo empezaba a importar de verdad. Apoyó la barbilla en la mano, mirando a la gente pasar por la calle, observando sin implicarse, como tantas otras veces, pero esta vez sin encontrar ese punto cómodo en el que todo se vuelve fácil. Porque no lo era. Porque por primera vez en mucho tiempo, no estaba pensando en cómo avanzar… sino en si debía hacerlo.

El móvil vibró una sola vez. El gesto fue automático. Lo cogió sin pensar. Pantalla encendida. Un mensaje. Nico. Se quedó completamente quieta. No abrió el chat enseguida. No por estrategia, sino por algo más cercano al vértigo. Respiró hondo una vez y lo abrió.

«Pensé que no tenías prisa. Traje desayuno para uno. Mi intención era desayunarte a ti.»

Pipa dejó escapar el aire sin darse cuenta, una sonrisa leve apareciendo sin permiso, sin control, apoyando la espalda contra la silla mientras releía la frase una segunda vez. No era lo que decía, sino cómo lo decía, la seguridad con la que lo decía. Como si no dudara. Como si no necesitara medir. Y eso… no le facilitaba las cosas.

Apoyó el codo en la mesa, llevándose los dedos a los labios, pensando. Lo releyó. Escribió. Borró. Volvió a escribir.

«Pues esta vez vas a quedarte con hambre, aunque siempre puedes comerte el desayuno…»

Lo leyó un segundo. Sonrió. Lo envió.

Dejó el móvil sobre la mesa, esta vez sin darle la vuelta, mirándolo de reojo, como si esperara algo sin querer admitirlo del todo. Y ahí, en ese gesto mínimo, en esa espera que no era propia de ella, lo entendió. No era él, era lo que él provocaba. Ese pequeño desplazamiento, esa falta de control, ese momento en el que ya no sabía exactamente qué papel estaba jugando. Y por primera vez en

mucho tiempo, no estaba segura de querer recuperarlo, pero tampoco lo estaba de perderlo.

Dio otro sorbo al café, más despacio esta vez, dejando que el calor le bajara por el cuerpo, mientras la ciudad seguía moviéndose al otro lado del cristal, ajena a todo.

Pipa apoyó la espalda en la silla, cruzó las piernas con calma, y sonrió muy levemente.

—Vale… —murmuró para sí.

Esto sí que era nuevo. Y eso… sí le apetecía verlo hasta el final.



La mañana de Lía no empezaba con prisas, empezaba con orden, que no era lo mismo. El despertador sonaba siempre a la misma hora, aunque casi nunca llegara a hacerlo porque ella ya estaba despierta unos minutos antes, con los ojos abiertos, mirando al techo, repasando mentalmente el día como si fuera una secuencia que necesitara encajar antes de ponerse en marcha.

El piso, amplio, luminoso, en una zona donde el ruido de la ciudad llegaba amortiguado, tenía ese tipo de estética limpia que no era

casual. Tonos neutros, líneas rectas, pocos objetos, pero todos elegidos, como si cada cosa tuviera que justificar su presencia.

Se levantó sin prisa, caminó descalza sobre el suelo frío, recogiendo el pelo en un gesto automático mientras se dirigía a la cocina, donde la cafetera ya estaba programada, porque le molestaban los imprevistos incluso en lo más pequeño. Se sirvió el café en una taza blanca sin dibujo, apoyándose ligeramente en la encimera mientras daba el primer sorbo, cerrando los ojos apenas un segundo, no por placer, sino por concentración, como si ese instante marcara el inicio real del día.

El móvil vibró sobre la mesa. No lo cogió. Todavía no. Primero el café, después todo lo demás. Cuando finalmente lo hizo, desbloqueó la pantalla con calma, revisando notificaciones sin detenerse demasiado en ninguna, correos, mensajes del trabajo, el grupo con Tana y Pipa, al que le dedicó una mirada algo más larga, aunque no respondió. Deslizó el dedo, cerró, avanzó. Siempre hacia delante.

En el espejo del baño, mientras se preparaba, no se miraba para gustarse, se miraba para comprobar, para encajar cada pieza donde debía estar. El pelo suelto con ondas suaves, la piel luminosa sin exceso, el maquillaje limpio, preciso, y después el momento de elegir, que en su caso nunca era al azar. Abrió el armario con calma, repasando con la mirada prendas que no eran muchas, pero sí muy pensadas, tonos neutros combinados con piezas más marcadas, tejidos que caían bien, cortes actuales sin ser forzados.

Ese día eligió un pantalón de traje en gris claro, de tiro alto y caída recta, que alargaba la figura, combinado con un top satinado en tono marfil que aportaba luz sin llamar demasiado la atención, y encima, una gabardina ligera en beige, abierta, dejando que el conjunto respirara. En los pies, unas bailarinas negras de punta fina, elegantes, discretas, pero perfectamente alineadas con el resto, y en la muñeca, un reloj minimalista que cerraba el conjunto sin necesidad de más.

Nada en Lía era excesivo, pero todo estaba pensado.

Había días de vestidos midi que se ajustaban justo lo necesario. Otros de vaqueros bien cortados con camisas impecables. Días de pantalón ancho y zapatillas bien elegidas. Días de botas, de

sandalias, de tacones bajos… Siempre en equilibrio, siempre dentro de una estética que no fallaba, porque no seguía la moda sin más, la entendía y la hacía suya.

Salió de casa con esa sensación de control que la acompañaba siempre, como una segunda piel, y bajó a la calle sin mirar atrás, sin pensar demasiado, porque ya lo había hecho antes. El coche la esperaba. El trayecto era siempre el mismo, las calles, los semáforos, los tiempos… todo medido, todo previsto.

En la oficina, el ambiente cambiaba. El ruido era distinto, más contenido, más estratégico, y Lía se movía en él como si fuera suyo, saludando lo justo, sin detenerse, sin perder tiempo en conversaciones que no aportaban nada, entrando directamente en la sala donde ya la esperaban.

—Tenemos que cerrar esto hoy —dijo alguien nada más verla.

Lía dejó el bolso sobre la mesa, sin sentarse todavía.

—No —respondió, tranquila—. Tenemos que hacerlo bien.

No alzó la voz. No hizo falta. Se sentó entonces, cruzando ligeramente las piernas, apoyando los codos en la mesa mientras escuchaba, sin interrumpir, dejando que los demás hablaran, se explicaran, se contradijeran incluso, porque sabía que la información real siempre estaba en esos matices, en lo que no encajaba del todo.

Cuando habló, lo hizo despacio.

—La campaña no tiene que gustar —continuó—. Tiene que quedarse.

Nadie respondió. No hacía falta. La reunión terminó poco después, no porque se hubiera cerrado todo, sino porque ya estaba claro hacia dónde ir, y Lía salió de la sala con la misma calma con la que había entrado, sin prisa, sin revisar el móvil de inmediato, sin mostrar ningún tipo de urgencia. Pero la había. Siempre la había.

En su mesa, el ordenador ya estaba encendido, los documentos abiertos, las ideas ordenadas, y durante horas trabajó sin interrupciones, concentrada, precisa, como si el tiempo no pasara igual para ella, como si pudiera manejarlo a su ritmo. Hasta que el móvil volvió a vibrar. Esta vez sí lo miró. Había un mensaje. Número desconocido. Lo abrió.

«No sé si te gustan esos sitios tanto como aparentas.”

Lía frunció ligeramente el ceño, sin entender del todo, repasando mentalmente el día anterior, la noche, las caras, los gestos.

«Pero ayer parecía que estabas observando más que disfrutando.»

Se quedó quieta un segundo. Algo dentro se movió. Muy poco, pero suficiente.

«Y eso suele ser más interesante.»

No había nombre, ni había explicación, solo ese mensaje.

Lía dejó el móvil sobre la mesa, apoyando la espalda en la silla, cruzando los brazos lentamente, mirando al frente sin ver realmente lo que tenía delante. No sonrió, pero tampoco volvió al trabajo de inmediato, porque había algo en ese mensaje que no encajaba. No era lo que decía, era cómo lo decía y sobre todo, era el hecho de que alguien hubiera visto algo que ella no mostraba o que creía no mostrar.

Cogió el móvil otra vez, releyó el mensaje, buscando algo más, un detalle, una pista, algo que pudiera ordenar. No la encontró y eso no le gustó nada, porque Lía estaba acostumbrada a entender, a anticipar, a tener el control. Y por primera vez en mucho tiempo, alguien había entrado en su espacio sin avisar, sin pedir permiso, sin que ella lo viera venir. Y eso… no estaba previsto.

Lía volvió a coger el móvil sin darse cuenta de que lo hacía, como si ese gesto no dependiera del todo de ella, como si algo hubiera quedado abierto y necesitara cerrarlo antes de poder seguir. Releyó el mensaje despacio, fijándose en cada palabra, no en lo que decía, sino en cómo estaba escrito, en ese tono que no buscaba impresionar, que no necesitaba hacerlo y entonces ocurrió. No fue inmediato, no fue evidente, pero algo encajó. Una forma de escribir, una manera de observar, ese tipo de comentario que no todo el mundo habría hecho. Se quedó quieta. Completamente.

El nombre no apareció en la pantalla, pero sí en su cabeza.

—No puede ser… —murmuró, casi sin voz.

Se apoyó en el respaldo de la silla, mirando al frente sin ver realmente la oficina, mientras los recuerdos no llegaban de golpe, sino a fragmentos, como si alguien los estuviera empujando desde el

fondo, imágenes sueltas, risas, conversaciones largas, miradas que en su momento no había sabido interpretar del todo. Él. No había borrado su número. Claro que no. Él no hacía ese tipo de cosas. Todavía lo tendría agendado, o quizás lo sabía de memoria.

Lía apretó ligeramente el móvil entre los dedos, notando cómo algo dentro de ella se tensaba, no incómodo, pero sí inesperado, porque no era solo que fuera él, era todo lo que venía con él.

Hacía años, demasiados, antes de que todo fuera tan… claro. Antes de que ella supiera exactamente cómo moverse, cómo hablar, cómo mirar, cómo no implicarse más de lo necesario. Antes de que aprendiera a controlar.

Él había estado ahí en una versión suya que ya casi no reconocía del todo, en una Lía más ligera, más espontánea, menos calculada, alguien que no analizaba cada gesto antes de hacerlo, que no medía tanto las consecuencias. Y luego se fue de una forma tan natural que en su momento no pareció definitiva. Estudiar fuera, una oportunidad, algo temporal. Pero el tiempo pasó, y las conversaciones dejaron de ser diarias, luego semanales, luego… nada. Hasta desaparecer.

Lía volvió a mirar la pantalla. Número desconocido, pero ya no lo era. Desbloqueó el móvil otra vez, dudando un segundo antes de escribir, algo que no le ocurría casi nunca. Los dedos suspendidos sobre la pantalla, como si cualquier palabra pudiera romper algo que aún no entendía. Al final escribió:

«¿Quién eres?»

Lo envió. Y en cuanto lo hizo, supo que no había sido su mejor jugada. Demasiado neutro, demasiado frío, demasiado ella.

El móvil vibró casi al instante. No tuvo que abrirlo para saberlo. Aun así, lo hizo.

«Pensé que tardarías menos.»

El corazón le dio un golpe seco, breve, pero suficiente. Y entonces, sin necesidad de más, lo confirmó.

«Sigues observando demasiado.»

Lía cerró los ojos un segundo. Ahí estaba, esa forma de decir las cosas, esa forma de verla.

—Joder… —susurró, muy bajo.

No sonrió, pero algo se movió. Algo que no tenía que ver con el presente. No recordaba exactamente cuándo había empezado a fijarse en él de esa manera, si había sido poco a poco o si siempre había estado ahí, en segundo plano, esperando a ser entendido. Sí recordaba cómo era. No en detalle. En sensación. Alto, muy alto, de esos cuerpos que no pasan desapercibidos, no solo por la altura, sino por la forma en que ocupan el espacio. Hombros anchos, brazos marcados sin resultar excesivos, ese equilibrio entre fuerza y naturalidad que no parece trabajado, pero lo está. Caminaba con seguridad, pero sin imponerse, sin necesidad de demostrar nada. Y la mirada. Siempre la mirada. Intensa, directa, de esas que no se quedan en la superficie, que parecen detenerse un segundo más de lo normal, como si estuvieran buscando algo concreto, como si te estuvieran leyendo.

Lía tragó saliva. Había olvidado lo incómodo que era eso, o lo había evitado. El móvil seguía en su mano, no había contestado y eso no era propio de ella. Porque normalmente sabía qué decir. Siempre. Pero esto no entraba en ningún esquema. No era trabajo, no era estrategia, no era alguien nuevo al que analizar. Era pasado, y el pasado no se puede controlar igual.

Volvió a escribir. Esta vez más despacio.

«Has vuelto.»

No era una pregunta, era una confirmación. La respuesta tardó un poco más, lo justo.

«Hace tiempo.»

Lía frunció ligeramente el ceño.

«Y no has dicho nada.»

Esta vez sí había algo más en su tono. Más directo, más personal.

El móvil vibró.

«Tú tampoco preguntaste.»

Silencio, de esos que pesan.

Lía dejó el móvil sobre la mesa, pero no apartó la mirada de él, como si pudiera cambiar algo por dejar de mirarlo, como si eso fuera suficiente para volver al control. No lo era, porque por primera vez en mucho tiempo, no estaba analizando a alguien nuevo, sino

recordando a alguien que ya la conocía y eso… era mucho más peligroso.



La terraza no le impresionó. No era el sitio, ni la gente, ni el tipo de ambiente al que otros miraban intentando encajar, él ya había estado en lugares mejores, peores, más exclusivos, más vacíos, pero había aprendido hacía tiempo que lo importante no era dónde estabas, sino por qué. O mejor aún, con quién. Aun así, se detuvo un segundo al salir del ascensor, no por el entorno, sino por una sensación

No fue inmediato. Primero fue una silueta entre otras, un grupo de tres, una copa alzada, una risa que no llegó a escuchar del todo, el movimiento del pelo con el aire, y luego, como si todo lo demás dejara de importar, ella. Lía.

Se quedó quieto un segundo más de lo normal. No porque dudara. Porque no estaba preparado. Había imaginado ese momento muchas veces, más de las que admitiría, pero nunca así, nunca sin aviso, nunca en medio de algo tan cotidiano que de repente dejaba de serlo. No había entrada dramática, no había música, no había preparación, solo ella, apoyada ligeramente en la mesa, con esa forma de estar que parecía tranquila pero no lo era del todo, con la mirada recorriendo el espacio como siempre, observando, analizando.

Exactamente igual y completamente distinta. Había cambiado, claro. No en lo esencial, pero sí en los detalles. La forma de vestir, impecable sin esfuerzo, tonos bien elegidos, líneas limpias, sin exceso, todo encajando como si no hubiera margen de error, el pelo cayendo con naturalidad, la postura más firme, más consciente de sí misma. Pero había algo que no había cambiado. La mirada seguía siendo la misma y eso fue lo que le descolocó. Porque él sí había cambiado. Mucho. Más de lo que ella imaginaba. Más de lo que quería que supiera de primeras.

Bajó la vista un segundo, respirando despacio, como si necesitara recolocarse antes de seguir caminando, porque lo fácil habría sido acercarse, ir directamente hacia ella, decir su nombre, romper ese espacio que los separaba, pero no lo hizo. No todavía.

Se movió hacia su mesa, donde ya le esperaban, saludó, escuchó, respondió lo justo, pero no estaba allí del todo, porque cada pocos segundos, sin poder evitarlo, volvía a mirarla, como si necesitara confirmar que seguía siendo real, que no era una proyección de algo que había dejado atrás. Y cada vez que lo hacía, encontraba algo nuevo. Un gesto, una pausa, una forma de inclinar la cabeza al escuchar. Seguía leyendo a los demás. Como siempre. Pero ahora había algo más, algo que él no recordaba haber visto antes, o que quizás no había sabido reconocer.

Cuando la vio girarse, cuando sus miradas se cruzaron por primera vez en años, no apartó la vista, no hizo ese gesto automático de disimular, simplemente la sostuvo, un segundo más de lo normal, dejando que ese momento existiera. Y fue suficiente, porque en ese instante entendió dos cosas. La primera, que no

había dejado de conocerla. La segunda, que ella ya no le conocía a él. Y eso cambiaba todo.

Apoyó el brazo en la mesa, escuchando a alguien hablar a su lado, asintiendo sin procesar realmente las palabras, mientras seguía observándola, midiendo la distancia, no física, sino emocional, porque sabía que acercarse no era solo caminar hasta ella.

Era entrar otra vez. Y eso no era algo que se hiciera sin pensar. Sonrió muy levemente, más para sí mismo que para nadie.

—Sigues igual… —murmuró, casi imperceptible.

Pero no era verdad y por eso no se acercó, porque esta vez no quería hacerlo mal, porque esta vez sabía lo que podía pasar y porque, por primera vez, no tenía claro si ella iba a dejarle entrar.



Había algo en él que siempre llegaba antes que él mismo, no era su voz ni su forma de moverse, era esa sensación que aparecía cuando estaba cerca, como si el aire cambiara ligeramente, como si todo se volviera un poco más nítido sin que nada hubiera cambiado de verdad. Lía lo notó antes de verle aquella primera vez, sentada en

las escaleras de la universidad, con el móvil en la mano sin mirarlo, dejando que el tiempo pasara sin necesidad de llenarlo.

—Estás en mi sitio.

Levantó la vista y ahí estaba, a poyado contra la barandilla, con esa calma que no parecía buscada, alto, muy alto, con los hombros marcando la camiseta de forma natural, los brazos definidos, la mirada fija en ella con una intensidad que no invadía, pero tampoco dejaba espacio para ignorarla.

Lía frunció ligeramente el ceño.

—No sabía que las escaleras tuvieran nombre.

Al principio fueron coincidencias que se repetían demasiado como para ser casualidad, cafés después de clase que se alargaban más de lo previsto, conversaciones que empezaban sin importancia y terminaban en temas que ninguno de los dos compartía con casi nadie. Él no hablaba mucho de sí mismo, pero cuando lo hacía, lo hacía sin adornos, sin buscar impresionar, y ella, que siempre analizaba, que siempre medía, se descubrió a sí misma escuchando sin desmontar cada palabra. Con él no tenía que adelantarse y eso la descolocaba.

—Piensas demasiado.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

Y ella no ganaba esa discusión. Ni falta que hacía. No hubo un momento exacto en el que se volvieron importantes el uno para el otro, fue algo que se fue construyendo en los espacios pequeños, en los mensajes que no eran urgentes, pero sí necesarios, en los silencios que no incomodaban, en esa forma de mirarse que no pedía nada, pero lo decía todo. No eran pareja, nunca lo fueron, pero tampoco eran solo amigos, porque había algo más, algo que ninguno terminaba de nombrar, como si ponerle palabras lo hiciera más real… o más frágil.

Y así se quedaron. En ese punto intermedio, demasiado cerca para ser indiferentes, demasiado lejos para arriesgar. El problema no fue que algo pasara. Fue que no pasó nada. O no lo suficiente.

Hubo otros. Siempre los había. Momentos en los que ella estaba con alguien, y él lo sabía, lo notaba en la forma en que respondía más tarde, en cómo dejaba más espacio del habitual, en cómo las conversaciones cambiaban ligeramente de tono sin que nadie lo dijera. Y cuando era él el que desaparecía unos días, el que contestaba menos, el que parecía estar en otro sitio, aunque siguiera escribiendo, Lía también lo notaba. Pero nunca preguntaron, nunca lo hablaron, nunca cruzaron esa línea. Porque siempre había algo que lo impedía. El momento, el orgullo o el miedo a romper lo que sí tenían.

Y luego llegó el después. Sin darse cuenta, sin una fecha concreta, sin una conversación final. Él se fue fuera a estudiar, al principio parecía algo temporal, algo que no iba a cambiar demasiado, porque seguían escribiendo, seguían hablando, seguían buscándose en los huecos del día, pero ya no era lo mismo. No por falta de interés, sino más bien por desajuste. Cuando uno podía, el otro no. Cuando uno escribía, el otro estaba ocupado. Cuando coincidían, ya no estaban en el mismo punto. Y poco a poco, sin que ninguno lo decidiera del todo, las conversaciones se hicieron más cortas, más espaciadas, más… neutras.

Hubo un momento, uno concreto, que Lía recordaba sin querer recordarlo. Una noche en la que él respondió tarde, más tarde de lo habitual, con un mensaje breve, correcto, sin nada que se pudiera cuestionar, pero con algo que faltaba, algo que ella sí notó y no dijo nada, porque no tenía derecho, porque no eran nada, nunca lo habían sido. Y al día siguiente, cuando él volvió a escribir como si nada, ella también respondió como si nada y así siguieron, como si nada. Hasta que ese "nada" fue ocupándolo todo.

No dejaron de hablar de golpe, no se despidieron, no cerraron nada. Simplemente dejaron de estar y eso fue peor, porque no había un final claro al que agarrarse, solo distancia, tiempo y la sensación de que, si hubieran dicho algo en el momento adecuado, todo podría haber sido distinto.

En el presente, Lía volvió a abrir los ojos, con el móvil aún en la mano, sintiendo esa incomodidad suave que no tenía que ver con el pasado en sí, sino con lo que no había pasado, con lo que se había

quedado ahí, sin resolver y lo entendió. No era solo que hubiera vuelto, era que lo que había entre ellos… nunca había terminado del todo. Y eso era lo que realmente la descolocaba.



El día de Lía siguió avanzando como si nada hubiera cambiado, como si ese mensaje no hubiera abierto nada, como si todo siguiera exactamente en su sitio, las reuniones, las decisiones, las conversaciones medidas al milímetro, las respuestas claras, la seguridad intacta. Y, sin embargo, había algo que no terminaba de encajar, un pequeño desfase que no se veía desde fuera pero que ella notaba en cada gesto, en cada pausa un poco más larga de lo habitual, en cada momento en el que su cabeza se iba medio segundo antes de volver. No era evidente, pero estaba ahí.

En la oficina, nadie lo notó, o si lo hicieron, no supieron interpretarlo. Siguió siendo la misma, la que decide, la que corrige, la que ve antes que los demás, pero por dentro, en ese espacio que nadie tocaba, el mensaje seguía ahí, repitiéndose sin necesidad de releerlo.

«Pensé que tardarías menos.»

Como si la conociera. Como si nada hubiera cambiado. Como si no hubieran pasado años.

A las ocho y media, cuando salió de la oficina, no volvió a casa. No quería ese silencio todavía. No quería ese momento en el que todo se ordena demasiado y no queda otra opción que pensar.

Habían quedado las tres en un sitio más tranquilo que el de la noche anterior, un bar con luz cálida, mesas de madera, música baja, ese tipo de lugar donde el tiempo parece ir un poco más despacio y las conversaciones se alargan sin darse cuenta.

Tana ya estaba allí, sentada con la espalda recta, una copa de vino delante, con un conjunto de pantalón de traje negro y top en tono claro que marcaba ese equilibrio suyo entre formal y relajado, el pelo recogido en una coleta baja, limpia, precisa. Levantó la vista en cuanto vio entrar a Lía.

—Llegas tarde —dijo, aunque apenas eran unos minutos.

—Ya —respondió Lía, dejando el bolso sobre la silla.

Pipa apareció casi al mismo tiempo, como si hubiera calculado la entrada para coincidir, con un vestido corto en tono claro, sandalias planas y el pelo liso cayendo sobre los hombros, con esa energía suya que llenaba espacio incluso antes de sentarse.

—Vale, necesito que me contéis qué tal vuestro día porque el mío… —empezó a decir Tana.

El bar estaba más lleno que otros días, con ese murmullo constante de conversaciones cruzadas que hacía que todo resultara más ligero, menos expuesto, y durante un rato hablaron de lo de siempre, del trabajo, de clientes imposibles, de decisiones que parecían urgentes pero en realidad no lo eran tanto, Pipa llevando el peso de la conversación como siempre, contando algo sobre un evento que se le había complicado a última hora, exagerando lo justo para que resultara divertido, mientras Tana la escuchaba con

media sonrisa, interviniendo de vez en cuando con comentarios secos que solo ellas entendían.

Lía estaba ahí, pero no del todo. Asentía, sonreía cuando tocaba, daba pequeños sorbos a su copa, pero su cabeza no estaba en la mesa, estaba en otro sitio, en esa frase que se repetía sin parar, en ese tono, en esa forma de escribir que no había cambiado nada.

—…y entonces va y me dice que si podemos cambiar todo el seating a última hora —seguía Pipa—. ¿Pero tú sabes lo que es eso?

—Un caos —respondió Tana.

—Exacto.

—Lía, ¿tú qué harías? —preguntó Pipa, girándose hacia ella.

Silencio. Pequeño, pero evidente.

—Lía —repitió, esta vez más despacio.

Nada. Lía estaba mirando su copa, pero no la veía.

—Eh —dijo Tana, inclinándose ligeramente hacia delante—.

Lía levantó la vista entonces, como si volviera de golpe.

—¿Qué?

Pipa la miró con una sonrisa que ya no era del todo casual.

—¿Estás bien?

Lía sostuvo su mirada un segundo, dudando, lo justo.

—Sí. Me ha escrito alguien esta mañana y estaba pensando en eso—dijo al final.

No fue dramático, pero cambió el aire.

—Vale —respondió Pipa, apoyando los codos en la mesa—. ¿Quién te ha escrito? No pienses que vas a dejarnos así…

Lía bajó la mirada un segundo, pasando el dedo por el borde de la copa, como si ese gesto le ayudara a ordenar lo que iba a decir. Lía dudó un segundo más. No fue por no saber si quería que las chicas lo supieran, sino por decirlo en voz alta. Porque hacerlo lo hacía real.

—Dani.

Las dos se quedaron quietas. No porque el nombre en sí dijera algo. Sino por cómo lo dijo.

Pipa fue la primera en reaccionar.

—Vale.

Tana no sonrió. Ese "vale" no era neutro. Lía lo notó.

—No es lo que pensáis.

—No hemos dicho nada —respondió Pipa.

—Pero lo estás pensando.

Pipa se encogió ligeramente de hombros.

—Un poco.

Tana seguía mirándola.

—¿Qué quiere?

Lía apoyó la espalda en la silla, cruzando las piernas lentamente.

—Nada.

—Mentira —dijo Tana.

—No ha dicho nada en concreto.

—Eso es peor —añadió Pipa.

Lía dejó escapar una pequeña risa, más por nervios que por otra cosa.

—Solo… ha vuelto.

Pipa inclinó la cabeza.

—¿Y?

Lía tardó en responder. Demasiado.

—Y ya está.

Pero no estaba. Las tres lo sabían. Tana cogió la copa, dio un sorbo sin apartar la mirada de ella.

—¿Te importa?

Lía sostuvo su mirada y ahí estaba la respuesta. No en lo que dijo, sino en lo que no dijo. Pipa sonrió muy levemente.

—Vale.

—¿Vale qué? —preguntó Lía.

—Que esto se complica.

Lía negó.

—No.

—Sí —respondieron las dos a la vez.

Silencio otra vez, pero distinto. Más claro. Más incómodo.

Lía bajó la mirada hacia la mesa, girando la copa entre los dedos, sintiendo por primera vez en mucho tiempo que algo no encajaba del todo dentro de ella, algo que no podía colocar, ni ordenar, ni resolver con lógica. Y eso… Eso era exactamente lo que no sabía manejar.



El sábado tenía otro ritmo, otro tono, otra forma de empezar incluso antes de salir de casa, como si la ciudad entera estuviera de acuerdo en que esa noche iba a pasar algo, aunque nadie supiera exactamente qué. Habían quedado pronto, lo suficiente para cenar con calma, arreglarse sin prisa y dejar que la noche fuera creciendo poco a poco, sin necesidad de forzarla.

El restaurante estaba lleno, como siempre, con esa mezcla de mesas imposibles de conseguir y gente que parecía no tener problema en conseguirlas, luces cálidas, copas alineadas, camareros que se movían rápido, pero sin parecerlo, y un ambiente en el que todo el mundo miraba sin querer mirar. Amazónico, uno de esos sitios donde siempre pasaba algo, donde siempre había alguien importante en la mesa de al lado.

Las tres llegaron juntas, y en cuanto cruzaron la puerta, el gesto fue automático, miradas, sonrisas, pequeños saludos que no interrumpían, pero sí dejaban claro que estaban dentro de ese circuito.

—Mesa para tres —dijo Pipa, sonriendo con esa seguridad suya que nunca parecía exagerada.

El maître apenas tardó en reaccionar.

—Por aquí.

No preguntó más. No hacía falta.

Se sentaron en una mesa lateral, lo suficientemente discreta para hablar, lo suficientemente visible para que las vieran, y durante un rato todo fue fácil. La carta, las copas de vino, los comentarios cruzados, la risa de Pipa llenando los silencios, Tana relajándose poco a poco, Lía observando como siempre, aunque esa noche había algo distinto en su mirada, algo menos presente.

—Vale, necesito que probéis esto —decía Pipa, señalando la carta —. Confianza total, está todo increíble.

Pidieron sin pensar demasiado, compartieron platos, probaron de todo, hablaron de cosas sin importancia, del trabajo lo justo, de la semana, de gente que conocían, de planes que no iban a hacer, y durante un rato, Lía casi consiguió olvidarse. Casi. Hasta que alguien se acercó a la mesa.

—Lía.

La voz hizo que levantara la vista de inmediato.

—Carlos —respondió, con una sonrisa natural.

Era Carlos Torres, de esas caras que aparecían en eventos, campañas, revistas, alguien conocido, cercano a su mundo, alguien con quien había trabajado más de una vez.

—No me lo creo —dijo él—. Siempre en los sitios buenos.

—Tú también —respondió Lía.

—Eso intento.

Se inclinó ligeramente hacia la mesa.

—¿No me presentas?

Lía miró a las chicas.

—Ellas son Tana y Pipa.

Saludo rápido, natural, un par de frases, una broma ligera de Pipa que hizo reír a Carlos sin esfuerzo.

—Encantado —dijo él—. Bueno, disfrutad de la cena. Nos vemos luego por ahí, ¿no?

Y se fue, guiñándoles un ojo.

—Vale —murmuró Pipa—. Me encanta este nivel.

—Te encanta todo —respondió Tana.

—No todo.

Lía no dijo nada, pero ya no estaba del todo ahí.

Después de cenar, salieron a la calle con ese aire fresco que cambia el ritmo, que hace que la noche empiece de verdad, y sin pensarlo demasiado, como tantas otras veces, decidieron seguir.

—¿Copa? —dijo Pipa.

—Copa —repitió Tana.

Lía asintió.

—Copa.

El siguiente sitio estaba igual o más lleno, música más alta, luces más bajas, gente moviéndose más cerca, ese tipo de local donde el espacio se reduce y todo se vuelve más físico, más inmediato. Y entonces lo vieron.

—No puede ser —dijo Pipa, frenando en seco.

Nico.

Esta vez no estaba con gente de trabajo, ni con ese aire contenido de la otra noche, estaba con sus amigos, riéndose, relajado, más suelto, con una cerveza en la mano y la camisa abierta un poco más de lo habitual, como si ese contexto le quitara capas.

Levantó la vista y la vio. Sonrió y esta vez no dudó.

—Vale —murmuró Tana—. Esto ya no es casualidad.

—Calla —respondió Pipa, aunque no podía dejar de sonreír.

Nico se acercó directamente, sin rodeos, con esa forma de moverse que ya empezaba a ser familiar.

—Otra vez —dijo.

—Otra vez —respondió Pipa.

Esta vez todo fue más fácil, más natural, más rápido, sin presentaciones innecesarias, sin ese primer filtro, y en cuestión de minutos ya estaban hablando como si se conocieran de toda la vida, riéndose, acercándose más de lo que lo habrían hecho en cualquier otra situación.

La música subió y el espacio se redujo.

—¿Bailas? —preguntó él.

Pipa no respondió con palabras, solo le miró y eso fue suficiente. Se acercaron demasiado, más de lo que era necesario, más de lo que era casual, moviéndose al ritmo de la música, pero sin estar pendientes de ella, con esa forma de bailar que no es baile del todo, sino contacto, proximidad, miradas que no se apartan.

Tana y Lía los miraban desde la barra.

—Vale —dijo Tana—. Esto ya está.

Lía asintió, pero no sonrió del todo.

—Sí.

No tardaron mucho más. Un par de canciones, un par de copas y luego…

—Nos vamos —dijo Pipa, sin dar muchas explicaciones.

—Claro que sí —respondió Tana, divertida.

Nico ni siquiera lo dudó. Y se fueron sin mirar atrás. Tana y Lía se quedaron y pidieron otra copa.

—Me cae bien —dijo Tana.

—A mí también.

—Y está muy bueno.

Lía sonrió.

—Mucho.

Se acercó un grupo de chicos, de esos que no molestan, que saben entrar sin invadir, con bromas fáciles, con una forma ligera de estar que no incomoda, y durante un rato se dejaron llevar, bailaron, rieron, respondieron sin implicarse, como tantas otras veces.

—Vale, cambio de sitio —dijo Tana en un momento dado.

—Sí —respondió Lía.

Y se fueron. El siguiente local era más pequeño, más oscuro, más intenso, con la música más presente, menos espacio para pensar, más para sentir. Y durante un rato, funcionó. Hasta que dejó de hacerlo.

—Voy al baño —dijo Lía.

Tana asintió.

—Voy pidiendo otra.

Lía caminó entre la gente, esquivando cuerpos, luces, conversaciones, con esa sensación de estar dentro y fuera al mismo tiempo, empujando la puerta del baño sin pensar demasiado. Y

entonces, al salir, se lo encontró. Dani. Sin preparación, sin aviso. Solo él, de pie, apoyado ligeramente en la pared del pasillo, como si llevara un rato ahí, como si supiera que iba a pasar.

Lía se quedó quieta. Completamente. El aire desapareció.

—Hola —dijo él.

Su voz no había cambiado. O sí, pero no lo suficiente. Lía abrió la boca, pero no salió nada al principio.

—Hola.

Silencio. Corto. Eterno. Se miraron demasiado, más de lo que era cómodo, más de lo que era seguro.

—No pensaba encontrarte aquí —dijo él.

—Yo tampoco.

Otro silencio, esta vez más denso, más real.

—Estás bien —añadió Dani.

No era una pregunta. Lía tragó saliva.

—Estás igual —dijo, muy bajo.

Y esa frase… Esa frase fue demasiado. Porque no era verdad. Y porque sí lo era. Lía apartó la mirada un segundo, intentando recuperar algo que no estaba.

—Tengo que irme —dijo.

No era una excusa. Era una salida.

Dani asintió. No la detuvo, pero tampoco se apartó. Y durante un segundo más, se quedaron ahí, sin decir nada, pero diciéndolo todo.

—Nos vamos —dijo Lía en cuanto llegó a la barra.

Tana la miró. Algo no encajaba.

—¿Qué pasa?

Lía cogió el bolso.

—Vámonos.

—Lía.

Se detuvo. La miró. Y ahí estaba. Todo.

—Me he cruzado con Dani.

Silencio.

Tana no preguntó nada más. No hacía falta.

—Vale.

Salieron. El aire de la calle las envolvió de golpe y Lía respiró, pero no era suficiente.

—No estoy preparada para esto —dijo, muy bajo.
Tana la miró.
—Lo sé.
Y por primera vez en toda la noche, nada parecía bajo control.



No fue casualidad. Eso fue lo primero que pensó cuando la vio entrar en el local. Podría haberlo sido, claro, Madrid es lo suficientemente grande como para no cruzarte con alguien durante años… y lo suficientemente pequeño como para hacerlo en el peor momento, pero no, no fue eso. Porque él no la vio de repente, no fue un choque inesperado, fue algo más lento, más consciente.

La había visto antes, al entrar, entre la gente, entre las luces bajas y la música demasiado alta, entre cuerpos que se movían demasiado cerca, entre conversaciones que no le interesaban, y, aun así, en cuanto levantó la vista, la encontró. Como siempre. Lía.

No cambió de sitio, no se acercó, no hizo nada, solo la miró. Y en ese primer momento, antes incluso de procesarlo del todo, sintió algo que no esperaba, algo que no tenía que ver con la sorpresa ni con la nostalgia. Fue algo más físico, más directo, como un golpe

seco en el pecho, breve, pero suficiente para descolocarle. Porque no era un recuerdo, era ella, de verdad. Más adulta, más firme, más segura en la forma de moverse, en la forma de ocupar el espacio, pero con algo intacto, algo que él reconoció sin esfuerzo, esa manera de mirar que no se queda en la superficie, que parece atravesar lo que tiene delante, como si siempre estuviera buscando algo más.

Y eso fue lo que le hizo quedarse. No acercarse. Todavía no. Porque no era lo mismo verla… que entrar en su vida otra vez.

La observó durante un rato que no supo medir, apoyado en la barra, con una copa que no estaba bebiendo, respondiendo lo justo a quien le hablaba al lado, sin perderla de vista del todo, como si necesitara confirmar que no estaba idealizándola, que no era solo la versión que había guardado en la cabeza durante años. No lo era, era mejor y eso no le tranquilizó.

La vio reír con Tana, inclinarse hacia ella para decirle algo al oído, apartarse el pelo con un gesto automático, moverse con esa seguridad que antes no tenía del todo, como si ya supiera exactamente quién era y no necesitara demostrarlo. Pero también vio otra cosa, pequeña, casi imperceptible. Momentos en los que se quedaba un segundo más quieta de lo normal, en los que su mirada se iba, en los que no estaba del todo ahí. Y eso… Eso sí lo reconoció.

No pensaba acercarse así, no en medio de todo eso, no sin haber hablado antes. Por eso le escribió, por eso eligió ese mensaje. No para sorprenderla, sino para ver si seguía siendo ella. Y lo era. En la forma de responder, en el tiempo que tardó, en lo que dijo y en lo que no.

Cuando la vio levantarse y dirigirse hacia el baño, no lo pensó demasiado. No fue una decisión racional, fue más bien un impulso contenido durante demasiado tiempo. Dejó la copa sobre la barra, se apartó de la gente sin despedirse del todo, caminó con calma, sin prisa, pero con una dirección clara, y cuando llegó al pasillo, se detuvo. No entró, no hacía falta. Sabía que iba a salir, y la esperó.

Apoyado ligeramente contra la pared, con los brazos relajados, pero el cuerpo en tensión, no por nervios, sino por anticipación, como si ese momento fuera más importante de lo que estaba

dispuesto a admitir. Y cuando la puerta se abrió… Ahí estaba. Más cerca que antes, mucho más real. Lía se quedó quieta en cuanto lo vio, y en ese segundo exacto, Dani lo notó todo, la forma en que su cuerpo se detuvo, en que su respiración cambió, en que la mirada se le quedó fija, demasiado fija.

No fue una reacción exagerada, fue peor, contenida, y por eso fue más evidente.

—Hola —dijo él.

No sonó como quería. Sonó más bajo, más serio, más cargado de lo que pretendía. Ella tardó un segundo en responder. Uno solo, pero suficiente.

—Hola.

Y entonces se miraron de verdad, sin gente alrededor. Sin ruido ni excusas. Y en ese momento Dani lo supo. Lía no estaba bien. No con él delante. No ahí. No así.

Lo vio en la forma en que respiraba, demasiado superficial, en cómo intentaba mantener la postura, en cómo sostenía la mirada, pero con algo detrás, algo que no encajaba con la seguridad que había visto antes desde lejos.

—No pensaba encontrarte aquí —dijo.

Y era verdad. Porque había imaginado muchas versiones de ese momento, pero no esa.

—Yo tampoco.

Silencio. No incómodo, pero lleno. No la notó cambiada, pero la vio afectada. Por él. Cuando dijo que tenía que volver, Dani no la detuvo. Podría haberlo hecho, podría haber dado un paso, podría haber dicho algo más, pero no lo hizo, porque la conocía, porque sabía que, si la presionaba, se iba a cerrar. Y no había esperado tanto tiempo para hacer eso mal.

Así que la dejó ir, pero no apartó la mirada ni un segundo. La vio alejarse, atravesar el pasillo, desaparecer entre la gente, y durante unos segundos más, se quedó exactamente en el mismo sitio, sin moverse, sin pensar demasiado, dejando que ese momento se asentara.

—Sigues igual… —murmuró.

Pero no era verdad, y eso lo complicaba todo. Cuando salió del pasillo y volvió a la sala, no la buscó de inmediato, sabía que no estaba, que se habría ido, porque Lía no se quedaba cuando algo se le escapaba de las manos, nunca lo había hecho. Y eso también seguía siendo igual.

Apoyó los brazos en la barra, pidió otra copa, pero no la tocó. No tenía prisa. No esta vez. Porque si algo había aprendido, era que, con ella, lo único que no funcionaba era forzar el momento, pero eso no significaba dejarlo pasar. Al contrario, significaba hacerlo bien. Por primera vez. Y mientras miraba hacia la puerta por la que había salido, lo tuvo claro. Esta vez no iba a quedarse a medias, aunque ella aún no lo supiera.



El taxi arrancó casi al instante, como si la ciudad también tuviera prisa por que aquello pasara, y durante los primeros segundos ninguno habló, pero no era silencio, era otra cosa, algo más denso, más físico, que se había quedado entre ellos desde el momento en que salieron del local sin mirar atrás.

Pipa no se apoyó en el respaldo. Se giró hacia él directamente, con una media sonrisa que ya no escondía nada.

—Esto ha sido idea mía —dijo.

Nico apoyó el brazo en el asiento, acercándose lo justo.

—Me ha encantado tu idea.

—No quiero que pienses…

—No voy a pensar nada.

Pipa lo miró un segundo más, recorriendo su cara sin prisa, deteniéndose en la boca, en la forma en que la miraba sin apartar la vista, sin urgencia, pero sin frenar tampoco.

—Bien.

El taxi giró en una calle, la luz entrando y saliendo por la ventanilla, y en ese movimiento, sin que fuera brusco ni impulsivo, Pipa acortó la distancia, apoyando una mano en su pierna, firme, sin dudar.

Nico no reaccionó de inmediato. Solo la miró. Y eso fue lo que terminó de descolocarla.

—No vas a hacer nada —murmuró ella, bajando la voz.

—Estoy haciendo algo.

—Ah ¿sí? ¿El qué?

Nico inclinó ligeramente la cabeza.

—Esperar a que tú des el primer paso.

Pipa sonrió, pero esta vez no fue una sonrisa ligera, fue otra cosa. Se acercó más. Lo suficiente.

—No tienes que esperar más.

Y entonces sí. El beso no fue tímido, ni rápido, ni de esos que prueban antes de decidir, fue directo, con intención, como si ambos hubieran llegado ahí desde el primer momento, sin rodeos, sin espacio para dudas. Pipa lo sujetó por la camisa, acercándolo más, y Nico respondió igual, sin invadir, pero sin frenar, encontrando el ritmo de ella, adaptándose, siguiéndola.

El taxi siguió avanzando, pero dentro, el tiempo ya no iba igual. Cuando llegaron, Pipa bajó primero, esperó apenas un segundo a que él cerrara, y caminaron hasta el portal sin separarse del todo, con esa proximidad que ya no necesitaba explicación, ni contexto, ni excusa.

El piso de Nico tenía ese aire de alguien que está de paso sin estarlo del todo, ordenado, pero no perfecto, con lo necesario, sin

exceso, luces cálidas, espacio abierto, y en cuanto la puerta se cerró, el silencio cayó de golpe.

No hubo pausa. No hubo conversación. Pipa dejó el bolso sin mirar dónde, y antes de que él pudiera decir nada, volvió a acercarse, tirando de él con decisión, sin esperar, sin medir.

—Ya te dije el otro día que no me mires así —dijo, sin separarse del todo.

—¿Cómo?

—Como lo estás haciendo. Me estás volviendo loca.

Nico sonrió muy levemente.

—Pues entonces seguiré mirándote así.

No le dejó decir nada más. El beso volvió. Más lento. Más profundo. Más consciente.

Esta vez no había música, ni gente, ni ruido que lo envolviera, solo ellos, el sonido de la respiración, el roce de las manos buscando, encontrando, adaptándose. Pipa se movía con seguridad, marcando el ritmo sin perderlo, acercándose más, dejando claro que no estaba dudando, que no había marcha atrás, que aquello no era un error ni una decisión impulsiva. Era elección.

Nico respondió igual, sin imponerse, pero sin quedarse atrás, acompañando cada gesto, cada movimiento, con esa calma que no era falta de intensidad, sino control, el tipo de control que no corta, que sostiene.

Pipa no se separó. Al contrario. Apoyó las manos en su pecho, deslizando los dedos lentamente por la tela de la camiseta, sin prisa, mirándole mientras lo hacía, como si quisiera marcar el ritmo desde el principio.

—Ni se te ocurra parar ahora —murmuró.

Nico no respondió. No hacía falta.

Se acercó lo justo para volver a besarla, más despacio esta vez, mientras sus manos encontraban la cintura de ella, subiendo con calma, sin brusquedad, recorriendo la tela del vestido como si midiera cada centímetro antes de cruzar el siguiente.

Pipa dejó escapar una pequeña risa contra su boca. Se separó apenas un segundo, lo suficiente para agarrar el borde de su camisa y tirar de ella hacia arriba, sin pedir permiso, sin dudar, con un gesto

seguro, directo, que no dejaba espacio para interpretaciones. Nico la dejó hacer, levantando ligeramente los brazos, sin apartar la mirada de ella en ningún momento.

La camiseta cayó al suelo sin importancia.

Pipa lo miró un segundo, recorriéndolo sin disimulo, y en ese gesto había más intención que en cualquier palabra.

—Joder, Nico… —murmuró, casi para sí.

Nico sonrió apenas, acercándose de nuevo.

—Ahora tú.

No fue una orden, fue un juego. Pipa no respondió, pero tampoco se echó atrás. Deslizó las manos hacia su propio vestido, subiéndolo despacio, sin romper la mirada, dejando que el gesto fuera tan consciente como todo lo demás, y cuando lo dejó caer, no lo recogió, no miró al suelo, no miró a ningún otro sitio. Solo a él.

El espacio entre ellos se redujo sin que ninguno lo pensara demasiado, las manos encontrándose otra vez, esta vez sin tela de por medio en muchos puntos, el contacto más directo, más cálido, más claro. No había prisa, pero tampoco pausa. Era ese punto exacto en el que todo encaja sin necesidad de hablarlo y en ese momento, en ese silencio lleno, ya no había vuelta atrás.

El tiempo dejó de importar, los movimientos se hicieron más rápidos, más cercanos, más centrados en el momento que en lo que venía después, y en ese espacio, sin interrupciones, todo fue encajando con una naturalidad que no parecía casual.

Nico no se detuvo. En cuanto la tuvo cerca, la levantó con facilidad, sujetándola con firmeza, sus manos seguras en la curva de su cuerpo, y Pipa respondió al instante, rodeándolo con las piernas, pegándose más a él, sin romper el beso, sin darle espacio a nada más que a ese momento.

—Nico… —murmuró ella contra su boca, entre una respiración y otra.

Él caminó hacia la habitación sin prisa, pero sin detenerse, como si cada paso estuviera ya decidido, como si no hubiera ninguna duda en el recorrido. La puerta quedó abierta, la luz del pasillo cayendo suavemente sobre la cama, y cuando llegó, la dejó caer con cuidado, sin soltarla del todo, manteniendo el contacto, el peso, la cercanía.

Se separó apenas un segundo, lo justo para mirarla y quitarse los pantalones, que todavía llevaba puestos. Y ahí estaba. Esa mezcla. Esa seguridad. Ese punto de desafío que no se iba.

Pipa sostuvo su mirada sin apartarla, respirando algo más rápido, pero sin perder el control del gesto, de la forma en que lo observaba. Nico estaba duro, ella podía observarlo con claridad por encima de la ropa interior.

—Ven aquí —dijo, muy bajo.

Nico volvió a acercarse. Sus manos recorrieron su cuerpo, como si no necesitara llegar a ningún sitio concreto, como si lo importante fuera el recorrido, el tiempo, el ritmo que se iba marcando entre los dos. Pipa se arqueó ligeramente, respondiendo a cada gesto, a cada roce, cerrando los ojos un segundo y volviéndolos a abrir para buscarle otra vez. Nico le quitó la ropa interior y comenzó a besarla mientras acariciaba sus pechos.

El espacio se llenó de respiraciones, de pequeños gestos, de esa tensión que no explota de golpe, sino que crece, que se sostiene, que se intensifica poco a poco. Pipa notaba cada movimiento, cada cambio, cada pausa medida, y en esa forma de avanzar, de acercarse sin precipitarse, entendió algo. Su mano poco fue bajando, poco a poco hasta llegar a la parte más íntima de Pipa.

No lo estaba improvisando, sabía perfectamente lo que hacía y eso no le hizo dudar, al contrario, le hizo soltar el control del todo.

Apoyó la cabeza hacia atrás un instante, dejando escapar el aire, sintiendo cómo todo se concentraba en ese punto, en ese momento, en esa conexión que ya no tenía nada que ver con lo que había pasado en el local. Esto era otra cosa. Y ninguno de los dos estaba dispuesto a frenarlo.

Nico estaba cada vez más excitado. Las manos de Pipa descendieron con decisión, encontrando el último límite de tela que quedaba entre ellos, y sin romper la mirada, sin bajar los ojos, terminó de quitárselo, dejándolo a un lado sin importancia, como si nada más existiera en ese momento.

—Ahora sí… —murmuró él, con una sonrisa que ya no escondía nada.

Nico dejó escapar el aire, con una media sonrisa apenas contenida, sin dejar de mirarla. Y entonces fue ella. Se incorporó con rapidez, moviéndose con seguridad, colocándose sobre él sin titubeos, marcando el ritmo desde el primer segundo, como si hubiera decidido que aquello iba a ser así, sin dudas, sin pausas, sin preguntas.

Nico apoyó las manos en su cintura al instante, sujetándola con firmeza, acompañando cada movimiento, sin intentar cambiarlo, dejándose llevar por ese ritmo que ella imponía, pero que encajaba perfectamente con el suyo.

—Así… —murmuró él, más bajo.

Pipa sonrió, inclinándose ligeramente hacia delante, acercándose a su boca sin llegar a besarle del todo, jugando con esa distancia mínima, sintiendo cómo todo se intensificaba aún más en ese punto.

—No digas nada —respondió ella.

No hacía falta. Sus manos seguían moviéndose sobre su cuerpo, recorriéndola con intención, con precisión, sin perder contacto en ningún momento, y Pipa respondía a cada gesto, a cada roce, sin contenerse, dejando que todo fuera más directo, más físico, más claro. No había estrategia, ni control, solo ganas. Y encajaban.

Después de unos segundos, fue él quien cambió el ritmo, sujetándola con más firmeza, girándose con facilidad, invirtiendo la posición sin romper el contacto, sin cortar lo que ya habían construido, dejándola debajo esta vez, pero sin perder ese mismo pulso que compartían.

El ritmo se volvió más constante, más firme, como si ya no hubiera nada que medir, como si ambos hubieran llegado exactamente al mismo punto sin necesidad de buscarlo. Nico sostenía el peso con seguridad, sin apartar la mirada de ella, observando cada reacción, cada pequeño gesto, mientras Pipa se arqueaba ligeramente, aferrándose a él, dejando de contener cualquier intento de control.

—No pares… —murmuró ella, casi sin aire.

Nico no lo hizo. Al contrario, ajustó el movimiento, encontrando ese punto exacto donde todo encajaba, donde ya no había que pensar, solo seguir, y en ese momento la mirada entre los dos

cambió, más intensa, más directa, como si ya no hubiera nada alrededor.

Pipa lo miró, lo miró de verdad. Y en esa mirada había algo distinto, algo más allá del juego, de la atracción, de la noche.

—Nico… —susurró, sin terminar la frase.

Él la sostuvo, acercándose un poco más, sin romper el ritmo, sin perder ese equilibrio que había mantenido desde el principio.

—Estoy aquí —respondió, muy bajo.

Y eso fue suficiente. El aire se volvió más corto, más irregular, las manos más firmes, más presentes, y durante unos segundos todo se concentró en ese punto exacto donde ya no había espacio para nada más. Pipa cerró los ojos apenas un instante, apretando los dedos contra su espalda, mientras él la sujetaba con más fuerza, manteniéndola ahí, con él.

Y entonces ocurrió. A la vez, sin desajuste, sin romperse. Como si desde el principio hubieran sabido que iba a ser así. El movimiento se detuvo poco a poco, sin brusquedad, dejándose caer sobre ella, apoyando la frente cerca de su cuello, respirando aún agitado, sin separarse del todo.

Durante unos segundos, ninguno habló. No hacía falta. Pipa dejó escapar el aire lentamente, pasando una mano por su espalda, todavía sintiendo el pulso acelerado, la piel caliente, la sensación de que aquello no había sido casual.

Nico se incorporó lo justo para mirarla. Y esta vez no había juego en la mirada.

—Vale… —murmuró ella, con una sonrisa que no pudo evitar.

Él sonrió también, más leve.

—Vale.

Se quedaron así unos segundos más, sin moverse, sin prisa por romper el momento, como si ambos supieran que lo que acababa de pasar no era solo parte de la noche. Era algo más. Y ninguno de los dos estaba dispuesto a ignorarlo.

Nico le dio un beso en los labios y fue directo al baño. Ella cogió una camiseta de Nico que había sobre una silla y fue a la sala, donde había dejado su bolso. Cogió el móvil y les mandó un mensaje a las chicas.

«¿Qué tal terminó la noche? ¿Todo bien? La mía no pudo haber terminado mejor…»

Guardó el móvil y se sentó en el sofá. Nico entró justo en ese instante.

—Vaya, parece que mi ropa te sienta mejor a ti que a mí.

Ella no pudo evitar sonreír. Aún no se había calmado lo suficiente como para volver a respirar sin prisa, tenía el pelo cayendo desordenado sobre los hombros, la piel aún con ese calor que tarda en irse, mirando al frente sin pensar en nada concreto.

Nico estaba cerca. No demasiado, pero sí lo suficiente.

—Parece que venir a tu casa no ha sido una mala decisión —dijo ella, sin mirarlo.

Nico dejó escapar una pequeña risa.

—No.

Pipa giró la cabeza hacia él.

—De hecho…

Se detuvo. Sonrió.

—Ha sido bastante buena.

Nico sostuvo su mirada.

—Lo sé.

Silencio, pero no incómodo.

—La verdad que no me importaría repetir —añadió ella.

—Eso no será ningún problema.

Nico sonrió y eso, en lugar de incomodarla, la hizo sonreír también. Porque esta vez no había dudas, ni análisis, ni control, solo algo claro, directo y completamente decidido: Quería seguir viendo a Nico.



17

La luz entraba sin pedir permiso, colándose entre las cortinas con esa claridad incómoda que no entiende de ritmos ni de noches largas. Pipa abrió los ojos despacio, sin moverse al principio, dejando que el recuerdo llegara solo, sin forzarlo.

Y llegó. Todo. No necesitó girarse para saber que no estaba sola. Lo hizo igualmente. Nico estaba de espaldas, incorporándose en ese momento, pasando una mano por la nuca antes de levantarse, caminando hacia el baño sin hacer ruido, como si no quisiera romper nada de lo que todavía quedaba en el aire.

Pipa lo siguió con la mirada unos segundos. Y entonces se dejó caer de nuevo sobre la almohada, soltando el aire despacio, con una sonrisa leve que no intentó controlar.

—Vale… —murmuró para sí.

No había dudas. No había análisis. Solo una certeza clara. Había sido buena idea. Muy buena.

Se incorporó un poco, recogiendo su ropa del suelo con calma, sin prisa, sin ese nerviosismo típico de las mañanas que no están claras. Se vistió despacio, con movimientos naturales, como si ya hubiera

estado allí antes, como si no fuera la primera vez. Y eso era lo que la descolocaba. No la situación, sino la sensación. Demasiado fácil, demasiado bien.

Se levantó, caminando hacia el salón, recogiendo el bolso, echándose el pelo hacia atrás con un gesto automático, respirando hondo una vez más antes de volver a colocarse del todo.

Cuando Nico salió del baño, la encontró ya lista, apoyada ligeramente en el respaldo del sofá, mirándolo con una media sonrisa tranquila, sin tensión.

—Hola bonita—dijo él.

—Hola.

Silencio, pero no incómodo. Más bien… nuevo.

Nico se acercó despacio, sin prisa, deteniéndose a su altura, lo bastante cerca como darle un beso en los labios mientras la agarraba ligeramente por la cintura.

—¿Te vas ya?

Pipa asintió, cogiendo el bolso.

—Sí.

No hubo excusas, no hacían falta.

Nico la miró un segundo más, evaluando algo que no dijo en voz alta, y luego, con la misma calma de siempre:

—Quiero volver a verte.

Directo. Sin rodeos.

Pipa sostuvo su mirada. Ahí estaba otra vez, esa sensación, ese pequeño vértigo. No porque no quisiera, sino porque sí. Demasiado. Sonrió, pero esta vez no fue la sonrisa automática de siempre, fue más suave, más real.

—Quizá.

No fue un no, pero tampoco un sí. Y eso era exactamente lo que podía dar.

Nico asintió muy levemente, como si entendiera perfectamente lo que había detrás de esa respuesta.

—Me vale.

Pipa lo observó un segundo más, como si estuviera midiendo algo que no terminaba de encajar, y entonces se acercó lo justo, apoyando la mano en su pecho apenas un instante.

—No ha sido una mala decisión.

Nico sonrió.

—No.

—Para nada.

Pipa se apartó entonces, caminando hacia la puerta sin mirar atrás de inmediato, abriéndola con naturalidad, pero deteniéndose un segundo antes de salir.

—Nos vemos —dijo, sin girarse.

—Sí —respondió él.

Y esta vez, no sonó a duda.

Al salir a la calle, el aire le dio de golpe, más frío, más real, más claro que la noche anterior, y durante unos segundos se quedó quieta, respirando, notando cómo todo empezaba a recolocarse poco a poco.

Sacó el móvil. Desbloqueó la pantalla y entró en el grupo casi sin pensar, encontrándose primero con su propio mensaje de la noche anterior, breve, directo, escrito en ese punto en el que no hace falta explicar demasiado.

«¿Qué tal terminó la noche? ¿Todo bien? La mía no pudo haber terminado mejor…»

Al releerlo, la sonrisa le salió sola, inevitable, recordando exactamente cómo se sentía en ese momento. Bajó el dedo y entonces aparecieron las respuestas, varias, seguidas, con ese ritmo caótico que tenían siempre.

Tana había contestado primero.

«Que suerte tienen algunas. Siendo sinceras. Viendo lo bueno que está, sospechábamos que tú noche acabaría bien, sería una pena que ese tío bueno no lo fuera también en la cama… Mañana nos lo cuentas todo. Y queremos detalles.»

Pipa resopló una risa, imaginándosela perfectamente, sin perder detalle, pero sin dramatizar nada, como si lo diera todo por hecho desde el principio. Siguió bajando y entonces apareció Lía, más escueta, pero clara.

«Nos alegramos por ti, Pipa. Nuestra noche no acabó tan bien como la tuya.»

Pipa frunció ligeramente el ceño, más por curiosidad que por preocupación, y siguió leyendo.

«Dani no tuvo mejor idea que aparecer y acercarse a hablarme para dejarme hecha una mierda y con cero ganas de fiesta. Así que le jodí la fiesta a Tana y nos fuimos a casa.»

Ahí se detuvo. La sonrisa no desapareció del todo, pero cambió, se suavizó, se volvió más pensativa. Se quedó quieta en mitad de la acera, el móvil en la mano, leyendo otra vez ese nombre como si pesara un poco más que el resto del mensaje.

Dani.

Volvió a bajar.

Tana otra vez:

«No me jodiste nada, la noche estaba un poco aburrida.»

Pipa apoyó el peso en una pierna, cruzando el brazo libre sobre el pecho mientras miraba la pantalla, ya no con la ligereza de antes, sino con algo más atento, más centrado. Porque lo suyo había sido fácil, claro, sin complicaciones, pero lo de Lía… eso no lo era. Y lo sabía.

Se quedó un segundo más así, sin escribir, dejando que esa idea se colocara sola, sin analizarla demasiado. Luego volvió arriba, releyó su propio mensaje y sonrió de lado, negando suavemente con la cabeza antes de empezar a escribir.

«Nos vemos donde siempre para desayunar.»

Envió.

Se quedó un instante más y añadió:

"No es una pregunta. Voy a cambiarme a casa. En media hora en la cafetería.»

Esta vez no hizo falta decir más. Guardó el móvil, metiéndolo en el bolso mientras empezaba a caminar, pero el ritmo ya no era el mismo, porque, aunque la sensación de la noche seguía ahí, clara, presente, había otra cosa que empezaba a abrirse paso y sabía que Lia la necesitaba.

Pipa llegó a la cafetería con el pelo aún un poco húmedo y gafas de sol, más por inercia que por necesidad, quitándoselas en cuanto cruzó la puerta y localizó a las otras dos en la mesa de siempre. No tuvo que buscarlas demasiado; estaban donde siempre, con el

mismo orden casi automático, Tana ya con el café a medio tomar y Lía removiendo el suyo sin prestar atención.

Se acercó sin avisar, dejó el bolso en la silla y se sentó directamente.

—Vale —dijo, sin saludo previo—. Empiezo yo porque si no reviento.

Tana ni levantó la mirada.

—Gracias.

Lía sí la miró, ya sonriendo.

—Ya sabía yo.

Pipa apoyó los codos en la mesa, inclinándose hacia ellas, sin contener nada.

—Ha sido increíble.

Tana dejó la taza en el plato.

—Bien.

—No, no bien —corrigió Pipa—. Increíble.

Lía soltó una pequeña risa.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—Yo tampoco —respondió Pipa, completamente sincera—. O sea… me gustaba, sí, pero…

Se quedó un segundo buscando la palabra.

—Pero no así.

Tana asintió, como si le encajara perfectamente.

—Vale.

—Y no ha sido solo el polvo —añadió Pipa, sin bajar el tono—. Es que… encajamos. O sea, todo. Cero raro, cero forzados, cero de "a ver cómo salgo de aquí mañana".

Lía levantó las cejas.

—Eso ya es otro nivel.

—Ese es el problema —dijo Pipa, señalándola con el dedo—. Que me ha gustado demasiado

Tana apoyó la espalda en la silla.

—Bueno.

—No, bueno no —respondió Pipa—. Que yo no soy de repetir, y estoy pensando en repetir.

Lía sonrió, más tranquila ahora.

—Eso sí es nuevo.

Pipa cogió la taza de café que acababan de dejarle y dio un sorbo. Tana la miró un segundo más.

—¿Y él?

—También —respondió Pipa sin dudar—. Me lo ha dicho esta mañana.

—Claro —murmuró Lía.

—Pero bien, eh —añadió Pipa—. Nada raro, nada intenso de más. Natural.

Tana asintió, conforme.

—Entonces perfecto.

Pipa dejó la taza en la mesa.

—Sí.

—Ahora tú.

No hacía falta especificar. Lía ya sabía. No hubo rodeos.

—Me encontré con Dani.

Pipa no reaccionó de inmediato, solo la miró, esperando el resto. Tana tampoco dijo nada, porque ya lo había vivido.

—En el baño —añadió Lía.

—Ya —dijo Pipa—. Eso lo leí.

Lía apoyó los codos en la mesa, juntando las manos delante de ella.

—Estaba fuera.

—¿Esperándote? —preguntó Pipa, directa.

Lía asintió.

—Sí.

Silencio. De los que dicen mucho.

—Vale… —murmuró Pipa.

Tana no intervino. No hacía falta.

—Hablamos dos minutos —continuó Lía—. Literal.

—¿Y? —preguntó Pipa.

Lía la miró.

—No podía respirar bien.

—Joder.

Tana bajó la mirada un segundo, como si confirmara algo que ya sabía.

—Ya.

—No son nervios —añadió Lía—. No es incomodidad. Es… otra cosa.

—Sí —respondió Pipa—. Lo sé.

Y lo sabía. Porque ese tipo de sensación no se confunde.

—¿Y él? —preguntó.

Lía soltó una pequeña risa sin humor.

—Como si nada….

—¿Te escribió? —preguntó Pipa.

—No.

—¿Tú?

—Tampoco.

—Bien. No lo hagas —dijo Tana.

Pipa la miró.

—¿Bien?

—Sí —respondió Tana—. Porque si no, esto se os va de las manos en dos días.

Lía negó muy levemente.

—Ya se ha ido. No dejo de pensar en él…

Pipa se inclinó hacia ella.

—¿Me lo estás diciendo enserio? ¿Después de lo que te hizo?

Lía no respondió inmediatamente. Pero no esquivó la pregunta.

—No puedo evitarlo.

Pipa apoyó la barbilla en la mano, mirándola.

—Vale, pues ya está.

—¿Ya está qué? —preguntó Lía.

—Que la hemos liado —respondió, sonriendo.

Tana dejó escapar una pequeña risa.

—Bastante.

Y por primera vez en toda la mañana, las tres se quedaron en silencio unos segundos, no porque no tuvieran nada que decir, sino porque ya lo habían dicho todo. Y lo habían entendido, sin necesidad de explicarlo más.



El lunes llegó con esa sensación inevitable de vuelta a la rutina, como si la ciudad entera se pusiera en marcha a la vez sin tener en cuenta todo lo que había pasado durante el fin de semana, pero para ellas tres no era un lunes cualquiera. No porque hubiera ocurrido algo extraordinario a ojos de cualquiera, sino porque cada una estaba en un punto distinto del que había dejado el viernes, y lo sabían, aunque no lo hubieran vuelto a comentar desde el café.

Lía fue la primera en salir de casa, como casi siempre. Se movía por su piso con la precisión de quien no necesita pensar demasiado lo que hace, el café preparado mientras terminaba de vestirse, el bolso listo en la entrada, el móvil en su sitio. Ese día eligió un conjunto sencillo en apariencia, pero perfectamente medido, un pantalón de traje en tono claro que caía recto hasta el tobillo, una camisa blanca con el cuello ligeramente abierto y unos zapatos negros de tacón bajo que no llamaban la atención, pero cerraban el conjunto sin error. Nada en ella parecía improvisado, y, sin embargo, había algo que no terminaba de encajar del todo.

No había vuelto a escribirle. Ni él a ella. Y eso, en otro momento, habría sido lo lógico, lo correcto incluso. Pero ahora no lo era, porque no era un silencio vacío, no era indiferencia ni distancia real; era un silencio lleno de lo que no se había dicho, de lo que se había quedado suspendido en ese pasillo del baño, en esa mirada que había durado un segundo más de lo normal.

Mientras caminaba hacia el coche, con el bolso colgado del hombro y el móvil en la mano sin llegar a desbloquearlo, Lía fue consciente de algo que no le gustaba especialmente: no estaba esperando un mensaje, pero tampoco quería que no llegara. Y esa contradicción era nueva.

En la oficina, todo funcionaba como siempre. Las reuniones se sucedían con el mismo ritmo, las decisiones se tomaban con la misma claridad y las conversaciones giraban en torno a los mismos temas de siempre, pero en medio de ese orden había pequeños momentos en los que Lía se quedaba ligeramente fuera, apenas unos segundos, lo suficiente como para notarlo ella, pero no los demás. No era falta de concentración, era otra cosa, una especie de eco que aparecía sin avisar y desaparecía igual de rápido.

En uno de esos momentos, al terminar una reunión y quedarse sola en la sala, apoyó las manos sobre la mesa y dejó escapar el aire despacio antes de coger el móvil. No dudó al entrar en la conversación, como si ese gesto ya no necesitara pensarse, y durante unos segundos se quedó mirando la pantalla sin hacer nada más. Dani. No había mensajes nuevos, no había nada, pero tampoco hacía falta.

Pasó el dedo por la pantalla sin escribir, sin abrir realmente el chat, y acabó bloqueando el móvil casi con el mismo gesto con el que lo había desbloqueado, como si quedarse ahí más tiempo del necesario fuera reconocer algo que aún no quería ordenar.

Pipa, en cambio, había llegado tarde, como siempre, pero sin ese punto de prisa que solía acompañarla. Entró en la oficina con el café en la mano, las gafas de sol aún puestas y el pelo recogido de forma despreocupada, como si la mañana no exigiera más de lo necesario. Llevaba unos vaqueros claros, una camiseta blanca y una chaqueta

ligera, todo en ese equilibrio suyo entre lo cómodo y lo bien pensado que no parecía esforzado.

Se sentó en su mesa, dejó el bolso a un lado y el móvil delante, y durante un momento se quedó quieta, observándolo sin tocarlo, como si esperara algo sin querer admitirlo del todo. No había mensajes nuevos, y no le sorprendió, porque Nico no le daba la sensación de ser alguien que llenara el silencio sin motivo. Aun así, no le era indiferente.

Lo desbloqueó, revisó un par de notificaciones sin importancia y volvió a dejarlo boca abajo sobre la mesa, apoyando el codo y dando un sorbo al café mientras dejaba que la mañana avanzara. No iba a escribirle, pero tampoco iba a hacer como si no hubiera pasado nada. Y ese punto intermedio, en ella, ya era significativo.

Tana llevaba más de una hora trabajando cuando las otras dos estaban todavía aterrizando en el día. Su mesa estaba ordenada como siempre, los documentos alineados y el ordenador lleno de ventanas abiertas que gestionaba con una precisión casi automática. Vestía de negro, pantalón recto, top ajustado y una americana ligera que le caía perfecta sobre los hombros, el pelo recogido en una coleta baja que no se movía. Todo en ella hablaba de control. Y, sin embargo, había pequeños detalles que no encajaban del todo, pausas ligeramente más largas al leer un correo, una frase que revisaba dos veces antes de enviarla, una mirada que se quedaba fija en la pantalla un segundo más de lo necesario. No dijo nada. No iba a hacerlo. Pero estaba observando. Y lo tenía claro, aquello no iba a quedarse ahí.

El grupo seguía en silencio desde el café, algo poco habitual entre ellas, pero tampoco incómodo. No era falta de ganas de hablar, era más bien una especie de pausa compartida, como si cada una estuviera en su propio proceso antes de volver a ponerlo todo en común.

Fue Pipa la primera en romperlo.

A media mañana, el móvil vibró sobre su mesa, y esta vez no dudó en cogerlo. El nombre apareció en pantalla antes incluso de que lo abriera. Nico. No pudo evitar sonreír, aunque fuera de forma leve, casi automática. Abrió el mensaje.

«¿Sigues pensando que fue buena idea?»

Se recostó en la silla, dejando escapar una pequeña risa, y durante un segundo se quedó mirando la pantalla sin escribir, no porque no supiera qué decir, sino porque quería decirlo bien, sin darle más importancia de la necesaria, pero sin restársela tampoco.

Escribió.

«Sí.»

Lo envió.

Y, sin pensarlo demasiado, añadió:

«¿Tú no?»

Pipa dejó el móvil sobre la mesa, pero no lo apartó del todo, manteniéndolo cerca mientras intentaba centrarse en lo que tenía delante. Abrió el correo que tenía pendiente, respondió un par de mensajes sin demasiada implicación y dio otro sorbo al café, pero su atención no estaba ahí del todo, sino en ese punto intermedio en el que sabes que algo va a pasar, aunque no tengas prisa por que ocurra.

El móvil vibró de nuevo. Esta vez no esperó. Lo cogió casi al instante, desbloqueándolo con una media sonrisa que no intentó disimular.

«Yo nunca tuve dudas de que lo era...»

Pipa dejó escapar una pequeña risa por lo bajo, apoyándose en el respaldo de la silla mientras leía el mensaje una segunda vez, no porque hiciera falta, sino porque le gustaba cómo sonaba.

Y entonces otro.

«¿Te apetece que cenemos esta semana?»

No era una pregunta complicada, pero tampoco era cualquiera preguntaba. Implicaba algo más. Pipa se quedó unos segundos mirando la pantalla, el pulgar suspendido sin escribir todavía, no por duda, sino por esa sensación nueva que había aparecido sin avisar, esa mezcla entre ganas y algo más que no terminaba de definir.

Podría haber respondido rápido, podría haberle quitado importancia, pero no lo hizo. Se tomó ese segundo. Luego escribió.

«OK.»

Dejó el móvil sobre la mesa, esta vez sí, apartándolo ligeramente, como si con ese gesto cerrara la conversación sin necesidad de

añadir nada más.

Porque no hacía falta. Ya estaba dicho. Y lo que venía después… No dependía de lo rápido que pasara, sino de que pasara bien.

En otro punto de la ciudad, Lía volvió a mirar el móvil casi sin darse cuenta, como si el gesto se hubiera vuelto automático desde el sábado, pero esta vez no lo desbloqueó de inmediato. Se quedó unos segundos con él en la mano, observando la pantalla en negro, viendo su propio reflejo difuso antes de encenderla.

Nada. Todo igual. Y aun así… No era lo mismo.

Apoyó el móvil sobre la mesa, cruzando los brazos lentamente, y por primera vez desde que había empezado el día, lo admitió sin necesidad de decirlo en voz alta. No sabía qué quería que pasara. Pero sabía que, pasara lo que pasara… No iba a ser casual.



17

Dani no decidió volver a Madrid de un día para otro, ni hubo un momento exacto en el que todo cambiara. Fue algo más lento, más silencioso, como esas decisiones que se van formando sin ruido hasta que, de repente, ya están tomadas. Llevaba casi cuatro años fuera, primero en Londres, después en Ámsterdam, moviéndose dentro de la misma firma, creciendo rápido, encajando en un entorno que exigía mucho pero que también le devolvía lo suficiente como para no cuestionárselo demasiado.

Al principio todo tenía sentido. El ritmo, la exigencia, la sensación constante de estar avanzando. No había espacio para pensar demasiado en lo que dejaba atrás, y tampoco lo necesitaba. La vida allí funcionaba, era fácil dejarse llevar por lo inmediato, por lo nuevo, por la gente que entraba y salía sin dejar huella.

Pero con el tiempo, sin que pasara nada concreto, empezó a notar algo distinto. No era incomodidad, ni insatisfacción, era más bien una especie de distancia interna, como si todo estuviera bien colocado, pero no terminara de pertenecerle del todo. Seguía cumpliendo, seguía avanzando, pero había momentos —pequeños,

aislados— en los que algo se colaba. Y casi siempre tenía que ver con ella.

No pensaba en Lía todos los días. No era una obsesión, ni un recuerdo constante, pero tampoco había desaparecido nunca. Aparecía de forma puntual, en detalles mínimos, en gestos que le recordaban a ella sin venir a cuento, en esa forma concreta de mirar que no había vuelto a encontrar en nadie. Porque lo suyo nunca había sido algo fácil de colocar. No fue una historia evidente, ni algo que empezara con intención. Habían estado años en esa línea fina que no se cruza, pero que tampoco se rompe. Quedaban, hablaban, se buscaban sin reconocerlo del todo, compartiendo una complicidad que iba un poco más allá de lo normal, pero sin ponerle nombre. Hasta que un día dejó de ser solo eso.

No fue una noche cualquiera, ni algo que surgiera sin contexto. Fue una de esas veces en las que él volvió a Madrid por unos días, y acabaron en casa de Lía casi sin darse cuenta, como tantas otras veces, pero con algo distinto en el ambiente, algo más cargado, más evidente. No hubo conversación previa, ni hubo decisión. Simplemente pasó y fue demasiado natural, demasiado fácil, como si hubiera estado ahí desde siempre.

No hablaron después, no pusieron palabras a lo que había pasado, ni intentaron definirlo. Pero los dos sabían que no había sido un rollo más de una noche, que no era algo que se pudiera guardar en ese cajón sin más. Y, aun así, lo dejaron ahí, en pausa.

Dani se volvió a ir pocos días después y ahí fue donde se torció. No fue una traición clara, ni algo que él pensara como tal. Simplemente siguió con su vida, volvió a su ritmo, a su entorno, a esa inercia que tenía allí, y en uno de esos fines de semana en los que todo se mezcla, acabó liándose con otra chica.

No le dio más importancia de la que tenía en ese contexto, pero Lía se enteró. No de forma directa, porque él no se lo contó. Fue algo más torpe, más real. Un audio. Un mensaje que no era para ella. Borracho, tarde, confuso. Dani no se dio cuenta en ese momento, pero al día siguiente, al revisar el móvil, lo vio y entendió. No necesitó escuchar su respuesta para saber lo que había pasado.

Lía no montó una escena. No pidió explicaciones, ni le escribió para reprocharle nada, pero tampoco volvió a ser la misma. Intentó mantener la normalidad, seguir hablando como siempre, responder con la misma cercanía, pero no lo consiguió. Había algo roto, no de forma brusca, sino más silenciosa, más profunda, como cuando algo deja de encajar sin que nadie lo diga en voz alta. Porque para ella no había sido solo una noche. Y eso era lo que más dolía.

Dani lo notó, desde el principio. En la forma en que tardaba más en responder, en cómo las conversaciones se acortaban sin motivo, en ese tono más frío que no era evidente, pero que estaba ahí. Intentó mantener el contacto, escribir como siempre, normalizarlo, pero no funcionaba, porque ella ya no estaba en el mismo punto y él tampoco supo cómo colocarse. Así que, poco a poco, sin decirlo, dejó de insistir, dejó de escribir y Lía tampoco lo hizo.

No hubo cierre. No hubo conversación final. No hubo nada que marcara el final de lo que habían sido, simplemente dejaron de encontrarse y por eso, cuando la vio el sábado en el pub, todo volvió de golpe. No como recuerdo, sino como presente.

El domingo por la mañana, apoyado en la encimera de la cocina con el café en la mano, Dani repasó ese momento con una claridad incómoda. La forma en que la había visto antes de que ella lo viera, cómo se había quedado fuera del baño a propósito, cómo había esperado sin pensar demasiado en por qué lo hacía.

Y luego ese instante. Ese segundo en el que se miraron. No necesitó más. Porque en esa mirada estaba todo. Lo que había pasado, lo que no habían cerrado y lo que seguía ahí.

Dani no le escribió ese día. Ni el lunes. Ni el martes. Y no fue por orgullo ni por estrategia, sino porque sabía que con Lía no funcionaba así, que no podía aparecer con un mensaje cualquiera después de lo que había pasado, como si bastara con retomar la conversación en el mismo punto en el que la habían dejado años atrás. Había algo pendiente entre ellos, algo que no se resolvía con un "¿qué tal?" ni con una excusa ligera, y, por primera vez en mucho tiempo, Dani no tenía prisa por hacerlo mal. Aun así, no dejó de pensar en ella.

No de forma constante, ni obsesiva, pero sí lo suficiente como para que se colara en los huecos del día, en los momentos en los que la cabeza se relajaba y dejaba de estar ocupada en lo inmediato. Mientras esperaba un ascensor, mientras caminaba entre reuniones, mientras se servía un café que luego dejaba enfriar sin darse cuenta. Era una presencia intermitente, pero firme, que no necesitaba demasiado para aparecer. Y lo que más le incomodaba no era el recuerdo, sino la certeza de que, si volvía a verla, no iba a poder fingir que daba igual.

El miércoles por la tarde salió antes de la oficina, algo poco habitual en él, pero necesitaba aire, moverse, despejarse de un día que no había sido especialmente complicado pero que se le había hecho largo. Caminó sin rumbo fijo durante un rato, cruzando calles sin prestar demasiada atención, dejando que la ciudad lo absorbiera, como si eso bastara para recolocar lo que tenía dentro. Acabó entrando en un gimnasio al que se había apuntado al volver, uno de esos espacios amplios, modernos, llenos de gente que va y viene sin mirarse demasiado. Se cambió sin prisa y empezó a entrenar con una intensidad más alta de lo habitual, como si necesitara llevar el cuerpo a ese punto en el que la cabeza deja de insistir. Funcionó durante un rato, pero no del todo, porque incluso ahí, entre repeticiones y respiraciones marcadas, la imagen volvía. La misma, el mismo gesto, la forma en que Lía lo había mirado antes de apartarse. No era nostalgia, era algo más directo. más presente.

Esa noche quedó con Marcos y Álex en un bar cerca de su casa, de esos en los que no hace falta reservar ni planear demasiado, donde siempre hay sitio y donde las conversaciones fluyen sin esfuerzo. Se sentaron en la barra, pidieron algo de cenar y empezaron a hablar de lo de siempre, trabajo, planes, gente en común, temas que no exigían demasiado, pero Dani no estaba del todo ahí.

—Vale —dijo Álex en un momento, mirándolo—. ¿Qué te pasa?

Dani levantó la vista, apoyando el codo en la barra.

—Nada.

—No —respondió Marcos—. Nada no.

Hubo un silencio breve. Dani dudó un segundo.

—He vuelto a ver a Lía.

Álex dejó la copa en la barra.

—Hostia.

—Ya.

—¿Dónde?

—El sábado, de fiesta.

—¿Y?

Dani se quedó un momento mirando el vaso antes de responder.

—Nada.

Marcos soltó una pequeña risa.

—Eso no cuela.

Dani negó con la cabeza.

—De verdad, tío. Nada. Hablamos poco. La saludé, nos miramos y se fue.

—Pero…

Ahí estaba la pregunta. Dani levantó la mirada.

—Pero fue suficiente.

Silencio. De los que se entienden. Álex lo miró con más atención ahora.

—¿Sigues ahí?

Dani no respondió inmediatamente, pero tampoco esquivó la pregunta.

—No sé si me he ido alguna vez.

Nadie dijo nada porque no hacía falta.

Cuando llegó a casa esa noche, el silencio le resultó más presente de lo habitual. Dejó las llaves en la entrada, se quitó la chaqueta y caminó hasta el salón sin encender la luz, quedándose un momento de pie, mirando el espacio sin verlo realmente.

Sacó el móvil, lo desbloqueó y entró en la conversación. Lía. La pantalla estaba vacía, como si nunca hubiera pasado nada y, sin embargo, estaba todo. Se quedó un segundo más. Dos. Tres. Y esta vez no lo dejó ahí, esta vez escribió.

«Lía, tenemos que hablar.»

Se quedó mirando el mensaje antes de enviarlo, consciente de lo que implicaba, de que no era una frase neutra, de que abría algo que llevaba demasiado tiempo cerrado en falso. Pero no lo borró, lo

envió y dejó el móvil sobre la mesa, sin esperar la respuesta, sin necesitar verla al instante. Porque sabía que, a partir de ese momento, ya no había forma de volver atrás.



Lía vio el mensaje casi una hora después de que Dani lo enviara, cuando ya había terminado de trabajar y estaba en casa, con los zapatos dejados junto a la puerta y el bolso apoyado sobre la encimera sin haberlo abierto siquiera. Había entrado con esa inercia de final de día en la que el cuerpo sigue funcionando, pero la cabeza empieza a soltarse, y durante unos minutos no hizo nada, simplemente se movió por el salón sin un objetivo claro, encendiendo una luz, quitándose los pendientes, dejando el pelo caer sobre los hombros.

Fue al coger el móvil cuando lo vio. No había notificaciones pendientes. No había ruido. Solo ese mensaje. Dani.que habla

No sintió sorpresa, pero tampoco alivio. Fue algo más inmediato, más físico, como si el cuerpo reaccionara antes que la cabeza, una

ligera presión en el pecho, una pausa en la respiración que reconoció al instante porque no era nueva, porque ya la había sentido unos días antes, en ese mismo punto en el que todo parecía demasiado cercano.

Se apoyó en la encimera sin apartar la mirada de la pantalla, leyendo el mensaje otra vez, no por falta de comprensión, sino por lo que implicaba. No era una frase cualquiera, no era una excusa ni una forma de retomar el contacto sin consecuencias. Era directa. Demasiado.Y lo sabía.

Podía no contestar, podía dejarlo ahí, como tantas otras cosas que habían quedado en pausa entre ellos, sin cerrar, sin nombrar, sin enfrentarlas del todo. Pero también sabía que esta vez no iba a funcionar, porque ya no estaban en ese punto.

Dejó el móvil sobre la encimera, separándose un poco, como si necesitara espacio para pensar, aunque en realidad no estaba pensando tanto como intentando controlar lo que le estaba pasando por dentro. Caminó hasta el salón, se sentó en el sofá y apoyó los codos en las rodillas, mirando al suelo durante unos segundos.

No era miedo. O no exactamente. Era otra cosa. La sensación de estar a punto de abrir algo que llevaba demasiado tiempo cerrado, algo que no se había roto del todo, pero que tampoco se había mantenido intacto.

Volvió a coger el móvil, lo desbloqueó. La conversación seguía ahí y el mensaje también y esta vez no dudó tanto. No escribió rápido, pero tampoco se quedó paralizada.

«OK.»

Lo envió, se quedó mirando la pantalla y añadió, después de un segundo:

«¿Cuándo?»

Dejó el móvil a su lado y apoyó la espalda en el sofá, cerrando los ojos un momento, dejando que todo se asentara sin intentar ordenarlo demasiado. Sabía que, en cuanto lo viera, no iba a poder mantener esa distancia cómoda en la que había vivido los últimos años, que no iba a poder fingir que aquello había sido solo una etapa más, algo que se recuerda sin que afecte al presente. Porque no era así, nunca lo había sido.

El móvil vibró cuando no habían pasado ni dos minutos. Lía lo cogió, esta vez sin dudar.

«Mañana, si te parece bien. Después del trabajo, sobre las 7, donde tú quieras.»

Lía leyó los mensajes con calma, sin prisa, dejando que cada palabra se colocara antes de responder. No había urgencia en su forma de escribir, pero tampoco distancia. Pensó un segundo. Luego escribió.

«Me parece bien. En el Café Comercial.»

Envió y dejó el móvil sobre el sofá, esta vez más lejos, como si con ese gesto cerrara el acuerdo sin necesidad de añadir nada más.

Se levantó y fue hacia la cocina, sirviéndose un vaso de agua sin tener realmente sed, apoyándose después en la encimera con la mirada fija en ningún punto concreto. La casa estaba en silencio, un silencio cómodo, habitual, pero esa noche tenía otro peso, otra presencia, porque sabía que al día siguiente no iba a ser una conversación cualquiera.

No iban a hablar de lo que había pasado el sábado. Iban a hablar de todo lo demás.

A esa misma hora, en su piso, Dani estaba de pie frente a la ventana cuando vio la respuesta. Había dejado el móvil sobre la mesa después de enviar el mensaje, intentando no estar pendiente, pero no lo consiguió del todo.

Cuando vibró, lo cogió al instante. Lo leyó, y no sonrió, pero algo en su gesto se relajó.

Asintió levemente, como si ella pudiera verlo. Respondió sin pensarlo demasiado.

«Perfecto. Allí estaré»

Dejó el móvil sobre la mesa y apoyó las manos en el borde, inclinándose ligeramente hacia delante, soltando el aire despacio. No había nervios. No exactamente. Pero sí una tensión clara, definida, de las que no se pueden ignorar. Porque, por primera vez desde que todo se había quedado a medias… Iban a hablar. De verdad.

Lía no dejó el móvil apartado demasiado tiempo después de cerrar la conversación con Dani. Permaneció unos minutos en el sofá, con la mirada perdida en algún punto del salón, dejando que la

decisión se asentara sin forzarla, notando todavía ese leve temblor interno que no era exactamente nervios, pero tampoco calma. Sabía que iba a quedar con él, lo había decidido con una claridad que no solía cuestionarse, pero también sabía que no podía guardárselo, que necesitaba decirlo en voz alta, escucharse a sí misma mientras lo contaba, ver cómo sonaba fuera de su cabeza.

No escribió en el grupo, llamó directamente. La videollamada tardó apenas unos segundos en conectarse, primero apareció Pipa, medio tumbada, con el pelo recogido de cualquier manera y esa expresión inmediata de alerta que siempre tenía cuando algo rompía la rutina, y después Tana, más colocada, más recta, con la luz cálida detrás y la mirada fija en Lía incluso antes de que hablara.

—Vale —dijo Pipa, incorporándose un poco—. Esa cara no es normal. ¿Qué ha pasado?

Lía no dio rodeos, no buscó una forma suave de introducirlo, porque con ellas no hacía falta.

—Me ha escrito Dani.

El nombre se quedó flotando un segundo en la pantalla, lo justo para que todo encajara sin necesidad de más contexto. Pipa no reaccionó de inmediato, pero su gesto cambió, se tensó ligeramente, mientras Tana simplemente la miraba, esperando.

—¿Y? —preguntó, tranquila.

Lía apoyó el codo en el respaldo del sofá, pasándose la mano por el pelo antes de continuar.

—Me ha dicho que tenemos que hablar. Y… he aceptado.

El silencio que siguió no fue largo, pero sí denso, como si las tres necesitaran un segundo para recolocar lo que acababa de decir.

—Ya era hora —dijo Tana finalmente, sin dramatizarlo, pero con firmeza—. Eso tendríais que haberlo hecho hace años.

Pipa soltó una pequeña risa sin humor.

—Perdona, ¿cómo?

Tana giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—Que lo dejaron a medias. Y eso nunca funciona.

—Ya, claro —respondió Pipa, incorporándose del todo—. Y la solución es quedar ahora como si no hubiera pasado nada.

—No he dicho eso —replicó Tana, sin alterar el tono.

—Pues lo parece.

Lía no intervino, las miraba a las dos, dejando que la conversación tomara forma, sabiendo que, en el fondo, necesitaba escuchar exactamente eso.

—¿Sabes lo mal que lo pasó? —continuó Pipa, volviendo a mirar a Lía—. Porque yo sí. Estabas hecha mierda, aunque intentaras disimularlo.

Lía bajó la mirada un segundo, pero no lo negó.

—Lo sé.

—No, no —insistió Pipa—. Es que no fue solo que se liara con otra. Fue cómo se enteró. Fue ese audio, borracho, contándole algo que ni siquiera era para ella… ¿te acuerdas?

Claro que se acordaba, no hacía falta que lo describiera.

—Fue humillante —añadió Pipa, más baja, pero más firme—. Y él ni siquiera se dio cuenta en ese momento.

Tana intervino entonces, sin cortar del todo ese hilo, pero intentando colocarlo.

—Se dio cuenta después.

—Ya, pero después —respondió Pipa—. Cuando el daño ya estaba hecho.

Hubo un silencio breve, pero cargado. Lía levantó la mirada.

—No estoy diciendo que no haya pasado —dijo—. Ni que no me doliera.

—Pues parece —replicó Pipa.

—No —respondió ella, más clara—. Precisamente por eso quiero hablar con él.

Pipa negó con la cabeza.

—Yo no pienso aceptar a Dani.

No había duda en su voz.

—No voy a perdonarle lo que te hizo. Si tú no eres rencorosa, vale, pero yo sí.

Tana dejó escapar el aire despacio, apoyándose ligeramente hacia delante.

—No se trata de perdonar o no perdonar —dijo—. Se trata de cerrar algo que se quedó mal.

—¿Y si se vuelve a abrir? —preguntó Pipa.

—Ya está abierto —respondió Tana, señalando a Lía—. Desde el sábado.

Silencio. De los que encajan. Lía no apartó la mirada.

—No quiero tener algo con él —añadió, más despacio—. No estoy pensando en eso.

—Ya —murmuró Pipa—. Eso dices ahora.

—No —insistió Lía—. Lo que quiero es poder seguir con mi vida sin que esto aparezca cada vez que le vea.

Se detuvo un segundo, buscando bien lo que necesitaba decir.

—Quiero entender qué pasó y por qué se rompió así.

Tana asintió muy levemente.

—Eso es justo lo que tienes que hacer.

Pipa no parecía convencida, pero tampoco interrumpió.

—Si no lo haces —continuó Tana—, te lo vas a seguir encontrando siempre en el mismo punto y eso es peor.

Lía apoyó la espalda en el sofá, dejando que esas palabras encajaran, notando cómo algo dentro de ella se ordenaba un poco más.

—No puedo quedarme con eso a medias —dijo al fin—. No con él.

Pipa la miró durante unos segundos, más en silencio ahora, como si estuviera calibrando algo más allá de lo evidente.

—Solo te digo una cosa —añadió—. No te olvides de lo que pasó.

—No me he olvidado —respondió Lía—. Pero tampoco quiero quedarme ahí.

Tana sostuvo su mirada.

—Entonces has hecho bien.

Y esta vez, cuando lo dijo, no sonó como una opinión, sino como una certeza.

Lía no respondió de inmediato, pero notó cómo esa frase se colocaba dentro de ella con más fuerza que todo lo demás, como si fuera exactamente lo que necesitaba escuchar para no dudar de lo que ya había decidido. Iba a verlo.



El martes se le hizo más largo de lo habitual a los dos, aunque ninguno de los dos lo habría reconocido en voz alta. No era un día especialmente complicado, no había imprevistos ni sobresaltos, pero todo parecía alargarse un poco más de lo necesario, como si el tiempo hubiera decidido moverse despacio justo cuando más convenía que avanzara sin ruido. Lía mantuvo su rutina con la precisión de siempre, entrando en la oficina a su hora, respondiendo reuniones, tomando decisiones con esa claridad que la definía, pero había algo en su forma de estar que no era exactamente igual, una ligera tensión que se filtraba en los silencios, en esos momentos en los que se quedaba mirando la pantalla un segundo más de lo habitual antes de continuar.

No estaba nerviosa, o al menos no de la forma evidente, pero sí estaba más consciente. De sí misma. Del tiempo. De lo que iba a pasar al final del día.

Había elegido la ropa con más cuidado del que le gustaba admitir, no porque quisiera impresionar, sino porque sabía que no podía permitirse sentir que no estaba cómoda en su propia piel. Optó por una falda corta con una camisa que llevaba abierta en la parte de arriba, dejando ver el cuello y un poco de escote. Un outfit que marcaba la silueta sin resultar excesivo, combinado con unas botas

de tacón medio en negro y una blazer ligera que caía con naturalidad sobre los hombros. Nada llamativo, nada forzado, pero todo perfectamente medido, como si necesitara que al menos eso estuviera bajo control.

A media mañana, mientras revisaba un documento que ya había leído dos veces, se dio cuenta de que no estaba avanzando. Cerró el portátil con un gesto suave y se inclinó hacia atrás en la silla, dejando que el aire saliera despacio mientras miraba un punto indefinido del despacho. No pensaba en lo que iba a decir, ni en cómo iba a empezar la conversación, porque sabía que intentar ensayarlo solo iba a complicarlo más.

Con Dani nunca había funcionado así.

Dani, por su parte, tampoco tuvo un día especialmente diferente, al menos en apariencia. Llegó temprano a la oficina, revisó informes, encadenó reuniones y resolvió decisiones con la misma eficacia de siempre, pero había una parte de su atención que no terminaba de estar donde debía, un pequeño margen que se escapaba sin hacer ruido y volvía siempre al mismo sitio. No necesitaba pensar activamente en el encuentro, no necesitaba recordarlo constantemente; estaba ahí, de fondo, marcando el ritmo de todo lo demás.

A mediodía, mientras comía algo rápido en su mesa, miró el móvil sin intención concreta, revisando notificaciones sin importancia, hasta que, casi sin darse cuenta, abrió la conversación. No había mensajes nuevos, no había nada que añadir, y aun así se quedó unos segundos más de lo necesario, como si necesitara confirmar que seguía ahí, que no había sido algo puntual, una decisión tomada en caliente.

Cerró la pantalla y lo dejó a un lado. No había nada que adelantar.

El Café Comercial estaba lleno, pero Lía apenas lo percibía. El murmullo constante, el sonido de las tazas, el movimiento de los camareros entre las mesas… todo quedaba diluido en un segundo plano, como si el espacio se hubiera reducido únicamente a ese rincón en el que estaba sentada, con las manos rodeando la taza de

café sin llegar a beber, intentando controlar una sensación que no tenía nada que ver con el lugar.

Había llegado antes, como siempre, no por puntualidad sino por necesidad, porque necesitaba ese margen para respirar, para prepararse, para convencerse de que aquello era solo una conversación pendiente. No lo era. Lo supo en cuanto Dani cruzó la puerta. Ni siquiera tuvo que verlo primero, fue una sensación, un golpe leve pero inmediato en el pecho, un reconocimiento que no necesitaba lógica. Levantó la mirada casi sin darse cuenta, y ahí estaba, más serio, más contenido, pero con la misma forma de mirar que siempre había sido el problema.

Se quedaron quietos un segundo, solo uno, pero fue suficiente para que algo le recorriera el cuerpo, un hormigueo suave, incómodo y familiar a la vez, asentándose en el estómago.

Cuando Dani la vio, lo primero que pensó no fue solo que estaba guapa, fue algo más inmediato, más físico, como un golpe breve en el pecho que le obligó a detenerse un segundo antes de acercarse. Estaba guapa, sí, pero no en un sentido superficial, sino en esa forma que la hacía reconocible incluso desde lejos, con el pelo cayéndole natural sobre los hombros, la piel ligeramente iluminada por la luz cálida del local y esa expresión suya entre tranquila y alerta que siempre le había descolocado. Había algo en cómo estaba sentada, en la forma en que sostenía la taza sin beber, en cómo levantó la mirada al sentirlo entrar, que le recordó exactamente por qué no había encontrado lo mismo en nadie más, por qué ninguna otra había conseguido quedarse. Y entonces lo supo, con una claridad incómoda y tardía: no era que ella estuviera guapa, era que seguía siendo ella, y eso era justo el problema.

Ninguno apartó la mirada cuando él empezó a acercarse. Él sonrió cuando la tuvo delante, una sonrisa pequeña, ladeada, que no pretendía suavizar nada, y ese gesto, mínimo, fue suficiente para descolocarla más de lo que esperaba. Notó cómo el pulso se le aceleraba ligeramente, cómo algo en su expresión intentaba mantenerse neutro sin conseguirlo del todo.

—Hola —dijo él al llegar.

—Hola.

No se levantaron, no se tocaron, pero la distancia entre los dos no era cómoda. No era la de dos personas que se reencuentran sin más. Era la de dos cuerpos que saben exactamente cómo encajar, aunque no lo estén haciendo.

Dani se sentó frente a ella, dejando la chaqueta en el respaldo con calma, y durante un instante ninguno habló. El camarero apareció, pidió un café por él, y cuando se fue, el silencio volvió, pero esta vez más denso, más consciente.

Lía dio un pequeño sorbo al suyo, sin necesidad, solo para hacer algo con las manos, y cuando levantó la vista, él seguía mirándola. No de forma casual. De forma fija. Demasiado fija.

Sus ojos bajaron un instante, casi sin querer, hacia la boca de él, y cuando se dio cuenta, volvió a subir la mirada rápidamente, pero ya era tarde. Había pasado. Y él lo había visto.

Sonrió muy levemente y eso la terminó de desarmar.

—¿Para qué querías hablar? —preguntó, sin rodeos, pero con la voz ligeramente más baja de lo habitual.

Dani no respondió de inmediato. Se quedó mirándola un segundo más, como si estuviera decidiendo hasta dónde podía llegar sin romperlo todo, y cuando habló, lo hizo sin apartar los ojos de ella.

—Porque nunca lo hicimos.

La frase cayó despacio y encajó.

Lía apoyó la espalda en la silla, cruzando ligeramente las piernas, intentando recuperar una postura que le devolviera el control.

—Éramos amigos —dijo, manteniendo la mirada—. Y una noche se nos fue de las manos y… nos liamos.

No lo adornó. Dani negó muy levemente con la cabeza, sin dejar de observarla.

—No fue solo eso.

Lía dejó escapar una pequeña exhalación, casi una risa sin humor.

—¿No? Pues no hablamos de ello, ni hubo nada después.

—Porque yo me fui —dijo él.

Silencio. Más denso ahora.

—Exacto —respondió ella—. Te fuiste. Por eso no estoy entendiendo que me estés diciendo que no fue solo una ida de olla de dos amigos para ti.

Dani apoyó las manos sobre la mesa, más cerca, y durante un segundo Lía sintió esa cercanía de forma física, como si el espacio entre los dos se hubiera reducido más de lo que marcaban los centímetros.

—No supe cómo manejarlo —añadió él.

—¿El qué?

—A ti.

Lía notó cómo algo se tensaba en su interior, cómo ese hormigueo volvía, más intenso esta vez, subiéndole por el pecho.

—Lo que pasó contigo, lo que sentí por ti cuando pasó. —Continuó Dani—. Me di cuenta tarde… pero me di cuenta.

Lía sostuvo su mirada, sin apartarse.

—¿Tarde?

—Cuando ya estaba fuera.

Ella apretó ligeramente los labios.

—Y aun así no hiciste nada.

Dani negó despacio.

—Me dio miedo. Estaba lejos, con todo montado allí… y no supe si tenía sentido dejarlo todo por algo que ni siquiera habíamos hablado.

Lía bajó la mirada un segundo, pero no para huir, sino para contener lo que estaba sintiendo, y cuando volvió a él, sus ojos pasaron otra vez, apenas un instante, por su boca.

—Podrías haberlo intentado.

—¿A distancia? —negó—. Sabía que no iba a funcionar.

—Claro —respondió ella, con un punto de ironía suave—. Era más fácil no hacer nada.

—Sí.

Ese "sí" la descolocó más que cualquier excusa.

Silencio.

—¿Y el audio? —preguntó Lía.

Dani se tensó.

—Lía…

—No —lo interrumpió, sin dureza—. Hablemos.

Lo miró directamente.

—Ese audio en el que decías que te habías liado con una tía que estaba buenísima. Y que lo mío… —se detuvo un segundo, buscando bien las palabras— había sido "distinto" "incómodo de gestionar", y que no sabías qué hacer conmigo.

Dani cerró los ojos un segundo, breve.

—No era para ti.

—Ya —respondió ella—. Pero me llegó.

Pausa.

—Y no hacía falta que dijeras mi nombre. Sabía perfectamente que hablabas de mí.

Dani se inclinó ligeramente hacia delante, acercándose un poco más.

—Fui un idiota.

No lo adornó.

—No supe estar a la altura de lo que había pasado contigo.

Lía lo sostuvo, notando cómo esa frase encajaba en un sitio que llevaba tiempo desordenado.

—No —dijo—. No supiste.

Silencio. Más limpio ahora.

Se miraron unos segundos sin decir nada, y en esa pausa había algo distinto, algo que no era solo pasado, sino presente, algo que seguía ahí, vivo, incómodo y atractivo a la vez.

—Lo siento, Lía —dijo Dani entonces, más bajo.

Esta vez no hubo prisa.

—De verdad.

Ella no respondió de inmediato. Esperó. Y él lo entendió.

—No quiero que te vayas de mi vida —continuó—. No otra vez.

Su voz no subió, pero pesó más.

—Necesito volver a tenerte cerca. Sin desaparecer, sin hacer las cosas mal.

Lía lo observó en silencio, notando cómo algo dentro de ella se movía, cómo esa mezcla de calma y tensión le recorría el cuerpo de forma contradictoria.

—No te pido que olvides nada —añadió él—. Solo… una oportunidad para hacerlo bien.

Silencio.

Lía dejó escapar el aire despacio, apoyando la espalda en la silla, intentando ordenar lo que sentía, que no era poco, ni simple.

—No puedo prometerte nada.

—No te lo pido.

Se miraron más tiempo del necesario. Sus ojos volvieron a bajar, casi al mismo tiempo, a la boca del otro, y en ese instante el aire pareció cambiar, volverse más denso, más cargado de algo que ninguno nombró.

—Pero tampoco quiero seguir con esto a medias —dijo ella finalmente.

—Yo tampoco.

Lía inclinó ligeramente la cabeza, observándolo, y aunque no sonrió del todo, algo en su expresión se suavizó.

—Podemos intentarlo —dijo—. Como amigos.

La palabra quedó clara, marcando el límite y Dani asintió.

—Como amigos.

Pero ninguno de los dos apartó la mirada de inmediato y en ese silencio, en esa forma de sostenerse el uno al otro un segundo más de lo necesario, quedó claro que aquello, aunque lo llamaran así, no iba a ser solo amistad. No con esa forma de mirarse. No con todo lo que seguía pasando entre ellos sin decirse.



17

Salieron del Café Comercial sin prisa, pero sin detenerse, como si ambos necesitaran ese movimiento para cerrar lo que había pasado dentro, aunque ninguno de los dos tuviera claro si realmente se podía cerrar algo así. Dani se adelantó medio paso para pagar antes de que ella pudiera siquiera insistir, y cuando Lía intentó protestar, con esa media sonrisa que siempre usaba para quitarle importancia a las cosas, él negó suavemente con la cabeza.

—Invito yo.

—No hace falta, Dani…

—Lo sé —respondió, mirándola un segundo más de lo necesario —. Pero quiero.

No era una discusión, era una decisión y Lía, después de sostenerle la mirada un instante, terminó cediendo, no tanto por el gesto en sí, sino por cómo se lo había dicho.

Afuera, el aire era más frío de lo que esperaba. Madrid seguía en su ritmo habitual, gente pasando, coches, luces que empezaban a encenderse poco a poco, pero para ellos el mundo parecía moverse

en otra velocidad, más lenta, más contenida, como si todo lo que no habían dicho todavía pesara más que el ruido de la ciudad.

Caminaron unos pasos juntos, sin rumbo claro, sin hablar, dejando que ese silencio se instalara entre ellos sin incomodar, aunque no fuera ligero. Había algo ahí, denso, cargado, algo que ninguno parecía dispuesto a romper todavía.

Hasta que se detuvieron casi al mismo tiempo. Lía giró ligeramente hacia él, y Dani hizo lo mismo, quedando uno frente al otro, a una distancia corta, demasiado corta como para fingir normalidad, pero lo suficientemente amplia como para que cualquier gesto tuviera peso.

Se miraron son prisa, sin excusas y en ese instante, todo lo que habían intentado colocar dentro del café se desordenó otra vez. Lía notó el pulso en la garganta, esa sensación leve y constante en el estómago que ya no podía ignorar, y cuando sus ojos bajaron, apenas un segundo, hacia la boca de Dani, supo que él lo había visto, porque su respiración cambió, apenas perceptible, pero suficiente.

Él dio un paso. Solo uno, pero bastó. El espacio entre ellos se redujo hasta volverse incómodo, eléctrico, demasiado consciente. Lía sintió el calor de su cuerpo antes incluso de que la tocara, el olor de su colonia mezclado con algo más suyo, más cercano, más real, y durante un segundo pensó que iba a besarla. Y no se apartó, se detuvo ahí, justo en ese punto en el que todo podía romperse o sostenerse, y en lugar de acercarse más, levantó una mano con calma y la rodeó suavemente, atrayéndola hacia él.

La abrazó, y fue peor, porque no había tensión contenida en ese gesto, no había impulso ni urgencia, sino algo más profundo, más peligroso. Lía sintió cómo su cuerpo reaccionaba al instante, cómo se tensaba primero y después se rendía sin quererlo del todo, apoyando la mejilla contra su hombro, cerrando los ojos un segundo más de lo que pretendía.

El contacto era firme, pero no invasivo, y aun así le recorrió el cuerpo entero, como si cada recuerdo, cada sensación asociada a él se activara al mismo tiempo. Su mano se quedó suspendida un

instante antes de apoyarse en su espalda, dudando apenas un segundo antes de corresponder al abrazo.

El latido le retumbaba en el pecho demasiado fuerte, demasiado claro.

Dani cerró los ojos también, apretando un poco más, lo justo para sentirla de verdad, para confirmar que estaba ahí, que no era solo un recuerdo reconstruido con el tiempo. Su respiración se volvió más profunda, más lenta, intentando contener algo que no terminaba de encajar con lo que habían decidido dentro, porque aquello no era amistad y los dos lo sabían.

El olor de su pelo, la calidez de su cuerpo, la forma en que encajaba contra él sin esfuerzo… todo le resultaba demasiado familiar, demasiado suyo, como para fingir que podía colocarlo en un sitio neutro.

Lía notó un leve temblor en su propia respiración antes de separarse ligeramente, sin romper del todo el contacto, pero necesitando espacio.

—Tengo que irme —dijo, más bajo de lo que pretendía.

Dani asintió, aunque no se movió inmediatamente, como si le costara soltarla. Cuando finalmente lo hizo, la miró de nuevo, más cerca de lo que había estado dentro, más consciente, y durante un segundo ninguno habló. No hacía falta, había demasiado.

—Nos vemos —añadió ella.

—Sí.

Pero no sonó sencillo. Lía se giró antes de quedarse más tiempo del necesario, antes de hacer algo que no iba en la dirección que acababan de marcar, y empezó a caminar sin mirar atrás, manteniendo el ritmo firme durante unos pasos que parecieron más largos de lo que eran. Hasta que dejó de poder sostenerlo.

Las lágrimas le llegaron de golpe, sin aviso, sin transición, obligándola a bajar la cabeza mientras seguía caminando, respirando hondo para no romperse del todo en mitad de la calle. No era solo tristeza, ni solo alivio, ni solo rabia. Era todo a la vez.

Mientras tanto, Dani se quedó donde estaba, sin moverse, mirando cómo se alejaba. No necesitó que se girara para saber que algo no estaba bien, lo había sentido en ese último abrazo, en esa

forma de tensarse antes de soltarse, en esa prisa por marcharse. Pasó una mano por su cara, soltando el aire despacio, notando cómo todo lo que había intentado mantener bajo control volvía a desordenarse sin remedio. Había vuelto a ella. Y eso lo cambiaba todo.

Se quedó unos segundos más allí, inmóvil, con esa sensación incómoda de estar exactamente en el mismo sitio que años atrás, pero esta vez sin la posibilidad de huir sin consecuencias. Porque ahora lo sabía, con claridad. Demasiada. No era solo que la quisiera en su vida, era que no sabía cómo tenerla cerca sin querer más. Y eso, precisamente eso, era lo que hacía que todo fuera mucho más difícil. Porque ser solo su amigo iba a exigirle algo que no estaba seguro de poder sostener y aun así… No pensaba volver a perderla.

Lía siguió caminando unos metros más, intentando recomponerse, secándose las lágrimas con el dorso de la mano mientras buscaba aire de forma desordenada, como si le costara recuperar un ritmo normal después de todo lo que acababa de pasar. No podía volver a casa así, no todavía, no con esa mezcla en el pecho que no sabía ni cómo nombrar. Se detuvo en una esquina, apoyándose ligeramente contra la pared, y sacó el móvil casi por impulso.

No dudó demasiado. Marcó el número de Tana. Sabía que Pipa no era lo que necesitaba en ese momento. Pipa iba a reaccionar, a enfadarse, a juzgar, a protegerla desde un sitio más impulsivo, más visceral… y ahora mismo Lía no necesitaba eso. Necesitaba calma. Necesitaba a alguien que la escuchara sin romper lo que ella misma estaba intentando ordenar.

El tono sonó una vez. Dos.

—¿Lía?

La voz de Tana llegó al otro lado con esa mezcla de tranquilidad y alerta que siempre tenía cuando intuía que algo pasaba y fue suficiente. Lía cerró los ojos un segundo antes de hablar.

—Acabo de estar con Dani.

Silencio.

—¿Todo bien?… —preguntó Tana, más suave.

Lía dejó escapar una pequeña risa sin humor, apoyando la cabeza contra la pared.

—No sé ni por dónde empezar.

—Empieza por lo que estás sintiendo —dijo Tana.

Eso era lo que necesitaba. Lía tragó saliva, notando cómo la voz le temblaba un poco al salir.

—Sigue siendo él.

No hizo falta más. Al otro lado, Tana no respondió de inmediato, dejando espacio, dejando que la frase respirara.

—Lo sé —dijo al fin.

No fue una sorpresa, fue una confirmación.

—Hemos hablado —continuó Lía—. De todo. De lo de antes… del audio… de por qué se fue.

Se detuvo un segundo, mirando al suelo, recordando.

—Dice que se dio cuenta tarde. Que no supo qué hacer. Que le dio miedo dejarlo todo.

—¿Y tú?

Lía apretó los labios.

—Yo… —se quedó en silencio un instante—. Yo no sé qué hacer ahora.

Su voz bajó.

—Le he dicho que podemos intentar ser amigos.

Tana dejó escapar el aire suavemente.

—¿Y tú crees que eso es posible, Lía?

La pregunta no era dura, pero era directa. Lía negó, aunque Tana no pudiera verla.

—No —susurró—. No cuando lo tengo delante.

Silencio.

—¿Ha pasado algo más? —preguntó Tana, con cuidado.

Lía cerró los ojos un segundo, volviendo a ese momento fuera del café.

—Me ha abrazado.

No parecía gran cosa, pero lo era todo.

—Y… —añadió, más baja— no era un abrazo de amigos.

Tana no interrumpió.

—No puedo, Tana —continuó Lía, con un nudo en la voz—. No puedo tenerlo cerca así y hacer como si nada.

—No tienes que hacer como si nada —respondió ella, tranquila—. Pero tampoco tienes que decidirlo todo hoy.

Lía respiró hondo, intentando aferrarse a esa idea.

—Tengo miedo de volver a caer —admitió—. De volver a pasarlo mal.

—Es normal.

—Pero es que… —se le quebró un poco la voz— sigue siendo él.

Ahí estaba todo.

Tana sonrió al otro lado, aunque Lía no pudiera verlo.

—Eso no ha cambiado nunca.

Pausa.

—La diferencia es que ahora lo sabes.

Lía se quedó en silencio unos segundos, procesando eso, dejando que encajara.

—¿He hecho mal en verle?

—No —respondió Tana con firmeza—. Has hecho lo que necesitabas.

—¿Y ahora?

Tana tardó un segundo en contestar.

—Ahora no corras.

Su voz era suave, pero clara.

—Déjalo estar unos días. Vuelve a verte con él, pero sin forzar nada. Mira cómo te sientes. Mira cómo actúa él y sobre todo… no te mientas.

Lía cerró los ojos, dejando que esas palabras se asentaran poco a poco. El nudo seguía ahí, pero ya no estaba sola con él.

—Gracias —susurró.

—Siempre —respondió Tana.

Lía sintió que podía respirar un poco mejor. Se quedó en silencio unos segundos más, dejando que la calma que le había traído Tana se asentara poco a poco, notando cómo la respiración volvía a un ritmo más estable, aunque el pecho siguiera cargado de todo lo que acababa de remover. Se secó una lágrima que aún le quedaba en la mejilla y dejó escapar el aire despacio, apoyando la cabeza contra la pared.

—Oye… —dijo entonces, con un tono algo más ligero, aunque todavía arrastraba ese cansancio emocional—. ¿Cómo le voy a contar esto a Pipa?

Tana soltó una pequeña risa al otro lado.

—Esa es la verdadera pregunta importante.

Lía esbozó una media sonrisa, ya más relajada.

—Es que… —continuó—. No sé cómo se lo va a tomar. Bueno, sí lo sé… fatal.

—Hombre, va a montar un drama —respondió Tana con total naturalidad—. Pero un drama de los suyos, de los buenos.

—Es que no quiero discutir con ella —añadió Lía—. Ni que piense que estoy haciendo algo mal.

Tana guardó un segundo de silencio antes de contestar, como si estuviera eligiendo bien el tono.

—Pipa va a pensar que Dani es el demonio durante, mínimo, una semana más —dijo finalmente—. Luego bajará a "tío sospechoso pero tolerable" si él no la caga.

Lía soltó una pequeña risa, más real esta vez.

— Además, tú sabes cómo es… primero reacciona, luego piensa — dijo Tana—. Y luego te abraza y te dice que si te hace daño lo mata.

Lía negó suavemente con la cabeza, sonriendo ya sin esfuerzo.

—Literal.

—Mira —añadió Tana, con un tono más divertido—, yo creo que deberíamos prepararlo como si fuera una intervención.

—¿Cómo?

—Sí, en plan: "Pipa, siéntate, tenemos algo que contarte, respira hondo y no lances objetos".

Lía soltó una carcajada breve, llevándose la mano a la boca.

—Te juro que es capaz.

—Por eso —continuó Tana—. Igual hay que avisar antes a Nico, por si tiene que sujetarla.

—No puedo contigo —dijo Lía, todavía riéndose un poco.

—Eh, alguien tiene que aportar estrategia a este grupo.

El silencio que siguió ya no pesaba.

—Gracias, de verdad —añadió Lía, más tranquila—. Lo necesitaba.

—Lo sé.

Y esta vez, cuando colgó, Lía no estaba bien del todo, pero ya no estaba rota.



17

El piso de Nico todavía olía a ellos cuando Pipa salió de la ducha, con el pelo húmedo cayéndole por la espalda y la piel aún caliente, ligeramente enrojecida en algunas zonas que no necesitaban explicación. Se detuvo un segundo en mitad del salón, con la toalla suelta alrededor del cuerpo, observando el espacio con una media sonrisa que no era del todo consciente, como si su cuerpo aún estuviera un paso por delante de su cabeza.

Nico estaba en la cocina, apoyado contra la encimera, con una camiseta gris de algodón y el pelo todavía algo desordenado, como si no se hubiera molestado en recolocarlo después de la ducha. Tenía una taza en la mano y la otra apoyada en el borde, y cuando

la vio aparecer, levantó la mirada sin prisa, recorriéndola de arriba abajo sin esconderlo.

No era incómodo, era directo y a Pipa le gustó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Café? —preguntó él, sin apartar la mirada.

—Por favor.

Su voz salió más suave de lo habitual, pero no perdió ese punto suyo de seguridad, ese equilibrio entre control y provocación que la definía.

Se acercó despacio, cruzando el salón, descalza, sintiendo el frío del suelo bajo los pies y el contraste con el calor que aún llevaba en el cuerpo. Se sentó en la encimera sin pedir permiso, enrollando la toalla con más firmeza alrededor de las piernas mientras Nico le acercaba la taza.

Sus manos se rozaron. Nada exagerado, pero suficiente.

Pipa levantó la mirada.

—Esa cara… —dijo, con una sonrisa ladeada.

—¿Qué cara?

—Como si ya estuvieras pensando en repetir.

Nico apoyó la taza junto a ella, acercándose apenas un poco más, lo justo para invadir su espacio sin tocarla.

—No estoy pensando —respondió, tranquilo—. Estoy bastante seguro.

Pipa dejó escapar una pequeña risa, negando con la cabeza, pero sin apartarse.

—Eres peligroso.

—No —dijo él—. Soy bastante claro.

Y eso, eso era lo que la desarmaba. No había juegos innecesarios, ni dobles lecturas, ni esa ambigüedad a la que estaba acostumbrada con otros. Nico no dudaba, no medía cada gesto para ver cómo reaccionaba ella. Iba de frente, y a Pipa, que siempre había sido la que manejaba las situaciones, eso la colocaba en un sitio nuevo, uno que no controlaba del todo.

Bajó la mirada un segundo hacia su taza, dando un sorbo breve para ganar tiempo, para recolocarse.

—Anoche… —empezó, sin terminar la frase.

Nico no la ayudó, no rellenó el silencio. Esperó. Y eso le gustó todavía más.

—Anoche estuvo bien —terminó diciendo ella, con una naturalidad que no era fingida.

—Sí —respondió él.

Simple, sin adornos, pero cargado de significado.

Pipa levantó la mirada de nuevo, sosteniéndola esta vez.

—No me suele pasar —añadió—. Conectar así.

No era una confesión habitual en ella y lo sabía. Nico la observó unos segundos, más serio ahora.

—A mí tampoco.

Pipa dejó la taza a un lado, apoyando las manos en la encimera a cada lado de su cuerpo, inclinándose ligeramente hacia delante.

—Eso es lo que me preocupa —dijo, medio en broma, medio en serio.

Nico esbozó una pequeña sonrisa.

—No te preocupes tanto.

—No sabes con quién estás hablando —replicó ella.

—Sí —respondió él—. Y por eso te lo digo.

Pipa sostuvo su mirada un segundo más, notando cómo ese mismo calor volvía, cómo la cercanía empezaba a pesar otra vez de una forma demasiado familiar.

—Tengo que irme —dijo finalmente, rompiendo el momento antes de que volviera a cruzar esa línea.

Nico asintió, sin insistir, sin forzar.

—Vale.

No la retuvo, pero tampoco se apartó del todo. Pipa bajó de la encimera con calma, recogiendo su ropa del respaldo de una silla y vistiéndose sin prisa, sintiendo la mirada de él en cada movimiento, no invasiva, pero constante. Cuando terminó, se acercó de nuevo, cogiendo el bolso, y se quedaron frente a frente, a poca distancia, en ese punto incómodo en el que siempre parece que falta algo por decir.

—Me lo pasé muy bien —dijo ella.

Nico asintió.

—Yo también.

Pausa.

—Te escribo.

Pipa alzó una ceja, con esa media sonrisa suya.

—Eso dijiste ayer.

—Y lo hice.

No podía discutir eso. Se quedó mirándolo un segundo más, valorando, midiendo algo que no tenía del todo claro.

—Quizá —respondió finalmente.

Y esa palabra, en ella, ya era una puerta entreabierta. Nico sonrió, muy levemente.

—Me vale.

Pipa se giró entonces, sin alargarlo más de lo necesario, y salió del piso sin mirar atrás, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

En cuanto salió a la calle, Pipa inspiró hondo, dejando que el aire fresco le despejara un poco la cabeza, aunque no lo suficiente como para ordenar del todo lo que llevaba dentro. Caminó unos pasos sin rumbo, ajustándose el bolso al hombro, sintiendo aún en la piel el rastro de la noche anterior, y sacó el móvil casi por impulso.

No dudó. Marcó el número de Lía. El tono sonó una vez.

—Dime.

La voz de Lía sonó tranquila. Pipa frunció ligeramente el ceño mientras caminaba.

—Vale… ese tono no me gusta nada.

—¿Qué tono?

—Ese de "todo está bajo control" —respondió—. Cuéntame, ¿qué tal con Dani?

Al otro lado hubo una pequeña pausa, como si Lía estuviera decidiendo por dónde empezar.

—Hablamos.

—Ya —replicó Pipa—. Eso lo sabía. ¿Y?

Silencio breve.

—Bien… y complicado.

Pipa dejó escapar una pequeña risa seca.

—Genial, súper aclaratorio.

—Pipa…

—No, en serio —añadió, bajando un poco el ritmo al caminar—. ¿Qué ha pasado?

Lía respiró hondo al otro lado.

—Hablamos de todo. De lo de antes… de por qué se fue… del audio.

Pipa apretó ligeramente los labios al oír eso.

—¿Y qué te dijo?

—Que no supo manejarlo. Que le dio miedo. Que fue un idiota.

—Vale —asintió Pipa, aunque no pudiera verla—. Eso al menos es honesto.

Siguió caminando unos pasos más, esquivando a la gente sin prestar demasiada atención.

—¿Y tú qué hiciste?

—Decirle todo.

Eso la sorprendió. Para bien.

—Bien hecho —murmuró.

Pausa.

—¿Y ahora?

Lía tardó un poco más en responder.

—Vamos a intentar ser amigos.

Pipa se detuvo en seco.

—No.

No fue un grito, fue una negativa clara.

—Pipa…

—No, Lía —repitió, retomando el paso—. Amigos no. Eso no funciona. Menos con alguien con quien… —se detuvo, buscando la palabra— hay historia.

—No sé qué otra cosa hacer.

La sinceridad de Lía le llegó más de lo que esperaba, y por un segundo Pipa suavizó el tono, pero solo un segundo.

—Podrías no volver a meterte ahí.

Silencio.

—¿Ha pasado algo más? —preguntó entonces, más despacio.

Lía no respondió inmediatamente y eso fue suficiente. Pipa entrecerró los ojos.

—Ha pasado algo más.

—Me ha abrazado.

Pipa cerró los ojos un segundo, exhalando.

—Claro.

—Y no ha sido un abrazo de amigos.

—Ya —respondió ella—. Eso ya me lo imaginaba.

Pausa.

—¿Y tú?

La pregunta salió más suave y Lía tardó un poco.

—Sigue siendo él.

Ahí estaba todo. Pipa apretó los labios, mirando al frente mientras caminaba más despacio.

—Joder…

No era enfado, era frustración contenida.

—No quiero volver a pasarlo mal —añadió Lía.

—Entonces no lo pongas tan fácil.

Directa, como siempre, pero sin dureza.

—Pipa

—Te lo digo porque te conozco —continuó—. Porque sé cómo te quedaste la otra vez.

Silencio.

—Y no pienso volver a verte así.

La frase quedó clara, sincera. Lía no respondió de inmediato, pero Pipa sabía que la había escuchado.

—Vale —añadió entonces, bajando un poco el tono—. No voy a decirte lo que tienes que hacer.

Pausa.

—Pero voy a estar ahí igualmente.

Eso sí era innegociable. Lía dejó escapar una pequeña risa al otro lado.

—Lo sé.

—Y como la cague otra vez…

No terminó la frase, no hacía falta.

—Lo matarás —dijo Lía.

—Exacto.

Lía se rio, y ese sonido, aunque leve, relajó algo dentro de Pipa.

—Luego quedamos y me lo cuentas bien —añadió—. Con detalles.

—Vale.

Pipa colgó poco después, quedándose un segundo con el móvil en la mano, mirando al frente. No confiaba en Dani, ni un poco, pero confiaba en Lía. Y eso era lo que hacía que todo fuera mucho más complicado. Guardó el móvil en el bolso sin mirar atrás y retomó el paso, esta vez con un ritmo más lento, más pensado, como si la conversación con Lía hubiera cambiado algo en su forma de moverse. El bullicio de la calle seguía igual, la gente entrando y saliendo de cafeterías, parejas caminando juntas, conversaciones cruzadas que se perdían en el aire, pero ella iba en otra frecuencia, con la cabeza más llena de lo que quería admitir.

Se pasó la mano por el pelo, soltando el aire despacio mientras caminaba sin rumbo fijo durante unos minutos más, hasta que su cuerpo le pidió parar. Entró en una cafetería cualquiera, de esas de paso, sin encanto, solo para sentarse, pedir un café y tener un momento para sí misma.

Se dejó caer en la silla, cruzando las piernas, apoyando el codo sobre la mesa mientras miraba el móvil sin desbloquearlo. Nico no le había escrito y eso le molestó un poco. No demasiado, solo lo justo, lo suficiente como para darse cuenta.

Sonrió levemente para sí misma.

—Mira que eres idiota… —murmuró.

Porque sabía perfectamente qué era eso. Expectativa. Y no le gustaba.

Pidió un café, apoyó la espalda en la silla y cerró los ojos un segundo, intentando ordenar todo: Dani, Lía, la conversación, la noche anterior… Nico.

Demasiadas cosas a la vez. Demasiado poco control.

Cuando abrió los ojos, el móvil vibró en la mesa. Era Nico. Pipa lo miró unos segundos antes de cogerlo, sin prisa, como si necesitara ese pequeño margen para recolocarse.

«¿Has llegado bien?»

Simple. Directo. Sin adornos.

Pipa esbozó una media sonrisa, desbloqueando el móvil. Respondió:

«Sí. ¿Qué pasa, ya me echas de menos?»

La respuesta llegó rápido.

«Mucho, la casa está bastante más aburrida ahora.»

Pipa bajó la mirada un segundo, notando ese pequeño golpe en el estómago que no esperaba. Y no le gustó, pero tampoco lo evitó.

«Normal. Yo soy difícil de sustituir.»

Tres puntos. Escribiendo…

«No pretendo sustituirte.»

Pipa se quedó mirando la pantalla un segundo más de lo necesario, notando cómo esa forma de contestar, tan clara, sin rodeos, volvía a colocarla en ese sitio incómodo que no controlaba del todo.

Apoyó el móvil en la mesa, llevándose la taza a los labios para dar un sorbo mientras pensaba qué contestar. No quería precipitarse, ni parecer demasiado disponible, pero tampoco quería cortar. Volvió a coger el móvil.

«Me parece bien. Eres un chico listo ;)»

Envió el mensaje y dejó el móvil boca abajo sobre la mesa, apoyando la espalda en la silla con una pequeña sonrisa que no era del todo consciente, porque, aunque no quisiera admitirlo… Nico le gustaba mucho, demasiado. Él y lo que le hacía sentir. Y eso, en ese momento, era casi más peligroso que Dani para Lía.



17

Dani llegó a casa más tarde de lo que esperaba, pero no porque hubiera hecho nada en concreto, sino porque le costó moverse después de verla. Caminó sin rumbo durante un rato, metiendo las manos en los bolsillos, repasando cada momento sin querer hacerlo, como si su cabeza hubiera decidido volver atrás sin pedirle permiso.

El café, las miradas, la forma en que Lía había sostenido cada frase sin apartarse. Y ese instante fuera, cuando todo estuvo a punto de romperse.

Abrió la puerta de su piso, dejando las llaves en el recibidor con un gesto automático, y se quitó la chaqueta sin encender siquiera todas las luces. El silencio del espacio le golpeó más de lo habitual, no porque fuera extraño, sino porque venía de un lugar donde todo había estado demasiado lleno, demasiado vivo.

Se dejó caer en el sofá, apoyando los codos en las rodillas y pasando ambas manos por su cara, soltando el aire despacio. No había salido como esperaba. Había salido peor. O mejor. No sabía cómo definirlo. Lo que sí tenía claro era una cosa: había sido incapaz de mirarla sin querer más.

Cerró los ojos un segundo, apoyando la cabeza hacia atrás, recordando con una claridad incómoda cómo ella había bajado la mirada hacia su boca, cómo había dudado un instante antes de abrazarla, cómo su cuerpo había reaccionado al contacto sin posibilidad de controlarlo.

—Joder… —murmuró, en voz baja.

Porque aquello no era amistad y los dos lo sabían.

Se levantó del sofá, caminando hasta la cocina sin rumbo claro, abriendo la nevera sin buscar nada en concreto, solo para hacer algo con el cuerpo, para no quedarse quieto con todo eso dentro.

Cerró la puerta, se apoyó contra la encimera y pensó en ella otra vez, en cómo se había ido, en la forma en que había evitado mirarle demasiado al final, en algo que no había terminado de encajar. Frunció ligeramente el ceño. Algo no estaba bien, lo había sentido. No como una idea, sino más bien como una sensación.

Volvió al salón, cogiendo el móvil de la mesa con un gesto rápido, desbloqueándolo sin pensarlo demasiado. Abrió la conversación con Lía y se quedó mirando la pantalla unos segundos, como si el mensaje fuera más complicado de lo que realmente era.

No quería escribirle, pero quería. Y eso era el problema. Apoyó el pulgar sobre el teclado. Lo levantó. Volvió a apoyarlo. Escribió. Borró. Volvió a escribir. Y al final, sin darle más vueltas, escribió algo simple.

«¿Has llegado bien?»

Se quedó mirando el mensaje antes de enviarlo, notando ese pequeño nudo en el estómago que no tenía nada que ver con inseguridad, sino con algo más directo, más físico, más inmediato. Lo envió. Dejó el móvil sobre la mesa y no apartó la mirada, porque sabía que, a partir de ahí, todo volvía a empezar.

El móvil vibró antes de lo que esperaba. Dani no se movió inmediatamente, lo miró desde la mesa, como si ese pequeño gesto tuviera más peso del que debería, como si cogerlo demasiado rápido fuera reconocer algo que todavía estaba intentando mantener bajo control, pero no tardó mucho. Lo cogió. Desbloqueó.

«Sí. Acabo de llegar.»

Dani dejó escapar el aire despacio, apoyándose en el respaldo del sofá, pasando el pulgar por la pantalla sin escribir todavía, leyendo el mensaje una segunda vez sin necesidad. Había algo en lo simple que era… que le gustaba más de lo que quería admitir. No era distante, pero tampoco fácil, y eso con Lía siempre había sido así. Apoyó los codos en las rodillas, inclinándose ligeramente hacia delante mientras escribía.

«Bien.»

Dudó un segundo. Borró. Volvió a escribir.

«Me alegro.»

Envió el mensaje y dejó el móvil en la mano esta vez, sin soltarlo del todo, como si ya supiera que no iba a ser una conversación que pudiera cerrar rápido. Pasaron unos segundos, no demasiados, pero suficientes y el móvil volvió a vibrar.

«¿Tú?»

Dani esbozó una media sonrisa leve, casi automática, bajando la mirada hacia la pantalla. Le gustaba ese tono, ese equilibrio entre normalidad y algo que no lo era tanto.

«Sí. Hace un rato.»

Se quedó mirando el mensaje después de enviarlo, apoyando la cabeza hacia atrás, pero sin soltar el móvil, como si su cuerpo estuviera en el salón, pero su atención siguiera completamente en esa conversación y entonces pasó.

Pensó en ella otra vez, en cómo se había quedado mirándolo fuera del café, en ese segundo exacto en el que no se apartó, en cómo había tenido que elegir abrazarla en lugar de besarla. Cerró los ojos un instante, tensando ligeramente la mandíbula. No había sido fácil y no lo iba a ser.

El móvil vibró de nuevo.

«Gracias por el café.»

Dani soltó una pequeña risa por la nariz, negando suavemente con la cabeza, apoyando el pulgar sobre el teclado.

«No tienes que darme las gracias.»

No envió todavía. Añadió:

«Me apetecía.»

Esta vez dejó el móvil sobre la mesa, pero no se levantó, no se movió, simplemente se quedó ahí, mirando al frente sin ver realmente nada, notando cómo todo volvía a ese mismo punto una y otra vez. A ella. Siempre a ella.

Pasaron unos segundos más y el móvil volvió a vibrar.

«Ya.»

Solo eso. Y sin embargo… Dani sonrió, porque sabía perfectamente lo que había detrás de ese "ya". Ese tono, esa forma de no decir demasiado, de dejar cosas en el aire. Se pasó la mano por la cara, apoyando los codos en las rodillas otra vez, inclinándose hacia delante mientras cogía el móvil. Esta vez no dudó tanto.

«Lía…»

Se quedó un segundo mirando el nombre en la pantalla, como si escribirlo fuera ya cruzar una línea, y en cierta forma lo era. Continuó.

«Lo de hoy no ha sido solo para aclarar las cosas…»

Pausa. Respiró y añadió:

«Me apetecía verte.»

Envió el mensaje y esta vez sí, dejó el móvil en la mesa y se levantó. Caminó un par de pasos por el salón. Porque sabía que lo que acababa de hacer no era pequeño. No era neutro. No era de "amigos". Y aun así… No había podido no hacerlo.

Se apoyó en la pared, cruzándose de brazos, mirando hacia el móvil sin acercarse todavía... Esperando. No a que respondiera rápido, sino a ver si respondía igual. Porque ahí estaba la diferencia, en lo que ella decidiera hacer con eso.

El mensaje tardó en llegar. No mucho, pero lo suficiente como para que el silencio empezara a tener peso, como si cada segundo estirara un poco más esa cuerda invisible entre los dos. Dani no se movió, con el móvil en la mano, apoyado todavía contra la pared, sintiendo cómo el cuerpo le pedía adelantarse, escribir algo más, romper esa pausa, pero no lo hizo, esperó.

El teléfono vibró.

«Yo también llevaba mucho tiempo queriendo verte y que hablásemos. La verdad que las cosas no habían quedado bien entre nosotros y eso me estaba matando.»

Lía envió otro mensaje antes de que Dani terminara de leer el anterior:

«No sé si conseguiremos volver a ser amigos como antes, pero creo que merece la pena intentarlo.»

Dani bajó la mirada un segundo. Ahí estaba, la frase que resumía todo. Se quedó quieto.

Otro mensaje:

«¿Crees que podremos?»

Dani soltó el aire despacio. No sabía la respuesta, y no intentó disfrazarla.

«No lo sé, pero prefiero intentarlo a no tenerte.»

Esta vez no se movió, no caminó. Se quedó ahí.

«Yo tampoco quiero volver a perderte.»

Esa frase sí le golpeó. Más de lo esperado. Dani cerró los ojos un segundo, apoyando la cabeza hacia atrás antes de responder. Se quedó quieto unos segundos, mirando al frente, notando cómo todo se colocaba en un sitio que no era cómodo, pero sí inevitable. Habían elegido y elegir eso significaba otra cosa, más difícil, mucho más difícil, porque Dani sabía perfectamente lo que implicaba tenerla cerca así, verla, hablar con ella, reír con ella… Y no cruzar esa línea.

Se pasó la mano por la cara, soltando el aire despacio.

—Esto va a ser una mierda… —murmuró, casi con una media sonrisa cansada.

Porque no había dejado de quererla. Ni un segundo. Y ahora iba a tener que aprender a fingir que eso no importaba.



17

Madrid estaba especialmente vivo aquella noche, de ese modo en el que las calles parecen latir un poco más fuerte, con las luces reflejándose en los escaparates, el ruido constante de gente entrando y saliendo de bares y ese aire cálido que invita a quedarse más de la cuenta.

Habían quedado para cenar en Arrogante, un italiano en el que siempre había un espectáculo, con estética brutal, gente guapa y mucho ambiente.

Lía llegó la última, con el pelo suelto cayéndole en ondas suaves sobre los hombros, un vestido negro sencillo, pero perfectamente ajustado y con una espalda de infarto y unas sandalias de tacón que dejaban ver ese equilibrio suyo entre naturalidad y cuidado absoluto. Pipa ya estaba sentada, apoyada hacia atrás en la silla con una copa en la mano, top blanco estructurado, vaqueros de tiro alto y unas zapatillas impecables, relajada pero atenta a todo; Tana nunca había sido discreta vistiendo, y aquella noche no iba a ser la excepción. Mientras Lía apostaba por la elegancia medida y Pipa por ese equilibrio entre cómodo y cuidado, Tana jugaba en otra liga, una

donde el brillo no era un detalle, sino una declaración. Llevaba un vestido corto cubierto de pequeñas lentejuelas que captaban la luz cada vez que se movía, en un tono entre dorado y champagne que rozaba lo excesivo sin pedir perdón, y unos tacones altos que estilizan, pero también imponían, como si cada paso tuviera intención propia.

—Vas a dejar ciega a media sala —le dijo Pipa, echándole un vistazo rápido mientras salían del taxi.

—Ese es un poco el objetivo —respondió Tana, encogiéndose de hombros con una sonrisa.

Lía la miró de arriba abajo, sin juzgar, con esa mezcla de costumbre y cariño.

—No cambies nunca —añadió, y no sonaba a crítica.

Porque Tana no vestía así por llamar la atención sin más, sino porque le gustaba sentirse vista, segura, presente, como si el mundo fuera un escenario en el que ella no tenía intención de pasar desapercibida. Y, de alguna manera, lo conseguía siempre.

Durante la cena todo fue fácil: comida, risas, anécdotas, comentarios rápidos que se encadenaban sin esfuerzo. Pipa contó su mañana con Nico sin entrar en detalles, pero con esa media sonrisa que decía más de lo que verbalizaba; Tana escuchaba, intervenía con comentarios precisos, y Lía, aunque participaba, tenía momentos en los que se quedaba un segundo más callada, como si algo la tirara ligeramente hacia dentro.

—No estás aquí del todo —dijo Pipa de pronto, mirándola fijamente.

—Estoy —respondió Lía, apoyando el codo en la mesa.

—Ya —replicó—. Pero no del todo.

Tana sonrió suavemente.

—Déjala —dijo—. Hoy no analizamos.

Lía agradeció ese gesto con una mirada breve, y la conversación siguió, más ligera, más suelta, hasta que terminaron de cenar y decidieron moverse.

El local al que fueron después, Bárbara Ann, estaba lleno, con música alta pero no estridente, luces cálidas y ese ambiente en el que todo parece un poco más cercano de lo que realmente es. Nada

más entrar, Pipa miró alrededor con rapidez, como si estuviera midiendo el espacio, ubicando caras, calculando dinámicas.

—Vale, esto me gusta —dijo.

Pidieron copas, se colocaron cerca de la barra, y durante un rato todo volvió a ser fácil: bailaron, se rieron, comentaron a gente que pasaba, se movieron entre grupos sin quedarse en ninguno, con esa soltura que da sentirse cómodas en cualquier sitio.

Hasta que Lía lo vio. No de golpe, primero fue una sensación y después, al girarse, lo encontró. Dani estaba al otro lado del local, apoyado junto a un grupo, riéndose de algo que alguien acababa de decir. Llevaba camisa clara remangada y ese gesto relajado que tenía cuando estaba cómodo, pero en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Lía, todo cambió un segundo.

Se quedó quieto, solo un instante, pero suficiente. El tiempo de reconocerla, de sostener la mirada, y de no apartarla.

—¿Qué pasa? —preguntó Pipa, siguiendo la dirección de sus ojos.

Tardó medio segundo en entender.

—Ah, no —murmuró.

Tana giró también.

No estaba solo. Con él había varios chicos más. Lía reconoció a Álex, su amigo de siempre y supuso que el resto eran amigos nuevos o gente del trabajo. Entre ellos destacaba uno, más alto, más relajado, con una sonrisa fácil y una forma de moverse segura sin resultar arrogante.

Dani la vio antes incluso de que el resto del grupo terminara de entrar en la zona de la barra, y el gesto se le quedó suspendido un segundo, como si el cuerpo reconociera algo antes que la cabeza; no apartó la mirada, y Álex, que lo conocía demasiado bien, siguió esa dirección casi por inercia hasta encontrarse con las tres.

—Hostia, Lía—murmuró, con una sonrisa ladeada—. ¿Quién es la del vestido que está con ella? Está buenísima…

Dani soltó una pequeña risa por lo bajo, sin dejar de mirar a Lía.

—La del vestido se llama Tana—dijo—. Y cuidado, que no es fácil.

—Me da igual —respondió Álex—. Preséntamela.

Dani alzó una ceja, girándose por fin hacia él.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más —repitió Álex—. ¿O ahora te has vuelto de los que bloquean el acceso?

Dani negó con la cabeza, esbozando una media sonrisa.

—Venga —cedió—. Ven.

Caminaron hacia ellas sin prisa, pero sin dudar, y cuando llegaron, Dani se detuvo justo delante de Lía, demasiado cerca como para que fuera casual. Durante un segundo no dijeron nada, solo se miraron, reconociéndose otra vez en medio de todo el ruido.

—Vienen —dijo Pipa, casi sin mover los labios.

—Hola —dijo Dani al final, más bajo de lo que pretendía.

—Hola —respondió Lía, con una pequeña sonrisa.

—Hola Lía, ¡Cuánto tiempo! —dijo Álex mientras se acercaba a darle dos besos.

—La verdad es que sí. Me alegro de verte, Álex.

Dani apartó la mirada un instante, como si necesitara recolocarse, y entonces sí, giró el cuerpo hacia las demás.

—Bueno… —añadió—. Os presento. Estás son Tana y Pipa.

Álex dio un paso al frente directamente, sin esperar más.

—Álex —dijo, mirando a Tana con una sonrisa clara—. Encantado.

—Igualmente —respondió Tana, sosteniéndole la mirada sin esfuerzo.

Antes de que la conversación pudiera asentarse, uno de los compañeros de trabajo de Dani apareció por detrás, apoyando una mano en su hombro.

—Oye —dijo en voz alta, con media risa—, es de mala educación no presentar a las chicas guapas.

Dani rodó los ojos ligeramente, pero no llegó a responder, porque él ya estaba avanzando.

—Carlos —se presentó—. Encantado.

Se giró un poco, señalando hacia atrás.

—Y ellos son Marcos y Javi.

Los otros saludaron con naturalidad, y en cuestión de segundos el grupo dejó de ser dos lados separados para convertirse en uno solo, mezclado, cercano, con conversaciones cruzándose sin esfuerzo.

Y, aun así, entre todo ese ruido, Dani volvía a Lía cada pocos segundos, como si no pudiera evitarlo, como si no quisiera hacerlo.

Mientras tanto, Carlos se acercó a Lía, iniciando una conversación fácil, cercana, con ese punto justo de interés que no resultaba invasivo. Lía respondió, natural, cómoda, pero consciente, demasiado consciente, de que Dani estaba ahí y de que la estaba mirando. Cada vez que ella giraba la cabeza, lo encontraba en algún punto, con la atención dividida, pero volviendo siempre a ella.

Pipa lo vio. Y no le gustó.

—Relájate —murmuró Lía en un momento, sin mirarla directamente.

—No —respondió Pipa, seca—. No me da la gana. Dani no tiene derecho a mirarte así.

Pero no montó escena.

La música subió un poco, el grupo se movió hacia una zona más amplia y empezaron a bailar, mezclándose unos con otros. Álex y Tana terminaron hablando más cerca, riéndose, con una conexión que no era evidente pero sí real; el compañero de Dani seguía con Lía, inclinándose hacia ella para hablar por encima de la música, y Dani… Dani dejó de disimular. No interrumpió, no dijo nada, pero su gesto cambió.

Pipa lo notó y sonrió apenas.

—Le está bien, por cenizo —murmuró para sí misma.

En ese momento, el móvil le vibró, era un mensaje de Nico.

«¿Dónde estás?»

Pipa levantó la vista, recorriendo el local, y escribió sin pensarlo demasiado.

«En el centro. Te mando ubicación.»

Envió y guardó el móvil. Y levantó la copa.

—Esto se pone interesante —dijo, mirando a Lía y luego a Dani, que no apartaba los ojos de ella.

Y no se equivocaba, porque aquella noche, sin que ninguno lo dijera en voz alta, algo había empezado a moverse de verdad y ya no dependía solo de lo que habían decidido.

El calor del local empezaba a notarse, la música subía y bajaba en oleadas, y el grupo se había ido mezclando poco a poco hasta que todo parecía más caótico de lo que realmente era. Entre risas, copas

y conversaciones cruzadas, Lía sintió esa necesidad leve de salir un momento, de coger aire, de recolocarse.

—Voy al baño —dijo, inclinándose hacia Tana.

—Voy contigo —respondió ella sin dudar.

—Yo también —añadió Pipa, ya moviéndose.

Atravesaron el local esquivando gente, comentarios a medias y miradas que se cruzaban, hasta llegar al baño, donde el ruido quedaba ligeramente amortiguado, como si el espacio les diera un respiro momentáneo.

En cuanto la puerta se cerró tras ellas, el ambiente cambió. Más íntimo. Más directo. Tana fue la primera en hablar, apoyándose ligeramente contra la encimera mientras se miraba al espejo, pero sin prestar demasiada atención a su reflejo.

—Vale —dijo, girándose hacia ellas con una sonrisa que no intentó disimular—. Me encanta Álex.

Pipa soltó una pequeña risa, apoyándose también, cruzando los brazos.

—No has tardado nada.

—Es que no hace falta —respondió Tana, tranquila—. Es… —se detuvo un segundo, buscando la palabra— fácil.

Lía la miró, entendiendo perfectamente a qué se refería.

—Lo es —dijo—. Lo conozco bien. Es amigo de Dani de siempre. Es muy buena persona, Tana.

Tana alzó ligeramente las cejas.

—¿Sí?

—Sí —continuó Lía—. De esos que no fallan. Buen chico, de verdad.

Pausa.

—Y sí —añadió, con una pequeña sonrisa—, es muy guapo.

Tana soltó una risa breve, negando con la cabeza.

—Gracias por el análisis.

—Aprovecha —dijo Lía, con naturalidad—. No es fácil encontrar uno así.

Tana la sostuvo un segundo, como si valorara algo más allá de lo evidente, pero no dijo nada más. Pipa, que había estado observando

la escena en silencio, intervino entonces, apoyando una mano en la encimera.

—Bueno, y ahora hablemos de lo importante.

Las dos la miraron.

—El del trabajo de Dani —continuó—. El que se te estaba comiendo con los ojos mientras el otro se volvía loco.

Lía rodó los ojos al instante.

—No se estaba volviendo loco.

—Ah, ¿no? —Replicó Pipa, alzando una ceja—. Porque yo he visto tensión ahí como para cortar con cuchillo.

Tana esbozó una pequeña sonrisa, pero no intervino. Lía negó con la cabeza, apoyándose también contra la encimera.

—Exageras.

—No exagero —respondió Pipa—. Lo tengo delante. Uno hablando contigo como si le fueras a dar el teléfono en cinco minutos, y Dani mirando como si estuviera replanteándose todas sus decisiones vitales.

Lía soltó una pequeña risa, más por quitarle peso que porque no hubiera algo de verdad en lo que decía.

—Somos amigos —repitió—. Ya está.

Pipa la miró con calma, sin discutirle directamente.

—Ya.

Pero no insistió. Lía continuó, más tranquila:

—El chico es majo —añadió—. Me cae bien. Pero no creo que esté buscando nada.

Pipa hizo un gesto leve con la mano.

—Eso ya lo veremos...

Tana se giró hacia el espejo, retocándose ligeramente el pelo.

—Bueno —dijo—. De momento, yo me quedo con el mío.

Pipa sonrió.

—Haces bien.

Lía las miró a las dos, notando cómo algo dentro de ella se relajaba, aunque fuera solo un poco. Estar ahí, con ellas, le devolvía cierta claridad, cierta sensación de equilibrio que fuera del baño parecía más difícil de sostener.

—¿Volvemos? —preguntó.

—Volvemos —respondió Pipa.

Y salieron de nuevo al ruido, a la música, a las miradas.



17

Cuando volvieron del baño, el ambiente parecía aún más cargado que antes, como si el local se hubiera estrechado, como si el aire pesara un poco más. Pipa se adelantó sin mirar atrás, directa hacia Nico, que acababa de llegar y ya estaba apoyado en la barra con una copa en la mano, mientras Tana buscaba a Álex con la mirada y lo encontraba enseguida, esa conexión inmediata que no necesitaba explicación.

Lía, en cambio, se quedó medio paso atrás. No porque quisiera, sino porque lo vio. Dani estaba donde lo había dejado, pero no estaba igual. Tenía el cuerpo ligeramente más tenso, la mirada más fija, como si hubiera estado pendiente de cuándo volvería, aunque intentara disimularlo. Cuando ella se acercó, él no dijo nada al principio. Solo la miró. Un segundo más de lo normal.

—Por fin…—murmuró al final.

La música estaba alta, demasiado, obligándolos a acercarse más de lo que cualquiera de los dos habría elegido en otro contexto. Dani dio un paso hacia ella, inclinándose ligeramente, y al hacerlo, su mano rozó la suya.

Lía lo sintió. Sintió ese contacto como una descarga breve que le subió por el brazo y se le instaló directamente en el pecho, descolocándola un instante. No apartó la mano, pero tampoco la movió.

—Había cola —dijo ella, intentando sonar normal.

Dani no respondió enseguida. Se acercó más, mucho más, lo suficiente como para que su voz no tuviera que competir con la música. Lo suficiente como para que su aliento le rozara el oído al hablar.

—No vuelvas a dejarme solo… —dijo, muy bajo.

Y Lía se estremeció. Un temblor breve, inevitable, que le recorrió la espalda y la obligó a tensar ligeramente los dedos. Dani se quedó ahí un instante más, sin separarse del todo, como si tampoco tuviera prisa por recuperar la distancia, como si ese punto exacto le resultara demasiado cómodo.

—Álex se pilló por Tana… —añadió, girando apenas la cabeza hacia Tana.

Lía asintió, pero tardó un segundo en reaccionar.

—Sí… se le nota. Creo que es mutuo.

Su voz salió más baja de lo que esperaba... Dani la miró entonces, de cerca, demasiado cerca, y durante un instante ninguno de los dos dijo nada. No hacía falta, porque ahí estaba todo: la tensión, lo que no estaban diciendo.

Lía bajó la mirada un segundo, intentando recolocarse, pero al levantarla volvió a encontrarse con él.

—¿Y tú? —preguntó.

Dani frunció ligeramente el ceño.

—¿Yo qué?

Ella dudó apenas una décima de segundo, pero siguió.

—¿Tienes novia… o algo?

La pregunta quedó entre ellos, más cargada de lo que parecía. Dani no respondió inmediatamente. La miró. Directamente.

—No —dijo al final.

Pausa.

—Me gusta una chica… —añadió.

Lía notó cómo el estómago se le tensaba sin previo aviso.

—Ah, ¿sí? —preguntó, intentando mantener el tono neutro.

Dani asintió apenas.

—Sí.

Otra pausa.

—Pero es complicado.

Y al decirlo, no apartó la mirada, ni un segundo. Lía tampoco. Se quedaron así, frente a frente, en medio del ruido, de la música, de la gente pasando alrededor, pero completamente fuera de todo eso. Más cerca, cada vez un poco más. Sin decidirlo. Sin hablarlo.

Dani dio un paso mínimo hacia ella, inclinándose ligeramente, y Lía no se apartó. No pudo. Notaba el pulso en la garganta, ese calor incómodo y familiar subiéndole despacio, ese mismo que llevaba todo el rato intentando controlar.

Sus miradas bajaron un segundo a la boca del otro y volvieron a subir. El espacio entre ellos se volvió demasiado pequeño, demasiado claro. Y entonces…

—Hombre, Dani —apareció Carlos de repente, apoyando una mano en su hombro—. ¿Te dejo solo cinco minutos y ya te has montado tu propia fiesta?

El momento se rompió de golpe. Dani se separó apenas, lo justo para recolocarse, pasando una mano por la nuca con gesto tenso, mientras Lía desviaba la mirada hacia la barra, cogiendo aire como si lo necesitara.

—Te estaba buscando —continuó Carlos, ajeno a todo—. Ven, que estos quieren otra ronda.

Dani asintió, pero tardó un segundo en moverse. Lo justo para volver a mirar a Lía. Y esta vez, ninguno sonrió, porque los dos sabían exactamente lo que acababa de pasar y lo cerca que se habían quedado.

Carlos no tardó en volver. Se abrió paso entre la gente con esa soltura suya, dos copas en la mano, sonrisa fácil, y se plantó delante de Lía como si lo tuviera claro desde el principio.

—Para ti —dijo, tendiéndole una.

Lía la cogió, alzando ligeramente la ceja.

—Gracias.

—Ahora sí puedes agradecerlo —añadió él, divertido—. Ven.

Le ofreció la mano y, esta vez, Lía no dudó demasiado. La cogió con naturalidad, dejándose llevar hacia la pista, donde la música envolvía más, donde hablar obligaba a acercarse. Empezaron a moverse sin tensión, sin presión, con ese punto ligero que hacía que todo fluyera. Carlos hablaba fácil, se reía fácil, y eso hacía que ella también bajara un poco la guardia.

—Pensaba que ibas a decir que no —le dijo él, inclinándose hacia ella.

—A bailar no suelo decir que no.

—Me lo apunto.

Lía sonrió, girando un poco sobre sí misma, notando que, por primera vez en toda la noche, no estaba pensando demasiado.

—¿Siempre eres así? —preguntó él—. O sea, tranquila, pero con cara de que estás midiendo todo.

—¿Estoy midiendo todo?

—Un poco.

Lía negó con la cabeza, divertida.

—No tanto como crees.

—Menos mal —respondió él—. Porque entonces estaría esforzándome demasiado.

—¿Y te estás esforzando?

Carlos la miró un segundo, directo.

—Un poco sí.

Lía soltó una risa breve.

—No hace falta.

—Ya… —respondió él—. Pero quiero.

Siguieron bailando, acercándose lo justo, sin invadir, con esa complicidad fácil que no incomodaba. Lía se encontró cómoda, más de lo que esperaba, más de lo que quería admitir.

En la barra, Dani no estaba cómodo. Estaba apoyado con la copa en la mano, sin participar realmente en la conversación que tenía delante, su mirada volvía una y otra vez hacia ellos, como si no

pudiera evitarlo. Cada vez que Carlos se inclinaba hacia Lía, cada vez que ella se reía, cada vez que se acercaban un poco más en el baile, algo se le tensaba por dentro.

No era rabia. No exactamente. Era peor. Era ese tipo de incomodidad que no se puede justificar.

—Vas a romper el vaso —dijo Pipa a su lado, apareciendo sin avisar.

Dani bajó la mirada un segundo, dándose cuenta de la presión con la que estaba sujetando la copa.

—No te preocupes —respondió.

Pipa alzó una ceja.

—No lo hago.

Se apoyó junto a él, mirando hacia la pista sin disimular. Dani no contestó, se limitó a observar cómo Carlos decía algo y Lía se acercaba un poco más para escucharle.

—No te caigo bien, ¿verdad? —preguntó él al cabo de un momento.

Pipa giró la cabeza, mirándolo directamente.

—No.

—¿Por?

Ella se encogió de hombros.

—Porque no. ¿Cómo podrías caerme bien después de lo que le hiciste a Lía?

Dani apretó ligeramente la mandíbula, mirando otra vez hacia Lía, que en ese momento se reía de algo que Carlos acababa de decir.

—Tienes que relajarte si quieres ser su amigo. La estás mirando como si te fuera la vida en ello.

—Es que… —empezó, pasando la lengua por el labio inferior, como si buscara las palabras— no es cualquiera.

Pipa no dijo nada.

—Lía no es… —continuó él— no es de las que te olvidas y ya está. No funciona así.

Pausa.

—Y si alguien entra ahí —añadió, señalando levemente hacia la pista—, más le vale saber lo que hace. Porque no voy a permitir que nadie más le haga daño. Y conozco a Carlos.

Pipa lo miró, de verdad, sin ironía esta vez. Dani no estaba actuando, no estaba compitiendo. Estaba celoso, sí, pero también estaba preocupado.

Pipa desvió la mirada hacia la pista, más callada.

—Pues empieza por no hacérselo tú —murmuró.

Dani no respondió, pero no apartó la mirada de Lía.

En la pista, Carlos se inclinó un poco más hacia ella.

—Vale —dijo—. Voy a ser directo.

Lía lo miró, divertida.

—A ver.

—Dame tu número.

Así, sin rodeos.

Lía negó con la cabeza al instante, con una sonrisa.

—No.

Carlos alzó las cejas.

—¿No?

—No doy mi número a desconocidos.

—Hostia —rio él—. Me parece justo.

Se quedó un segundo pensándolo.

—Vale, entonces… ¿cómo hago para volver a verte?

Lía lo miró, midiendo la respuesta, y luego sonrió de lado.

—Tendrás que confiar en el destino.

Carlos soltó una risa.

—Eso suena a que no voy a volver a verte.

—O a que sí —respondió ella—. Depende de cuánto insistas.

—¿Insistir cómo?

—Pues apareciendo en los sitios correctos —dijo, encogiéndose de hombros—. Madrid no es tan grande.

Carlos la observó un segundo, sonriendo.

—Vale. Me gusta.

—Bien.

—Pero no me lo estás poniendo fácil.

—Nunca lo hago.

Silencio breve.

—Ha estado bien —añadió él.

—Sí.

Carlos asintió, sin insistir más, y dio un pequeño paso atrás, respetando ese límite que ella había marcado sin necesidad de explicarlo demasiado. Lía aprovechó ese momento para mirar hacia la barra y lo vio. Dani estaba mirándola, sin disimular. Esta vez, ella no apartó la mirada y durante un segundo, todo lo demás dejó de importar.



17

Dani estaba a punto de decir algo cuando el móvil de Pipa vibró entre sus manos.

«Ya estoy aquí.»

Levantó la vista casi por instinto y lo encontró enseguida. Nico acababa de entrar en el local. Al verla, sonrió y levantó una mano a modo de saludo.

—Perdona un segundo —le dijo a Dani.

Dejó la copa sobre la barra y caminó hasta él. Cuando estuvo delante, le dio un beso rápido en la mejilla.

—Pensé que ibas a tardar más.

—He venido todo lo rápido que he podido.

Pipa volvió a la barra un momento, más por inercia que por necesidad, buscando la copa que había dejado a medias, aunque en realidad lo que necesitaba era un segundo para recolocarse. Nico la siguió sin prisas, apoyándose a su lado, lo suficientemente cerca como para que el contacto fuera inevitable, pero sin invadir del todo.

—Estás muy callada —dijo él, mirándola de reojo.

Pipa dio un pequeño sorbo, sin mirarlo directamente.

—Estoy observando.

—Ya —respondió Nico—. Y juzgando.

Ella soltó una risa breve.

—Un poco.

Hubo un segundo de silencio, y luego él añadió:

—No te gusta Dani.

—No —respondió ella, sin rodeos.

Nico asintió, como si ya lo supiera.

—Se nota.

Pipa giró la cabeza hacia él, apoyándose con el codo en la barra.

—No me gusta cómo lo hizo —añadió—. Y no me gusta cómo puede volver a hacerlo.

Nico no respondió inmediatamente. Se tomó su tiempo, mirando hacia la pista donde Lía hablaba con Carlos, y Dani, un poco más atrás, no apartaba la mirada.

—Eso no es cosa tuya —dijo al final, tranquilo.

Pipa frunció ligeramente el ceño.

—Sí lo es.

—No —repitió Nico, girándose ahora hacia ella—. Es cosa de ellos.

Pipa lo sostuvo la mirada, sin ceder.

—Es mi amiga.

—Y él también tiene algo ahí —añadió Nico—. No hace falta ser muy listo para verlo.

Pipa dudó apenas una décima.

—Ya, pero…

—Pero nada —la interrumpió él, suave, sin imponerse—. Tú puedes estar ahí si ella se cae, pero no puedes decidir por ella.

Pipa bajó la mirada un segundo hacia la copa, pensándolo, incómoda no por lo que decía, sino porque sabía que tenía algo de razón.

—No quiero que le vuelva a hacer daño —murmuró.

Nico se inclinó un poco hacia ella.

—Entonces deja que él se equivoque si tiene que hacerlo —dijo—. O que lo haga bien.

Pipa levantó la vista, pero esta vez no respondió porque estaba pensando.

Nico la observó un segundo más, y algo en su expresión cambió ligeramente, menos serio, más cercano.

—Además —añadió—, cuando te pones así…

—¿Así cómo?

—Intensa.

Pipa alzó una ceja.

—Soy intensa.

—Ya lo sé —respondió él, sonriendo—. Y me gusta.

Ese gesto le descolocó un poco más de lo que esperaba.

—No cambies de tema.

—No estoy cambiando de tema —dijo Nico, acercándose un poco más—. Solo estoy aprovechando.

Pipa sostuvo su mirada.

—¿Aprovechando qué?

Nico no respondió con palabra, simplemente acortó la distancia. Su mano se deslizó directamente a su cintura, firme, segura, tirando de ella hacia él sin pedir permiso, y Pipa no se resistió. No quiso. Su cuerpo reaccionó antes que cualquier pensamiento, acercándose, encajando con él como si ese sitio ya estuviera aprendido.

—Esto —murmuró él.

Y entonces la besó. No fue un beso suave, ni dudoso. Fue directo, intenso, con esa mezcla de ganas acumuladas y seguridad que no dejaba espacio para medias tintas. Pipa respondió al instante, sin frenar, agarrándose a él con más fuerza de la que esperaba, notando cómo todo lo que había estado pensando hacía un momento se desdibujaba de golpe.

El ruido del local desapareció. La gente también. Solo quedó eso. El contacto, el ritmo, la forma en la que Nico la sostenía, firme, como si no tuviera ninguna duda de estar ahí.

Cuando se separaron, apenas unos centímetros, Pipa tardó un segundo en reaccionar, respirando más rápido, con esa sensación de vértigo que no esperaba pero que tampoco quería parar.

—Joder… —murmuró.

Nico sonrió, sin soltarla del todo.

—Sí.

Pipa apoyó la frente un segundo contra la suya, cerrando los ojos apenas un instante, notando todavía el temblor en el cuerpo y lo supo. Aquello ya no era solo un juego, aunque fingiera que sí.

No hablaron mucho más en el local. No hacía falta. Bastó una mirada, una de esas que no se sostienen por casualidad, para que todo lo demás quedara en segundo plano. Nico se inclinó ligeramente hacia ella, rozándole la mano, y Pipa entendió al instante. No hubo preguntas, ni medias decisiones.

—¿Nos vamos? —murmuró él.

Ella no respondió con palabras, solo asintió.

El taxi fue corto, demasiado corto para todo lo que llevaba acumulándose desde que se habían encontrado. Pipa apoyó la cabeza contra el respaldo, pero no dejó de mirarlo ni un segundo, y Nico tampoco apartó la mirada. No hablaban, pero el aire estaba cargado, denso, como si todo lo que no decían estuviera ahí, empujando.

Cuando llegaron al portal, no esperaron. La puerta apenas se cerró detrás de ellos cuando Nico la atrajo hacia sí, y Pipa respondió sin frenar, como si llevara horas esperando ese momento. Todo fue rápido, directo, sin pausas innecesarias, sin espacio para dudas. La forma en la que se buscaban no tenía nada de improvisado, era instintiva, segura, como si los dos supieran exactamente dónde querían llegar desde el principio.

La noche se fue deshaciendo en fragmentos, en idas y vueltas, en momentos en los que el tiempo parecía detenerse y otros en los que todo se aceleraba sin control. No hubo distancia, no hubo freno, no

hubo ese punto de contención que a veces aparece cuando no estás seguro. Aquello no era así. Era claro, era físico y era inevitable.

Cuando todo se calmó por primera vez, Pipa se dejó caer sobre la cama, todavía con la respiración desordenada, mirando al techo como si necesitara unos segundos para volver a colocarse. Nico estaba a su lado, también en silencio, pero con el cuerpo aún tenso, como si aquello no hubiera terminado del todo. Y no lo había hecho.

Se buscaron otra vez, sin hablar, sin pensarlo. Como si la única opción fuera continuar.

Más tarde —no supo cuánto tiempo había pasado—, el ritmo bajó de verdad. El aire se volvió más tranquilo, más lento, y el silencio ya no estaba cargado, sino cómodo. Pipa apoyó la cabeza de lado, mirándolo, observando la forma en la que respiraba, cómo tenía los ojos medio cerrados, el gesto relajado por primera vez desde que habían entrado.

Nico giró la cabeza hacia ella. Se quedaron mirándose más tiempo del habitual.

—Oye —dijo él al final, con la voz más baja, más seria.

Pipa no apartó la mirada.

—¿Qué?

Nico dudó una décima de segundo. Algo poco habitual en él.

—Esto… —empezó, haciendo un gesto leve entre los dos—. No quiero que sea solo esto.

Pipa frunció ligeramente el ceño, no incómoda, pero sí sorprendida.

—¿Solo esto?

—Sí —respondió él—. No me interesa que seas "una más".

Pausa.

—Quiero hacerlo bien contigo.

El silencio que quedó después no fue incómodo. Fue… nuevo.

Pipa lo miró sin responder inmediatamente, notando cómo algo dentro de ella se movía en una dirección que no tenía prevista. Porque aquello no encajaba con lo fácil. Con lo ligero. Con lo que ella solía hacer.

—¿Ir en serio? —preguntó, bajito.

Nico sostuvo su mirada.

—Sí.

Sin adornos, sin rodeos.

Pipa dejó escapar el aire despacio, apartando la vista un segundo hacia la habitación antes de volver a él. No había miedo exactamente, pero sí algo parecido. Algo que no aparecía cuando todo era más simple.

—No lo sé —respondió.

Sonó sincera y Nico asintió, sin presión.

—No tienes que saberlo ahora.

Pausa.

—Pero yo sí sé lo que quiero.

Eso la descolocó un poco más porque no era lo que esperaba. Ni de él, ni de ese momento.

Pipa volvió a mirarlo, esta vez más despacio, más detenida, como si estuviera empezando a verlo de otra manera. Y, por primera vez desde que había empezado todo con Nico…no tenía del todo claro que pudiera quedarse solo en algo fácil.

Pipa bajó la mirada un segundo, respirando despacio, como si necesitara ordenar lo que estaba sintiendo. No era rechazo. No era miedo exactamente. Era… cuidado. Porque sabía que aquello, si lo cruzaban, no iba a ser como lo demás. Le importaba más de lo que quería admitir.

Volvió a mirarlo más tranquila, más honesta.

—No te voy a contestar ahora —dijo, sin rodeos.

Nico asintió, sin presionarla.

—Vale.

Pipa se acercó un poco más, apoyando la mano en su pecho, notando el latido firme bajo sus dedos.

—Pero lo voy a pensar —añadió—. Porque tú… —dudó apenas una décima—…no eres como los demás.

Eso sí lo descolocó. No mucho, pero lo suficiente. Nico sonrió, esta vez de verdad, más suave.

—Menos mal.

Pipa dejó escapar una pequeña risa, negando con la cabeza, pero no se apartó, al contrario, se quedó ahí, cerca, y eso, para Nico, fue más que suficiente. Se le notó en la forma en la que se le iluminó la

expresión, en cómo soltó el aire como si no supiera que lo estaba conteniendo. Sabía perfectamente lo que significaba viniendo de ella. Que no hubiera dicho que no… ya era un paso enorme.

Y sin darle más vueltas, la agarró por la cintura y la colocó encima de él con naturalidad, como si ese fuera exactamente su sitio. Pipa soltó una pequeña risa al notar el gesto, apoyando las manos en su pecho para equilibrarse.

—¿Otra vez? —Dijo, con media sonrisa—. ¿Cuántas veces puedes repetir esto en una noche?

Nico la miró desde abajo, con esa mezcla de seguridad y diversión.

—Es culpa tuya.

—Ah, claro.

—Totalmente.

Pipa negó con la cabeza, divertida, pero no se movió. Al contrario, se inclinó un poco más hacia él, dejando que la distancia desapareciera otra vez, que el juego volviera a empezar sin necesidad de pensarlo demasiado.

Y esta vez no hubo prisa. No porque no la hubiera, sino porque sabían perfectamente cómo llegar otra vez ahí.

Se quedó un segundo sobre ella, sosteniéndose en sus brazos, mirándola de cerca, como si quisiera memorizar ese momento antes de romperlo. Pipa le sostuvo la mirada, con la respiración todavía algo desordenada, notando cómo el cuerpo le respondía antes incluso de que él hiciera nada más.

Y entonces volvió a besarla. Esta vez más despacio. Sus labios volvieron a encontrarse, bajando el ritmo solo lo suficiente para alargarlo, para saborearlo, para hacer que todo volviera a encenderse poco a poco, recorriendo su piel con calma calculada, despertando en ella esa misma reacción que ya conocía. Y Pipa respondió como antes, sin frenarse, como si ya no quisiera hacerlo. Nico aprovechó ese gesto, girándose con facilidad hasta quedar sobre ella, apoyándose en sus brazos, manteniendo el peso sin llegar a aplastarla, lo justo para seguir mirándola de cerca.

Sus labios se movieron sin prisa, pero sin perder intensidad, como si el tiempo se hubiera alargado solo para ellos. Pipa respondió al

instante, alzando ligeramente el cuerpo para acercarse más, pasando las manos por su espalda, notando cada músculo bajo sus dedos, firme, caliente, vivo.

Nico descendió apenas unos centímetros, sin romper del todo el contacto, dejando que el beso se desplazara, más suave, más exploratorio, recorriendo su piel con esa calma que no tenía nada de inocente. Pipa cerró los ojos un segundo, dejando escapar el aire poco a poco, sintiendo cómo ese ritmo más lento no hacía que disminuyera la intensidad, sino todo lo contrario.

Le gustaba. Demasiado.

Sus manos se movieron también, respondiendo, subiendo por su cuello, enredándose en su pelo, tirando ligeramente de él cuando Nico volvió a buscar su boca, esta vez con más hambre, con menos control. El equilibrio entre ambos se rompía y se reconstruía constantemente, como si ninguno quisiera ceder del todo.

—Joder… —susurró ella, casi sin darse cuenta.

Nico sonrió contra su piel, sin separarse del todo. La forma en la que se movían ya no era casual. Había intención en cada gesto, en cada pausa, en cada contacto. Pipa notaba cómo todo se concentraba en ese punto exacto donde ya no había pensamiento, solo reacción, solo ganas, solo ese impulso claro de no querer parar.

Se arqueó ligeramente, acercándose más a él, marcando el ritmo sin decirlo, y Nico lo entendió al instante. Sus movimientos se adaptaron, se sincronizaron, como si no necesitaran hablar para saber exactamente qué quería el otro.

Y en ese intercambio, en esa forma de avanzar sin freno, Pipa dejó de medir, dejó de controlar, dejó de pensar. Se dejó llevar, del todo.

Cuando el ritmo subió otra vez, cuando la intensidad volvió a romper cualquier intento de calma, ella ya no estaba intentando contener nada. Sus manos apretaban más, su respiración se volvía irregular, y su cuerpo reaccionaba a cada gesto de Nico con una claridad que no podía fingir.

—Nico… —murmuró, casi como una advertencia.

Pero no era una advertencia, era rendición. Él no se detuvo. No quería. Y no iba a hacerlo, porque sabía exactamente lo que estaba

provocando y porque ella no estaba intentando pararlo.

El momento creció, se tensó, se volvió más intenso, más concentrado, hasta que Pipa cerró los ojos con fuerza un segundo, dejándose caer hacia atrás, notando cómo todo se desbordaba sin poder controlarlo. Cuando volvió a abrirlos, todavía estaba ahí, con él, demasiado cerca, demasiado dentro de ese momento.

Nico la miraba de verdad, como si no hubiera nada más en la habitación. Y en la forma en la que sonrió después, en cómo volvió a inclinarse hacia ella sin romper ese contacto… quedaba claro que ninguno de los dos había terminado todavía.

Pipa no esperó. Cuando notó que el ritmo volvía a subir, que él no había terminado, que seguía completamente dentro del momento, cambió la posición con una naturalidad que no tenía nada de improvisada. Se incorporó despacio, deslizándose sobre él, colocándose encima sin dejar de mirarlo, sujetándose con las manos sobre su pecho.

Nico soltó el aire, sorprendido solo un segundo.

—Hostia… —murmuró, con una sonrisa que se le escapó sin control—. Vale.

Pipa respondió con una media sonrisa, segura, pero con ese punto de provocación que sabía perfectamente que a él le desarmaba.

—Cállate —dijo, bajito.

Y empezó a moverse. Primero despacio, marcando ella el ritmo, sin prisa, como si quisiera alargarlo, como si estuviera probando hasta dónde podía llevarlo. Nico la miraba sin apartar los ojos, las manos apoyadas en sus caderas al principio, siguiéndola, acompañando cada movimiento, dejándose llevar por ella.

Pero no tardó en reaccionar. Sus manos comenzaron a recorrer su cuerpo con más intención, subiendo desde sus caderas, deteniéndose en su cintura, marcando el ritmo con más firmeza, guiándola sin quitarle el control del todo.

—Así… —murmuró, con la voz más grave—. No pares.

Pipa sintió cómo ese tono le recorría la espalda y no se detuvo. Al contrario, aumentó el ritmo ligeramente, dejándose llevar por esa reacción en él, por la forma en la que su cuerpo respondía, por

cómo sus manos apretaban más ahora, más seguras, más implicadas.

Nico deslizó una mano hacia arriba, recorriendo su espalda, dibujando su forma con calma antes de volver a bajar, mientras con la otra la mantenía firme, acompañando cada movimiento, cada cambio de ritmo.

—Joder, Pipa… —añadió, sin apartar la mirada—. No sabes lo que haces.

Ella sí lo sabía, eso se notaba. Se inclinó un poco hacia él, apoyando una mano cerca de su hombro, acercándose lo justo para que sus caras quedaran a centímetros, respirando el mismo aire.

—Sí que lo sé —susurró.

Ese gesto terminó de romper cualquier intento de control. Nico respondió al instante, incorporándose un poco, lo suficiente para acercarse más a ella, sus manos ahora más activas, más presentes, recorriendo sin pausa, provocando que cada movimiento de Pipa se volviera más intenso, más preciso.

Ella lo notaba en cómo su cuerpo reaccionaba, en cómo el ritmo ya no era solo físico, sino algo más profundo, más conectado. Sus movimientos se volvieron más firmes, menos medidos, dejándose llevar del todo, notando cómo ese punto volvía a crecer, a concentrarse, a empujarla otra vez hacia ese límite que ya había cruzado antes.

—No pares… —repitió él, más bajo, más cerca.

Y no lo hizo. Porque ya no quería, porque estaba completamente dentro de eso. Y cuando el momento volvió a romperse, cuando todo se concentró otra vez en ese punto exacto donde ya no había control posible, Pipa cerró los ojos un instante, dejándose llevar sin freno, sintiendo cómo todo volvía a desbordarse.

Nico no tardó. Su reacción fue inmediata, casi inevitable, acompañando ese ritmo que ella había marcado desde el principio, dejándose arrastrar por completo por ella, por la forma en la que lo había llevado hasta ahí.

Cuando todo terminó, el cuerpo de Pipa cedió ligeramente hacia delante, apoyándose sobre él, todavía con la respiración acelerada, sin soltarse del todo.

Nico dejó caer la cabeza hacia atrás un segundo, soltando el aire.

—Definitivamente… —murmuró—. Es culpa tuya.

Pipa soltó una risa suave contra su cuello, todavía sin recuperarse del todo.

—Me encanta que lo sea.

Pipa no se apartó y él tampoco quiso que lo hiciera.



17

La noche se había desordenado sin que nadie lo notara del todo. Pipa ya no estaba. Había desaparecido hacía rato con Nico, dejando un rastro evidente de miradas cómplices y ninguna explicación. Tana seguía con Álex, apoyada en la barra, riéndose con esa soltura suya que dejaba claro que estaba cómoda, más de lo que ella misma admitiría en voz alta. Y Lía… Lía se quedó en medio. No sola, pero sí sin sitio.

Carlos seguía cerca, hablándole, manteniendo esa conversación ligera que no exigía nada, que no removía, que no obligaba a pensar

demasiado. Y, por un momento, Lía agradeció eso. Agradeció poder estar ahí sin sentir ese nudo constante en el estómago.

Hasta que lo volvió a notar. Sin verlo. Dani. Se giró y ahí estaba, apoyado en la barra, mirándola como si llevara un rato haciéndolo, como si no hubiera sabido muy bien cuándo acercarse, pero ya no pudiera esperar más.

No hizo un gesto, no la llamó, pero no hacía falta. Lía dejó lo que estaba diciendo a medias, girándose apenas hacia Carlos.

—Ahora vuelvo —murmuró.

Él asintió, sin preguntar, con esa facilidad que tenía para no incomodar.

Dani no se movió hasta que la tuvo delante. Entonces sí, se separó de la barra y sin decir nada, inclinó ligeramente la cabeza hacia la salida.

Lía entendió y lo siguió. El cambio fue inmediato. El ruido quedó atrás en cuanto cruzaron la puerta, el aire de la calle golpeándoles con esa calma fría que siempre llega tarde en Madrid, cuando la noche ya ha avanzado demasiado. Durante unos segundos no hablaron. No hacía falta. Caminaron unos pasos, lo justo para alejarse del bullicio, hasta quedarse en ese punto intermedio donde todo se vuelve más íntimo.

Dani se giró hacia ella, demasiado cerca. Otra vez.

—No me ha gustado —dijo.

Directo.

Lía alzó una ceja, cruzándose de brazos, aunque el gesto no era defensivo del todo.

—¿El qué?

—Verte con él.

No dudó, no lo disfrazó. Lía dejó escapar una pequeña risa, pero no era ligera.

—No tienes derecho a que no te guste.

—Ya —respondió él—. Pero no me da igual.

Ahí. Eso sí llegó.

Lía lo miró un segundo más de lo habitual, notando cómo algo dentro de ella se tensaba otra vez, ese mismo punto que llevaba toda la noche intentando controlar.

—Dani… —empezó.

Pero él no la dejó terminar.

—No es solo lo de hoy —añadió, más bajo—. Es todo.

Lía no apartó la mirada esta vez.

—Entonces dime qué es —dijo.

—No lo sé hacer contigo —murmuró.

Y esa frase… Esa frase fue peor que cualquier otra cosa. Lía soltó el aire despacio, bajando la mirada un segundo, como si necesitara recolocarse para no romperse justo ahí.

—Claro —dijo.

Dani la vio, triste, decepcionada y no dudó. Su mano subió hasta su cara, sujetándole suavemente la mandíbula, acercándola a él, y Lía no se apartó, no pudo. El espacio desapareció en un instante y, cuando sus labios se encontraron, no fue suave, fue contenido. Fue todo lo que llevaban evitando desde que se habían vuelto a ver.

Lía respondió al instante, agarrándose a él con más fuerza de la que esperaba, notando cómo todo se le desordenaba por dentro, cómo ese beso no tenía nada de nuevo y, al mismo tiempo, lo cambiaba todo. Se acercó más, pegándose a él, como si necesitara comprobar que era real, que estaba pasando de verdad.

Dani la sostuvo con firmeza, profundizando el beso, perdiendo el ritmo, encontrándolo otra vez, sin control, sin medida. Y durante esos segundos… no hubo duda. No hubo pasado. No hubo decisiones pendientes. Solo ellos.

Pero entonces, Dani se detuvo. No de golpe, pero sí lo suficiente. Se separó apenas unos centímetros, todavía cerca, demasiado cerca, con la respiración desordenada, la mirada fija en ella. Y dudó. Otra vez.

Lía lo vio. Lo sintió. Ese instante exacto en el que él volvía a quedarse a medias, en el que no terminaba de dar el paso, en el que algo lo frenaba.

Y eso fue todo. Se apartó. Dani bajó la mirada a su boca.

—No es que no quiera —añadió él—. Es que contigo…

Y Lía lo vio claro, irreversible. Se separó. Solo un paso, pero suficiente.

—No —dijo.

No enfadada, ni dramática. Peor. Clara.

Dani la miró, desconcertado.

—Lía…

Ella negó suavemente con la cabeza.

—No voy a volver a quedarme aquí esperando a ver si te decides —añadió—. No otra vez.

Silencio. Dani no supo qué decir, porque no tenía nada claro y eso se le veía. Lía lo sostuvo un segundo más y luego se giró. Sin prisa, sin huir, pero sin quedarse. Volvió a entrar en el local, el ruido envolviéndola de nuevo, y no dudó al buscar a Carlos. Él la vio enseguida, como si hubiera estado pendiente, y sonrió al verla acercarse.

—¿Todo bien? —preguntó.

Lía asintió.

—Sí.

Pausa.

—¿Vas a quedarte mirándome o vas a sacarme a bailar?

Carlos sonrió, divertido.

—Vamos.

Carlos le tendió la mano y ella la cogió. Mientras tanto, desde la puerta, Dani seguía ahí, mirándola. Y esta vez sí entendió algo, que no decidir… también era una decisión y que acababa de perderla.

Dani no volvió a entrar. Se quedó unos segundos más en la puerta del local, con el ruido saliendo a ráfagas cada vez que alguien abría, pero ya completamente fuera de todo eso, como si la noche hubiera terminado para él en ese mismo instante en el que ella se giró.

La vio desaparecer entre la gente, la vio acercarse a Carlos, la vio elegir. Y no hizo nada.

Metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar sin rumbo claro, alejándose poco a poco de la música, de la luz, de lo que quedaba de esa noche que había empezado sin importancia y había terminado pesándole demasiado.

Madrid a esas horas tenía algo extraño, una calma engañosa entre calles todavía vivas, con grupos saliendo de bares, taxis parando en doble fila, risas que se cruzaban con conversaciones a

medias. Dani caminaba entre todo eso sin verlo realmente, con la cabeza en otro sitio, repasando una y otra vez el mismo momento.

El beso.

Cerró los ojos un segundo mientras cruzaba un paso de peatones, notando cómo le volvía de golpe. La forma en la que ella se había pegado a él, sin dudas, sin freno, como si no hubiera nada más. Había sido real. Demasiado real. Y él lo había sentido, en el cuerpo, en el pecho, en ese punto incómodo donde sabes que no es algo pasajero.

Soltó el aire despacio, pasando la lengua por el labio inferior, como si aún pudiera notarlo. Su olor. Siempre era eso. Ese olor limpio, cálido, tan suyo, que no sabía explicar pero que le había golpeado en cuanto se acercó, como si el tiempo no hubiera pasado, como si nada se hubiera roto del todo.

—Joder… —murmuró.

Siguió caminando, más rápido ahora, pero no servía, porque después del beso venía lo otro. La forma en la que lo miró. No enfadada, no dolida de forma evidente, peor, decepcionada. Ese gesto contenido, ese segundo en el que entendió que él no iba a hacerlo. Otra vez. Y ahí fue donde todo se le clavó de verdad, porque no era la primera vez y los dos lo sabían.

Se pasó una mano por la cara, apretando los ojos un instante, intentando apartarlo, pero no podía, porque después vino lo que más le estaba jodiendo. Ella girándose, yendo hacia Carlos sin mirar atrás. Y esa imagen… Esa sí que no se le iba.

Se la imaginó riéndose con él, bailando otra vez, acercándose, como había hecho con él minutos antes… y esa idea le tensó el cuerpo de golpe, un nudo seco en el estómago que no sabía ni cómo gestionar.

No tenía derecho. lo sabía, pero le daba igual.

—Eres gilipollas —murmuró para sí mismo.

Porque había tenido el momento. Lo había tenido ahí, claro, sin ruido, sin excusas, y había vuelto a hacer lo mismo, quedarse a medias.

Cuando llegó a su portal, ni siquiera recordaba bien el camino. Subió las escaleras más por costumbre que por otra cosa, abrió la

puerta y dejó las llaves caer sin cuidado, el sonido rompiendo el silencio del piso.

Se quitó la chaqueta y la tiró sobre una silla y se dejó caer en el sofá de golpe. Apoyando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, pero no sirvió, porque todo volvió otra vez. El beso, sus manos en él, la forma en la que ella se había agarrado, cómo había respondido sin dudar, cómo se había acercado y, luego… cómo se había ido.

Abrió los ojos, mirando al techo, completamente quieto, como si moverse fuera a empeorar algo.

—No sé hacerlo contigo… —repitió en voz baja.

Y le sonó peor ahora. Mucho peor. Porque no era que no supiera, era que no se atrevía. Entendió lo que eso significaba, que alguien más sí podía hacerlo, que alguien más no iba a dudar, y que Lía… no iba a esperarle.

Giró la cabeza hacia un lado, apoyando el brazo sobre los ojos, intentando frenar ese pensamiento, pero ya estaba dentro. Ella con Carlos. Ahora. Quizá en ese mismo momento. Esa imagen le golpeó otra vez. Más fuerte. Y esta vez no pudo apartarla, porque, en el fondo, lo sabía. No la había perdido de golpe, pero sí lo suficiente y lo peor de todo… era que había sido él.



17

Dentro del local, la música seguía marcando el ritmo de una noche que todavía no había terminado para todos.

Lía no volvió a mirar hacia la puerta ni una sola vez. Carlos la sostuvo de la mano mientras se abrían paso entre la gente, volviendo a la pista como si nada hubiera pasado, como si ese pequeño paréntesis hubiera quedado completamente fuera de ese espacio. Pero no era verdad, ella lo sabía y aun así… se dejó llevar.

Carlos se acercó por detrás, apoyando una mano en su cintura, girándola con suavidad para colocarla frente a él, y Lía respondió sin resistencia, moviéndose con él, adaptándose a ese ritmo fácil, sin tensión, sin preguntas.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó él, inclinándose para que pudiera oírle.

—Sí —respondió ella, mirándolo directamente.

Y esta vez no mentía del todo. No estaba bien, pero estaba mejor ahí. Más fácil, más ligero. Carlos sonrió, como si esa respuesta le bastara, y la acercó un poco más, sin invadir, pero sin esconder el interés. Lía notó el gesto, lo entendió, y no se apartó. Al contrario,

acortó un poco más la distancia, apoyando una mano en su hombro, dejando que el contacto se volviera más claro.

No había duda, no había miedo y, sobre todo…no había espera.

—Vamos a tomar algo a algún sitio más tranquilo —dijo él después de un rato—. Aquí no se puede ni hablar.

Lía lo miró un segundo. Sabía lo que significaba.

—Vale.

La respuesta fue simple, pero era una decisión que necesitaba tomar para dejar a un lado definitivamente a Dani. Salieron del local sin despedirse de nadie, el aire de la calle recibiéndolos otra vez, más frío ahora, más silencioso. Caminaron juntos, sin prisa, con esa cercanía que ya no era casual, hablando de cosas pequeñas —el sitio, la música, Madrid de noche—, pero cada vez con menos palabras y más silencios cómodos.

—¿Vives lejos? —preguntó él.

—No, podemos ir andando.

Pausa.

—¿Me estás invitando a tu casa?

Carlos sonrió y Lía sostuvo su mirada un segundo.

—Vamos —dijo.

El trayecto fue corto. Subieron en silencio, pero no era incómodo, era contenido, como si ambos supieran exactamente hacia dónde iba todo y no necesitaran ponerle nombre.

La puerta se cerró despacio tras ellos. El silencio del piso contrastaba con todo lo que venían dejando atrás, con la música, con las miradas, con el ruido constante de la noche. Aquí no había nada de eso. Solo el espacio. Y ellos.

Lía dejó el bolso sobre la mesa sin mirar, como si ese gesto fuera automático, como si lo importante estuviera ya en otro sitio. Cuando se giró, Carlos seguía donde lo había dejado, a un par de pasos, observándola sin prisa, sin invadir. Eso le gustó. Que no se precipitara, que no diera nada por hecho, pero tampoco dudó, se acercó. Acortó la distancia sin pensarlo demasiado, como si ya hubiera tomado la decisión fuera, en la calle, y solo estuviera ejecutándola ahora. Carlos respondió al instante, inclinándose lo

justo, encontrándose con ella en ese punto exacto donde ninguno tenía que ajustar nada.

El beso fue distinto al de Dani, no tenía historia, no tenía peso, pero tenía algo que, en ese momento, le resultaba más fácil de sostener: claridad.

Carlos no la agarró con fuerza ni la arrastró hacia él, pero tampoco se quedó atrás. Sus manos se apoyaron en su cintura con seguridad, manteniéndola cerca, acompañando el beso con un ritmo que no buscaba desbordar, sino construir y Lía lo notó. Notó esa forma de estar, de no invadir, de no dudar.

Sus manos subieron por sus hombros, rodeándole el cuello con naturalidad, acercándose un poco más, dejando que el contacto se volviera más claro, más presente. No había urgencia, pero sí intención.

—¿Estás segura? —murmuró él, separándose apenas.

Lía lo miró y asintió.

—Sí.

No era solo una respuesta, era una decisión necesaria para dejar atrás a Dani de una vez por todas. Carlos no volvió a preguntar, la besó otra vez, esta vez con más seguridad, más directo, y Lía respondió sin frenarse, notando cómo su cuerpo reaccionaba distinto, menos contenido, más dispuesto a dejarse llevar.

Se movieron despacio hacia el interior del salón, sin romper el contacto, sin prisa, como si el espacio no importara demasiado. Cada gesto era más claro que el anterior, cada movimiento más decidido, como si los dos estuvieran entrando en el mismo ritmo sin necesidad de marcarlo.

Lía notaba la diferencia en cómo él la tocaba, en cómo la miraba. No había dudas, no había interrupciones, no había ese segundo de retroceso que ya conocía demasiado bien. Y eso, en ese momento, pesaba.

Sus manos se movían con más libertad ahora, explorando sin miedo, respondiendo a cada gesto de Carlos, encontrando ese equilibrio en el que ninguno iba por delante ni por detrás.

El tiempo dejó de importar y la noche también.

Carlos no dudaba y eso se notaba en todo. No solo en cómo la había mirado desde el principio, ni en cómo había decidido seguirla hasta su casa sin rodeos, sino en la forma en la que ahora la tocaba, en cómo se movía con ella, en esa seguridad tranquila que no necesitaba imponerse porque ya estaba ahí.

Cuando el beso se rompió apenas un segundo, sus manos no desaparecieron, se mantuvieron firmes, seguras, deslizándose por su cintura, marcando el espacio, acercándola más a él mientras la observaba un instante, como si midiera su reacción sin perder esa confianza.

—Ven —murmuró, muy bajo.

No era una orden, pero tampoco una pregunta. Lía sintió ese tono en el cuerpo, ese punto de certeza que no dejaba lugar a dudas, y no se resistió. Al contrario, dio el paso que faltaba, acercándose del todo, dejando que la distancia desapareciera completamente.

Carlos respondió al instante. Sus manos subieron por su espalda con calma, recorriéndola sin prisa, pero sin titubeos, aprendiendo su forma con cada gesto, como si ya supiera exactamente dónde detenerse, dónde insistir, dónde bajar el ritmo y dónde hacerlo subir.

Carlos sabía y eso se notaba en cómo la llevaba, en cómo marcaba el ritmo sin imponerse, pero sin dejar que se perdiera. Sus movimientos eran seguros, fluidos, como si todo tuviera sentido sin necesidad de pensarlo demasiado.

Cuando empezó a deshacerse de la ropa, no lo hizo con prisa, pero tampoco con timidez. Fue directo, natural, como si no hubiera nada que cuestionar en ese momento, como si ambos hubieran decidido ya, mucho antes de llegar ahí.

Lía dejó que ocurriera, sintiendo cómo cada gesto, cada roce, la iba llevando un poco más dentro de ese punto en el que ya no había espacio para pensar. Sus manos respondieron también, moviéndose con más libertad, recorriéndolo con curiosidad y con ganas, notando esa seguridad en él que la arrastraba sin esfuerzo.

—Mírame —murmuró Carlos en un momento, muy cerca.

Y Lía lo hizo.

Sus manos volvieron a bajar, a recorrer su cuerpo con más intención, más presentes ahora, buscando esa reacción que no tardó

en llegar. Lía cerró los ojos apenas un segundo, sintiendo cómo un escalofrío le recorría la piel, cómo el cuerpo respondía sin necesidad de controlarlo.

—Así te gusta, ¿verdad?… —dijo él, casi en un susurro.

Y no dejó de hacerlo. Cada gesto tenía un ritmo. Cada movimiento una intención. No era brusco, pero tampoco era lento por inseguridad. Era preciso. Sabía cuándo acercarse más, cuándo mantener la tensión o cuándo hacer que ella sintiera exactamente lo que estaba pasando.

Y Lía se dejó llevar, notando cómo ese control, esa forma de moverse, de tocar, de guiar sin forzar, la hacía perder el suyo poco a poco, dejándose arrastrar por algo que no tenía nada que ver con lo que había sentido antes esa noche. Había una continuidad que la hacía reaccionar, moverse con él, acompasarse sin pensarlo, como si el cuerpo entendiera antes que la cabeza. Y cuando el momento creció, cuando todo se concentró en ese punto en el que ya no había forma de contenerlo, Lía ya no estaba midiendo nada, solo sintiendo, respondiendo.

Y en la forma en la que Carlos no perdió el ritmo, en cómo siguió exactamente donde tenía que hacerlo, en cómo supo sostener ese momento sin romperlo… quedó claro que no era casual, que no estaba improvisando y que sabía perfectamente cómo hacerla temblar.

Después de recorrerla con las manos, de haberla llevado justo hasta ese punto en el que el cuerpo ya respondía sin control, la guió con suavidad, pero con firmeza, haciéndola quedar sobre sus rodillas y sus manos, marcando el movimiento con una seguridad que no dejaba espacio para la duda. Sus manos se apoyaron en sus caderas, sosteniéndola desde atrás, ajustando la distancia, acercándola a él con una precisión que no era brusca, pero tampoco vacilante.

El cuerpo de Lía reaccionó antes de que pudiera pensarlo, tensándose un segundo, soltándose después, dejándose llevar por esa forma de dirigir sin imponer, de sostener sin frenar. Sus brazos buscaron apoyo, su respiración cambió, más profunda, más irregular,

mientras todo se concentraba en ese instante en el que ya no había marcha atrás.

Carlos no se detuvo, mantuvo el ritmo, acompasado a ella, pero guiando al mismo tiempo, como si supiera exactamente cómo mantener ese equilibrio sin perderla en ningún momento. Sus manos no dejaron de moverse, recorriendo lo que tenía cerca, sujetando, marcando el contacto, reforzando cada sensación con esa mezcla de control y cercanía que hacía que todo se sintiera más intenso.

Lía cerró los ojos un instante, dejando escapar el aire, notando cómo el cuerpo respondía con más claridad, cómo cada movimiento tenía eco en ella, cómo todo iba creciendo sin necesidad de forzarlo.

—Dios, Lía… —volvió a decir él, muy bajo, casi pegado a ella.

Y esa fue una forma de sostener el momento, de no romperlo, de seguir llevándola justo donde quería.

El ritmo subió apenas, lo suficiente para que ella lo sintiera distinto, más intenso, más presente, y Lía respondió, moviéndose con él, encontrando ese punto en el que ya no había diferencia entre guiar y dejarse llevar. Y en esa forma en la que Carlos no perdía el control, en cómo sabía exactamente cuándo insistir y cuándo sostener, en cómo todo fluía sin interrupciones… Lía entendió que eso era exactamente lo que necesitaba.

El ritmo fue bajando poco a poco, sin romperse de golpe, como si el cuerpo necesitara unos segundos para volver a su sitio, para entender lo que acababa de pasar. Carlos se quedó quieto un instante, respirando todavía cerca de ella, y luego se apartó con calma, sin prisa, sin decir nada.

Se incorporó, pasó una mano por su pelo y buscó su ropa interior por el suelo con un gesto automático. No había incomodidad, ni distancia incómoda, solo ese silencio después de algo intenso que no necesita palabras inmediatas.

—Ahora vuelvo —dijo, señalando el baño.

Lía asintió levemente, todavía recostada, con el cuerpo relajándose poco a poco sobre el colchón. Se giró sobre la cama, estirándose despacio, notando ese cansancio agradable que llega después, ese peso ligero en los músculos que no molesta, que simplemente está.

Alargó el brazo, cogió una camiseta que tenía doblada en la mesilla y se la puso por encima, dejándola caer sin demasiado cuidado. Se acomodó boca arriba, mirando al techo un segundo, respirando más tranquila, dejando que todo se asentara.

No pensaba en Dani. Y eso, por sí solo, ya era algo. Cuando Carlos salió del baño, el ambiente era otro, más calmado, más sencillo. Se quedó un segundo apoyado en el marco de la puerta, mirándola con una media sonrisa que no tenía nada de tensión, solo una satisfacción tranquila.

—No sé si esto entra dentro de mis mejores decisiones o de las más repetibles —dijo, con tono ligero.

Lía giró la cabeza hacia él y sonrió.

—Podemos investigarlo otro día.

Carlos soltó una pequeña risa, acercándose a la cama.

—Eso suena peligrosamente bien.

Ella se incorporó un poco, apoyándose en el codo.

—No hace falta que te vayas —dijo, sin darle demasiada importancia—. Es tarde… puedes quedarte si quieres.

No había carga en la frase, ni expectativa, solo naturalidad.

Carlos la miró un segundo, como valorando algo que en realidad ya tenía claro.

—Vale.

Se metió en la cama a su lado, colocándose boca arriba, dejando algo de espacio entre los dos. No hubo gesto de acercarse más, ni manos buscando, ni necesidad de repetir nada. Solo esa cercanía tranquila que no incomodaba.

—Te aviso que ronco —añadió él al cabo de unos segundos.

Lía soltó una risa suave.

—Perfecto, así sé que sigues vivo.

—Tranquila, soy bastante constante.

El comentario la hizo reír un poco más, y ese sonido rompió del todo cualquier resto de tensión que pudiera quedar. Se giró ligeramente hacia él, todavía sonriendo.

—Ha estado muy bien.

Carlos giró la cabeza también, mirándola de lado.

—Sí —respondió, sin adornos—. Muy bien.

No hacía falta decir más. El silencio que quedó después no era incómodo, era cómodo, de esos que se instalan sin pedir permiso cuando todo está en su sitio. Poco a poco, el cansancio fue ganando terreno, las respiraciones se fueron acompasando, y sin darse cuenta, los dos acabaron quedándose dormidos. Sin preguntas ni promesas, pero con algo claro: la noche había sido un punto de inflexión en sus vidas.



17

Salir del local con Álex no fue una decisión pensada, fue más bien una consecuencia natural, como si quedarse hubiera dejado de tener sentido en el momento en que todo dentro empezó a volverse demasiado intenso, demasiado cargado de cosas que no quería pensar todavía.

El aire de la calle la despejó. Y caminar a su lado… también.

—¿Siempre pasan tantas cosas cuando salís las tres? —preguntó él, metiéndose las manos en los bolsillos mientras empezaban a avanzar.

Tana soltó una risa suave.

—No siempre… pero cuando pasan, pasan todas a la vez.

—Ya veo —respondió él, mirándola de reojo—. Entre tu amiga Pipa desapareciendo con el tío buenorro, Dani perdiendo la cabeza y tú riéndote de todo…

—Yo no me estaba riendo de todo —le cortó ella, aunque sonriendo—. Estaba observando.

—Ah, claro. Perfil analítico.

—Exacto.

Álex sonrió, pero luego su expresión cambió ligeramente, volviéndose más seria, más centrada.

—Lía y Dani no lo tienen fácil.

Tana dejó de sonreír del todo.

—No.

Caminaron unos segundos en silencio, no incómodo, pero sí lleno de lo que ambos estaban pensando.

—Está enamorada de Dani —añadió ella, sin rodeos.

Álex asintió despacio, como si no le sorprendiera.

—Lo sé. Él también de ella. Desde hace mucho tiempo.

Tana lo miró.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre —respondió él—. Otra cosa es que ellos se hayan dado cuenta tarde.

Tana soltó aire por la nariz, negando levemente con la cabeza.

—Tarde y mal.

—También.

Volvieron a quedarse en silencio unos pasos, cruzando una calle con la luz naranja de las farolas cayendo sobre ellos, haciendo que todo pareciera más íntimo de lo que realmente era.

—Dani no es mala persona —dijo Álex al cabo de un momento.

—No he dicho eso, pero se comporta como si no supiera lo que tiene delante.

Tana giró la cabeza hacia él y Álex se detuvo un segundo antes de seguir caminando.

—Sí lo sabe —respondió, más bajo—. Solo que le da miedo hacerlo bien.

Tana apretó los labios un instante.

—Pues que espabile, porque ella no está para volver a pasar por lo mismo.

Álex la miró directamente.

—Y no debería.

Hubo algo en ese tono que hizo que Tana bajara un poco la guardia, que dejara de hablar como si estuviera defendiendo algo y empezara a escuchar.

—Pero tampoco creo que esté todo perdido —añadió él.

—Ah, ¿no?

—No —dijo con calma—. Creo que necesitan que alguien les empuje un poco… sin que se den cuenta.

Tana arqueó una ceja.

—¿Estás sugiriendo que intervengamos?

—Estoy sugiriendo que no los dejemos cagarla otra vez.

Ella no pudo evitar reírse.

—Vale, eso sí me gusta más.

Se miraron un segundo, y en esa mirada ya no solo había conversación sobre otros. Había algo más, más directo, más personal.

—Entonces… ¿equipo? —preguntó él, tendiéndole la mano con media sonrisa.

Tana lo miró, divertida, pero también con ese punto de interés que no estaba fingiendo.

—Equipo.

Le dio la mano, pero no la soltó enseguida. Y ninguno hizo ademán de retirarla. Siguieron caminando así unos metros, sin comentar nada más sobre Dani y Lía, como si ese tema ya hubiera quedado en un acuerdo silencioso entre ellos.

—Por cierto —dijo Álex—. No me has contestado antes.

—¿A qué?

—A qué buscas.

Tana soltó una pequeña risa.

—Eres insistente.

—Soy curioso.

Ella pensó un segundo.

—Alguien que no me haga perder el tiempo —dijo finalmente—. Que no juegue. Que esté cuando tiene que estar.

Álex asintió despacio.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. Porque yo no tengo tiempo para tonterías.

Tana lo miró con más atención esta vez y ahí fue donde lo notó. No era una frase, era una forma de estar.

—Y también busco a alguien que me guste de verdad —añadió él, sin apartar la mirada—. No a medias.

El silencio que quedó después no fue incómodo. Fue claro.

Llegaron al portal casi sin darse cuenta, y esta vez ninguno hizo como si la despedida fuera algo rápido. Se quedaron frente a frente, sin moverse, con esa cercanía que no era casual.

Álex dio un pequeño paso hacia ella, pero se detuvo. La miró directamente.

—Me gustas —dijo, sin rodeos.

Tana sintió algo en el estómago, un pequeño vuelco que no esperaba que fuera tan evidente.

—Así… de primeras.

Ella sonrió, un poco nerviosa, pero sin esconderlo.

—No sueles perder el tiempo, ¿no?

—No contigo.

Silencio. Miradas.

—Y quiero seguir conociéndote —añadió—. En todas tus versiones. La que se ríe, la que analiza, la intensa… todas.

Tana bajó la mirada un segundo, soltando una pequeña risa que no era de burla, era de algo que le estaba tocando más de lo que quería admitir. Cuando volvió a mirarlo, había cambiado algo.

—Eso es bastante… directo.

—Lo sé.

—Y bastante peligroso.

—También.

Tana dio un pequeño paso hacia él. No hizo falta más.

—Vale —dijo.

Y en ese "vale" había más de lo que parecía.

Álex sonrió ligeramente, acercándose un poco más, pero esta vez no dio el paso final sin más.

—¿Puedo besarte?

Tana lo sostuvo la mirada un segundo y asintió.

El beso fue lento, cuidado, pero con intención, como si ninguno quisiera precipitar nada, pero tampoco dejarlo en algo vacío. No hubo prisa, no hubo intensidad desbordada, pero sí algo claro, algo que se construía desde el primer momento.

Cuando se separaron, se quedaron cerca.

—Esto va despacio —dijo ella.

—Perfecto.

—Pero va en serio.

Álex sonrió.

—Mejor todavía.

Tana abrió la puerta, girándose antes de entrar.

—Buenas noches, Álex.

—Buenas noches, Tana.

Y mientras cerraba, supo que no iba a ser rápido, pero sí importante.

Álex no se movió inmediatamente cuando la puerta se cerró. Se quedó un segundo más, mirando el portal, con una sensación extraña en el pecho, algo entre la calma y la anticipación, como si acabara de empezar algo que no tenía prisa, pero sí dirección.

Se pasó una mano por la nuca, sonriendo ligeramente.

—En todas sus versiones… —murmuró para sí.

Y no lo decía por decir, lo pensaba de verdad.

Empezó a caminar de vuelta, más despacio de lo habitual, repasando la conversación, cada respuesta, cada gesto de Tana, esa forma de mirar que no era fácil, pero tampoco cerrada.

Y luego pensó en Dani y en Lía y en cómo, quizá, por primera vez en mucho tiempo… todo podía empezar a encajar si no lo estropeaban.



17

Quedaron en la cafetería de siempre, la de las mesas pequeñas junto al ventanal, donde el sol de media mañana entraba de lado y hacía que todo pareciera más tranquilo de lo que realmente era.

La cafetería estaba tranquila a esa hora, con ese murmullo bajo de conversaciones y el sonido constante de cucharillas contra las tazas. Lía fue la primera en llegar. Pidió un café y se sentó en la mesa de siempre, junto al ventanal, dejando el bolso con cuidado y cruzando las piernas mientras miraba la calle sin verla realmente. No estaba nerviosa, pero sí… removida, como si todo lo de la noche anterior siguiera un poco en el aire, sin terminar de colocarse.

Tana llegó poco después, puntual como casi siempre, con ese paso tranquilo y esa forma de observar antes de hablar. Se sentó frente a ella, la miró un segundo, y no preguntó nada todavía.

—Hola —dijo simplemente.

—Hola.

Ese intercambio bastó para entender que algo había pasado.

Pipa apareció cinco minutos más tarde, como siempre, con el móvil en la mano, como si nada hubiera cambiado, aunque las tres sabían que la noche anterior había movido demasiadas cosas como para fingir normalidad.

—No empiezo pidiendo perdón porque sé que no sirve de nada —dijo mientras se sentaba—, así que… contad.

Lía no pudo evitar sonreír un poco.

—Siempre igual.

—Siempre llego tarde, pero siempre llego al punto importante —respondió Pipa, señalándola, con media sonrisa en la cara que ya venía cargada de intención.—. Y tú tienes cara de punto importante.

—Eso —dijo Tana—. Tú fuiste la que se fue con Dani y desapareció misteriosamente.

Lía dudó un segundo, bajando la mirada al café que acababa de llegar, como si necesitara ordenar todo antes de soltarlo.

—Nos besamos.

Silencio.

Pipa abrió los ojos.

—¿Perdona?

—Nos besamos —repitió ella, más tranquila—. Y luego… nada.

Tana inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Nada?

Lía soltó una pequeña risa sin humor.

—Nada. Porque se apartó. Dudó. No supo reaccionar.

Pipa dejó caer la cucharilla sobre el plato.

—Es que de verdad… —murmuró, negando con la cabeza—. Es que es imbécil.

—Pipa… —intervino Tana, pero sin demasiada fuerza.

—No, no, lo siento, pero no —insistió—. ¿Otra vez lo mismo? ¿Otra vez se queda a medias?

Lía no respondió inmediatamente. Dio un sorbo al café, despacio, como si necesitara ese gesto para sostener lo que venía.

—Está vez le dije que no y me fui —añadió.

Pipa la miró fijamente.

—¿A dónde?

—A buscar a Carlos.

Ahora sí hubo un silencio más claro. Tana la observó con atención, sin juzgar.

—¿Te fuiste con Carlos…? —empezó Pipa.

—A mi casa —terminó Lía.

Pipa se echó hacia atrás en la silla.

—Eso me gusta más —dijo Pipa, sin dudar—. Bastante más.

Tana no sonrió. No dijo nada al principio, pero su gesto cambió apenas, algo sutil, suficiente para que Lía lo notara.

—¿Y? —preguntó Pipa, apoyándose hacia delante—. Detalles.

Lía dejó la taza sobre la mesa.

—Sabe lo que hace.

Pipa soltó una pequeña risa.

—Se veía venir.

—Y lo pasé muy bien —añadió Lía, sin rodeos.

Pipa levantó la ceja.

—Perfecto.

Tana, en cambio, la miró un segundo más.

—Lía…

Ella sostuvo la mirada.

—¿Qué?

Tana dudó apenas una décima, midiendo el tono.

—Ten cuidado.

Pipa giró la cabeza.

—¿Perdona?

—No digo que no quede con él si le hace bien —continuó Tana, tranquila—. Pero… va muy a saco.

—¿Y? —respondió Pipa—. Mejor eso que quedarse a medias como el otro.

Tana no entró en ese comentario.

—Solo digo que no te confundas —añadió, volviendo a Lía—. Igual tampoco buscáis lo mismo.

Lía bajó la mirada un segundo, pensándolo.

—No me estoy confundiendo. No pretendo casarme con Carlos.

—Ya —respondió Tana—. Pero tú sabes por qué te fuiste con él.

Ahí sí hubo un pequeño silencio. Pipa miró de una a otra.

—A ver, expliquemos esto bien.

Lía respiró despacio, apoyando las manos sobre la mesa.

—Sé perfectamente lo que siento por Dani —dijo al final—. Eso no ha cambiado.

Tana no apartó la mirada.

—Pero no voy a quedarme esperando —añadió.

Pipa asintió con fuerza.

—Eso es.

—Me hubiera encantado irme con él a casa en lugar de con Carlos —continuó Lía, más baja, más sincera—. Después de ese beso…que me dejó temblando —negó suavemente—. Pero no quiso, no me eligió, otra vez.

Tana apretó los labios un segundo.

—Ya.

—Y no voy a volver a estar ahí —terminó Lía—. Esperando a ver si esta vez se decide.

El silencio que quedó fue distinto. Más honesto. Pipa fue la primera en romperlo.

—Pues entonces has hecho lo que tenías que hacer.

Tana no respondió inmediatamente. Miró a Lía, evaluando algo más profundo que la decisión en sí.

—Solo… no te cierres a lo que de verdad quieres —dijo al final.

Pipa bufó ligeramente.

—O no te abras a lo que no es.

Lía las miró a las dos y sonrió un poco.

—Por eso os tengo.

Pipa levantó la taza.

—Para decirte la verdad, aunque no te guste.

—Y para que no la cagues demasiado —añadió Tana.

Chocaron las tazas suavemente y, aunque ninguna lo dijo en voz alta, las tres sabían que aquello no había terminado. Ni de lejos.

Pipa no dejó que el momento se quedara demasiado en Lía. Nunca lo hacía.

—Vale —dijo, apoyándose hacia delante con una media sonrisa—. Ahora hablamos de lo verdaderamente importante.

Tana arqueó una ceja.

—¿Lo verdaderamente importante?

—Yo —respondió Pipa, sin dudar.

Lía soltó una pequeña risa.

—Por supuesto.

Pipa se recolocó en la silla, cruzando las piernas, pero había algo distinto en su gesto, menos teatral de lo habitual, más contenido, aunque intentara disimularlo.

Pipa dejó la taza sobre el plato y, esta vez, no dio rodeos.

—Me pidió que lo intentáramos en serio.

Lía levantó ligeramente las cejas.

—Vale.

—Vale no —respondió Pipa—. Eso implica cosas.

—¿Como qué? —preguntó Tana.

—Como no poder desaparecer cuando me dé la gana, como no hacer lo que me apetezca sin pensar en nadie más, como… —se encogió de hombros— …todo eso.

Lía la miró con media sonrisa.

—Bienvenida al mundo real.

Pipa negó con la cabeza, pero sonriendo.

—Le dije que lo pensaría

—Eso es un sí —dijo Lía.

—Eso es un "me gustas demasiado y no me hace ninguna gracia, pero no puedo decirte que no" —corrigió ella.

Tana soltó una pequeña risa.

—Pues entonces sí.

Pipa resopló, dejando caer la cabeza hacia atrás un segundo antes de volver a mirarlas.

—Que sí… pero me da miedo.

Tana asintió despacio.

—Normal.

—No, no es normal para mí —corrigió Pipa—. Yo no hago esto.

—Ya —dijo Lía—. Precisamente por eso.

Pipa negó con la cabeza, pero sin convicción.

—Es que… —buscó las palabras—. No es solo que me guste. Es que con él no me apetece desaparecer, ni ir a medias, ni jugar. Y eso ya me parece sospechoso.

Tana sonrió levemente.

—Eso es que te importa.

—Eso es que me estoy metiendo en algo de lo que luego no sé cómo salir —respondió ella.

—O que no quieres salir —añadió Lía.

Pipa la miró y no respondió, porque no podía. Hubo un segundo de silencio en el que todo quedó bastante claro sin necesidad de decirlo y Pipa miró a Tana.

—¿Tú qué?

Tana no respondió inmediatamente. Cogió la taza, dio un sorbo y la dejó de nuevo sobre la mesa con calma.

—Álex me acompañó a casa.

—Ajá —dijo Pipa—. Eso ya pinta bien.

Lía la observó con interés.

—¿Y?

Tana apoyó los codos sobre la mesa, tranquila.

—Hablamos.

Pipa rodó los ojos.

—Otra vez esa parte.

—Hablamos de vosotros —continuó Tana, ignorándola—. De Dani, de lo mal que gestiona todo, de lo claro que es lo que hay entre vosotros…

Lía hizo un gesto leve.

—No hace falta…

—Sí hace falta —respondió Tana, sin dureza—. Porque alguien tendrá que decírselo.

Pipa intervino.

—Yo se lo digo encantada, no tengo ningún problema.

—Ya, pero igual no eres la persona más diplomática —respondió Tana.

Lía sonrió un poco.

—Eso también es verdad.

Tana volvió al hilo.

—Y luego… —hizo una pequeña pausa, pero sin tensión— …me dijo que le gusto.

Pipa sonrió al instante.

—Eso me encanta.

Lía apoyó el codo en la mesa.

—¿Así, sin más?

—Así —asintió Tana—. Bastante directo.

—Bien —dijo Pipa—. Me gusta más eso que las dudas existenciales.

Tana sonrió ligeramente.

—Y quiere seguir conociéndome.

—¿Y tú? —preguntó Lía.

Tana sostuvo su mirada un segundo.

—A mí también me apetece.

No había duda en su tono, pero tampoco prisa.

—Va despacio —añadió—. Pero va bien.

Pipa levantó la taza.

—Eso suena peligrosamente serio.

—No —respondió Tana—. Suena tranquilo.

Lía las miró a las dos, apoyando la espalda en la silla, observándolas con una mezcla de incredulidad y diversión.

—O sea… —dijo, contando con los dedos—. Una que empieza una historia de cuento de hadas con príncipe azul incluido, la otra teniendo sexo desenfrenado con un tío que está buenísimo y que, encima, le pide ir en serio…

Pipa sonrió, encantada.

—Me gusta cómo suena eso.

Tana negó con la cabeza, pero sin borrar la sonrisa.

—No es un cuento de hadas.

—Todavía —puntualizó Pipa.

Lía las miró a las dos un segundo más.

—Y yo… —continuó— estoy en medio de un caos emocional, liándome con el chico del que llevo años pillada que no termina de decidirse, acostándome con otro que no tiene ninguna duda y pretendiendo que todo está bajo control.

Se hizo el silencio y luego las tres sonrieron.

—Bueno —dijo Pipa—. Visto así, tu vida es la más entretenida.

—No es entretenida —respondió Lía—. Es agotadora.

Tana apoyó la barbilla en la mano, mirándola con calma.

—También es la única que no está resuelta todavía.

Lía la miró.

—La tuya tampoco.

Tana negó suavemente.

—La mía empieza.

Pipa levantó la taza.

—La mía se complica.

Lía suspiró.

—Y la mía… —hizo una pequeña pausa—…se va a poner interesante.

Pipa sonrió de lado.

—Eso espero.

Tana no dijo nada, pero la observó un segundo más, como si estuviera viendo algo que Lía todavía no terminaba de asumir del todo. Y, aunque ninguna lo dijo en voz alta, las tres sabían que lo que venía… no iba a ser fácil.



Los días siguientes no fueron tranquilos. No del todo. Por fuera, todo seguía en su sitio: trabajo, rutinas, cafés rápidos, el grupo de WhatsApp con Pipa y Tana lleno de mensajes absurdos y planes que nunca terminaban de concretarse. Pero por dentro… Lía notaba algo distinto, como si se hubiera desplazado ligeramente de sí misma, como si hubiera dejado atrás una versión de ella que ya no encajaba del todo.

La noche del beso había cambiado algo. No el sentimiento, pero sí la forma de enfrentarlo. Carlos apareció de una manera que no esperaba, no a través de un mensaje directo en el móvil, no con una llamada, sino con una notificación sencilla, casi casual, mientras revisaba Instagram sin pensar demasiado.

«Carlos ha empezado a seguirte.»

Lía se quedó mirando la pantalla un segundo más de lo necesario, con esa sensación extraña de anticipación que no quería reconocer del todo. Entró en su perfil sin pensarlo mucho, viendo fotos que no decían demasiado, pero lo suficiente como para confirmar lo que ya sabía: seguridad, presencia, cero dudas.

Y entonces llegó el mensaje.

«Así que no das el número… pero el Instagram sí lo tienes abierto.»

Lía sonrió, sin poder evitarlo.

«Había que ponértelo un poco difícil.»

«Gracias, estaba siendo todo demasiado fácil.»

Desde ahí, la conversación fluyó sin esfuerzo, sin pausas incómodas, sin ese juego de esperar horas para responder. Carlos no tenía ese tipo de códigos y Lía lo notó enseguida. Le escribía como hablaba: directo, ligero, con ese punto de ironía que la hacía reír incluso en mitad de una mañana cualquiera. No preguntaba demasiado, no analizaba, no buscaba segundas lecturas. Simplemente estaba. Y eso, después de tanto tiempo acostumbrada a interpretar silencios, a medir cada palabra, a preguntarse constantemente qué significaba cada gesto… le resultaba peligroso porque era fácil, demasiado fácil.

Quedaron dos días después, luego otro y poco a poco, casi sin darse cuenta, Carlos empezó a ocupar espacio, no solo en sus días,

sino en su cuerpo, en su forma de estar, en esa parte más inmediata que no pide explicaciones, que simplemente responde. Con él no había dudas, ni había ese momento incómodo en el que todo se detiene porque alguien no sabe si avanzar. Carlos avanzaba. Siempre. Y lo hacía bien. Sabía cómo mirarla, cómo tocarla, cómo hacerla reír justo cuando empezaba a encerrarse demasiado en su cabeza, cómo sacarla de ahí sin forzarla. Y cuando la cercanía dejaba de ser solo conversación… Lía sentía cómo el cuerpo respondía sin resistencia, sin conflicto, sin esa tensión constante que llevaba demasiado tiempo arrastrando.

Con Carlos no pensaba. Y eso, en ese momento, era casi un alivio, porque estaba cansada. Cansada de esperar, de quedarse a medias, de querer algo que nunca terminaba de ocurrir. Carlos era lo contrario, lo que ella necesitaba y lo sabía, aunque no lo dijera en voz alta. Y, aun así, Dani seguía ahí. No en sus días, pero sí en ese lugar incómodo donde no termina de irse nadie importante.

El mensaje llegó una noche cualquiera, cuando estaba en el sofá, con el móvil en la mano, revisando sin prestar demasiada atención lo que Carlos le había enviado hacía un rato.

«Mañana repetimos. Avisada estás.»

Lía dejó el móvil sobre el pecho, mirando al techo un segundo y entonces vibró otra vez. El nombre que apareció en la pantalla era distinto, y también lo fue la sensación al verlo en la pantalla. Era Dani.

«¿Estás despierta?»

Lía cerró los ojos un segundo. Siempre igual. Siempre él apareciendo cuando ya estaba en otra cosa. Tardó en contestar, no por hacerse la interesante, sino porque sabía que esa conversación no iba a ser fácil.

«Sí.»

No tardó nada en llegar el siguiente mensaje.

«¿Podemos hablar?»

Eso ya era otra cosa. Lía se incorporó ligeramente en el sofá, apoyando los codos en las rodillas, mirando la pantalla como si pudiera anticipar lo que venía.

«Ya estamos hablando, ¿no?»

Tres puntos. Desaparecen. Vuelven.

"No me refería a eso.»

Dani volvió a leer los mensajes. Llevaba demasiado tiempo sabiendo lo que le pasaba con Lía, nNo fue de golpe, nunca lo fue. No hubo un momento exacto en el que pudiera decir "aquí empezó", porque con ella todo había sido siempre más difuso, más constante, como una presencia que no se cuestiona hasta que empieza a doler.

Lía había sido su mejor amiga durante años, de esas personas que no necesitas explicar, que ya saben, que te leen sin esfuerzo, que entienden el silencio igual que la risa. Dani sabía exactamente cómo era cuando estaba enfadada sin decir nada, cómo fruncía ligeramente el ceño cuando algo no le cuadraba, cómo levantaba una ceja cuando estaba a punto de soltar un comentario irónico, cómo se mordía el labio cuando estaba nerviosa, aunque intentara disimularlo.

Sabía dónde tenía cada lunar, conocía cada pequeño gesto, cada forma de mirarle distinta según el momento y durante mucho tiempo, eso había sido suficiente. O eso se había dicho. Hasta que dejó de serlo.

No recordaba exactamente cuándo empezó a mirarla diferente, pero sí recordaba darse cuenta de que ya no era como antes, de que había algo en la forma en la que ella hablaba, en cómo se reía, en cómo se acercaba sin pensar, que le descolocaba, que le hacía quedarse un segundo más de lo normal observándola, intentando entender por qué de repente le costaba apartar la mirada.

Y cuando quiso darse cuenta…ya era tarde, porque lo que había entre ellos ya no era solo amistad, pero tampoco era otra cosa. Era ese punto incómodo en el que todo está a punto de romperse si alguien da un paso y ninguno lo dio. Hasta aquella noche.

No fue planeado, nunca lo era con ellos. Una visita, una excusa cualquiera, un sofá, demasiada cercanía y ese momento en el que se miraron de una forma distinta, en el que ya no había espacio para fingir que no estaba pasando.

Dani todavía podía recordarlo con demasiada claridad. Cómo se acercó, cómo ella no se apartó, cómo todo se volvió más real de lo que había sido nunca y lo que sintió cuando la tuvo cerca de verdad,

cuando dejó de ser solo Lía, su mejor amiga, y pasó a ser… otra cosa. Algo que no sabía nombrar pero que le golpeó de una forma que no había sentido antes.

No fue solo físico, era peor, porque fue importante y eso le dio miedo. No en ese momento, no mientras estaba con ella, sino después, cuando se fue. Cuando volvió a su vida y entendió que aquello no era algo que pudiera dejar en una noche y seguir igual. No supo qué hacer, no hablaron de ello, no o lo definieron ni lo cerraron. Y Dani hizo lo único que sabía hacer cuando algo le superaba: seguir adelante como si no hubiera pasado nada, pero sí había pasado y ella lo había sentido. Lo supo después, en la forma en la que empezó a cambiar, en cómo le costaba hablar con él, en cómo ya no era tan fácil. Y aun así… no hizo nada. Se fue, volvió a su vida, se equivocó. Y cuando quiso mirar atrás… ya no estaba en el mismo sitio.

El tiempo pasó como pasan esas cosas que no se cierran del todo, dejando algo pendiente que no desaparece, solo se esconde. Hasta que volvió a Madrid y la vio y todo volvió, sin aviso, sin filtro, como si no hubieran pasado los años, como si siguiera siendo ese mismo momento sin resolver.

Lía nunca había funcionado a medias.

Y el otro día… cuando la tuvo delante, cuando la besó, cuando sintió otra vez que todo encajaba de golpe, que no había duda en el cuerpo, aunque la cabeza siguiera fallando… volvió a hacer lo mismo. Dudar. Frenar. Llegar hasta el borde y no saltar.

Se pasó una mano por la cara, apoyado en el respaldo de la silla, con el móvil en la mano sin hacer nada con él, repasando una y otra vez ese momento, esa forma en la que ella lo miró antes de irse, ese segundo en el que supo que algo había cambiado de verdad.

Que ya no estaba donde siempre, que ya no iba a esperarle y eso… eso fue lo que lo empujó, porque por primera vez no era miedo lo que sentía. Era otra cosa más clara, más incómoda, más inevitable. Que la estaba perdiendo y que no quería.

Se levantó sin pensarlo demasiado, cogió las llaves y salió. Sin un plan, ni un discurso preparado, solo con una certeza que le había costado demasiado tiempo admitir: la quería, siempre la había

querido y nunca había sabido hacerlo bien. Pero que esta vez… no iba a quedarse sin decirlo.

Lía dejó de recibir mensajes de Dani y pensó que otra vez había querido, pero no había podido terminar lo que quería decirle. Pensó que otra vez Dani había sido cobarde.

Estaba en casa, con una camiseta amplia y el pelo suelto cayéndole por los hombros, sentada en el sofá con el móvil en la mano, respondiendo sin demasiada prisa a un mensaje de Carlos que justo acaba de llegarle.

El timbre sonó una vez, seco, directo, y algo en su cuerpo se tensó antes incluso de saber por qué. Se quedó quieta un segundo, porque era tarde y no esperaba a nadie. Caminó hasta la puerta descalza y al abrir… ahí estaba, Dani, con la respiración un poco más alta de lo normal, el pelo ligeramente revuelto y esa mirada que no era de duda, no esta vez, sino de alguien que había llegado hasta allí sin pararse a pensar demasiado en las consecuencias.

—Hola —dijo él. Pero no era un saludo, era otra cosa.

Lía lo miró un segundo más de lo normal, porque no lo esperaba.

—Hola…

No se apartó del todo, pero tampoco cerró y en ese instante, los dos entendieron que no hacía falta mucho más.

—Necesitaba verte —añadió Dani, sin rodeos.

Directo, sin filtro.

Lía tragó saliva, sintiendo cómo algo dentro de ella se movía con esa frase, cómo todo lo que había intentado ordenar en los últimos días se descolocaba ligeramente. Se apartó y lo dejó pasar.

Dani entró sin mirar demasiado alrededor, como si no le importara el espacio, como si todo estuviera concentrado en ella, y cuando Lía cerró la puerta, ya lo tenía demasiado cerca.

—No lo hice bien —empezó—. El otro día.

Lía no dijo nada, no le iba a facilitar el camino. Dani pasó una mano por su cara, nervioso, incómodo, pero decidido a no quedarse a medias otra vez.

—No es que no quisiera —continuó—. Es que… contigo no sé hacerlo fácil.

Lía notó cómo se le desinflaba algo por dentro al escuchar eso, cómo esa frase, que en otro momento le habría parecido importante, ahora llegaba tarde, desgastada.

—Dani… —murmuró.

Pero él no la dejó cortar.

—No —negó con la cabeza—. Déjame hablar, por favor.

Y en ese "por favor" había algo distinto, más honesto, más expuesto.

—Siempre me pasa lo mismo contigo —añadió—. Que cuando estoy cerca… no pienso bien, pero cuando me voy… —soltó aire— es peor.

Lía lo miró fijamente sin moverse, sin suavizar.

—No quiero volver a hacerlo mal —terminó.

Dani dio un paso más y luego otro, hasta que Lía dejó de tener espacio para pensar y solo le quedó sentir.

—No debería haber dudado —repitió, más bajo, más cerca, con la voz ya sin defensa—. No contigo.

Lía lo miró fijamente, intentando sostener esa distancia que se había prometido mantener, pero el cuerpo no siempre obedecía a las decisiones que una toma en frío, y el suyo, en ese momento, ya había empezado a fallarle.

—Dani… —murmuró, pero no sonó firme.

Sonó débil, porque lo estaba.

Él alargó la mano y le rozó la mandíbula con los dedos, despacio, como si necesitara comprobar que era real, que estaba ahí, que no se le iba a escapar otra vez. Ese gesto tan pequeño le recorrió el cuerpo entero, como una descarga limpia, directa, que le tensó el estómago y le hizo cerrar los ojos un segundo.

—Siempre me pasa lo mismo contigo —dijo él, casi en un susurro —. Que no sé por dónde empezar… pero sé que no quiero que te vayas.

Y antes de que pudiera responder, la besó. No fue un beso suave, fue contenido, urgente. Fue todo lo que no había hecho antes, concentrado en ese instante. Lía respondió al segundo, porque siempre lo hacía con él, porque nunca había sabido no hacerlo, porque había algo en la forma en la que Dani la besaba que le

apagaba la cabeza y le encendía todo lo demás. Sus manos se agarraron a su camiseta, tirando ligeramente de ella sin darse cuenta, acercándolo más, buscando más. Siempre más.

Dani deslizó las manos por su cintura y la levantó con una facilidad que no dejaba lugar a dudas, pegándola a él mientras ella rodeaba su cuerpo con las piernas, ajustándose como si ya conociera exactamente ese lugar, como si siempre hubiera sido ahí.

El beso cambió, se volvió más lento por momentos, más profundo, más consciente, y luego volvía a romperse en algo más intenso, más desordenado, como si ninguno de los dos supiera regularlo del todo. Lía notaba su respiración contra su boca, en su cuello, en la piel que dejaba expuesta al inclinar la cabeza hacia atrás un segundo, y ese gesto le arrancó un suspiro que no pudo controlar.

—Joder… —murmuró él, contra su piel.

Y en ese "joder" había más verdad que en todo lo que había dicho antes.

Dani caminó sin soltarla, como si no pudiera separarse ni un centímetro, y la dejó caer sobre el sofá con cuidado, pero sin romper el contacto, quedándose encima, apoyado sobre sus brazos, mirándola de cerca, demasiado cerca, con esa intensidad que no dejaba espacio para fingir nada.

Lía lo sostuvo, respirando más rápido, con los labios entreabiertos y los ojos brillándole de una forma que no quería reconocer.

—Ahora sí… —murmuró él, bajando la voz—. Ahora sí sé lo que quiero.

Y volvió a besarla, más lento, más profundo. Sus manos recorrieron su cuerpo con una seguridad distinta, más clara, menos contenida, deslizándose por su cintura, subiendo por su espalda, deteniéndose donde sabían que tenían que quedarse, como si recordaran perfectamente el camino. Lía se arqueó ligeramente bajo él, respondiendo a cada gesto, a cada presión, a cada cambio de ritmo, sintiendo cómo el cuerpo se le encendía con una facilidad que odiaba y necesitaba al mismo tiempo.

—Dani… —volvió a decir, esta vez sin saber si era una advertencia o una rendición.

Él no respondió. Solo la miró un segundo, de esos que pesan, de esos que dicen demasiado, y bajó la boca por su cuello, despacio, haciendo que Lía cerrara los ojos con fuerza, apretando los dedos contra su espalda, sintiendo cómo todo se concentraba en ese punto exacto donde él sabía que tenía que quedarse un segundo más.

Todo iba demasiado bien, demasiado rápido, demasiado como siempre había imaginado. Y por eso mismo no iba a salir bien. El móvil vibró bajo ellos. Una vez. Ninguno reaccionó. Otra vez, más insistente. Dani frunció el ceño, separándose lo justo, con la respiración aún desordenada, el pulso alto, y al moverse, el móvil apareció entre los cojines. Lo cogió y en cuanto vio la pantalla… todo cambió.

El nombre en la pantalla no dejaba lugar a dudas. Carlos. No era solo un mensaje, eran varios. Dani no necesitó abrirlos para entenderlo, pero aun así lo hizo, casi por inercia, como si buscara confirmar algo que ya le estaba quemando por dentro.

«¿Te has dormido o te estás haciendo la interesante?»
«Sigo pensando en ti.»

El aire cambió de golpe. Dani se quedó quieto un segundo más de lo normal, con el móvil en la mano, la respiración aún desordenada, el cuerpo todavía pegado al de Lía… pero la cabeza ya en otro sitio.

En uno mucho más oscuro, mucho más incómodo. Lía lo vio, cio exactamente el momento en el que todo se rompía.

—Dani… —murmuró, incorporándose un poco.

Él levantó la mirada y ya no era la misma.

—¿Te estás viendo con él? —preguntó.

No había suavidad. No había filtro. Lía sostuvo su mirada, no iba a mentir.

—Sí.

Dani apretó ligeramente la mandíbula, dejando el móvil sobre la mesa con un gesto más brusco de lo necesario, pasando una mano por su pelo, alejándose un paso como si de repente necesitara espacio para respirar.

—Joder… —soltó, en bajo.

Lía se incorporó del todo, sentándose, notando todavía el calor en el cuerpo, la respiración a medias, todo lo que había pasado hacía

apenas segundos… y lo rápido que se estaba deshaciendo.

—¿Qué pasa? —preguntó, aunque lo sabía.

Dani la miró directamente.

—¿Te has liado con él?

La pregunta cayó pesada, sin rodeos. Lía no dudó.

—Sí.

No bajó la mirada, no lo suavizó. Nada. Dani soltó una risa breve, sin humor, negando con la cabeza.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche del Bárbara.

—Esto es increíble…

Se giró un segundo, caminando un par de pasos como si necesitara moverse para no quedarse ahí, sintiendo demasiado.

—¿Qué es increíble? —preguntó ella, ya más tensa.

Dani se giró de nuevo.

—Que el mismo día que nos besamos… —señaló hacia ella, sin levantar la voz, pero con todo dentro— …te acuestes con otro tío.

Lía sintió el golpe, pero no retrocedió.

—El mismo día que tú dudaste y decidiste no elegirme —respondió.

Dani apretó los labios.

—Eso no es verdad. .

—Claro que lo es —replicó ella—. Porque tú siempre llegas tarde, pero cuando llegas… esperas que yo siga en el mismo sitio.

Dani la miró fijamente, con esa mezcla de rabia y algo mucho más complicado que no sabía gestionar.

—¿Y encima con Carlos? —añadió—. ¿En serio?

Ahí cambió algo. Lía frunció el ceño.

—¿Qué pasa con Carlos?

—Es mi amigo, Lía.

—Y yo no soy de nadie, Dani.

Eso lo frenó un segundo, pero no lo calmó.

—No puedo creerlo —dijo, más bajo ahora—. No puedo creer que que te lo hayas tirado a él.

Lía se levantó del sofá, colocándose frente a él, ya sin rastro de la suavidad de antes, con el pulso acelerado por otra cosa muy

distinta.

—¿Sabes lo que no puedes creer? —dijo—. Que yo haya seguido con mi vida.

Dani la miró y dolió, porque tenía razón, pero aun así…

—No voy a hacer esto —dijo de repente.

Se agachó a coger la chaqueta, decidido. Lía lo vio y algo en ella se tensó.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Te vas?

Dani no respondió mientras se la ponía.

—¿Otra vez? —añadió ella, un paso más cerca—. ¿Otra vez vas a dejarlo así?

Ahí sí, Dani levantó la mirada.

—No puedo quedarme como si no pasara nada.

—Pues no pasa nada —respondió ella, aunque sí pasaba—. He hecho lo que tú nunca haces: no esperar.

Eso le dolió, se le notó.

—No es tan fácil.

—Nunca lo es contigo.

Silencio. Más largo. Más pesado. Lía lo miró fijamente, con algo brillándole en los ojos que no iba a dejar caer.

—¿Estás seguro? —preguntó, más bajo ahora—. ¿De que te quieres ir?

Dani sostuvo su mirada. Ahí. Un segundo. Dos. Demasiado, porque por un instante… estuvo a punto de quedarse, pero no lo hizo. Bajó la mirada.

—Sí.

Y esa vez no dudó. Abrió la puerta y se fue.

Lía se quedó quieta en medio del salón, con el cuerpo todavía recordando sus manos, su boca, su forma de mirarla hacía apenas minutos… y con la sensación, mucho más fuerte, de que aquello iba a ser mucho más complicado de lo que ya era.

El móvil vibró otra vez, era Carlos. Lo miró, respiró hondo y esta vez… decidió no contestar.



En el juzgado, Tana no dudaba. Era el único lugar donde todo tenía sentido sin necesidad de explicarlo. Donde cada palabra tenía un peso concreto, medible, donde el silencio también era una herramienta y no un vacío incómodo que hubiera que llenar.

Aquella mañana llegó antes de la hora. Como siempre. El pasillo olía a café recalentado y a papel, a conversaciones contenidas que se quedaban a medio tono, a pasos que iban y venían con una urgencia que no era del todo real.

Tana no miró a nadie, entró en la sala con el gesto firme, el bolso en la mano izquierda, el expediente bajo el brazo, sin perder tiempo en nada que no fuera lo que tenía delante.

El caso no era complicado, pero sí delicado. Un despido improcedente. Una empresa pequeña, un gerente que había decidido prescindir de su cliente sin seguir el procedimiento, intentando encubrirlo como una "reestructuración" que no existía en ningún documento.

Lo importante no era lo que había pasado, sino cómo demostrarlo. Y ahí… Tana era buena.

Se sentó, abrió el expediente y repasó mentalmente cada punto, cada contradicción, cada frase que había preparado para desmontar

el discurso contrario sin levantar la voz, sin precipitarse.

El juicio empezó.

El abogado de la empresa habló primero. Intentó sostener una narrativa limpia, ordenada, sin fisuras aparentes. Argumentos correctos, bien construidos, pero insuficientes.

Tana escuchó sin interrumpir, tomando notas que no necesitaba realmente, dejando que terminara, dándole espacio para que se acomodara en su propia versión y entonces habló. No elevó la voz, no aceleró. No necesitaba hacerlo. Fue directa, precisa. Se centró en los detalles que el otro había pasado por alto —o había decidido ignorar—, en las fechas que no encajaban, en los correos electrónicos que contradecían la versión oficial, en ese punto exacto donde el relato empezaba a fallar.

No lo atacó, lo desarmó poco a poco, sin brusquedad, sin dejarle margen para reconstruirse.

El gerente evitó su mirada durante el interrogatorio. Eso bastaba.

Cuando terminó, la sala estaba en silencio. No uno incómodo. Uno claro, de esos en los que ya no hay nada más que añadir. Tana cerró el expediente. Sabía que había ganado. No porque lo sintiera, sino porque no había dejado ningún espacio abierto.

Salió del juzgado con el mismo gesto con el que había entrado. Sin prisa, sin celebración.

La tarde había caído sin que se diera cuenta. Madrid estaba más suave a esa hora, menos ruidoso, con esa luz dorada que hace que todo parezca un poco más lento. Bajó los escalones y entonces lo vio apoyado al otro lado de la calle, como si llevara allí el tiempo justo, sin mirar el móvil, sin hacer nada que indicara espera. Álex. Tana se detuvo apenas un segundo, lo suficiente, y luego siguió caminando.

—No te había dicho que vinieras —dijo al acercarse.

Álex se incorporó, cruzando la calle con calma.

—Ya —respondió—. Por eso he venido.

Silencio breve.

—¿Ha ido bien? —añadió él.

Tana lo miró.

—Sí.

Álex asintió, como si no necesitara más explicación.

—Se te nota.

Eso le hizo detenerse un segundo más. No por la frase. Por cómo la dijo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Esperarte.

Así de simple. Tana dejó escapar el aire muy levemente.

—Es tarde.

—Mejor.

Silencio.

—Te invito a cenar —añadió él.

No lo planteó como opción. Tana dudó un segundo.

—Vale.

El restaurante estaba en el Barrio de las Letras, discreto, sin grandes letreros, con luz cálida y mesas lo suficientemente separadas como para que cada conversación tuviera su propio espacio. Triciclo. Entraron sin prisa.

El murmullo era bajo, constante, el tipo de sitio donde nadie mira demasiado a los demás. Se sentaron frente a frente, no muy lejos, pero tampoco demasiado cerca.

—Pide tú —dijo Tana, dejando la carta a un lado.

Álex la observó un segundo.

—¿Siempre haces eso?

—¿El qué?

—Delegar cuando ya tienes la decisión tomada.

Tana sostuvo la mirada.

—No siempre.

Álex sonrió muy levemente. Pidió platos para compartir. Burrata con pesto y tomate asado, tartar de atún con aguacate y una carne suave, cortada en piezas pequeñas, pensada para no romper la conversación.

El vino llegó después. Tinto, ligero. Tana dio un sorbo.

—Está bien.

—Lo sabía.

Silencio.

—¿Siempre ganas? —preguntó él.

Tana apoyó la copa.

—Cuando puedo, sí.

—¿Y cuando no?

—No suele pasar.

Álex inclinó ligeramente la cabeza.

—Eso no es verdad.

Tana no respondió, no hacía falta. Después caminaron unos minutos. Madrid ya estaba encendido del todo, pero sin la intensidad de la noche profunda. Las calles respiraban distinto.

Álex hablaba demasiado y Tana escuchaba y, por alguna razón, eso funcionaba.

Se detuvieron frente a la puerta discreta del Diego Cocktail Bar y entraron. La luz era tenue, elegante, el sonido más contenido, como si el tiempo se hubiera desacelerado un poco. Se sentaron en la barra.

—¿Qué tomas? —preguntó él.

—Algo fuerte.

Álex asintió.

—Un Old Fashioned —pidió para ella—. Y un Negroni para mí.

El camarero preparó los cócteles con precisión, sin prisa, el hielo chocando suavemente contra el cristal. Tana observó el suyo antes de probarlo.

—¿Siempre decides por los demás?

—Solo cuando acierto.

Tana bebió. El sabor era intenso, seco. Le gustó.

—Has acertado.

Álex sonrió.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

Tana dejó la copa sobre la barra, girándose ligeramente hacia él.

—Ahora nada.

—¿Nada?

—Nada.

Pero no sonó a cierre, sino a pausa.

Álex la miró un segundo más de lo necesario.

—No se te da bien eso.

—¿El qué?

—Quedarte en nada.

Tana sostuvo la mirada.

—Depende.

Silencio. Y en ese silencio ya no había solo control. Había algo más. Algo que no estaba del todo medido.

El murmullo del local seguía igual, contenido, elegante, pero entre ellos algo había cambiado lo suficiente como para que el espacio se sintiera distinto. Más cercano. Más atento. Álex giró ligeramente el cuerpo hacia ella, apoyando el codo en la barra, observándola sin prisa.

—Hoy estás más… —dijo, dejando la frase a medias.

Tana giró ligeramente la cabeza.

—¿Más qué?

—Más difícil.

Ella esbozó una media sonrisa, casi automática.

—Siempre lo soy.

—No —negó él, muy tranquilo—. El otro día no.

Ahí se detuvo algo. Un segundo. Tana bajó la mirada apenas, como si ordenara la respuesta antes de decirla.

—Porque el otro día no estabas hablando con mi versión abogada.

Álex soltó una pequeña risa, breve, baja.

—Ya… —murmuró—. Se nota, pero no es tu mejor versión.

Tana frunció ligeramente el ceño.

—Ah, ¿no?

—No —repitió él, mirándola ahora de frente—. Es la más segura.

Tana sostuvo la mirada. Iba a responder, pero no lo hizo, porque algo en la forma en que lo dijo… no dejaba espacio para un contraargumento fácil. Y eso la descolocó lo justo

Álex sonrió. Se acercó un paso. Sin invadir, pero acortando lo suficiente.

— Pero no la mejor.

Silencio. Más corto esta vez. Más cargado.

Tana mantuvo la mirada, firme, pero ya no del todo desde el mismo sitio.

Álex inclinó ligeramente la cabeza, acercándose despacio, sin prisa, como si le diera tiempo a apartarse. No lo hizo. Se inclinó un

poco más, rozando apenas su oído, su voz bajando lo justo para quedarse entre ellos.

— Pero tranquila, me gustas en todas tus versiones.

El aire le rozó la piel y eso fue suficiente. Tana no se apartó, pero tampoco reaccionó enseguida. Se quedó ahí, un segundo más, sintiendo ese pequeño desplazamiento que no controlaba del todo. Álex se separó apenas. No del todo. Se quedó cerca. Muy cerca. Lo suficiente para que su respiración se mezclara con la de ella, para que el espacio entre sus bocas fuera mínimo, casi inexistente.

La miró fijo, sin prisa.

—Te voy a besar —dijo, muy bajo.

Tana alzó apenas una ceja, sosteniendo la cercanía sin retroceder.

—Eso no se anuncia.

Álex dejó escapar una mínima sonrisa.

—Tienes razón.

Y entonces lo hizo. Sin aviso esta vez. Sin pausa.



17

Tana fue la primera en separarse. No de golpe, solo lo justo para recuperar el aire, para volver a ese punto en el que todavía podía decidir. Lo miró un segundo más y entonces negó muy levemente, casi para sí.

—No —murmuró.

Álex frunció apenas el ceño.

—¿No?

Tana dejó escapar el aire, pasándose una mano por el pelo, como si necesitara recolocarse por fuera para ordenar algo por dentro.

—Necesito… —se detuvo un segundo—. Necesito música.

Silencio breve.

—¿Música?

Tana asintió, ahora más clara.

—Bailar. Ha sido un día de trabajo intenso y no me apetece irme a casa.

Álex la observó un instante y luego sonrió.

—Vale.

Fueron a Opium Madrid. El local estaba más lleno, más ruido, más gente y más fácil perderse. Entraron sin pensarlo demasiado, empujados por la música que salía hacia la calle, por esa energía

que no pedía explicaciones. Se abrieron paso entre la gente hasta encontrar un hueco cerca de la pista. Pidieron algo rápido, Vodka con limón para ella y Whisky con hielo para él. Tana bebió un trago largo. No por sed, sino por inercia. Dejó el vaso a un lado y entonces sí. Se giró hacia él y no hizo falta decir nada, la música marcó el ritmo. Primero fue distancia, la mínima, pero la suficiente para que todavía hubiera margen. Pero duró poco. Tana dio un paso más y luego otro, hasta que ya no había espacio entre ellos.

El movimiento empezó lento, casi contenido, siguiendo la base, sin exagerar, sin llamar la atención, pero no tardó en cambiar. Se volvió más cercano, más directo, más suyo. Tana apoyó la espalda contra él, dejándose llevar por el ritmo, por la música, por esa sensación de no tener que medir cada gesto y Álex no intentó frenarla, se adaptó. Las manos en su cintura, firmes, sin invadir más de lo necesario, pero sin soltarse tampoco. El contacto se volvió constante, natural y la respiración más corta.

Tana giró la cabeza lo justo, rozando su mandíbula, dejando que el movimiento hablara por ella, sin necesidad de mirarlo. Sabía lo que estaba haciendo y esta vez… no le importaba.

Álex dejó escapar una pequeña risa, baja, más por la situación que por otra cosa. Tana estaba todavía más lejos de la versión que había sido unas horas antes. La música subió. Ellos también. Hasta que dejó de ser solo bailar y se volvió otra cosa, más cargada, más evidente.

El ritmo era constante, envolvente, lo suficientemente alto como para no pensar demasiado y lo suficientemente claro como para dejarse llevar sin esfuerzo. Tana ya no medía. No como antes. Se movía pegada a él, sin distancia, sintiendo sus manos en la cintura, firmes, siguiendo cada cambio de ritmo como si llevaran haciéndolo siempre. El contacto era continuo, natural, cada vez más difícil de disimular dentro de la normalidad de la pista.

Se giró sin avisar, quedando frente a él, demasiado cerca. El vestido se ajustaba a cada movimiento, marcando más de lo que dejaba oculto, y cuando volvió a acercarse, rozándose contra él, lo sintió. Álex estaba duro. Estaba muy duro. Claro. Inevitable.

Tana alzó la mirada. No dijo nada, pero sonrió. Y en esa sonrisa ya no quedaba nada de la versión contenida de unas horas antes. Álex bajó la cabeza hacia su cuello, rozándolo apenas, dejando que el contacto fuera más lento que la música, más intencionado. Sus manos subieron un poco más, deslizándose con esa calma que no frenaba nada, sino que lo hacía más evidente.

Tana cerró los ojos un segundo. Solo uno. Lo suficiente para entender que no iba a parar.

Cuando volvió a abrirlos, lo miró.

—Vamos —murmuró.

No hizo falta más. El pasillo hacia los baños estaba menos lleno, o al menos lo suficiente. La música llegaba amortiguada, como si todo ocurriera a otra velocidad al otro lado de la puerta. Entraron sin mirarse, o sin hacerlo del todo. Tana empujó primero y Álex cerró detrás.

El pestillo sonó claro. Demasiado. El baño era amplio, con luz tenue reflejada en los espejos, el eco suave de cualquier movimiento haciendo que todo se sintiera más cercano. No hubo pausa, no hubo transición. El beso volvió antes de que pudieran recolocarse, más directo, más urgente, sin ese margen que habían tenido antes.

Álex la guió hacia los lavabos, con firmeza, pero sin brusquedad, sentándola ahí con facilidad, acercándose de nuevo sin dejar espacio para nada más. Las manos encontraron su sitio sin buscarlo. El contacto era más claro ahora, más difícil de ignorar.

Tana dejó escapar el aire, notando cómo todo se intensificaba, cómo cada gesto tenía más peso en ese espacio cerrado, más íntimo. Se inclinó hacia él, acercándose más, sintiendo de nuevo ese roce que ya no podía pasar desapercibido, que ahora no intentaba evitar.

—Álex… —murmuró, bajo, sin terminar.

Él no respondió con palabras. Sus movimientos eran seguros, constantes, sin precipitarse, pero sin frenar tampoco, manteniendo ese equilibrio que ya no era control, sino continuidad. Tana apoyó las manos en sus hombros, sosteniéndose, dejándose llevar por la sensación, por el ritmo, por ese punto en el que ya no había decisión consciente.

Todo se volvió más inmediato, más físico, más difícil de separar en gestos concretos. Ella fue la que terminó de romper la distancia, acercándose más, tirando de él con una seguridad que no era habitual en ella, pero que en ese momento no cuestionó.

La sostuvo con una mano firme en la cadera, asegurando el equilibrio mientras la otra descendía despacio, encontrando primero la curva de su muslo, deteniéndose apenas un segundo, como si midiera el momento. No hubo prisa. Solo esa lentitud intencionada que hacía que cada gesto pesara más. Sus dedos avanzaron poco a poco, deslizándose por debajo del vestido, recorriendo la piel con una calma que contrastaba con la tensión que ya no podían disimular. Tana dejó escapar el aire muy bajo, apoyándose más en él, notando cómo ese recorrido, aparentemente simple, desordenaba todo lo demás.

Cuando su mano llegó a ese límite, no se detuvo. Hubo apenas un instante de pausa, casi imperceptible, antes de continuar, apartando con suavidad su ropa interior, como si ese gesto formara parte natural del mismo recorrido. Después, el contacto cambió. Se volvió más directo, más consciente, con una seguridad que no necesitaba demostrarse. Tana dejó escapar un leve gemido, notando cómo ese simple gesto, preciso, decidido, terminaba de romper cualquier resto de control, haciéndola reaccionar sin pensar, dejándose llevar por algo que ya no intentaba frenar.

Tana cerró los ojos un instante, inclinándose ligeramente hacia él, buscando ese contacto sin disimularlo ya.

—No pares… —murmuró, muy bajo, con la voz apenas sostenida.

No fue una orden. Fue algo más cercano a una rendición. Álex no respondió con palabras, pero sí con el gesto, porque en ese momento ya no había duda, y al percibirla así, sin distancia, sin defensa, su forma de moverse cambió apenas, lo justo para que todo se volviera más intenso, más consciente. Su respiración se desordenó ligeramente, acercándose más a ella, como si ese pequeño detalle bastara para romper lo poco que quedaba de control y entonces, ya no hubo vuelta atrás. Tana perdió el control antes de darse cuenta. Fue algo físico, inmediato, imposible de sostener desde la cabeza. Su cuerpo reaccionó por delante de todo

lo demás, y Álex lo notó en seguida, en ese leve temblor que no intentó ocultar, en la forma en que se aferró a él sin medir ya el gesto.

La sostuvo con firmeza, acercándola más, su mano libre subiendo con rapidez contenida hasta cubrirle la boca, no para frenarla, sino para sostener ese momento sin que se rompiera, mientras sus labios descendían por su cuello, más lentos, más conscientes.

Tana cerró los ojos, dejándose caer un poco más contra él, respirando entrecortado, completamente fuera de ese control que la definía.

—Álex… —intentó, apenas.

Pero ya no había palabras, solo continuidad. Sus manos se movieron entonces con la misma decisión, sin titubeo, encontrando el siguiente gesto como si lo hubiera tenido claro desde el principio, acercándolo más, eliminando cualquier distancia que quedara entre ellos. Y en ese punto, en ese instante en el que ya no había margen para pensar, todo ocurrió sin pausa, sin freno, como una consecuencia natural de todo lo anterior.

Tana abrió los ojos apenas, aún con la respiración desordenada, buscando el aire entre lo que estaba sintiendo y lo que sabía que venía después. Sus manos fueran directas a la cinturilla del pantalón de Álex. Le desabrochó el cinturón y el botón del pantalón.

—Dime que tienes un preservativo… —murmuró, muy bajo, apoyando la frente un segundo contra él.

Álex asintió sin separarse del todo, moviéndose con esa misma calma contenida, buscando lo necesario sin romper el contacto más de lo imprescindible, como si ambos supieran que aquello no podía detenerse del todo. El gesto fue rápido, práctico, y, aun así, cargado de una tensión que no se había reducido.

Cuando volvió a acercarse, Tana ya no dudó. Sus manos lo encontraron, guiándolo hacia su interior con una seguridad que no tenía que ver con el control, sino con la entrega, acercándolo más, eliminando la distancia que aún quedaba entre ellos.

El contacto fue inmediato, claro, inevitable. Y en ese instante, todo terminó de desordenarse. El ritmo cambió, se volvió más rápido, más firme, como si todo lo que habían contenido hasta ese

momento encontrara por fin salida sin filtros. Álex la sostuvo con fuerza por las caderas, manteniéndola cerca, sin dejar espacio para nada más, mientras el beso no se rompía del todo, interrumpido solo por la necesidad de respirar.

Tana se aferró a él, perdiendo cualquier intento de control, dejándose llevar por completo, siguiendo ese ritmo que ya no marcaba ninguno de los dos, que simplemente… ocurría.

La respiración se volvió irregular. Corta. Más urgente.

—Tana… —murmuró él, bajo, casi entrecortado.

Ella no respondió con palabras al principio.

Solo se acercó más, si era posible, sosteniéndose en él, dejándose arrastrar por esa sensación que ya no podía contener.

—No pares… —susurró después, apenas.

El momento se tensó. Se concentró, como si todo se redujera a ese punto exacto. Álex apoyó la frente un instante contra la suya, sin detenerse, con la voz más baja, más grave.

—Voy a…

No terminó, no hacía falta. Tana cerró los ojos, dejando escapar el aire, completamente fuera de sí por primera vez en toda la noche.

—Yo también… —murmuró.

Y entonces se dejaron ir. No de golpe, no de forma brusca, sino como si todo lo anterior hubiera llevado exactamente a ese instante. Sin control, sin medida, solo ellos.

Cuando todo se detuvo, lo hizo despacio, como si el cuerpo necesitara entender que ya no había más que avanzar. Tana apoyó la frente un segundo contra él, respirando aún irregular, sin apartarse del todo, sin recuperar todavía la distancia.

El silencio volvió, pero no era el mismo.

—No suelo hacer esto… —murmuró al final.

No sonó a arrepentimiento. Sonó a verdad. Álex se quedó cerca, demasiado.

—Ya —respondió, tranquilo—. Por eso me gustas.

Tana alzó la mirada. Estaba colorada, y no solo por el esfuerzo.

—Tranquila, Tana. Ya te dije que me encantabas en todas tus versiones.

Silencio. Breve, pero suficiente.

Salieron del baño sin mirarse demasiado, como si ninguno quisiera romper lo que acababa de pasar poniéndole palabras antes de tiempo. La música seguía igual al otro lado, la gente también, todo en su sitio, menos ellos. Tana caminó unos pasos por delante, recolocándose por fuera con una facilidad que no terminaba de sostener por dentro, consciente de ese pequeño desajuste que no sabía —o no quería— ordenar todavía. Álex la alcanzó sin prisa, sin invadir, como si entendiera que aquello no necesitaba más. Y, aun así, algo había cambiado. No en lo que habían hecho. En lo que ya no podían fingir que no estaba pasando.



Tana no se despertó de golpe. Abrió los ojos despacio, dejando que la luz entrara poco a poco, que el silencio de su casa se asentara antes de que lo hiciera cualquier pensamiento.

No funcionó, porque ya estaba ahí. Desde el primer segundo. No como un recuerdo claro, no como una escena ordenada, sino como una sensación pegada, difícil de ignorar.

Se quedó boca arriba, mirando al techo, sin moverse, dejando que el cuerpo terminara de despertarse mientras la cabeza intentaba colocar lo de la noche anterior en algún sitio que tuviera sentido. No lo tenía. O no del todo. Porque no era solo lo que había pasado, era cómo, lo poco que había dudado, lo fácil que había sido dejar de ser quien era.

Cerró los ojos un instante.

—Vale… —murmuró.

Pero esta vez no sonó vacío. Se incorporó despacio, apoyando los pies en el suelo frío, como si necesitara algo físico que la devolviera a su sitio.

Cocina. Café. Rutina. Eso sí encajaba. Apoyó la taza en la encimera y dio un sorbo, dejando que el silencio volviera a ocupar el espacio, pero ya no era incómodo. Era… distinto, porque ahora sí.

Ahora venían los pensamientos. Más claros, más honestos. No era culpa, ni era duda. Era otra cosa más cercana a la certeza.

A saber, que no lo habría hecho con cualquiera, a que, en realidad, no había sido una pérdida de control… sino una elección. Se apoyó en la encimera, mirando el móvil y ahí estaba. Un mensaje de Álex. Lo abrió sin prisa.

«Anoche no fue algo puntual para mí. Y no te lo digo desde el impulso. Me gustas, Tana. De verdad. Y lo de ayer… no cambia eso, solo lo confirma.»

Tana sonrió. No le sorprendía, lo entendía, porque a ella le pasaba lo mismo. No de la misma forma, pero sí desde el mismo lugar. Volvió a leerlo sin prisa, pero no contestó. No porque quisiera frenarlo, sino porque no quería hacerlo mal.

Se vistió más despacio de lo habitual. Volvió a coger el móvil, pero no fue para escribirle a él, sino para abrir otra conversación.

«Necesito veros hoy. Anoche hice algo que no hago nunca, pero no me arrepiento.»

Lo envió y la respuesta fue inmediata.

Pipa: «Vale, esto me interesa muchísimo.»

Lía: «¿Dónde?»

Tana no dudó.

«Terraza. 19:30.»

La terraza del Picalagartos Sky Bar estaba llena. Como siempre. Arriba, sobre Gran Vía, la ciudad se extendía con esa mezcla de ruido y calma que solo aparece al caer la tarde. La luz dorada se reflejaba en las cristaleras, suavizando las líneas modernas del espacio: sofás claros, mesas bajas, plantas cuidadas al detalle, una estética limpia donde todo parecía pensado, pero sin resultar rígido.

La música era suave, casi de fondo, un house ligero que acompañaba sin imponerse. Gente bien vestida, copas perfectamente servidas, conversaciones a medio tono. Todo en su sitio, menos lo que Tana llevaba dentro.

Llegó primero. Se sentó, pidió una copa de vino blanco frío y esperó.

Pipa apareció la segunda. Sin transición.

—Vale —dijo, sentándose—. Empieza.

Tana alzó una ceja.

—Hola.

—Hola —respondió Pipa—. Ahora sí.

Lía llegó después. Más tranquila. Más atenta.

Se sentó a su lado sin decir nada, pero mirando, siempre mirando.

Silencio. Breve.

—Bueno —dijo Pipa—. ¿Qué has hecho?

Tana giró la copa entre los dedos.

—Nada grave.

Pipa soltó una risa.

—Eso es peor.

Lía no dijo nada, pero no apartó la mirada. Tana las miró y esta vez no dudó. Sostuvo la copa entre los dedos, girándola ligeramente, como si eso le diera un segundo más antes de decirlo.

—Me tiré a Álex.

Silencio. Un segundo. Dos. Y entonces…

—¿ESO ERA? —saltó Pipa, soltando una carcajada—. ¿Ese era el drama?

Lía no pudo evitar sonreír, llevándose la mano a la boca.

—Tana… por favor…

Pero Tana no sonrió. Alzó la vista.

—En el baño de Opium.

Ahí sí. Pipa abrió los ojos de golpe.

—¿PERDONA?

—Después de habérsela puesto durísima bailando.

—¡NO! —gritó Pipa, levantándose medio de la silla—. ¡NO! N! ¡NO!

Lía abrió la boca, completamente en shock.

—Tana… —murmuró—. ¿Tú?

—¡TANA! —coreó Pipa—. ¡TANA! ¡TANA!

Varias personas de las mesas cercanas se giraron. Un camarero se detuvo un segundo. Tana cerró los ojos un instante, apretando la mandíbula.

—Pipa… —susurró—. Baja la voz.

—¡No puedo! —respondió ella—. ¡Esto es histórico!

Lía se inclinó hacia delante, todavía sin creérselo.

—Pero… ¿tú? O sea… ¿tú?

Tana se llevó la mano a la frente, dejando escapar el aire.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes —negó Pipa—. No lo sabes porque esto… esto no eres tú.

Tana alzó la mirada. Y esta vez sí había algo más.

—Ya.

Silencio. Más corto. Más real.

—Por eso lo hice —añadió.

Las dos se quedaron quietas, esperando. Tana bajó la vista un segundo.

—Porque me gusta.

No dijo "me atrae". No dijo "me cae bien". Dijo eso y cambió todo.

Lía suavizó el gesto.

—Ah…

Pipa no dijo nada por primera vez.

—No habría hecho eso con nadie más —continuó Tana, más tranquila ahora—. Ni de lejos.

Silencio.

—Vale —dijo Pipa al final—. Vale, esto ya es otra cosa.

—¿Verdad? —añadió Lía.

Tana asintió muy levemente.

—Y me ha escrito.

Pipa reaccionó al instante.

—Enséñalo.

—Pipa…

—Enséñalo.

Tana dudó un segundo, pero al final cogió el móvil, desbloqueándolo y dejándolo sobre la mesa.

Pipa lo agarró antes de que pudiera arrepentirse.

—A ver…

Leyó rápido. Sus cejas subieron.

—Vale… —murmuró—. Este chico no es idiota.

—Ya —dijo Tana—. Ese es el problema.

—¿Le has contestado? —preguntó Lía.

Tana negó.

—No.

—¿CÓMO QUE NO? —Pipa casi gritó otra vez.

—Porque no quiero cagarla —respondió Tana, directa.

Silencio. Pipa la miró, luego miró el móvil y entonces sonrió.

Mal. Muy mal.

—Dámelo —dijo Tana, al instante.

—No.

—Pipa…

Demasiado tarde.

Sus dedos ya estaban en el teclado.

—Pipa, ni se te ocurra—

Enviar.

Tana se quedó congelada.

—¿Qué has hecho?

Pipa dejó el móvil sobre la mesa, completamente tranquila.

—Un favor.

—¿QUÉ LE HAS PUESTO?

Pipa sonrió, apoyándose en la silla.

—Algo acorde a la noche que tuvisteis.

Tana cogió el móvil de golpe. Tana bajó la mirada al mensaje que Pipa había enviado.

«Anoche no fue casualidad. Y no fue solo cosa tuya. Pero hoy me toca a mí hacerme la interesante… a ver si estás a la altura.»

—Pipa…

—¿Qué? —respondió ella—. Si te gusta, no lo compliques.

Tana volvió a leer el mensaje. Y, por primera vez desde que había empezado todo, no sabía si matarla o darle la razón.

El móvil vibró antes de que Tana pudiera decidir si borrar el mensaje.

Las tres miraron a la vez.

—No —susurró Tana—. No, no, no…

Pipa sonrió.

—Ábrelo.

—No lo voy a abrir.

—Ábrelo.

Lía, más tranquila, alargó la mano y le dio un pequeño toque en el brazo.

—Ábrelo.

Tana cerró los ojos un segundo. Respiró y lo abrió.

Leyó. No dijo nada.

—¿QUÉ PONE? —Pipa no aguantó.

Tana no levantó la vista. Releyó más despacio y entonces dejó escapar el aire.

—Vale…

—¿Vale bien o vale mal? —preguntó Lía.

Tana levantó el móvil. Lo dejó en la mesa para que lo vieran. Pipa se inclinó la primera y leyó en voz alta:

«Tana, ya te dije que me gustan todas tus versiones, incluida la que se sienta en una terraza con sus amigas y le da mil vueltas a todo antes de contestar.»

Pipa alzó las cejas.

—Ah.

Lía sonrió, muy leve.

—Vale…

Pero Tana no estaba sonriendo. No del todo.

—¿Cómo sabe que estoy con vosotras? —murmuró Tana, más para sí que para ellas.

—No lo sabe —respondió Lía—. Te ha leído.

Pipa volvió a mirar la pantalla.

—Hay más.

Leyó:

«No te preocupes por lo que hayas escrito. O por lo que no. No me interesa pasar una buena noche (aunque lo fue). Me interesas tú.»

Silencio. Esta vez más largo. Más denso.

Pipa dejó el móvil despacio.

—Vale… —murmuró—. Este chico sí que es peligroso.

Lía no apartaba la mirada de Tana.

—¿Y ahora?

Tana no respondió enseguida. Miró la ciudad, las luces.

La gente que seguía a lo suyo. Todo igual. Menos ella.

—Ahora… —dijo al final, muy bajo—. Ahora tengo que contestarle yo.

Pipa sonrió.

—Por fin.

Pero Tana no cogió el móvil aún, lo dejó ahí, como si necesitara un segundo más. No para pensar qué decir, más bien para asumir que, esta vez, sí quería decir algo que importaba.



Los días no se detuvieron, nunca lo hacen, y quizá eso fue lo más extraño de todo, lo que más descolocaba cuando Lía se paraba a pensarlo un segundo más de la cuenta: que después de una noche que había removido tanto, que había dejado las cosas en un punto incómodo, sin cerrar, sin entender, la vida siguiera exactamente igual por fuera, como si nada hubiera pasado, como si no hubiera nada pendiente, como si todo pudiera seguir avanzando sin mirar atrás.

Pero sí lo había, y ella lo notaba en los pequeños momentos, en esos silencios que antes no existían, en la forma nueva de coger el móvil y quedarse un instante más de lo normal mirando la pantalla antes de abrir ciertas conversaciones, como si ya supiera que no iba a encontrar lo que buscaba, como si intuyera que algo se había quedado a medio camino y no supiera cómo retomarlo.

A veces leía un mensaje, dejaba el teléfono boca abajo sobre la mesa y se obligaba a no pensar demasiado, pero la sensación seguía ahí, constante, incómoda, como una frase que no termina de decirse.

Con Dani no volvió a ser igual, no porque hubieran discutido o porque hubiera pasado algo concreto después, sino precisamente, por lo contrario, porque no pasó nada. No hablaron del tema, no

volvieron a tocarlo, no hubo un momento de cierre ni una conversación que colocara las cosas en su sitio; simplemente dejó de fluir, como si ambos, sin ponerse de acuerdo, hubieran decidido moverse en una superficie más segura donde nada doliera demasiado, aunque eso implicara no arreglar nada.

Se escribían de vez en cuando, mensajes cortos, prácticos, casi impersonales, sin esa complicidad automática que siempre había estado ahí, sin dobles sentidos ni bromas que solo ellos entendían, como si hubieran perdido ese código común que durante años había sido tan fácil. Y eso, en el fondo, era peor, porque Lía sabía perfectamente lo que había debajo, y también sabía que Dani lo sabía, que lo intuía en esos segundos de más antes de responder, en la forma en la que a veces parecía empezar a escribir algo y terminaba diciendo otra cosa completamente distinta, como si se contuviera a mitad de camino, como si no se permitiera ir más allá. Pero ninguno estaba dispuesto a volver a abrirlo, al menos no todavía, y ese "todavía" era lo que más pesaba.

Carlos, en cambio, era todo lo contrario. No había pausas, ni dudas, ni silencios incómodos que llenar con interpretaciones; estaba, y estaba bien, y eso, en ese momento, era casi un alivio. Seguían viéndose con una naturalidad que a Lía todavía le sorprendía, como si no tuviera que pensar cada paso, como si pudiera simplemente dejarse llevar sin analizarlo todo después, sin preguntarse constantemente qué significaba cada gesto o cada palabra.

Carlos la buscaba, le escribía sin demasiada estrategia, le proponía planes sin necesidad de organizarlo todo con días de antelación, aparecía cuando decía que iba a aparecer, y en su forma de estar había algo sencillo que funcionaba. La hacía reír, de verdad, con comentarios inesperados, con esa forma directa de decir las cosas que a veces rozaba lo descarado pero que en él no molestaba porque no parecía haber doble intención, porque no estaba midiendo el efecto que causaba. Y cuando estaban juntos, Lía no pensaba en Dani, o al menos eso intentaba, porque Carlos llenaba el momento, lo ocupaba de una manera que no dejaba demasiado espacio para comparaciones, y eso era justo lo que necesitaba: algo claro, algo

que no la obligara a estar siempre interpretando, esperando o dudando.

No era lo mismo, lo sabía, lo notaba en los pequeños detalles, en lo que no se removía igual por dentro, en lo que no dolía de la misma forma cuando él no estaba, pero tampoco necesitaba que lo fuera, no ahora, porque ahora necesitaba otra cosa, algo que no la dejara a medias.

Pipa, por su parte, había entrado en algo que no esperaba y que, contra todo pronóstico, no le incomodaba tanto como pensaba. Nico no era insistente de una forma agobiante, pero sí constante, y eso en ella había empezado a hacer efecto, porque no la perseguía, pero tampoco desaparecía, no le exigía definiciones, pero tampoco dejaba que aquello se diluyera.

Seguían viéndose cada vez con más frecuencia, cada vez con menos excusas, y aunque Pipa seguía manteniendo ese aire suyo de no querer poner etiquetas demasiado pronto, de restarle importancia cuando alguien insinuaba que aquello podía ser algo serio, lo cierto es que había algo distinto en la forma en la que hablaba de él, en cómo sonreía cuando lo mencionaba sin darse cuenta, en cómo, casi sin querer, había empezado a contar con él en su rutina, en mensajes que ya no eran solo impulsivos sino esperados, en planes que no necesitaban justificación. No lo decía en voz alta, pero estaba pasando, y Tana lo veía perfectamente.

Igual que veía lo suyo con Álex. Seguían quedando en planes sencillos, como si nada de lo que había pasado necesitara ser explicado de más, paseos largos por Madrid cuando el día caía, cenas sin prisa en sitios pequeños donde podían hablar sin interrupciones, conversaciones que se alargaban más de lo esperado porque ninguno tenía ganas de cortar.

Pero ahora había algo distinto. No en lo que hacían, sino en lo que ya no podían deshacer.

Álex no iba a saco, no necesitaba impresionar, no forzaba nada, y eso, precisamente, era lo que a Tana más le estaba gustando. Ni siquiera después de aquella noche. No la había colocado en un sitio incómodo, no había cambiado el ritmo, no había convertido lo que pasó en algo que hubiera que justificar. Y eso le permitía estar con él

sin tener que explicarse, sin tener que demostrar nada, simplemente estar… incluso sabiendo que ya habían cruzado una línea que con nadie más se habría permitido cruzar tan pronto.

Y, aun así, había algo que no decía, algo que seguía guardándose, porque, aunque le apeteciera seguir conociéndolo, aunque le gustara cómo la miraba, cómo hablaban, cómo encajaban sin esfuerzo, también estaba Dani, y estaba Lía, y todo lo que había pasado entre ellos, y esa sensación incómoda de estar en medio de algo que no le pertenecía del todo pero que tampoco podía ignorar.

Así que lo dejaba ahí. Avanzando, pero sin compartirlo del todo. Como si, aunque ya hubiera dado un paso que no tenía vuelta atrás, todavía pudiera decidir hasta dónde quería que aquello llegara.

Las tres seguían siendo ellas, seguían quedando, riéndose, contándose las cosas, ocupando mesas en cafeterías como si fueran suyas, pidiendo lo de siempre sin mirar la carta, comentando cada detalle, cada sensación, cada paso que daban, pero ahora había matices nuevos, pequeños espacios que antes no existían, cosas que no se decían de la misma forma o que directamente no se decían, miradas que se entendían sin explicarlas y silencios que antes no hacían falta.

No era algo grave, pero sí distinto. Como si, sin darse cuenta, cada una hubiera empezado a moverse en una dirección propia, como si el equilibrio entre ellas hubiera cambiado ligeramente sin romperse del todo.

Y en medio de todo eso, Lía seguía encontrándose a Dani en pensamientos que no buscaba, en momentos concretos, en detalles pequeños, en canciones que aparecían sin aviso, en frases que alguien decía y que, de repente, le recordaban a él en esa forma involuntaria de comparar sin querer cuando estaba con Carlos y algo no encajaba exactamente igual.

No hablaban, no se veían, pero no había desaparecido, y quizá lo peor no era eso, sino la sensación constante, incómoda y persistente de que aquello no había terminado, de que no se había cerrado de verdad, de que solo se había quedado en pausa, esperando, en algún punto inevitable, a volver a romperse.



17

Madrid había amanecido con uno de esos días de primavera en los que nadie quería quedarse en casa. El cielo estaba completamente despejado, el aire era templado y las terrazas empezaban a llenarse antes incluso de la hora del aperitivo.

—¿Por qué siempre elegís sitios donde cuesta encontrar aparcamiento? —protestó Pipa mientras bajaba del coche.

—Porque si se puede aparcar delante deja de estar de moda —respondió Tana sin levantar la vista del móvil.

—Qué repelente eres.

—Y tú llegas diez minutos tarde hasta a los sitios donde has quedado tú.

—Eso es un don.

Tana sonrió mientras veía aparecer a Álex por la acera. Llevaba unas zapatillas blancas, vaqueros claros y una camiseta azul marino, remangada hasta los antebrazos. No iba especialmente arreglado, pero tenía esa facilidad desesperante para parecerlo siempre.

Se acercó directamente a ella.

—Hola.

No hubo beso inmediato, solo esa sonrisa que últimamente aparecía sola cuando se veían. Después la besó, muy natural, como

si llevaran haciéndolo toda la vida.

—Qué asco dais —murmuró Pipa.

—Cinco segundos y ya estás criticando.

—Es mi personalidad.

Los tres se echaron a reír y en ese momento apareció Nico. Llevaba ropa deportiva, pantalón corto negro, camiseta técnica y una botella de agua en la mano.

Pipa arqueó una ceja.

—¿Vienes del gimnasio?

—De correr.

Álex levantó la vista.

—¿Corres?

—Siempre que puedo.

—¿Series o tiradas largas?

Nico sonrió.

—Depende del día.

Los dos se miraron un segundo.

—¿Has hecho alguna media? —preguntó Álex.

—Dos.

—¿Tiempo?

—Una hora treinta y nueve.

Álex soltó una risa.

—No me lo creo.

—¿Qué?

—Exactamente el mismo que hice yo en Valencia.

Nico abrió los ojos.

—¿En serio?

—Sí.

Pipa miró a Tana.

—Los hemos perdido.

Tana bebió un sorbo de agua.

—Completamente.

Los dos ya hablaban de zapatillas, de relojes deportivos, de pulsaciones y de recorridos por la Casa de Campo como si se conocieran desde hacía años.

—Esto da un poco de miedo —dijo Pipa.

—¿Por?

—Porque creo que se gustan más entre ellos que nosotras.

Tana soltó una carcajada.

—Dales cinco minutos más y organizan una maratón.

No fueron cinco.

Fueron tres.

—Oye —dijo Álex mirando a Nico—. Yo suelo salir a correr los martes y los jueves antes de trabajar.

—Yo también.

—¿Por El Retiro?

—Casi siempre.

Álex negó.

—Muchísima gente.

—Lo sé.

—Yo tiro más hacia Madrid Río.

Nico asintió.

—Me gusta más.

Pausa.

—¿El jueves?

Álex sonrió.

—Hecho.

Pipa volvió a mirar a Tana.

—Increíble.

—¿Qué?

—Nosotras intentando cuadrar agendas durante dos semanas para vernos…

—Y ellos acaban de hacerse mejores amigos en tres minutos.

Álex las escuchó y se giró.

—No exageréis.

Nico se rio.

—Un poco sí.

—Solo vamos a correr.

—Ya…

Pipa negó con la cabeza.

—Eso empieza así. Luego hacéis una media, después una maratón y dentro de seis meses estáis compartiendo isotónicas y

hablando de fascitis plantar.

Los cuatro se echaron a reír mientras entraban en la terraza. Era uno de esos sitios de Madrid con mesas de madera, sombrillas color arena y olivos en macetas enormes. Sonaba música indie de fondo, los camareros iban de un lado para otro con bandejas llenas de vermús y copas de vino, y el ambiente tenía esa mezcla de tranquilidad y bullicio que solo existe los domingos al mediodía.

Mientras esperaban la comida, Nico y Álex siguieron hablando de deporte, pero ya no solo de correr. Descubrieron que ambos eran del Atlético de Madrid, que les gustaba esquiar y que llevaban años diciendo que querían hacer el Camino de Santiago y nunca encontraban con quién.

—Pues ya está —dijo Álex.

—¿Ya está qué? —preguntó Nico.

—Lo hacemos.

Pipa dejó el tenedor sobre el plato.

—Perdona.

Los dos levantaron la vista.

—¿Acabáis de organizar un Camino de Santiago?

—Bueno…

—Sí.

Tana negó riéndose.

—No llevan ni dos horas juntos.

—Lo peor es que creo que van en serio.

Nico miró a Álex.

—¿Vamos?

Álex extendió la mano por encima de la mesa.

—Vamos.

Se estrecharon la mano entre las risas de Tana y Pipa.

—Esto hay que celebrarlo —dijo Pipa levantando la copa.

—¿El qué? —preguntó Nico.

—Que, por fin, tenemos un grupo.

Hubo un segundo de silencio. Nadie lo había pensado así, pero tenía razón. Y, sin darse cuenta, los cuatro sonrieron al mismo tiempo.



17

Aquella mañana había empezado como cualquier otra. Juicios, llamadas, reuniones y un café que Tana había terminado frío encima de la mesa mientras revisaba un contrato. Cuando por fin levantó la vista del ordenador, encontró un sobre blanco apoyado junto al teclado.

—Eso es para ti —dijo una de las socias al pasar por delante de su despacho.

Tana frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Lo hizo sin demasiada expectación. Pero bastó un segundo para que una sonrisa apareciera en su cara.

Seis entradas. Dani Martín. Viernes. Zona VIP.

Parpadeó un par de veces, convencida de que había leído mal.

—¿Esto es una broma?

Su compañera soltó una carcajada.

—No. Un cliente nos las ha regalado esta mañana. Iban a utilizarlas varios socios, pero al final ninguno puede ir. Pensé que te harían más ilusión a ti.

—¿Más ilusión? —respondió Tana sin apartar la vista de las entradas—. Acabas de convertirme el viernes en el mejor día del mes.

—Entonces he acertado.

Tana volvió a mirar el sobre, seguía sin creérselo. Meses atrás, cuando Dani Martín había anunciado la gira, las tres habían intentado comprar entradas el mismo día que salieron a la venta. Habían esperado la cuenta atrás delante del ordenador, con varios dispositivos abiertos y los móviles preparados "por si acaso".

No habían durado ni cinco minutos. Cuando por fin consiguieron entrar en la página, ya no quedaba absolutamente nada. Pipa había llegado a proponer viajar a otra ciudad para verlo, Lía había buscado entradas de reventa durante semanas y Tana, que normalmente era la más sensata de las tres, había estado a punto de pagar un precio completamente desorbitado por unas localidades bastante peores que aquellas que ahora sostenía entre las manos.

Sonrió sola. Cogió el móvil.

Grupo: "Por siempre nosotras"

«Necesito veros hoy. Tengo una sorpresa.»

Pipa respondió antes de que pudiera bloquear el teléfono.

«Si no es una boda o un premio de la lotería, no pienso salir de casa.»

«¿Qué has hecho?». Preguntó Lía.

Tana sonrió.

«A las ocho. Donde siempre.»

Tana esperó a salir del despacho para llamarlo.

—Creo que hoy vamos a empezar a ser ese equipo del que hablamos la otra noche.

Hubo un breve silencio al otro lado. Después, una risa.

—Me gusta cómo suena eso.

—Sabía que te gustaría.

—¿Qué has pensado?

—Me han regalado seis entradas para el concierto de Dani Martín del viernes.

Álex tardó apenas un segundo en reaccionar.

—¿Seis?

—Zona VIP.

—No me jodas.

Tana sonrió.

—Lo sé.

—¿Sabes lo difícil que era conseguir entradas?

—Perfectamente. Nosotras llevamos meses lamentándonos.

Álex soltó una carcajada.

—Y Dani igual.

—¿Sí?

—Le encanta Dani Martín. La última vez que vino a Madrid fuimos juntos al concierto. Creo que todavía conserva la pulsera.

Tana sonrió para sí.

—Entonces mejor todavía.

Álex ya había entendido por dónde iba.

—Tres para vosotras y...

—Y tres para ti.

—Vale…

—Quiero que invites tú a Dani y a Nico.

Álex guardó silencio un instante.

—Esto empieza a parecer un plan.

—No.

—¿No?

—Empieza a parecer un muy buen plan.

Los dos se rieron.

—¿Ellas saben que vamos? —preguntó Álex.

—No.

—¿Y le digo a ellos que vais vosotras?

—Tampoco.

Tana apoyó la espalda en la pared del edificio, dejando que el sol de la tarde le diera de lleno en la cara.

Álex negó.

—Les voy a decir que un cliente nos ha regalado unas entradas y que me apetecía ir con vosotros.

—¿Colará?

—Si en la frase aparecen las palabras "Dani Martín" y "VIP", Dani deja de hacer preguntas.

Tana soltó una risa.

—Perfecto.

Álex bajó un poco la voz.

—¿Y Nico?

—¿Qué pasa con Nico?

—Creo que es mejor contarle el plan.

Tana dudó un segundo y frunció ligeramente el ceño.

—¿Por?

—Porque va Pipa y si no se lo digo, van a hablar entre ellos y se van a enterar de que el otro también va.

Pausa.

—Además. si alguien puede convencerla de no desmontarnos el invento antes de tiempo, es él.

Tana sonrió despacio. Tenía razón.

—Vale.

—Confía en mí.

—Eso hago.

Álex guardó unos segundos de silencio antes de hablar otra vez.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Creo que nos estamos implicando demasiado en la vida de nuestros amigos.

Tana sonrió mientras empezaba a caminar hacia el coche.

—Puede.

—¿Y si sale mal?

Ella levantó la vista hacia el cielo, pensando en Lía, en Dani, en todas las veces que habían llegado tarde.

—Entonces al menos no podrán decir que nadie intentó ayudarles.

Álex sonrió al otro lado del teléfono.

—Cada vez me gustas más, abogada.

—Tú tampoco estás mal.

Tana negó con una sonrisa imposible de esconder.

—Nos vemos el viernes.

—Empieza la operación "que dejen de hacer el idiota".

—Álex…
—Vale, vale…
Se rio.
—Operación Equipo.
Y colgaron.

A las ocho y diez, porque Pipa seguía siendo incapaz de llegar puntual, las tres estaban sentadas en su terraza favorita.

—Como la sorpresa sea que te casas con Álex, me voy —dijo Pipa dejando el bolso sobre la silla.

—Si me casara, serías la última en enterarte.

—Eso ha dolido.

—Era la intención.

Lía negó riéndose.

—¿Nos vas a decir ya por qué has insistido tanto?

Tana no respondió. Abrió el bolso despacio, sacó un sobre blanco y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Pipa.

—Ábrelo.

Fue Lía quien lo hizo. Sacó las entradas, las miró, volvió a mirarlas y abrió los ojos de golpe.

—No…

Pipa se las arrebató prácticamente de las manos. Leyó el nombre, luego volvió a leerlo, después miró a Tana y gritó tan fuerte que varias personas de la terraza se giraron hacia ellas.

—¡¡NO ME LO PUEDO CREER!!

Lía empezó a reír. Pipa ya estaba de pie.

—¡Dani Martín! ¡Dani Martín! ¡Zona VIP!

Volvió a mirar las entradas como si fueran a desaparecer.

—¡Zona VIP, Tana!

—Lo sé.

—¡¿Sabes lo que cuesta esto?!

—Más o menos.

—¡¿Y sabes lo que nos costó conseguir unas?!

—Precisamente por eso os he llamado.

Lía seguía con una sonrisa enorme.

—Pensaba que era imposible.

—Lo era —respondió Tana.

—¡Llevamos meses diciendo que era el único concierto al que queríamos ir este año! —añadió Pipa.

—Y nos quedamos sin entradas en cinco minutos —recordó Lía.

—Cinco no. Tres.

—Tres.

Pipa volvió a mirar el sobre, luego a Tana y luego otra vez las entradas.

—Te quiero muchísimo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

Se levantó y la abrazó con tanta fuerza que casi la tira de la silla.

Lía terminó uniéndose al abrazo entre risas.

—No me creo que vayamos a verlo.

—Y desde la zona VIP… —dijo Pipa, todavía abrazándolas—. Voy a llorar.

—Tú lloras con un anuncio de Navidad.

—Pues imagínate con Dani Martín.

Las tres se echaron a reír.

Durante los siguientes veinte minutos no hablaron prácticamente de otra cosa. Empezaron a recordar el primer concierto al que habían ido juntas, las canciones que habían marcado cada etapa de sus vidas, cuál esperaban escuchar más, cuál les emocionaba siempre y cuál iban a cantar a pleno pulmón, aunque acabaran afónicas.

Por primera vez en mucho tiempo, ninguna habló de trabajo, ni de Dani, ni de Carlos, ni de Nico, ni de Álex. Solo eran ellas tres, como siempre, sin imaginar que aquel regalo no traía únicamente un concierto, sino que esa noche estaba a punto de cambiarlo todo.

El jueves por la mañana, tal y como habían quedado unos días antes, Álex y Nico salieron a correr por Madrid Río. El recorrido terminó siendo bastante más largo de lo previsto. Empezaron hablando de zapatillas, siguieron comparando recorridos y acabaron comentando trabajo, viajes y alguna que otra anécdota que hizo que

las risas aparecieran con más facilidad de la que cualquiera de los dos habría imaginado la primera vez que se vieron. Cuando terminaron, entraron en una cafetería cercana para recuperar fuerzas antes de ir a trabajar.

—Empiezo a entender por qué le gustas tanto a Pipa —dijo Álex mientras dejaba el café sobre la mesa.

Nico sonrió.

—¿Eso es un cumplido?

—Por supuesto.

Se hizo un silencio breve, Álex metió la mano en la mochila y sacó un sobre blanco y lo dejó sobre la mesa. Nico frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Ábrelo.

Dentro había tres entradas. Nico tardó apenas un segundo en leerlas.

—¿Dani Martín?

Volvió a mirarlas.

—¿Zona VIP?

—Las consiguió Tana.

Nico levantó la vista.

—¿Tana?

Álex asintió.

—Un cliente se las regaló al despacho. En realidad, eran seis.

Nico volvió a mirar el sobre.

—¿Seis?

Entonces lo entendió.

—Espera…

Sonrió despacio.

—Las otras tres son para ellas, ¿no?

—Exacto.

Nico soltó una risa.

—Entiendo que vamos a ir con Dani, ¿no?

—Lo has entendido a la primera.

Nico negó con la cabeza, divertido.

—Estáis un poco locos.

—Puede.

—Y me encanta.

Los dos se rieron. Álex volvió a ponerse serio.

—Hay una cosa más.

—Dime.

—No le digas nada a Pipa.

Nico arqueó una ceja.

—¿Por?

—Porque todavía no soporta a Dani.

Nico soltó el aire despacio.

—Eso también es verdad.

—Si sabe desde el principio que él va al concierto, intentará convencer a Lía para no ir o directamente se enfadará con nosotros. Nico permaneció unos segundos pensativo, conocía demasiado bien a Pipa como para saber que Álex tenía razón. Era impulsiva, protectora y cuando alguien hacía daño a una de las personas que quería, le costaba muchísimo darle una segunda oportunidad.

—Vale —dijo finalmente.

—¿Vale?

—No le diré nada.

Pausa.

—Pero como descubra que lo sabía…

Álex soltó una carcajada.

—Te tocará invitarla a cenar.

—Eso es lo de menos.

Los dos volvieron a reír. Nico guardó las entradas en el sobre y levantó la vista.

—¿Y Dani?

—De Dani me encargo yo.

Álex sonrió con esa tranquilidad de quien conocía perfectamente a su amigo.

—Créeme. Si le digo que tengo una entrada para ver a Dani Martín, no va a hacer ni una pregunta.

—¿Tan fan es?

Álex negó riéndose.

—Muchísimo. La última vez que vino a Madrid fuimos juntos al concierto. Creo que sigue diciendo que fue uno de los mejores

directos que ha visto.

Nico sonrió.

—Entonces no tienes nada que hacer.

—Exacto.

Se levantaron al mismo tiempo. Álex le tendió la mano.

—Bienvenido oficialmente al equipo.

Nico le estrechó la mano con una sonrisa.

—Espero que sepáis lo que estamos haciendo.

Álex miró un instante hacia la calle antes de responder.

—Yo también.

De camino al trabajo, Álex marcó el número de Dani.

No tuvo que esperar demasiado.

—¿Qué pasa? —respondió él.

—¿Qué haces mañana por la noche?

—Nada.

—Perfecto.

—¿Por?

Álex sonrió.

—Porque nos han regalado tres entradas para Dani Martín.

Silencio.

—No me jodas.

—Zona VIP.

—Estás mintiendo.

—Ojalá.

Dani soltó una risa incrédula.

—¿Quién te las ha regalado?

—Un cliente.

—¿Y con quién más vamos?

—Se lo voy a decir a Nico.

Dani no necesitó ni pensárselo.

—Cuenta conmigo.

—Ni siquiera sabes a qué hora es.

—Me da igual.

Álex negó riéndose.

—Sabía que ibas a contestar eso.

—¿Quedamos antes para tomar algo?

—Sí. Luego te mando la ubicación.
—Perfecto.
Cuando colgó, Álex guardó el móvil en el bolsillo con una sonrisa.
La operación acababa de empezar.



El viernes amaneció con ese ambiente extraño de los días en los que sabes que va a pasar algo, aunque todavía no tengas muy claro qué.

Madrid estaba especialmente bonito. El cielo limpio, el calor justo para poder salir sin chaqueta y esa sensación de viernes que llenaba las terrazas desde primera hora de la tarde.

Lía llevaba toda la mañana distraída. Había intentado concentrarse en el trabajo, pero cada vez que miraba el reloj pensaba en el concierto. Hacía meses que las tres se habían

resignado a no conseguir entradas y todavía le parecía increíble que Tana hubiera aparecido de repente con tres pases para la zona VIP.

Pipa, en cambio, llevaba emocionada desde que abrió los ojos. Había mandado veinte mensajes al grupo de WhatsApp antes de las nueve de la mañana.

«Hoy cantamos Cero a pleno pulmón.»

«Como no toque Peter Pan, me voy.»

«¿Qué os vais a poner?»

«Voy a llorar. Lo aviso ya.»

Cuando las tres se encontraron por la tarde en casa de Lía para arreglarse juntas, la emoción seguía exactamente igual.

El salón estaba lleno de ropa encima del sofá, zapatos por el suelo, neceseres abiertos y tres copas de vino que apenas habían probado porque hablaban más de lo que bebían.

Arreglarse juntas terminó ocupando buena parte de la tarde. El dormitorio de Lía estaba lleno de ropa sobre la cama, zapatillas desperdigadas por el suelo y neceseres abiertos mientras sonaba una lista de reproducción de Dani Martín de fondo.

Lía fue la primera en decidirse. Eligió unos shorts vaqueros de tiro alto, una camiseta blanca básica de algodón de buena calidad metida por dentro y unas Converse blancas. Añadió un cinturón de cuero marrón, unos pendientes dorados pequeños y varias pulseras finas. El pelo recogido en una coleta alta, ligeramente ondulado, completaba un conjunto sencillo, fresco y muy ella. Siempre encontraba la forma de ir impecable con las prendas más básicas.

Pipa apareció poco después con una falda vaquera corta de corte recto, un top negro de canalé de cuello halter y unas Birkenstock negras. Llevaba el pelo suelto, varias cadenitas doradas y un maquillaje algo más marcado de lo habitual. Era moderna, natural y de esas personas que parecían no haber dedicado demasiado tiempo a arreglarse cuando, en realidad, cada detalle estaba pensado.

Tana tardó un poco más. Cuando salió del vestidor, las otras dos levantaron la vista casi al mismo tiempo. Llevaba una falda vaquera blanca de cintura alta, un top plateado de lentejuelas que brillaba con cada movimiento y unas zapatillas blancas impecables. El bolso metalizado colgado del hombro y unos pendientes largos con

pequeñas piedras terminaban un conjunto que solo ella era capaz de llevar sin resultar excesivo.

Pipa sonrió nada más verla.

—Lo sabía. Tana arqueó una ceja.

—¿El qué?

—Que ibas a encontrar la manera de meter un poco de brilli-brilli.

Tana se miró un segundo en el espejo, sonrió satisfecha y se encogió de hombros.

—Es Dani Martín. La ocasión lo merece.

—No me creo que vayamos a verlo desde la zona VIP —dijo Pipa mientras se miraba por quinta vez en el espejo.

—Lo has dicho ya unas treinta veces —respondió Tana desde el baño.

—Y lo diré treinta más.

Lía sonrió mientras terminaba de colocarse un pendiente.

—La verdad es que todavía parece mentira.

Pipa dejó el pintalabios sobre la mesa y, casi sin querer, cogió el móvil.

Frunció ligeramente el ceño. Tana levantó la vista al verla.

—¿Qué pasa?

Pipa bloqueó la pantalla.

—Nada.

—Pipa.

Ella suspiró.

—Es que Nico lleva dos días sin escribirme.

Lía dejó de hacer lo que estaba haciendo.

—¿Dos días?

—Sí.

Intentó restarle importancia encogiéndose de hombros.

—Bueno… tampoco pasa nada.

Pero la forma en que lo dijo dejaba claro que sí pasaba. Tana cruzó una rápida mirada con Lía, ella sabía perfectamente el motivo. Aquella misma mañana Álex le había contado que Nico estaba cumpliendo el plan al pie de la letra y que había decidido mantener un poco las distancias para no meter la pata y acabar contándole a Pipa lo del concierto.

—No te rayes —dijo Tana con toda la naturalidad que pudo.

Pipa la miró.

—¿Cómo que no me raye?

—Esta mañana Álex salió a correr con él.

Pipa levantó una ceja.

—¿Sí?

—Sí.

Le dijo que estaba hasta arriba de trabajo estos días. Que apenas estaba mirando el móvil.

Pipa pareció pensarlo unos segundos.

—¿Eso te dijo?

—Sí.

Era una mentira a medias. Nico sí había salido a correr con Álex, y sí, estaba ocupado, solo que no exactamente por trabajo.

Pipa terminó soltando el aire.

—Vale…

Lía sonrió.

—¿Ves?

—Ya, pero podría haberme escrito un "hola".

—Pipa… —dijo Tana riéndose—. Han pasado dos días.

—Dos días son muchos.

—Hace un mes decías que contestar a los mensajes era de intensitos.

Pipa cogió un cojín del sofá y se lo lanzó.

—No me recuerdes mis propias frases.

Las tres se echaron a reír.

Mientras tanto, a varios kilómetros de allí, Álex terminaba de abrocharse la camisa delante del espejo cuando el móvil vibró.

«¿Todo controlado?»

Álex sonrió. Tana necesitaba ternero o todo controlado, como siempre.

«Más o menos.

Y enseguida le llegó otro mensaje de vuelta:

«Pipa acaba de decir que Nico lleva dos días sin escribirle.»

Él soltó una carcajada.

«Pobre Nico. Está sufriendo más por no escribirle que por la media maratón del domingo.»

Tana respondió casi al instante.

«Le he dicho que estaba hasta arriba de trabajo. Creo que ha colado.»

Álex tardó unos segundos en contestar.

«Cuando Pipa descubran el plan, nos mata.»

Tana sonrió sola delante del espejo mientras terminaba de ponerse un pendiente.

«Primero Pipa, luego Dani y Lía cuando se enteren de que los hemos manipulado.»

«No. Dani nos invitará a una cerveza si esto sale bien.»

Tana negó divertida.

«Eres demasiado optimista.»

Álex leyó el mensaje mientras se echaba colonia y Tana se quedó mirando la pantalla unos segundos. No sabía por qué, pero también tenía esa sensación, como si aquella noche fuera una de esas que terminan recordándose durante años. Guardó el teléfono en el bolso, se miró una última vez al espejo y sonrió, sin saber que, unas horas después, ninguno de los seis volvería a estar exactamente en el mismo lugar en el que estaba ahora.

Álex llegó el primero al punto de encuentro. Habían quedado en una terraza frente al recinto, una de esas que, las noches de concierto, se llenaban de gente con camisetas del artista, pulseras de festivales antiguos y esa emoción contagiosa que hacía que todo el mundo pareciera conocerse.

Se sentó en una mesa alta y pidió una cerveza mientras esperaba.

El primero en aparecer fue Nico.

—Has llegado pronto —dijo Álex levantándose para saludarlo.

—Llevo toda la semana con ganas de que llegue hoy.

Se dieron un abrazo rápido.

—¿Qué tal con Pipa?

Nico soltó una risa.

—Me va a matar.

—Todavía no lo sabe, ¿no?

—No.

Negó con la cabeza.

—Y me ha dicho hoy que llevaba dos días sin escribirle.

Álex sonrió.

—Lo sé. Tana me ha contado que ha tenido que improvisar una explicación.

—Pues espero que haya sido buena, porque casi me siento culpable.

—Cuando vea el motivo se le pasará.

Nico arqueó una ceja.

—O nos mata a los dos.

—Eso también puede pasar.

Los dos rieron al mismo tiempo.

En ese momento apareció Dani.

Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca sencilla. Saludó primero a Álex y después a Nico con un apretón de manos.

—Gracias por invitarme —dijo mientras tomaba asiento—. Todavía no me creo que vayamos a verlo desde la zona VIP.

—Yo sigo pensando que en cualquier momento nos van a decir que se han equivocado de personas —bromeó Nico.

—Pues si eso pasa, corro más que vosotros dos juntos.

Álex se echó a reír.

—Eso quiero verlo.

Un camarero se acercó para tomar nota y, cuando se marchó, Dani apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Sabéis qué canción espero más?

—No lo digas —respondió Álex.

—Peter Pan.

—Lo sabía.

—Siempre me pone la piel de gallina.

—A mí "Cero" —dijo Nico.

—¿Tú también eres fan? —preguntó Dani, sorprendido.

—Desde hace años.

Dani sonrió.

—Pues hoy vamos a salir afónicos.

Mientras hablaban, el móvil de Álex vibró discretamente sobre la mesa. Era Tana.

«Ya vamos de camino.»

Él levantó apenas la comisura de los labios.

«Nosotros también.»

Álex miró de reojo a Dani, que seguía hablando con Nico sin sospechar absolutamente nada y guardó el teléfono antes de que cualquiera pudiera fijarse.

—¿Nos vamos acercando? —preguntó.

Los otros dos asintieron y los tres caminaron hacia la entrada del recinto mezclados entre cientos de personas que avanzaban con la misma ilusión. Desde lejos ya se veían las luces de acceso, el photocall de patrocinadores y el cartel gigantesco con el nombre de Dani Martín iluminando toda la fachada. Un trabajador comprobó sus entradas y les colocó una pulsera negra con letras doradas.

—Acceso VIP por esa escalera.

Subieron tranquilamente. Ninguno de los tres imaginaba que, apenas unos minutos después, al otro lado de aquella misma zona reservada, tres personas estaban recorriendo exactamente el mismo pasillo y que una de ellas iba a detenerse en seco en cuanto levantara la vista.

La azafata les abrió paso por un pasillo mucho más tranquilo que el acceso general. El ruido del público seguía escuchándose al otro lado, pero llegaba amortiguado por los paneles negros que separaban la zona VIP del resto del recinto, como si cruzar aquel acceso significara entrar en otro lugar, en una versión más cuidada, más luminosa y más exclusiva de la misma noche. Al fondo se abría un espacio completamente distinto al que las tres estaban acostumbradas, y Pipa fue la primera en detenerse, con los ojos muy abiertos y una sonrisa que no intentó disimular.

—Madre mía… —murmuró.

No era solo una grada mejor. Era otra experiencia. Había varias barras distribuidas por toda la terraza interior, camareros sirviendo copas y aperitivos en bandejas pequeñas, sofás bajos de color crema, mesas altas iluminadas con lámparas discretas y una enorme cristalera desde la que se veía el escenario prácticamente de frente.

Todo estaba decorado con madera oscura, plantas altas y luces cálidas que daban al ambiente un aire más parecido al de un rooftop exclusivo que al de un concierto.

Pipa giró sobre sí misma como una niña pequeña, incapaz de decidir si mirar primero las barras, el escenario o las pulseras VIP que acababan de colocarles en la muñeca.

—Os juro que nunca he estado en un sitio así.

—Yo tampoco —reconoció Lía, sin poder apartar la vista del escenario.

Tana sonrió, satisfecha. Verlas disfrutar ya hacía que aquellas entradas hubieran merecido la pena, incluso aunque el plan que había detrás de todo aquello todavía no hubiera empezado del todo.

—Primero una copa —sentenció Pipa, recuperando su sentido práctico—. Luego ya lloraremos con Dani Martín.

Las tres comenzaron a caminar hacia la barra, todavía con esa mezcla de emoción y sorpresa que les hacía reír por cualquier cosa.

Al mismo tiempo, apenas unos metros más allá, Álex, Nico y Dani terminaban de recoger sus pulseras VIP en otro acceso. Dani miraba alrededor con una expresión que no conseguía disimular del todo la ilusión.

—Pues sí que era verdad lo de la zona VIP… —dijo.

—Te dije que no mentía —respondió Álex.

—Empiezo a pensar que deberíamos hacer más clientes como el tuyo.

Álex sonrió, pero apenas lo escuchaba. Mientras caminaban, levantó la vista por encima del hombro de Dani y las vio. Las tres. Exactamente donde había imaginado. Tana también acababa de verlo y, cuando sus miradas se cruzaron, no hizo ningún gesto evidente; solo levantó apenas una ceja, lo justo para confirmar que todo iba según lo previsto.

Pipa seguía completamente concentrada en decidir qué cóctel pedir.

—¿Mojito o margarita?

—Todavía no ha empezado el concierto y ya estás pensando en la segunda copa —rió Lía.

—Hay que organizar prioridades.

Tana apenas escuchaba. Seguía mirando hacia delante, contando mentalmente los segundos, sabiendo exactamente dónde estaban ellos y sabiendo también que, en cualquier momento, la noche iba a cambiar de ritmo.

Lía levantó la cabeza para buscar el escenario una vez más y entonces lo vio. Primero distinguió a Álex, después a Nico, y la sonrisa apareció sola, instintiva, porque durante un segundo aquello solo le pareció una coincidencia divertida. Pero justo cuando iba a levantar la mano para saludarlos, sus ojos siguieron avanzando hasta detenerse en Dani.

El tiempo pareció ralentizarse. Él también la había visto y se quedó quieto, con la copa todavía sin pedir y la misma expresión de sorpresa que probablemente tenía ella. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo absolutamente nada. Ni siquiera sonrieron. Solo se miraron, como si todo el ruido del recinto hubiera desaparecido de golpe.

—¿Lía?

La voz de Pipa la sacó de aquel instante. Siguió la dirección de su mirada y entonces también los vio. Primero a Álex, luego a Nico y, por último, a Dani. Su expresión cambió despacio, pasando de la sorpresa a la sospecha en cuestión de segundos, antes de girarse lentamente hacia Tana.

—Tana…

La abogada bebió con tranquilidad un sorbo de agua, como si no tuviera absolutamente nada que ocultar.

—¿Sí?

—¿Hay algo que quieras contarnos?

—¿Sobre qué? —preguntó Tana, fingiendo una inocencia tan poco convincente que Pipa entrecerró los ojos.

—Sobre esos tres.

Tana miró hacia el otro lado de la sala como si acabara de descubrirlos en ese mismo instante.

—Anda… qué casualidad.

Pipa soltó una carcajada incrédula.

—Eres una mentirosa pésima.

En ese momento Álex empezó a caminar hacia ellas con una sonrisa imposible de disimular. Pipa se cruzó de brazos antes de que llegara junto a Tana y alzó una mano para detenerlo.

—Ni se te ocurra besarla.

Álex se quedó quieto a medio paso.

—¿Perdón?

—Primero explícanos esto.

Se hizo un pequeño silencio. Álex miró a Tana, Tana lo miró a él y los dos terminaron riéndose al mismo tiempo, como dos culpables que ni siquiera intentaban defenderse demasiado.

—Lo siento… —dijo Álex, levantando las manos—. Pero era demasiado buena oportunidad como para dejarla pasar.

Pipa abrió mucho los ojos.

—¡Lo habíais preparado!

—Un poquito.

—¡Un poquito dice!

Lía seguía sin intervenir. No porque no hubiera entendido lo que acababa de pasar, sino porque Dani seguía allí, a unos metros, sin apartar la mirada de ella y esa era la única sorpresa que, en realidad, le importaba.

Pipa mantuvo la mirada fija en Álex durante unos segundos más. Intentó aparentar enfado, cruzándose de brazos y frunciendo ligeramente el ceño, aunque la sonrisa que luchaba por escapársele hacía imposible que nadie la tomara demasiado en serio.

—Sois lo peor.

Álex se encogió de hombros con absoluta tranquilidad, como si llevara toda la vida acostumbrado a ese tipo de acusaciones.

—Lo sabemos.

—Y encima estáis orgullosos.

—Un poco.

Tana le dio un codazo suave en las costillas antes de que siguiera provocándola.

—No la piques más.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Pipa negó despacio mientras soltaba un resoplido exagerado.

—De verdad… No sé cómo os aguanto.

—Porque, aunque no quieras reconocerlo, en el fondo me aprecias —respondió Álex con una sonrisa imposible de borrar.

—No te flipes.

Sacudió la cabeza con una mezcla de resignación y diversión antes de apartarse del grupo. No tenía intención de seguir escuchando cómo aquellos dos disfrutaban de haber organizado semejante encerrona. Buscó a Nico con la mirada y lo encontró unos pasos más atrás, observando toda la escena con una expresión que delataba que estaba haciendo un esfuerzo enorme por no reírse.

Aquello le hizo sospechar todavía más.

Caminó directamente hacia él y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, le sujetó con suavidad del antebrazo para apartarlo un poco del resto. Nico la siguió sin hacer preguntas, dejando que lo guiara hasta una esquina de la terraza desde la que seguían viendo a los demás, pero donde el murmullo del concierto les daba cierta intimidad.

—Ven un momento.

—¿Qué pasa?

Pipa comprobó de reojo que Álex y Tana seguían entretenidos hablando entre ellos y bajó automáticamente la voz.

—Dime la verdad.

Nico apenas necesitó mirarla para entender de qué iba aquella conversación. Aun así, decidió hacerse el despistado durante un segundo.

—¿Sobre qué?

Ella entrecerró los ojos.

—No te hagas el tonto.

Hubo una breve pausa.

—¿Tú también lo sabías?

Nico soltó el aire despacio. Durante un instante valoró la posibilidad de inventarse cualquier excusa, pero enseguida la descartó. Con Pipa nunca funcionaban las medias verdades. Lo conocía demasiado bien y siempre terminaba descubriendo cuándo intentaba esconderle algo.

Sonrió de lado, resignado.

—Sí.

La reacción fue inmediata.

—¡Nico!

Él levantó las manos con gesto conciliador, intentando calmar la tormenta antes de que estallara.

—Déjame explicarlo.

—¡Llevas dos días sin escribirme por esto!

—Precisamente por esto.

Pipa lo miró como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—¿Perdona?

—Si hablaba contigo, se me iba a escapar.

Ella cruzó los brazos con fuerza.

—¿Tan poco confías en ti?

Nico dio un pequeño paso hacia ella, reduciendo apenas la distancia que los separaba.

—No. Tan poco confío en lo bien que me conoces.

Aquella respuesta consiguió desmontar una parte de su enfado. Muy pequeña, pero suficiente para que dejara de mirarlo con tanta dureza.

Nico aprovechó ese momento.

—Álex me pidió que no te dijera nada.

—¿Y tú le hiciste caso?

—Sí.

—Muy bonito.

Él sonrió con paciencia.

—Porque tenía razón.

Pipa frunció ligeramente el ceño.

—¿Ah, sí?

—Sí. Sabía que, si te enterabas de que Dani venía al concierto, ibas a intentar convencer a Lía para que no viniera.

Ella abrió la boca para protestar, pero ninguna palabra llegó a salir. Porque los dos sabían que era exactamente lo que habría hecho. La conocía demasiado bien.

Nico dejó pasar unos segundos antes de volver a hablar.

—Pipa…

Esperó hasta que ella volvió a levantar la vista.

—No estamos intentando empujar a Lía hacia Dani. Ni Álex, ni Tana, ni yo.

Hizo una breve pausa.

—Solo queremos que pueda decidir por ella misma. Sin que nadie tome esa decisión antes.

Las palabras quedaron suspendidas entre los dos. Pipa bajó la mirada hacia el suelo de madera de la terraza mientras, a su alrededor, seguían sonando las conversaciones, el tintinear de las copas y la música ambiente que precedía al concierto. Todo seguía igual, pero ella empezaba a mirar la situación desde un sitio diferente.

—Sigo sin fiarme de Dani —admitió al cabo de unos segundos.

—Lo sé.

—Y como vuelva a hacerle daño…

Nico sonrió con esa tranquilidad que tan pocas veces perdía.

—Entonces seré el primero en ayudarte a esconder el cadáver.

Pipa no pudo evitar soltar una carcajada. Le dio un pequeño golpe en el pecho con la palma de la mano mientras negaba con la cabeza.

—Eres idiota.

—Un poco.

—Mucho.

Nico aprovechó que ella todavía no había retirado la mano para entrelazar sus dedos con los suyos.

—¿Sigues enfadada?

Pipa intentó mantener el gesto serio, pero apenas aguantó unos segundos antes de rendirse.

—Un poco.

—¿Solo un poco?

Suspiró, desviando la mirada hacia el escenario.

—Es que me cuesta mucho enfadarme contigo.

La sonrisa de Nico apareció despacio, de esa forma tranquila que últimamente conseguía desarmarla más que cualquier otra cosa.

—Entonces ha merecido la pena el riesgo.

Pipa permaneció unos segundos observándolo en silencio. Después entrelazó del todo sus dedos con los de él y apoyó

ligeramente la cabeza sobre su hombro, dejando que el enfado terminara de desaparecer.

—Como esto salga mal…

—No saldrá.

—¿Y si sí?

Nico levantó la vista discretamente hacia el otro lado de la terraza. Lía y Dani seguían separados por apenas unos metros, inmóviles, como si el resto de personas hubieran dejado de existir para ellos.

—Entonces estaremos todos para recoger los pedazos.

Pipa siguió su mirada. Observó primero a Lía y después a Dani. Durante mucho tiempo había estado convencida de que proteger a su amiga significaba mantenerla alejada de él. Sin embargo, por primera vez desde que lo conocía, se permitió hacerse una pregunta distinta.

Quizá el problema nunca había sido lo que ella quería para Lía.

Quizá la única pregunta importante era qué quería realmente Lía para sí misma.



17

Las luces del recinto se apagaron de golpe y un rugido recorrió las gradas. Durante unos segundos solo se escucharon los gritos del público, miles de voces mezclándose en una misma expectación hasta que los primeros acordes comenzaron a sonar y el escenario se iluminó con un estallido de luz blanca.

Pipa fue la primera en levantar los brazos.

—¡No me lo puedo creer!

La emoción era tan contagiosa que las otras dos terminaron riéndose antes incluso de empezar a cantar. Cuando Dani Martín apareció sobre el escenario, el recinto entero pareció venirse abajo. Había algo casi mágico en esos primeros minutos de un concierto, cuando todavía quedaban todas las canciones por delante y cada una podía convertirse en el mejor momento de la noche.

No tardaron en olvidarse de todo lo demás.

Pipa bailaba sin preocuparse de quién pudiera estar mirándola, saltando y cantando cada palabra con la misma intensidad con la que llevaba meses diciendo que algún día conseguirían aquellas entradas. Nico apenas podía seguirle el ritmo, pero tampoco parecía importarle demasiado. Cada vez que ella se giraba para cogerle de la

mano o empujarlo para que cantara con ella, terminaba riéndose. Descubrió muy pronto que estaba disfrutando casi más de verla feliz que del propio concierto.

Unos pasos más allá, Álex observaba a Tana con una sonrisa difícil de esconder. Nunca la había visto así. La mujer meticulosa, racional y siempre dueña de cada gesto había desaparecido por completo. Cantaba con los brazos levantados, desafinaba sin el menor pudor y hasta se reía de sí misma cuando olvidaba alguna estrofa.

—Ahora entiendo por qué querías venir tanto —le dijo acercándose a su oído para vencer el ruido.

Tana giró la cabeza hacia él con los ojos brillantes.

—Te lo advertí.

Álex no respondió. Simplemente rodeó su cintura con un brazo durante unos segundos y ella, en lugar de tensarse como habría hecho unos meses atrás, apoyó la espalda contra él con absoluta naturalidad. A veces el amor no llegaba con grandes gestos; llegaba así, sin hacer ruido, cuando dejabas de darte cuenta de que alguien ya formaba parte de tu espacio.

Lía y Dani, en cambio, parecían estar viviendo un concierto completamente distinto.

Al principio apenas cruzaban alguna mirada fugaz. Hablaban poco, comentaban alguna canción al oído porque la música apenas permitía escuchar otra cosa y sonreían cada vez que descubrían que seguían recordando exactamente las mismas estrofas. Resultaba extraño comprobar que, después de tanto tiempo, seguían compartiendo recuerdos que nadie más conocía.

Cuando comenzaron los primeros acordes de Cero, los dos se miraron al mismo tiempo.

No hizo falta decir nada.

Los dos recordaban perfectamente aquel viaje improvisado a la sierra durante la universidad, cuando Dani había insistido en escuchar el disco entero de camino y Lía había terminado cantándolo de principio a fin mientras él fingía indignarse porque se sabía las canciones mejor que él.

Sonrieron.

Solo eso.

Pero aquella sonrisa tenía demasiados años detrás.

Las canciones fueron sucediéndose y, poco a poco, la distancia entre ellos dejó de existir sin que ninguno la redujera conscientemente. A veces sus hombros se rozaban cuando el público empezaba a saltar; otras, uno se inclinaba hacia el otro para comentar cualquier tontería y terminaban riéndose como si el tiempo hubiera retrocedido varios años. Durante un rato dejaron de ser dos personas intentando entender qué hacer con lo que sentían.

Volvieron a ser simplemente ellos.

Después llegó Peter Pan.

Pipa cumplió exactamente lo que había prometido durante meses.

Antes de que terminara el primer estribillo ya tenía los ojos llenos de lágrimas. Nico la abrazó riéndose mientras ella seguía cantando sin ninguna intención de disimular. Tana sacó el móvil para grabar unos segundos del escenario y Álex aprovechó para inmortalizar aquel momento, captando a las tres amigas cantando abrazadas mientras miles de personas hacían exactamente lo mismo a su alrededor.

La noche avanzaba demasiado deprisa.

Hasta que Dani Martín dejó la guitarra a un lado y caminó despacio hacia el centro del escenario.

Las luces cambiaron de color. Todo el recinto quedó envuelto en un tono cálido y el murmullo del público fue apagándose poco a poco.

—Hay canciones —dijo con una sonrisa tranquila— que no necesitan presentación.

Bastaron las primeras notas de Qué bonita la vida para que miles de móviles se encendieran casi al mismo tiempo. En apenas unos segundos, el recinto entero se transformó en un cielo lleno de pequeñas luces blancas que se balanceaban despacio al ritmo de la música.

Lía sintió un escalofrío recorrerle los brazos.

Siempre le había pasado con aquella canción.

No sabía exactamente por qué.

Solo que conseguía desarmarla.

Levantó el móvil por encima de su cabeza y, casi por inercia, giró ligeramente la cara.

Dani ya la estaba mirando.

No al escenario.

No a las luces.

A ella.

Durante unos segundos el resto del concierto desapareció. Él levantó despacio la mano y, con una delicadeza que parecía contener todos los años que habían pasado sin atreverse a hacer aquello, apartó el mechón de pelo que el aire le había llevado hasta la cara. Sus dedos apenas rozaron su mejilla antes de quedarse suspendidos entre los dos.

Lía no se movió.

Ni siquiera respiró.

Había imaginado ese gesto demasiadas veces para no reconocer lo que significaba.

Y, sin embargo, lo que realmente la paralizó fue otra cosa.

Dani no retiró la mano.

Simplemente siguió mirándola.

Como si quisiera aprenderse de memoria aquel instante.

Sin que ninguno de los dos lo supiera, la realización del concierto acababa de enfocar exactamente esa escena. De pronto, sus rostros aparecieron proyectados en las dos pantallas gigantes que flanqueaban el escenario. Miles de personas giraron la cabeza hacia ellas y un aplauso espontáneo comenzó a extenderse por todo el recinto, acompañado de silbidos, risas y ese murmullo cómplice con el que el público siempre celebraba encontrar una historia de amor entre tanta gente.

Pipa fue la primera en darse cuenta.

Le dio un codazo a Nico sin apartar la vista de la pantalla.

—Míralos…

Nico levantó la cabeza y se quedó completamente inmóvil.

Álex dejó de cantar.

Tana se llevó una mano a la boca, incapaz de borrar la sonrisa.

Desde fuera, la imagen parecía sacada de una película. Dos personas aisladas en medio de miles, mirándose como si fueran las

únicas que existían.

Pero ellos no tenían ni idea de que todo el recinto los estaba observando.

Seguían allí.

En silencio.

Apenas separados por unos centímetros.

Entonces Lía sintió el miedo.

No el miedo a lo que estaba pasando.

El miedo a que volviera a pasar lo de siempre.

A acercarse demasiado.

A creer, una vez más, que aquella mirada significaba lo mismo para él que para ella.

Y que, al final, fuera Dani quien diera un paso atrás.

Antes de darle la oportunidad de hacerlo, fue ella quien retrocedió apenas unos centímetros.

Solo uno.

Lo suficiente para romper aquel instante.

Dani bajó despacio la mano.

No intentó detenerla.

No volvió a acercarse.

Simplemente la miró con una ternura nueva, distinta a cualquier otra cosa que hubiera habido entre ellos hasta entonces.

Y Lía comprendió que, por primera vez, no era él quien se estaba alejando.

Era ella quien todavía no sabía cómo dejar de tener miedo.

La canción terminó envuelta en un aplauso interminable. Dani Martín dio las gracias con una sonrisa emocionada antes de dar paso a las últimas canciones del concierto, devolviendo al recinto la energía con la que había empezado la noche. Las luces recuperaron intensidad, el público volvió a saltar y, poco a poco, la magia de aquel instante quedó escondida entre la música y el ruido de miles de personas cantando al mismo tiempo.

Lía respiró hondo, intentando recuperar el pulso. Se obligó a mirar de nuevo hacia el escenario, a concentrarse en las guitarras, en las pantallas, en la voz que llenaba el recinto, aunque era consciente de

que ya no estaba prestando atención a ninguna canción. Notaba la presencia de Dani a su lado con una claridad casi incómoda, como si la distancia que acababa de poner entre los dos hubiera sido únicamente física.

Él tampoco volvió a buscarla.

No porque no quisiera.

Sino porque entendió que aquel pequeño paso atrás significaba mucho más de lo que parecía.

Y, por primera vez en mucho tiempo, decidió respetarlo.

Terminó el concierto entre abrazos, aplausos y miles de personas resistiéndose a aceptar que ya no quedaban más canciones. Dani Martín se despidió prometiendo volver pronto, lanzó la última púa al público y desapareció entre los focos mientras el recinto entero seguía coreando su nombre unos segundos más.

—Ha sido una pasada… —dijo Pipa, todavía con la voz rota de tanto cantar.

Nico sonrió al verla completamente despeinada, con el maquillaje ligeramente corrido y una felicidad imposible de fingir.

—Creo que no he visto nunca a nadie disfrutar tanto de un concierto.

—Porque no me has visto en el de hace diez años.

—Ni falta que hace.

Los seis comenzaron a salir despacio junto al resto del público. El ambiente era completamente distinto al de unas horas antes. Había grupos comentando sus canciones favoritas, parejas abrazadas mientras revisaban los vídeos que acababan de grabar y amigos prometiéndose volver a repetir una noche igual.

Pipa caminaba delante, agarrada de la mano de Nico, repasando una por una las canciones del repertorio como si tuviera miedo de olvidar alguna.

Tana avanzaba junto a Álex. Él llevaba una mano apoyada en la parte baja de su espalda, guiándola entre la gente sin darse cuenta siquiera de que lo hacía.

Lía y Dani volvieron a quedarse unos pasos por detrás.

No hablaban.

Tampoco parecía necesario.

Durante unos minutos caminaron simplemente uno al lado del otro, escuchando el murmullo de la gente que abandonaba el recinto mientras el aire cálido de la noche empezaba a sustituir al calor acumulado durante el concierto.

Fue Dani quien rompió el silencio.

—¿Te ha gustado?

Lía soltó una risa pequeña.

—Creo que esa es la pregunta más absurda que me han hecho nunca.

Él sonrió.

—Era por asegurarme.

—Ha sido increíble.

Se quedaron callados otra vez.

Dani metió las manos en los bolsillos y miró hacia el suelo unos segundos antes de volver a hablar.

—Me alegro de haber coincidido contigo.

Lía giró la cabeza lentamente.

Aquella frase era sencilla.

Tan sencilla que cualquiera habría pensado que no significaba nada.

Pero ella sabía que sí.

Porque Dani no estaba hablando del concierto.

Lo miró unos segundos sin responder.

Después sonrió muy despacio.

—Yo también.

No añadieron nada más.

No hacía falta.

A unos metros de ellos, Tana los observó de reojo.

—¿Los ves? —susurró.

Álex siguió discretamente la dirección de su mirada.

Asintió.

—Sí.

—¿Crees que se han dado cuenta?

Él sonrió con calma.

—Creo que llevan toda la vida dándose cuenta.

Lo único que les falta es dejar de tener miedo.

Tana volvió a mirar hacia atrás. Lía acababa de reírse por algo que Dani le había dicho en voz baja y fue una risa distinta, más tranquila. Y, sin saber muy bien por qué, tuvo la sensación de que aquella noche no iba a cambiarles la vida de inmediato, pero sí iba a quedarse con ellos durante mucho tiempo, como esas canciones que uno deja de escuchar durante años y, aun así, sigue sabiendo cantar de memoria cuando vuelven a sonar.

Al salir del recinto, el grupo se detuvo unos segundos en la acera, todavía envueltos en el ruido de la gente que se dispersaba.

—¿Tomamos algo? —propuso Nico, mirando alrededor—. Hay un sitio aquí cerca.

Pipa asintió enseguida.

—Sí, por favor. Necesito seguir hablando de esto durante al menos dos horas más.

Álex miró a Tana, esperando su respuesta. Ella dudó apenas un segundo antes de negar con la cabeza.

—Yo paso. Estoy muerta.

Lía la miró de reojo, entendiendo al instante.

—Yo también —añadió—. Creo que necesito… bajar un poco.

Pipa frunció el ceño.

—¿Seguro?

—Segurísimo —respondió Lía con una sonrisa tranquila—. Id vosotros.

Nico se encogió de hombros.

—Vale, pero luego no os quejéis si nos lo pasamos mejor.

—Imposible —replicó Tana.

Se despidieron entre bromas rápidas y promesas de verse al día siguiente. Pipa y Nico se alejaron primero, todavía discutiendo sobre cuál había sido la mejor canción. Álex dudó un instante más, mirando a Tana.

—¿Seguro que no queréis que os acompañe?

—No hace falta —respondió ella—. Estamos bien.

Él asintió, aunque no parecía del todo convencido, y terminó siguiendo a los otros dos.

Dani se quedó unos segundos más y miró a Lía.

—¿Vais bien?

—Sí.

Hubo una pausa breve.

—Entonces… nos vemos.

—Nos vemos.

No hubo abrazo, ni gesto que alargara la despedida, solo una mirada que duró un segundo más de lo necesario antes de que ellas se giraran y se marcharan.

—Vale —murmuró Tana a su lado—. Ahora sí que tenemos que hablar.

Lía dejó escapar una risa suave.

—Lo sé.

Lía y Tana empezaron a alejarse por la avenida, perdiéndose poco a poco entre la marea de gente que abandonaba el recinto. Dani las siguió con la mirada hasta que dejó de distinguirlas entre las luces y los grupos que caminaban en todas las direcciones. Solo entonces soltó el aire despacio, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde que terminó la última canción, y se volvió hacia los demás.

—Creo que yo también me voy.

Álex lo miró sorprendido.

—¿Ya? Habíamos dicho de tomar algo por aquí.

Dani negó con una sonrisa cansada mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—Otro día. Me está empezando a doler bastante la cabeza y prefiero irme a casa.

Pipa resopló con una media sonrisa escéptica.

—Qué oportuno. Justo ahora.

Dani levantó un instante la vista hacia ella. No había reproche en su mirada, solo un cansancio difícil de disimular. Por primera vez desde que se conocían, ni siquiera intentó responderle con una broma. Bajó de nuevo la vista al teléfono y pidió un taxi. Aquel silencio descolocó incluso a Pipa. Álex dio un paso hacia él y le apoyó una mano en el hombro.

—¿Seguro que estás bien?

Dani tardó unos segundos en contestar.

—Sí. Solo necesito dormir un poco.

Los dos sabían que era mentira.

El taxi apareció apenas un minuto después. Dani guardó el móvil, abrazó primero a Álex y después estrechó la mano de Nico.

—Nos vemos.

—Llámame mañana —le dijo Álex.

Dani asintió sin añadir nada más. Después abrió la puerta del coche, se despidió con un gesto rápido de la mano y desapareció en el asiento trasero.

Los tres siguieron el taxi con la mirada hasta que dobló la esquina y las luces rojas desaparecieron al final de la avenida.

Pipa rompió el silencio con un encogimiento de hombros.

—Pues sí que le ha sentado intenso el concierto.

Álex no respondió y Nico tampoco, porque los dos sabían que Dani no se iba a casa por el dolor de cabeza. Se marchaba porque, después de haberla tenido tan cerca durante toda la noche, volver a despedirse de Lía le dolía mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer delante de nadie.



17

Aquella noche, después de despedirse de dejar a Tana en su casa, Lía continuó caminando hasta la suya.

Madrid seguía completamente despierta. Las aceras estaban llenas de grupos que regresaban del concierto comentando sus canciones favoritas, de parejas que buscaban un taxi sin dejar de reír y de desconocidos que, durante un par de horas, habían compartido la misma banda sonora. Todavía se escuchaba a alguien tararear algún estribillo a lo lejos y, por un instante, tuvo la sensación de que la ciudad entera seguía atrapada dentro de aquel concierto.

Ella, sin embargo, caminaba en silencio. No recordaba por dónde había pasado. Ni siquiera era consciente del recorrido que estaban haciendo sus pies. Su cabeza había dejado de estar en aquellas calles hacía mucho tiempo. Seguía en el recinto, bajo las luces del escenario, reviviendo una y otra vez el instante en que Dani le había apartado aquel mechón de pelo de la cara. Había sido un gesto tan

pequeño que cualquiera podría haberlo pasado por alto. Pero para ella había significado mucho más que cualquier beso.

Cuando abrió la puerta de casa y el sonido de la cerradura rompió el silencio, sintió de golpe el peso de toda la noche. Dejó las llaves sobre el mueble de la entrada, se quitó las zapatillas con un movimiento casi automático y caminó descalza hasta la cocina. Se sirvió un vaso de agua, apoyó las manos sobre la encimera y permaneció varios segundos completamente inmóvil, intentando ordenar unos pensamientos que parecían haberse convertido en un nudo imposible de deshacer. Quiso convencerse de que solo había sido un concierto. Quiso pensar en Pipa llorando desconsoladamente durante Peter Pan, en Tana cantando sin importarle desafinar o en Nico intentando seguir el ritmo de su amiga mientras Álex no dejaba de reírse de los dos. Intentó aferrarse a cualquiera de esos recuerdos para no volver al mismo lugar, pero todos los caminos terminaban llevándola a Dani. A la forma en que la había mirado, a la tranquilidad con la que había retirado aquel mechón de su rostro, a la delicadeza con la que había bajado la mano cuando ella decidió dar un paso atrás, sin enfadarse, sin insistir, sin hacerla sentir culpable. Y fue precisamente eso lo que terminó por romper todas sus defensas, porque aquel Dani no se parecía al chico impulsivo del que se había enamorado años atrás, sino que se parecía demasiado al hombre con el que podría imaginar una vida.

Cerró los ojos con fuerza. No. La verdad era mucho más sencilla. Ya no podía seguir diciéndose que aquello no era amor. Cogió el móvil del bolso y se dejó caer en el sofá. Abrió la conversación con Dani y permaneció varios minutos mirando la pantalla en blanco. Escribía una frase y la borraba. Volvía a empezar. Se detenía. Respiraba. Cerraba la aplicación. La abría otra vez.

«Gracias por esta noche.»

La eliminó.

«Me lo he pasado muy bien.»

También desapareció. Aquello no era suficiente. No podía esconderse detrás de una frase amable después de todo lo que había ocurrido. Respiró profundamente una vez más y dejó que los dedos empezaran a moverse sin pensar demasiado.

«Necesito decirte algo antes de que pase más tiempo.»

Se quedó observando la frase unos segundos antes de continuar.

«Hoy me he apartado y creo que te debo una explicación.»

Las siguientes palabras tardaron mucho más en llegar. Sintió un nudo en la garganta incluso antes de escribirlas.

«No lo hice porque no quisiera que me tocaras.»

Las lágrimas empezaron a empañarle la vista.

"Lo hice porque sí quería.»

Durante unos segundos dejó el teléfono sobre sus piernas. Se llevó una mano a la boca para contener el llanto y respiró varias veces intentando recuperar el control.

Cuando volvió a coger el móvil, siguió escribiendo.

«Y eso me dio muchísimo miedo. No miedo de ti. Miedo de mí. Miedo de volver a creer que esta vez todo podía salir bien. Miedo de volver a ilusionarme y descubrir, dentro de unos meses, que todo había sido otra equivocación.»

Se secó una lágrima con el dorso de la mano antes de continuar.

«Sé que me dijiste que esta vez era diferente. Quiero creerlo. De verdad que quiero hacerlo. Pero todavía no sé cómo confiar después de tantos años. No sé cómo dejar de pensar que, en cualquier momento, volverás a marcharte.»

Leyó el mensaje entero. No le gustó, porque era demasiado sincero y precisamente por eso decidió no cambiar una sola palabra. Siguió escribiendo.

«Llevamos demasiado tiempo encontrándonos cuando no toca. Siempre llegamos tarde. Siempre dejamos cosas sin decir. Siempre aparece el miedo antes que nosotros.»

Las lágrimas seguían cayendo lentamente sobre la pantalla.

«Por eso creo que lo mejor es que dejemos de buscar estos momentos. Necesito seguir con mi vida y creo que tú también deberías seguir con la tuya.»

Aquella frase le dolió incluso más que escribir las anteriores, porque no quería que siguiera con su vida, quería que siguiera caminando a su lado. Pero una parte de ella seguía convencida de que quererlo no era suficiente.

Antes de enviar el mensaje añadió una última confesión.

«No te escribo porque haya dejado de sentir cosas por ti. Te escribo precisamente porque ya no puedo fingir que no las siento. Y porque, si seguimos así, cada vez me va a costar más alejarme y, ahora mismo, creo que es lo que necesitamos.»

Se quedó varios segundos con el dedo suspendido sobre la pantalla.

Sabía que, en cuanto pulsara el botón de enviar, algo cambiaría entre ellos. Respiró hondo y lo hizo. El mensaje desapareció.

Al otro lado de la ciudad, Dani acababa de llegar a casa. Entró todavía con la pulsera VIP en la muñeca y una sonrisa que llevaba acompañándolo desde que había salido del recinto. Mientras dejaba las llaves sobre el recibidor, volvió a recordar la imagen de Lía cantando a su lado, riéndose cuando los dos se equivocaron en la misma estrofa y mirándolo como hacía años que nadie lo miraba.

El móvil vibró y al ver su nombre en la pantalla, sonrió sin darse cuenta. Pensó que quizá ella tampoco quería que aquella noche terminara todavía. Se sentó en el sofá antes incluso de abrir la conversación y empezó a leer.

La sonrisa desapareció antes de terminar el tercer mensaje. Su respiración se hizo más lenta. Volvió al principio. Leyó una segunda vez. Después una tercera y una cuarta. No porque no hubiera entendido las palabras, sino porque se negaba a aceptar que fueran reales.

Cuando terminó, dejó el teléfono sobre las piernas y apoyó los codos en ellas. Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil, mirando un punto fijo del suelo, como si necesitara tiempo para comprender que acababa de perder algo que apenas había empezado a recuperar.

Cogió el móvil otra vez. Escribió un simple «Lía…», pero lo borró. Escribió «Déjame demostrarte que esta vez será diferente.» También desapareció. Las lágrimas empezaron a acumularse en sus ojos antes incluso de que fuera consciente de ello. Intentó contenerlas, pero no pudo. Se llevó una mano a la cara mientras la primera escapaba sin remedio. Después llegó otra y otra más. Acabó inclinándose hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas y el teléfono todavía entre las manos, llorando en silencio como

hacía años que no lloraba. No era un llanto desesperado, era mucho peor. Era el llanto de quien comprende demasiado tarde que el amor de su vida no ha dejado de quererlo, pero ya no sabe cómo creer en él.

Cuando consiguió serenarse un poco, volvió a mirar la conversación una última vez. Comprendió entonces que Lía no le estaba pidiendo explicaciones, ni tampoco le estaba reprochando el pasado, solo le estaba pidiendo una cosa: distancia. Y, por mucho que aquello fuera exactamente lo contrario de lo que él deseaba, si de verdad la quería como llevaba semanas repitiéndose a sí mismo, quizá la única forma de demostrárselo era respetar esa decisión.

Apagó la pantalla del móvil, la dejó boca abajo sobre la mesa del salón y aquella noche eligió no responder. No porque se rindiera, sino porque la quería demasiado para no escuchar la única petición que ella había sido capaz de hacerle.



17

Las semanas pasaron despacio. No ocurrió nada extraordinario. Ninguna llamada inesperada, ningún mensaje de madrugada, ninguna coincidencia de esas que parecían empeñadas en juntar a Lía y Dani cuando ninguno de los dos sabía ya qué hacer con el otro. Y, sin embargo, para quienes los conocían bien, estaba ocurriendo exactamente lo contrario. Todo estaba cambiando.

Dani cumplió al pie de la letra la única petición que Lía le había hecho.

No volvió a escribirle. No reaccionó a ninguna fotografía que ella subía de vez en cuando a redes sociales. No buscó la manera de coincidir con ella, ni preguntó por ella cuando hablaba con Álex. Incluso dejó de pasar por aquella cafetería donde, durante un tiempo, había albergado la absurda esperanza de encontrársela cualquier tarde. No porque hubiera dejado de querer verla, sino precisamente porque todavía no sabía cómo dejar de hacerlo.

Álex fue el primero en darse cuenta de que aquel silencio no estaba ayudando a nadie. Una tarde apareció sin avisar en casa de Dani con una bolsa de comida china en una mano y dos cervezas en la otra.

—No pienso dejar que te conviertas en uno de esos tíos que pasan el sábado viendo documentales de tiburones.

Dani abrió la puerta todavía en pantalón corto y camiseta.

—No estaba viendo documentales.

Álex levantó una ceja.

—¿Qué estabas viendo?

Dani miró un segundo hacia el salón, la televisión seguía encendida y en la pantalla aparecía el menú principal del concierto de Dani Martín que había grabado años atrás. Álex no dijo nada, solo levantó lentamente la mirada hacia él.

—Vale… retiro la pregunta.

Entró en casa sin esperar invitación y dejó la comida sobre la mesa del salón.

—Vístete.

—¿Para qué?

—Porque salimos.

—No.

—Sí.

—Álex…

—No es una pregunta.

Dani suspiró con resignación.

—No me apetece.

—Precisamente por eso.

Durante unos segundos ninguno habló. Álex abrió una de las cervezas y se la tendió.

—No puedes seguir encerrado aquí.

—No estoy encerrado.

—Llevas tres fines de semana seguidos inventándote excusas para no salir.

Dani bebió un trago antes de responder.

—Estoy cansado.

—No.

Álex negó despacio.

—Estás triste.

Aquella palabra quedó suspendida entre los dos. Dani desvió la mirada hacia la ventana. Madrid seguía exactamente igual al otro

lado del cristal, la única diferencia era que él ya no encontraba su sitio en ninguna parte.

—Solo necesito tiempo.

Álex lo observó unos segundos.

—El tiempo ayuda cuando haces algo con él, no cuando lo dejas pasar.

Una hora después caminaban por la calle Jorge Juan camino de uno de esos locales donde parecía reunirse media ciudad cada viernes por la noche. Música suave, mesas altas, luces tenues y gente impecablemente vestida que hablaba demasiado alto mientras los camareros cruzaban la terraza con bandejas llenas de copas. Tana ya estaba allí cuando llegaron.

Se levantó para saludarlos y abrazó primero a Álex. Después sonrió a Dani.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Ella sostuvo su mirada apenas un segundo más. Mentía fatal.

Se sentaron los tres junto a otra pareja de compañeros del despacho de Álex y, poco a poco, la mesa fue llenándose de gente. Entre ellos estaba Julia, una arquitecta amiga de uno de los socios, divertida, espontánea y con esa facilidad para conversar con cualquiera que hacía que todo pareciera sencillo.

No tardó en sentarse al lado de Dani. Hablaron de viajes, de música, de trabajo. Ella reía con facilidad y él respondía con educación, incluso con alguna broma que hizo reír al resto de la mesa.

Álex intercambió una mirada rápida con Tana. Quizá… Quizá aquello era justo lo que necesitaba.

Julia terminó apoyando un codo sobre la mesa.

—Oye…

Dani levantó la vista.

—¿Sí?

—¿Siempre eres tan serio o hoy has tenido un mal día?

Él sonrió.

—Hoy estoy bastante mejor que hace una semana.

—Entonces no quiero imaginar cómo estabas.

Los dos rieron. La conversación continuó unos minutos más, hasta que Julia preguntó con absoluta naturalidad:

—¿Y tienes pareja?

La sonrisa de Dani desapareció apenas un instante. Solo un instante, pero Tana lo vio y Álex también.

—No.

Julia sonrió.

—Perfecto.

Sin embargo, Dani ya había dejado de escucharla. Casi sin darse cuenta, buscó el móvil en el bolsillo, abrió la pantalla y, como llevaba haciendo cada noche desde el concierto, entró en la conversación con Lía.

No había mensajes nuevos, solo aquel último, el mismo que seguía leyendo cada día.

«No te escribo porque haya dejado de sentir cosas por ti. Te escribo precisamente porque ya no puedo fingir que no las siento.»

Leyó esa frase una vez más, bloqueó el teléfono y volvió a dejarlo sobre la mesa. Cuando levantó la vista, Julia seguía hablándole. Sonrió por educación, pero ya no estaba allí.

Tana lo observó desde el otro extremo de la mesa y sintió un nudo en el estómago. Por primera vez desde que todo aquello había empezado, tuvo la sensación de que estaba ocultándole algo importante a Lía, no porque estuviera haciendo nada malo, sino porque su amiga seguía convencida de que Dani había aceptado seguir con su vida y la realidad era muy distinta.

La realidad era que seguía sentado delante de una copa que apenas había probado, sonriendo cuando tocaba sonreír y respondiendo cuando alguien le hacía una pregunta, mientras una parte de él seguía atrapada en un mensaje que conocía prácticamente de memoria.

Tana bajó la mirada hacia su vaso y, de repente, la noche dejó de parecerle tan divertida.

La segunda vez fue una semana después. Esta vez no hubo excusas ni insistencia por parte de Álex. Simplemente apareció un mensaje en el grupo que compartían los tres.

«Viernes. Ocho y media. Cenamos fuera.»

Dani estuvo varios minutos mirando la pantalla antes de contestar.

«Vale.»

No porque le apeteciera, sino más bien porque estaba empezando a darse cuenta de que quedarse solo en casa tampoco solucionaba nada. Eligieron un restaurante italiano cerca del Retiro. Era uno de esos sitios con mesas de madera, luz tenue y música lo suficientemente baja como para poder hablar sin levantar la voz.

El ambiente era tranquilo y, por primera vez en varios días, Dani consiguió relajarse un poco. Bromeó con Álex, se rio de una anécdota que contó Tana sobre un juicio y hasta pidió otra copa cuando terminaron de cenar. Tana empezaba a pensar que quizá Álex tenía razón, que solo necesitaba tiempo.

Después decidieron acercarse a un local donde varios compañeros del despacho estaban celebrando un ascenso. El sitio estaba lleno de gente, con la música algo más alta y una terraza enorme desde la que se veía buena parte del centro iluminado.

No tardaron en rodearlos varias caras conocidas, entre ellas estaba Marina. Morena, simpática, ingeniera, con una facilidad asombrosa para hablar con cualquiera.

Álex apenas necesitó cinco minutos para presentarlos.

—Marina, él es Dani.

—Encantada.

—Igualmente.

La conversación surgió sola. Hablaron de viajes, de los sitios pendientes que ambos tenían anotados y terminaron discutiendo cuál era la mejor ciudad para perderse un fin de semana sin hacer absolutamente nada.

Marina reía mucho y Dani también.

Tana observó la escena desde unos metros más allá mientras fingía escuchar a una compañera del despacho. Le gustaba verla, le gustaba pensar que quizá aquella conversación podía ser el principio de algo distinto, porque nadie merecía quedarse atrapado para siempre en una historia imposible.

Al cabo de un rato, Marina apoyó una mano sobre el brazo de Dani.

—Voy a pedir otra copa. ¿Vienes?

Él levantó la cabeza. Durante una décima de segundo creyó haber visto a Lía entrar por la puerta del local. El mismo pelo, la misma forma de caminar. El corazón le dio un vuelco y se giró completamente. No era ella. Era solo una desconocida que se parecía demasiado desde lejos.

Cuando volvió a mirar a Marina, tardó un instante en recordar qué le había preguntado.

—Perdona…

Ella sonrió.

—Te decía que si vienes a por otra copa.

Dani negó con una amabilidad que escondía mucho cansancio.

—Creo que me voy a ir.

—¿Ya?

—Mañana madrugo.

Era mentira. Los tres lo sabían, pero Marina le sonrió igualmente.

—Entonces otro día.

—Claro.

Nunca hubo otro día.

Mientras lo veía alejarse por la terraza, Tana sintió un pellizco extraño en el pecho. Álex llegó a su lado con dos copas en la mano.

—¿Qué pasa?

Ella seguía mirando hacia la puerta.

—Nada.

Pero los dos sabían que sí pasaba.

Los días siguieron pasando. Tana no volvió a sacar el tema con Lía ni una sola vez. Cada vez que quedaban, hablaban del trabajo, de Pipa, de Carlos, de cualquier cosa que pudiera mantener la conversación lejos de un nombre que ambas evitaban casi por instinto. Y, sin embargo, ese nombre aparecía continuamente en su cabeza.

La tercera vez ocurrió durante una comida de trabajo. No había planes, ni cenas, ni ninguna intención de emparejar a nadie. Solo una reunión que terminó más tarde de lo previsto y un menú compartido en un restaurante cercano a la oficina.

Cuando los cafés empezaron a llegar a la mesa, Dani pidió permiso para levantarse.

—Voy un momento fuera.

Tana lo vio salir con el teléfono en la mano. No le dio importancia.

Hasta que, unos minutos después, también salió ella para contestar una llamada. Lo encontró sentado solo en un banco, al otro lado de la cristalera. No estaba hablando con nadie, ni siquiera escribía, solo sostenía el móvil entre las manos mientras observaba fijamente la pantalla.

Tana dudó unos segundos antes de acercarse.

—¿Todo bien?

Dani levantó la vista. Tardó un momento en reaccionar. Después bloqueó el teléfono casi con vergüenza.

—Sí.

Ella se sentó a su lado y no preguntó nada, no hacía falta.

Los dos permanecieron en silencio unos segundos, escuchando el tráfico de la calle.

—¿Sigues pensando en Lía?

Dani dejó escapar una sonrisa cansada.

—Todos los días.

—¿Por qué?

Él tardó bastante en responder.

—Porque no soy capa a olvidarme de cómo terminó, sin ni siquiera haber empezado.

Aquella frase le rompió algo por dentro. Tana desvió la mirada hacia los coches que pasaban delante de ellos. No encontraba ninguna respuesta capaz de aliviar aquello.

—No puedes seguir viviendo así.

Dani bajó la vista hacia el móvil.

—Lo sé.

—Entonces haz algo.

Él soltó una risa tan baja que casi pareció un suspiro.

—¿Qué quieres que haga?

La miró por primera vez desde que se habían sentado.

—Me pidió que siguiera con mi vida.

Hizo una pausa.

—Y cada vez que intento hacerlo, todo me recuerda que la vida que quería era con ella.

Tana sintió un nudo en la garganta porque conocía demasiado bien a Lía. Sabía que, si hubiera escuchado aquella frase, probablemente habría corrido a buscarlo, y fue precisamente ese pensamiento el que la acompañó durante todo el camino de vuelta.

Aquella noche, mientras Álex conducía y Madrid desfilaba iluminado al otro lado de la ventanilla, permaneció en silencio mucho más tiempo del habitual. Él terminó apagando la música.

—¿Qué te pasa?

Tana siguió mirando hacia la calle unos segundos antes de responder.

—Me siento fatal.

Álex apartó un instante la vista de la carretera.

—¿Por qué?

Ella tardó en encontrar las palabras.

—Porque cada vez que quedo con Dani siento que le estoy ocultando algo a Lía.

Suspiró. El coche quedó en silencio.

—No sé si estoy respetando una decisión…

Giró lentamente la cabeza hacia él.

—…o traicionando a mi mejor amiga.

Álex buscó su mano sobre la consola central y entrelazó los dedos con los suyos.

—No estás traicionando a nadie, Tana.

—¿No?

—No.

La miró apenas un segundo ante de volver la vista a la carretera.

—Ellos tomaron esa decisión. Nosotros solo estamos intentando no romperla.

Tana apoyó la cabeza en el respaldo.

No respondió, porque, por primera vez desde que todo aquello había empezado, ya no estaba tan segura de que respetar el silencio de dos personas fuera siempre la mejor forma de quererlas.



17

Habían pasado semanas. Las suficientes como para que todo pareciera más tranquilo de lo que realmente estaba, como para que cada uno hubiera encontrado una forma más o menos cómoda de seguir adelante sin remover demasiado lo que había quedado mal colocado.

Lía seguía viendo a Carlos con naturalidad, con esa facilidad que no exigía explicaciones, que no la obligaba a pensar demasiado, que simplemente funcionaba. Él era directo, claro, estaba presente, y en su forma de estar había algo que le resultaba casi adictivo, porque no tenía que preguntarse nada.

Con él, todo pasaba y eso, después de Dani, era un descanso.

El reencuentro no fue planeado, pero tampoco fue casual del todo. Madrid tenía esa forma de hacer coincidir a la gente en el momento menos oportuno, o quizá en el más necesario, dependiendo de cómo se mirara. Y aquella noche, cuando Lía salió del coche ajustándose el bolso sobre elombro, con un vestido negro que le caía limpio sobre el cuerpo y unas sandalias finas que marcaban cada paso, no tenía la menor intención de pensar en nada

más allá de cenar, reírse un rato y dejar pasar los días sin complicarlos más.

Carlos ya la estaba esperando en la puerta, apoyado con esa postura suya despreocupada, camisa abierta en el cuello, sonrisa fácil en cuanto la vio acercarse, como si no hubiera nada más importante en ese momento que ella.

—Pensaba que me ibas a hacer esperar más —dijo, inclinándose ligeramente hacia ella.

—No te acostumbres —respondió Lía, con media sonrisa.

Carlos le dio un beso en la mejilla, pero se quedó un segundo más de lo necesario, rozándole la piel con la suya, lo justo para que ella notara ese gesto que en él nunca era casual.

—Estás guapísima —añadió, sin bajar la voz.

Lía no respondió con palabras, pero sonrió y eso ya era suficiente.

Aquella noche estaban cenando en Tagle Madrid, un restaurante sofisticado, con ese ambiente cuidado donde las conversaciones se mezclan con el sonido de copas y música baja. Carlos hablaba, apoyado ligeramente hacia ella, con ese tono suyo medio irónico que siempre terminaba arrancándole una sonrisa.

—Te juro que no aguanto a ese cliente —decía—. Si vuelve a pedirme otra campaña "disruptiva" le bloqueo.

Lía rio de verdad. Y en ese momento, todo estaba bien. Hasta que dejó de estarlo. Los vio al entrar. No porque hicieran ruido, sino porque algo en ella se tensó antes incluso de mirar y cuando lo hizo…ahí estaban.

Álex el primero, saludando al camarero con esa seguridad suya, Tana a su lado —guapísima, tranquila, demasiado natural—, Dani justo detrás, y con ellos una chica que Lía no conocía, riéndose de algo que había dicho Álex, con esa confianza de quien ya encaja

Se sentaron a unas mesas más allá. Cerca. Demasiado cerca para su gusto. Lía dejó de escuchar. No del todo, pero sí lo suficiente, porque su atención ya no estaba donde debía. No podía evitar mirar y cada vez que lo hacía, encontraba a Dani en algún punto, hablando, inclinándose hacia la mesa, sonriendo a ratos… pero sin mirarla. No la había visto, o eso pensaba.

—¿Te pasa algo? —preguntó Carlos, observándola.

Lía apartó la mirada rápidamente.

—No.

Lía dejó la copa sobre la mesa.

—Voy al baño.

No esperó respuesta. Se levantó antes de que Carlos pudiera decir nada más y caminó hacia el fondo del restaurante con esa sensación incómoda creciendo en el pecho, esa mezcla de nervios y enfado que no sabía muy bien dónde colocar.

Lía no cerró la puerta del baño del todo, se quedó apoyada en el lavabo, con las manos a cada lado, la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo, intentando controlar la respiración que se le había desordenado sin saber muy bien por qué. No era solo haberlos visto. No era solo Dani. Era todo. Todo junto.

Se miró en el espejo, pero no terminó de reconocerse en ese gesto tenso, en esa forma de apretar los labios como si estuviera conteniendo algo que no quería salir.

—Joder… —murmuró para sí.

La puerta se abrió y esta vez sí se giró. Dani entró despacio, pero en cuanto la vio… cambió. Se le notó en la cara, en la forma en la que se quedó un segundo quieto, observándola, como si hubiera esperado otra cosa, como si no contara con verla así.

—¿Estás bien? —preguntó, bajando el tono automáticamente.

No sonó duro, sonó preocupado. Lía frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí?

No contestó a la pregunta. No iba a hacerlo.

—Te he visto levantarte —respondió él, acercándose un poco—. Y… —miró un segundo hacia el suelo, volviendo a ella— también he visto con quién estabas.

Ahí estaba.

—¿Y? —replicó Lía, cruzándose de brazos—. ¿Qué quieres, Dani? ¿Por qué me has seguido?

Dani soltó aire por la nariz, negando ligeramente con la cabeza, como si ni él mismo tuviera del todo claro cómo había llegado hasta ahí.

—Porque no he podido evitarlo.

Silencio. Un paso más cerca.

—Porque necesitaba verte —añadió, más bajo—. Hablar contigo.

Lía apretó los labios.

—Pues ya me has visto.

—No, Lía.

Dani dio otro paso. Más cerca. Demasiado.

—No soporto verte con él.

Lía lo miró fijo.

—Pues te vas a tener que acostumbrar.

La frase salió más fría de lo que sentía, pero no la retiró. Dani negó con la cabeza.

—No —dijo, más bajo—. No voy a poder acostumbrarme.

Silencio. Se acercó todavía más, hasta que apenas quedaba espacio entre ellos.

—No voy a poder acostumbrarme a ver cómo alguien te toca… —añadió, clavando la mirada en la suya—. Porque el único que quiere hacerlo soy yo.

Ahí se rompió todo. El aire, la distancia, el control.

Lía sintió cómo se le erizaba la piel de golpe, cómo el cuerpo reaccionaba sin pedir permiso, cómo ese punto que llevaba semanas intentando ignorar volvía con una fuerza absurda, peligrosa. Dani estaba demasiado cerca. Demasiado. Podía sentir su respiración, el calor, todo. Y por un segundo… ninguno se movió.

Nadie habló, solo se miraron. Ese tipo de mirada que ya no tiene nada de casual, que lo dice todo y justo por eso… Lía fue la primera en apartarse.

Un paso atrás. Luego otro. Rompiendo ese momento antes de que fuera demasiado tarde.

—No hagas esto —dijo, más bajo.

No era una orden, era casi una súplica. Dani no respondió, pero tampoco se acercó otra vez y eso, en cierto modo, fue peor.

Lía cogió aire y se recompuso como pudo.

—Vuelve a tu mesa —añadió.

Y salió sin mirar atrás. El restaurante la golpeó de nuevo con el ruido, con las luces, con la normalidad fingida de todo lo que no había cambiado fuera de ese baño. Caminó hasta la mesa con un

gesto más contenido, más frío, sentándose frente a Carlos como si nada hubiera pasado, pero algo había pasado y él lo notó.

—¿Estás bien? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia ella.

Lía sostuvo su mirada un segundo.

—¿Nos vamos?

No explicó, ni lo adornó.

Carlos no preguntó. Asintió directamente.

—Claro.

Se levantaron y al girarse… ahí estaba Dani, volviendo del baño.

El cruce fue inevitable. Carlos, natural, dio un paso al frente.

—Eh, Dani —dijo, con tono normal—. ¿Qué tal?

Dani lo miró. Un segundo. Dos. Sin disimular. Y en su cara no había nada neutro.

—Vete a la mierda —soltó.

Bajo, pero claro. Sin levantar la voz, sin dudar. Carlos se quedó quieto, sorprendido y Lía también. El silencio duró apenas un instante, pero fue suficiente y entonces, desde la mesa de al lado… Tana se giró y la vio. Era Lía, de pie, con Dani delante, y en ese momento… se le borró la sonrisa.

Se le notó en la cara, en cómo se quedó completamente quieta, en cómo, de repente, no supo dónde mirar, ni dónde meterse, porque entendió todo de golpe, y sintió, sin necesidad de que nadie le dijera nada, que había hecho algo que no debía, que, sin querer, le había fallado a su amiga.

Carlos permaneció inmóvil unos segundos, viendo cómo Dani desaparecía por el pasillo sin volver la vista atrás. No entendía qué acababa de pasar, pero tampoco era ingenuo. Había visto demasiadas cosas en apenas unos minutos como para convencerse de que aquello era una simple salida de tono. Volvió lentamente la cabeza hacia Lía. Ella seguía completamente rígida, tenía los brazos pegados al cuerpo y evitaba mirarlo, concentrando toda su atención en colocarse el bolso sobre el hombro, aunque llevaba varios segundos intentando meter la correa por el mismo sitio sin conseguirlo.

Carlos dio un paso hacia ella.

—Vamos.

No preguntó nada, ni allí, ni delante de los demás. Simplemente apoyó una mano en la parte baja de su espalda y la acompañó hasta la salida del restaurante.

El aire cálido de la noche les golpeó en cuanto cruzaron la puerta. Madrid seguía igual que cuando habían llegado unas horas antes. Las terrazas continuaban llenas, los taxis avanzaban lentamente entre el tráfico y un grupo de amigos reía al otro lado de la calle sin imaginar que, apenas unos metros más allá, el mundo de alguien acababa de empezar a tambalearse.

Caminaron en silencio, un silencio distinto a los que solían compartir, más pesado, más incómodo. Carlos no intentó romperlo enseguida, esperó, le dio espacio, porque intuía que, si había algo que Lía quisiera contarle, terminaría haciéndolo cuando estuviera preparada.

Llegaron hasta el coche y, antes de abrirle la puerta, se volvió hacia ella.

—¿Quieres que demos una vuelta antes de llevarte a casa?

Lía levantó la cabeza. La propuesta la desarmó. Era exactamente el tipo de gesto que definía a Carlos. Nunca intentaba resolverlo todo, nunca exigía respuestas inmediatas. Simplemente estaba.

Negó muy despacio.

—No… creo que prefiero irme a casa.

Él asintió sin insistir. Durante el trayecto apenas hablaron. La radio sonaba muy baja, llenando los silencios sin llegar a romperlos. Lía observaba las luces de la ciudad desfilar al otro lado de la ventanilla mientras, una y otra vez, volvía al mismo instante.

«No soporto verte con él.»

«Porque el único que quiere hacerlo soy yo.»

Cerró los ojos un momento, como si así pudiera dejar de escucharlo.

Carlos la observó de reojo, solo un instante, lo suficiente para confirmar lo que llevaba sospechando desde que salió del baño.

Cuando detuvo el coche frente al portal de Lía, apagó el motor, pero ninguno de los dos hizo ademán de bajar. Pasaron varios segundos y fue él quien habló primero.

—No voy a preguntarte qué ha pasado ahí dentro.

Lía tragó saliva.

—Carlos…

Él negó despacio.

—No porque no quiera saberlo.

Giró ligeramente el cuerpo para mirarla.

—Sino porque prefiero que me lo cuentes tú cuando estés preparada.

Aquellas palabras le hicieron más daño que cualquier reproche, porque eran exactamente lo que necesitaba escuchar y, al mismo tiempo, confirmaban que Carlos no merecía nada de lo que estaba ocurriendo.

Lía notó cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Intentó contenerlas, pero no pudo. Carlos alargó la mano y le apartó con suavidad un mechón de pelo de la cara. Un gesto sencillo, inocente, y, precisamente por eso, devastador. Porque durante un instante su cabeza comparó aquel roce con el de Dani. Sintió una punzada de culpa tan intensa que tuvo que bajar la mirada.

Carlos se dio cuenta. No entendía el motivo, pero entendió el dolor. Le acarició la mano con el pulgar.

—Oye…

Esperó a que levantara la vista.

—Pase lo que pase, no tienes que enfrentarte sola a ello.

Lía lo miró, y en ese instante comprendió que aquel hombre la estaba queriendo exactamente como siempre había pensado que merecía que la quisieran, con calma, con respeto, sin exigir, sin invadir, sin hacer ruido. Y, aun así… No era él.

Aquella certeza le cayó encima con una fuerza insoportable, porque por primera vez entendió que el problema ya no era Dani, el problema era que seguía enamorada de él y eso significaba que, sin quererlo, acababa de empezar a hacer daño a la única persona que no se lo merecía.

Carlos esperó a que Lía entrara en el portal antes de arrancar de nuevo. Ella permaneció unos segundos apoyada contra la puerta del ascensor, con las llaves todavía entre los dedos y la sensación de que aquella noche había dejado demasiadas cosas abiertas. Subió despacio hasta casa, dejó el bolso sobre el recibidor y se quitó las

sandalias con un suspiro cansado. El silencio del piso la envolvió de inmediato, pero, por primera vez en mucho tiempo, no le resultó reconfortante. Caminó hasta el salón sin encender ninguna luz y se dejó caer en el sofá, incapaz de dejar de revivir una y otra vez la conversación del baño. Cerró los ojos un instante, como si así pudiera silenciar la voz de Dani repitiéndole que no soportaba verla con otro. No lo consiguió.

El móvil vibró sobre la mesa de centro, rompiendo el silencio de la casa. Lía lo cogió casi por inercia. Era un mensaje en el grupo que compartía con Pipa y Tana.

Tana: «¿Mañana podéis quedar un rato? Creo que necesitamos vernos las tres.»

Lía permaneció unos segundos mirando la pantalla. Había algo extraño en aquel mensaje. No era la propuesta de un café improvisado ni uno de los planes que Tana organizaba con su eficiencia habitual. Había una urgencia que no solía estar en ella, una necesidad de hablar que se intuía incluso detrás de una frase tan sencilla.

Antes de que pudiera responder, Pipa escribió.

«¿Ha pasado algo?»

Tardaron apenas unos segundos en aparecer los tres puntos que anunciaban que Tana estaba escribiendo. Desaparecieron. Volvieron a aparecer. Y desaparecieron otra vez. Finalmente, solo envió una frase.

«No. Bueno… sí. Pero prefiero contároslo mañana en persona.»

Lía sintió un ligero nudo en el estómago. Sin saber muy bien por qué, tuvo la sensación de que aquella conversación iba a cambiar muchas más cosas de las que imaginaba.

Lía: «Vale. ¿A las seis en el de siempre?»

Pipa: «Allí estaré.»

Tana: «Gracias.»

Lía dejó el móvil boca arriba sobre la mesa y permaneció unos segundos observando el techo del salón. No sabía qué quería contarles Tana, pero algo le decía que aquella noche todavía no había terminado del todo. Y, por primera vez desde que había salido

del restaurante, deseó con todas sus fuerzas que el día siguiente llegara cuanto antes.

Quedaron al día siguiente, como siempre. En la misma cafetería de siempre, con esa luz de mañana que entraba por los ventanales y hacía que todo pareciera más sencillo de lo que realmente era, como si el día nuevo trajera una especie de tregua automática que no siempre terminaba de cumplirse.

Lía llegó puntual. Se sentó en su sitio habitual, dejando el bolso en la silla de al lado y pidiendo un café sin pensar demasiado, apoyando los codos sobre la mesa mientras miraba hacia la calle sin ver realmente nada. Tenía la cabeza en otro sitio, todavía arrastrando lo de la noche anterior, esa conversación a medias en el baño, la forma en la que Dani se había acercado, lo que había dicho, lo que no, lo que se había quedado en el aire… y, sobre todo, cómo había terminado todo.

Dani, Carlos, la tensión, el cruce, Tana con Dani y esa chica… Todo junto. Suspiró ligeramente t en ese momento entró Tana. Se miraron un segundo. Suficiente. Tana supo al instante que Lía estaba molesta, se le notó en la cara, en ese gesto breve de duda antes de acercarse, en cómo dejó el bolso con más cuidado del habitual, como si estuviera midiendo cada movimiento.

—Hola… —dijo, con un tono más suave de lo normal.

Lía asintió.

—Hola.

No sonó fría, pero tampoco igual que siempre.

Tana se sentó frente a ella, acomodándose en la silla mientras jugaba un segundo con la cucharilla del azúcar, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Ayer… —empezó.

Lía la miró directamente. Sin dureza, pero sin ayudar.

—No te dije nada —continuó Tana, más baja— y sé que no estuvo bien.

Silencio.

—No sabía cómo hacerlo —añadió—. Ni cuándo.

Lía apoyó la espalda en la silla, soltando el aire despacio.

—Ya.

No era un reproche, pero tampoco lo evitaba. Tana levantó la mirada.

—No quería que te enteraras así.

—Pues me enteré así.

Tana asintió.

—Lo sé.

Se hizo un silencio breve, de esos incómodos pero necesarios, en los que ninguna quería tensar demasiado, pero tampoco fingir que no había pasado nada.

Lía la miró directamente.

—La chica.

No fue una pregunta suave. Tampoco dura, pero sí clara. Tana levantó la vista.

—¿Cuál?

Lía mantuvo la mirada.

—La que estaba con vosotros.

Silencio. Tana soltó aire despacio.

—Una más.

Lo dijo sin rodeos, sin adornarlo.

—¿Una más? —repitió Lía.

—Sí —asintió—. Álex le presenta gente.

Lía frunció ligeramente el ceño.

—¿A Dani?

Tana asintió otra vez, apoyando los codos sobre la mesa.

—Está… —dudó un segundo—. Está jodido, Lía.

No lo suavizó. No tenía sentido hacerlo. Lía no apartó la mirada, pero algo en su expresión cambió.

—No sale del bucle —continuó Tana—. No está bien.

Silencio.

—Álex intenta sacarlo, le presenta chicas, quedamos todos… —se encogió ligeramente de hombros—. Pero pasa de todas.

Ahí sí. Ahí dolió, porque no era lo que Lía necesitaba escuchar. Y aun así… lo escuchó sin interrumpir.

—No conecta con nadie —añadió Tana—. Está… —buscó la palabra—. En otro sitio.

Lía bajó la mirada un segundo, jugando con la taza entre las manos.

—Ya.

No sonó indiferente, pero tampoco implicada. Tana la observó con atención.

—No te lo había contado porque… —se quedó a medias—. Porque no sabía cómo hacerlo sin que fuera raro.

Lía levantó la vista.

—Lo es.

No agresiva, pero sí honesta. Tana asintió.

—Lo sé.

Silencio. Más tranquilo ahora. Más colocado.

—Pero no es por hacerte daño —añadió—. Ni por ocultarte nada a malas.

Lía negó ligeramente con la cabeza.

—Ya lo sé.

Y era verdad. No estaba enfadada con ella, no realmente.

—Solo… —se quedó un segundo buscando la palabra—. no me gustó enterarme así de que estabais quedando con él a mis espaldas.

Tana hizo un gesto leve.

—Lo entiendo.

Y se notaba que lo entendía de verdad. Se quedaron en silencio unos segundos, sin tensión, pero tampoco con la ligereza de siempre, como si ambas estuvieran recolocando las piezas sin necesidad de decirlo todo en voz alta.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó Tana al final.

Lía negó.

—No.

Y luego, más clara:

—Estoy incómoda.

Tana asintió despacio.

—Tiene sentido.

Y en ese momento llegó Pipa, con el móvil en la mano, las gafas de sol todavía puestas y esa energía suya que siempre entraba antes que ella.

—Perdón, perdón —dijo mientras se sentaba—. Nico me ha liado y no he salido a tiempo.

Miró de una a otra y se dio cuenta al instante.

—Vale… ¿qué pasa aquí?

Lía y Tana se miraron un segundo, breve, pero suficiente.

—Nada —dijo Tana.

—Ya te lo contaremos —añadió Lía, más tranquila.

Pipa entrecerró los ojos.

—Eso significa que ha pasado algo.

—Sí —respondió Lía, cogiendo la taza—. Pero ahora no.

Pipa las miró a las dos y sonrió.

—Perfecto. Me encanta empezar así el día.

Y aunque algo había cambiado, aunque las piezas se habían movido un poco más de lo que parecía, también estaba claro algo que seguía intacto: Seguían siendo ellas. Y eso, de momento, seguía en pie.



17

No fue un cambio brusco. No hubo un momento exacto en el que todo se desordenara, aunque, si Lía tuviera que señalar uno, probablemente sería aquella noche en el restaurante, ese instante en el baño, esa conversación que no terminó de serlo y que, sin embargo, lo cambió todo.

Fue más bien una acumulación lenta, casi imperceptible al principio, de pequeños gestos, de decisiones que parecían inofensivas, de caminos que se iban separando sin que nadie lo dijera en voz alta, pero que, poco a poco, empezaban a marcar una dirección distinta, más clara, más difícil de ignorar.

Lía empezó a verlo con más nitidez después de eso, después de verle, después de escucharle decir lo que dijo. Después de sentir, otra vez, todo lo que creía que tenía más controlado, y, aun así, elegir marcharse. Porque esta vez fue ella la que eligió no quedarse, la que eligió a Carlos. Porque esa noche no terminó en el restaurante, terminó en su casa, en su cama. En un intento casi consciente de reafirmar una decisión que no terminaba de ser tan firme como quería creer.

Al día siguiente, cuando la luz entraba limpia por la ventana y el peso de la noche anterior ya no tenía el mismo efecto, hablaron. No de todo, pero sí de lo suficiente.

Carlos no necesitó demasiados detalles para entender que había algo más, algo que no encajaba del todo en la historia que estaba empezando con ella, y Lía, por primera vez, no esquivó la conversación, no cambió de tema, no lo suavizó más de la cuenta.

Le habló de Dani. No con dramatismo, ni con nostalgia exagerada, pero sí con verdad. Con esa verdad incómoda que no se puede adornar demasiado porque pierde sentido. Le explicó lo que habían sido, lo que no habían sido, lo que había pasado entre ellos y, sobre todo, lo que no había terminado de pasar nunca del todo. Le habló de la historia a medias, de los tiempos mal encajados, de la forma en la que siempre habían estado cerca sin terminar de elegirse en el momento correcto.

Carlos escuchó sin interrumpir, sin hacer preguntas innecesarias, y eso, en él, también era una forma de posicionarse.

—¿Y ahora? —le preguntó al final.

Lía no respondió de inmediato, porque no tenía una respuesta clara, porque si la hubiera tenido, nada de eso estaría pasando.

—Ahora estoy aquí —dijo al final.

Y no era una mentira, pero tampoco era toda la verdad. Carlos asintió, sin exigir más, sin empujar, sin intentar ocupar un espacio que no le correspondía del todo todavía, pero sin apartarse tampoco. Y eso, precisamente eso, era lo que hacía todo más fácil y más complicado a la vez.

Los días siguieron, como siempre hacen, y Lía empezó a notar que dejaba de pensar antes de aceptar planes con él, que ya no medía cada decisión como si tuviera que justificarla ante alguien que no estaba presente, que había algo en esa relación que le permitía simplemente dejarse llevar sin analizar cada paso.

Carlos seguía siendo constante, directo, fácil, y había algo en su forma de estar que eliminaba cualquier margen para la duda. No preguntaba demasiado, no exigía explicaciones, no se perdía en interpretaciones, simplemente estaba, y cuando estaba, todo funcionaba. Lía empezó a acostumbrarse a eso, a esa ausencia de

ruido emocional, a esa sensación de tenerlo todo claro sin necesidad de hablarlo. Pero la claridad, a veces, no era lo mismo que la profundidad. Y eso también lo empezó a notar.

No en lo evidente, no en los momentos buenos, sino en los espacios entre ellos, en lo que no se decía, en lo que no se buscaba, en la ausencia de ese punto incómodo que, aunque doliera, también significaba que algo importaba más de la cuenta.

Con Dani era distinto. Seguían sin hablar más allá de lo necesario, pero ya no era solo silencio, era distancia consciente, como si ambos hubieran decidido, sin pactarlo, mantenerse en un terreno seguro donde nada pudiera volver a romperse, aunque eso implicara no arreglar nada.

Y ese equilibrio empezó a volverse insoportable, porque Lía ya no estaba en el mismo sitio, había avanzado, o eso quería creer. Había elegido no esperar, no quedarse en ese punto suspendido en el que Dani la había dejado tantas veces. Había decidido vivir lo que tenía delante, aunque no fuera perfecto, aunque no fuera él.

Pero había algo que no encajaba del todo. Una sensación persistente de estar evitando una conversación que tarde o temprano iba a ocurrir, de estar rodeando un problema que no desaparecía por mucho que lo esquivara. Y lo peor no era eso, lo peor era que Dani también lo sabía.

Lo notó una tarde cualquiera, sin motivo aparente, cuando su nombre apareció en la pantalla del móvil. No era habitual, no a esas alturas, no después de semanas de mensajes neutros y distantes, y durante un segundo dudó si abrirlo o dejarlo ahí, como había hecho otras veces, como si ignorarlo pudiera mantener las cosas en ese equilibrio frágil que, al menos, no dolía demasiado.

Pero esta vez… no lo ignoró. Abrió la conversación despacio, como si ese gesto tuviera más peso del habitual, como si supiera que no iba a ser un mensaje más, que no iba a poder colocarlo en ese lugar cómodo en el que había estado metiendo todo lo que tenía que ver con Dani desde aquella noche. Desde el baño, desde ese momento en el que él lo dejó claro y fue ella la que no pudo sostenerlo.

El mensaje era breve, pero directo.

«He intentado dejarlo pasar, pero no puedo. No puedo verte con él. En realidad, ni con él ni con nadie. Te quiero para mí.»

Lo leyó sin moverse. Dani estaba siendo más directo y sincero de lo que había sido nunca. Eso mismo lo había visto en su cara aquella noche, cuando se acercó, cuando le dijo lo que quería, cuando no dudó ni un segundo en pedirle que dejara a Carlos. Aquella noche había sido ella la que se había apartado.

Apoyó el móvil sobre la mesa, se levantó, dio un par de pasos por el salón, intentando ordenar algo que no terminaba de encajar, porque ahora la posición era distinta, porque ya no podía colocarse en el sitio de "él no hizo nada". Esta vez sí lo había hecho y ella no. Volvió al sofá y cogió el móvil y escribió, sin suavizarlo, sn protegerse demasiado.

«Eso ya me lo dijiste en el baño y no te creí. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?»

Lo envió. La respuesta llegó rápido.

«En el baño no me escuchaste, te puse nerviosa. Pero tengo la esperanza de que al no tenerme tan cerca lo hagas.»

Directo, sin rodeos. Lía apretó ligeramente los labios, soltó aire por la nariz, apoyando la espalda en el sofá, mirando el techo un segundo.

«Nerviosa». Esa palabra de quedó un momento en su cabeza. Volvió a escribir.

«No me puse nerviosa y mucho menos fue por tenerte cerca.»

Pausa.

«Me fui porque estaba Carlos fuera y tú estabas con una chica.»

El "escribiendo…" apareció casi al instante.

«La chica nunca existió para mí, igual que Carlos tampoco existe para ti.»

Lía dudó un segundo, pero solo uno.

«No estés tan seguro.»

Lo envió.

«Lo estoy. Por eso te fuiste al baño, por eso te seguí, por eso te pusiste nerviosa cuando te dije que te quería.»

Lía bajó la mirada, notando cómo esa frase le caía más hondo de lo que esperaba.

«También parecías seguro cuando nos acostamos hace años o cuando me besaste de fiesta. Y luego desapareciste.»

Silencio. Unos segundos más largos.

Después:

«Sí.»

Una sola palabra, pero distinta. Sin defensa, sin excusa. Luego continuó.

«Y eso no va a volver a pasar.»

Ahí estaba el cambio. Decisión. Lía se quedó mirando el mensaje.

El móvil vibró. Una llamada. Dani.

—¿Sí?

—No voy a desaparecer —dijo él directamente, sin saludo—. Puedes quedarte con eso.

Su voz sonaba distinta, más controlada, más… segura. Lía cerró los ojos un segundo.

—Eso ya lo has dicho antes.

—No así —respondió él.

Pausa.

—Antes lo decía porque quería que pasara. Ahora lo digo porque lo tengo claro.

Silencio.

—¿Y qué tienes claro? —preguntó ella, más despacio.

Dani no dudó.

—Que te quiero. Te quiero a ti.

Sin elevar la voz, sin dramatismo, pero sin espacio para interpretaciones. Lía apretó ligeramente los labios.

—Eso también lo dijiste en el baño.

—Sí —admitió—. Y también te dije que dejaras a Carlos y no lo hiciste.

Ahí. Directo.

Lía se incorporó un poco.

—No voy a hacerlo.

—Ya —respondió él—. Y ya no te lo estoy pidiendo.

Eso la frenó.

—¿No?

—No.

Más despacio.

—No dejes a Carlos.

Silencio.

—Aún.

Lía frunció el ceño.

—Dani…

—Escúchame —continuó él—. No quiero que lo dejes porque yo aparezca y te lo pida.

Pausa.

—Quiero que lo dejes porque no tengas ninguna duda.

Más bajo.

—Porque me elijas.

Lía tragó saliva.

—Eso es muy fácil decirlo.

—Por eso no te lo voy a decir más —respondió él—. Te lo voy a demostrar.

Silencio.

—¿Cómo? —preguntó ella, casi en un susurro.

Dani dejó pasar un segundo.

—Quedándome. Buscándote. Haciéndote sentir lo que sentiste en el baño… pero sin que tengas que irte.

Lía cerró los ojos, porque esa frase sí la hizo temblar.

—No juegues conmigo—murmuró.

—No estoy jugando —respondió él—. Te quiero.

Pausa.

—No puedo verte con otro y quedarme quieto —añadió—. Pero tampoco voy a pedirte que dejes nada.

Más bajo.

—Voy a hacer que quieras dejarlo.

Sin arrogancia, sin prepotencia, con una seguridad que no había tenido nunca.

Lía bajó la mirada, sintiendo ese nudo en el estómago, esa mezcla de miedo y atracción que siempre había estado ahí… pero que ahora era más clara.

—¿Y si no pasa? —preguntó.

Dani no dudó.

—Entonces me quedaré igualmente y apoyaré tu relación. Con Carlos o con quien tú decidas. Pero eso no va a pasar. Vamos a estar juntos. Tú y yo.

Silencio.

Lía no respondió, porque en ese momento no sabía si lo que más le asustaba era que no fuera verdad, o que sí lo fuera.

—Necesito que me demuestres todo esto, Dani —dijo al final.

Y esa frase no era un reto, era una puerta abierta.

Dani sonrió al otro lado. Se notó.

—Eso es lo único que quiero hacer.

Cuando colgaron, nada estaba resuelto, pero todo había cambiado. Porque esta vez no era él el que iba a fallar.



17

Dani no necesitó releer la conversación para saber que algo había cambiado, lo supo en el momento exacto en el que colgó la llamada, cuando el silencio de su casa se le vino encima y, por primera vez en mucho tiempo, no sintió esa sensación de haber llegado tarde, sino todo lo contrario, como si, de alguna manera extraña, hubiera empezado a llegar justo a tiempo. Seguía doliendo, seguía habiendo miedo, seguían existiendo demasiadas cosas por resolver, pero debajo de todo eso había aparecido algo que llevaba años buscando: una oportunidad.

Dejó el teléfono sobre la mesa y permaneció unos segundos inmóvil antes de levantarse. Caminó despacio hasta la cocina, abrió la nevera sin saber siquiera qué buscaba y volvió a cerrarla exactamente igual. Después regresó al salón, se quitó por fin la chaqueta y la dejó caer sobre el respaldo de una silla. El piso estaba completamente a oscuras. Durante un instante pensó en encender la televisión, abrir una cerveza o hacer cualquiera de esas cosas que uno hace para engañar un poco a la cabeza cuando lleva demasiado tiempo pensando en la misma persona. No hizo ninguna.

Se acercó a la ventana. Madrid seguía iluminada bajo él. La misma ciudad en la que Lía estaría terminando también aquel día, la misma ciudad que durante años los había separado incluso cuando apenas había unos kilómetros entre los dos.

Apoyó una mano en el cristal y cerró los ojos. El problema nunca había estado en la distancia, non en el trabajo, ni siquiera en los tiempos. El problema siempre había sido él, su miedo y su incapacidad para quedarse cuando más falta hacía.

Se dejó caer en el sofá, apoyando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos un segundo, pero Lía no tardó ni eso en aparecerle, no como un recuerdo puntual, no como una imagen aislada, sino como un conjunto completo, como siempre había sido para él. Imposible de separar en partes, porque nunca había sabido verla a medias, porque con ella todo era demasiado concreto, demasiado reconocible, demasiado suyo.

Había sido su mejor amiga antes de cualquier otra cosa. Antes de las miradas que duraban más de la cuenta, antes de los silencios que pesaban distinto, antes de darse cuenta de que la forma en la que la observaba no era la misma que con el resto. Antes de caer en que conocía cada gesto suyo sin necesidad de pensarlo, la manera exacta en la que fruncía el ceño cuando algo no le convencía, ese movimiento casi imperceptible de los labios cuando estaba a punto de decir algo importante y aún dudaba; el brillo en los ojos cuando se reía de verdad, sin filtro, sin control. Y quizá por eso tardó tanto, porque cuando algo es tan importante, uno encuentra mil formas de no tocarlo, de no arriesgarlo, de no romperlo.

Recordó tardes enteras sin hacer absolutamente nada. Los dos sentados en cualquier banco de la universidad compartiendo unos auriculares mientras discutían qué canción era mejor. Las veces que Lía aparecía con un café para él antes de un examen porque sabía que se había quedado estudiando hasta las tantas. Las discusiones absurdas sobre películas que ninguno conseguía ganar. Los viajes en coche sin destino, simplemente porque a ella le gustaba conducir cuando anochecía y a él le bastaba con ir de copiloto escuchándola hablar. Entonces no necesitaban tocarse. Ni besarse. Ni poner nombre a lo que tenían. Les bastaba con estar. Y quizá por eso

nunca sintió prisa. Creía que las personas que de verdad importaban permanecían ahí para siempre. Qué poco sabía entonces del tiempo. qué poco sabía de las oportunidades.

Dani lo había hecho todo mal precisamente por eso. No porque no le importara, no porque no lo tuviera claro, sino precisamente porque lo tenía demasiado claro y no supo qué hacer con eso, porque estaba lejos, porque su vida en ese momento no encajaba con la idea de quedarse, porque le dio miedo apostar por algo que no podía controlar, porque pensó —equivocadamente— que lo fácil sería dejarlo en ese punto, en ese "ya veremos", en ese espacio ambiguo donde nada se rompe del todo. Pero se rompió.

Había confundido libertad con distancia. Creyó que marcharse unos meses, centrarse en el trabajo y dejar que todo fluyera era una decisión madura. Pensó que, si lo suyo con Lía era tan fuerte como él intuía, seguiría esperándolo al volver. Nunca llegó a plantearse que el silencio también pudiera romper cosas, o que las ausencias desgastaran incluso aquello que parecía indestructible. Ni una sola vez imaginó que el daño no vendría de dejar de quererla, sino de no tener el valor suficiente para decirle que la quería antes de marcharse.

Lía no era un recuerdo que pudiera recolocar sin más, era presente, era constante, era mirarla en un bar y notar cómo todo volvía exactamente al mismo sitio. Era escucharla hablar y perder el hilo de cualquier otra conversación. Era fijarse en su boca cuando se reía, en la forma en la que se recogía el pelo, en ese olor que le resultaba absurdamente familiar y que le descolocaba más de lo que quería admitir.

La noche del restaurante terminó de desordenarlo todo. No fue solo verla con Carlos, no fue solo saber que estaba con otro, fue la forma en la que ella estaba con él, la facilidad, la cercanía, la normalidad que a Dani le resultaba insoportable, porque entendió algo que no había querido ver hasta ese momento, que Lía no iba a esperarlo, que no iba a quedarse suspendida en el mismo punto en el que él la había dejado, que había seguido adelante. Y eso le dolió más de lo que esperaba.

La siguió al baño sin pensarlo demasiado, como hacía siempre con ella cuando algo le importaba de verdad, sin estrategia, sin filtro, con esa impulsividad que solo le salía con Lía, y cuando la tuvo delante, cuando vio cómo respiraba, cómo evitaba mirarlo directamente, cómo le temblaba ligeramente la voz, aunque intentara mantener el control, lo tuvo claro de una forma que no había tenido nunca antes.

La quería. No en abstracto, no en potencial, no en un "algún día". La quería ahí, ahora, con él, y por eso se acercó, por eso se lo dijo, por eso no dudó cuando le pidió que dejara a Carlos, porque por primera vez no estaba dispuesto a quedarse en ese punto intermedio que tanto daño había hecho antes. Pero fue ella la que se fue y eso fue lo que más le dolió. No que dudara, no que no le creyera, sino que eligiera marcharse cuando él, por fin, se había quedado.

Después vino lo de Carlos, y ahí, Dani, perdió completamente la paciencia. Verlo intentar saludarlo como si nada, como si no hubiera pasado nada, como si no estuviera con ella… Le resultó insoportable, y no fue elegante, ni correcto, ni medido, pero mandarlo a la mierda fue real, fue lo único que le salió en ese momento, porque no podía soportar la idea de que otro estuviera ocupando un espacio que él sabía que siempre había sido suyo.

Esa noche no durmió bien y los días siguientes tampoco, porque ya no podía volver atrás, porque ya no podía hacerse el indiferente, ni el que no sabe, ni el que necesita tiempo. El tiempo se le había acabado.

Por eso escribió. No fue un impulso sin más, fue una decisión. Fue sentarse en su casa, pensar en todo lo que había pasado, en todo lo que había dejado pasar, en todas las veces que había dudado cuando no debía, y decidir que esta vez no iba a hacerlo, que prefería exponerse, quedar mal, arriesgarlo todo… antes que volver a perderla por no decir lo que sentía.

Cuando vio que ella respondía, supo que no estaba todo perdido y cuando la llamó, ya no había espacio para medias tintas. Y ahora, después de todo, después de escucharla al otro lado, después de notar cómo dudaba, cómo se protegía, pero también cómo no

cerraba la puerta, Dani tenía algo que no había tenido nunca antes. Un objetivo claro. No convencerla con palabras, o repetir lo que ya había dicho, sino quedarse. Demostrárselo, hacer que no tuviera que elegir desde la duda, sino desde la certeza.

Y por primera vez, no tenía miedo de hacerlo. Porque esta vez no se trataba de si salía bien o mal. Se trataba de no volver a fallarle. Ni a ella, ni a lo que siempre había sentido por ella. Porque Lía no era una opción. Nunca lo había sido. Y esta vez, por fin, estaba dispuesto a comportarse como alguien que lo tiene claro.



17

Pipa no iba con ganas. Ni siquiera lo disimulaba. El mensaje había sido claro: reunión de trabajo, colaboración puntual, gente de distintos equipos… y, entre los nombres, uno que no necesitaba apellido.

Dani.

Cuando lo leyó, soltó el móvil sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Genial —murmuró.

Porque no. No era genial. Era exactamente lo contrario.

El sitio era neutro. Una sala de reuniones amplia, cristalera, luz blanca, mesas largas y ordenadas. Nada personal. Nada que ayudara a suavizar lo que ya venía incómodo de base.

Pipa llegó puntual, se sentó y abrió el portátil. Y no miró a la puerta, no hacía falta. Sabía que iba a entrar y cuando lo hizo, lo notó antes de verlo, por el silencio leve que se generó, por la forma en la que cambió el ambiente.

Alzó la vista. Ahí estaba Dani, igual que siempre, o no exactamente. Más serio. Más contenido, pero igual de… Dani.

Se miraron un segundo, sin saludo, sin gesto y Pipa volvió a bajar la mirada, como si no mereciera más. La reunión empezó. Datos, propuestas, intervenciones medidas. Pipa habló cuando tenía que hablar. Clara, directa, profesional. Dani también, sin interrumpir, sin imponerse, sin ese punto que ella recordaba de él. Eso le llamó la atención, pero no lo suficiente. Fue en un momento concreto, una decisión que no terminaba de cerrarse. Dos posturas, una de ellas, la de Dani. Pipa lo interrumpió.

—Eso no tiene sentido.

Directa, sin filtro. Varias miradas se levantaron. Dani no reaccionó mal, no se tensó y tampoco respondió de inmediato.

—Explícate —dijo, tranquilo.

Eso la irritó más.

—Que no tiene sentido —repitió—. Y que, si esto sale mal, quien se come el problema no eres tú.

Silencio. Más incómodo. Alguien intentó intervenir, pero Pipa no lo dejó.

—Y ya está bien de decisiones a medias —añadió—. Porque luego desapareces y aquí nadie sabe qué hacer con lo que dejas.

Eso ya no era solo trabajo y se notó. Dani la miró de verdad esta vez.

—No voy a desaparecer —dijo.

Pipa soltó una risa seca.

—Ya.

Silencio.

—Eso se lo puedes decir a otra.

La sala se quedó en pausa. Demasiado evidente. Demasiado personal. El responsable de la reunión carraspeó.

—Si os parece, seguimos…

—No —cortó Dani, sin elevar la voz—. Déjalo.

Pausa. Miró a Pipa.

—Terminamos fuera.

No fue una invitación, fue una decisión. Salieron después, sin prisa, sin hablar.

El pasillo estaba casi vacío. Pipa se apoyó contra la pared, cruzándose de brazos.

—No hace falta —dijo—. Ya sé cómo eres.

Dani se quedó frente a ella. Sin acercarse demasiado.

—No —respondió—. Sabes cómo fui.

Pipa negó.

—No me vengas con eso.

—Te estoy viniendo con la verdad.

Silencio.

—Y la verdad es que la cagué —añadió—. Muchas veces.

Directo. Sin matices. Eso la frenó un poco, pero no lo suficiente.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Vienes a arreglarlo?

Dani negó muy leve.

—No.

Pausa.

—Vengo a no repetirlo.

Eso sí le llegó, porque no era lo mismo, porque no estaba intentando justificarse. Estaba… colocándose. Pipa lo miró de arriba abajo.

—Lía está bien —dijo—. Con Carlos.

Dani no respondió.

—Y tú no vas a joder eso otra vez.

Silencio.

Dani sostuvo la mirada.

—No quiero joder nada.

Pipa arqueó una ceja.

—Claro.

—Quiero hacerlo bien.

Pipa no dijo nada. Esperó.

—No le he pedido que deje a Carlos —continuó Dani—. Ni lo voy a hacer.

Eso sí la descolocó.

—¿No?

—No.

Pausa.

—Quiero que lo haga si quiere.

Más bajo.

—No porque yo aparezca.

Silencio. Pipa bajó la mirada un segundo, porque eso… no encajaba con la imagen que tenía de él.

—¿Y mientras qué? —preguntó.

Dani no dudó.

—Mientras me quedo.

Pausa.

—Y le demuestro que no soy el de antes.

Eso fue lo que cambió algo. No del todo. Pero sí lo suficiente.

—¿Sabes qué pasa? —dijo Pipa al final—. Que yo no te creo.

Dani asintió.

—Normal.

Pausa.

—Yo tampoco me habría creído.

Silencio.

—Pero da igual —añadió—. No necesito que me creas tú.

Pipa alzó la vista.

—¿No?

—No.

Pausa.

—Necesito que me vea ella.

Eso sí era verdad y Pipa lo supo, porque no había estrategia, no había ego, no había juego. Solo intención.

Se hizo un silencio distinto. Más limpio.

—Como le vuelvas a hacer daño… —empezó Pipa.

Dani la cortó.

—No lo voy a hacer.

Y no sonó a promesa. Sonó a límite.

Pipa se separó de la pared. Lo miró un segundo más y por primera vez desde que había empezado todo no lo vio igual.

—Más te vale —murmuró.

Y no era amenaza, era una advertencia real. Volvieron a la sala sin decir nada más, sin cerrar la conversación, sin necesitar hacerlo. Pipa se sentó en su sitio, abrió el portátil y fijó la vista en la pantalla, como si todo estuviera exactamente igual que antes. No lo estaba, porque ahora sí estaba mirando. De verdad.

Dani retomó la reunión con la misma naturalidad con la que la había dejado, sin rastro de lo que había pasado fuera, sin tensión añadida, sin esa necesidad de marcar nada delante de nadie y eso fue lo primero que le llamó la atención. No estaba actuando, no estaba intentando demostrar nada, simplemente… estaba.

Pipa apoyó el codo en la mesa, escuchando y cuanto más lo hacía, más le costaba sostener la idea que tenía de él. Intervenía cuando tenía que intervenir, no pisaba a nadie, no se imponía, pero tampoco se quedaba atrás. Sus ideas eran claras y bien estructuradas, útiles. Y eso… le molestó un poco, porque no encajaba con lo fácil que había sido hasta ese momento etiquetarlo.

Volvió a mirarlo un segundo más y recordó lo que le había dicho fuera.

«No necesito que me creas tú. Necesito que me vea ella.»

Se le quedó ahí, dando vueltas, porque no sonaba a alguien que estuviera jugando y eso… eso cambiaba las cosas.

En un momento concreto, alguien planteó una duda que bloqueaba parte del proyecto. Dani respondió. No rápido, ni por encima. Se tomó su tiempo y cuando habló, todo encajó. Simple. Claro. Sin adornos.

Varias cabezas asintieron. Pipa también sin darse cuenta. Cuando lo hizo, se dio cuenta y bajó la mirada casi sonriendo.

La reunión terminó sin más. La gente empezó a levantarse, a recoger. Salieron. Pipa cerró el portátil despacio. Se quedó un segundo sentada, pensando. Luego se levantó y fue hacia él.

—Oye.

Dani alzó la vista.

—Dime.

Pipa se cruzó de brazos. Lo miró un segundo.

—Igual no eres tan gilipollas como pensaba.

Silencio.

Dani la sostuvo. Y se rio.

—Gracias.

—No te emociones.

—Lo intento.

Pipa negó muy leve, pero esta vez había algo distinto.

—¿Te apetece que miremos lo de antes con más calma? —añadió él—. Fuera.

Pausa.

—Y nos tomamos algo.

Pipa dudó. Luego asintió.

—Vale.

El sitio era sencillo. Una terraza cualquiera. Pidieron algo de beber y, sin darse cuenta, la conversación empezó por trabajo… y se fue volviendo ligera, natural, cercana.

Pipa se encontró riéndose de verdad, sin forzarlo.

—No me puedo creer que estés siendo agradable —dijo en un momento.

Dani se encogió de hombros.

—Yo tampoco.

Ella soltó una carcajada.

—Esto es rarísimo.

—Un poco.

Nico el que rompió aquel equilibrio.

—Pues sí que me he perdido algo…

Los dos levantaron la cabeza al mismo tiempo. Pipa fue la primera en reaccionar.

—¡Nico!

Él se acercó despacio, todavía con una expresión entre divertida y desconcertada.

—Pensaba que seguías trabajando.

—Ya hemos terminado.

Nico asintió, pero seguía mirando alternativamente a uno y a otro. Después volvió a fijarse en Dani y otra vez en Pipa. Negó muy despacio con la cabeza.

—Vale… necesito que alguien me explique qué está pasando.

Pipa frunció el ceño.

—¿Qué va a pasar?

—No sé.

Señaló a Dani con un gesto de la mano.

—Hace un mes querías tirarlo por un puente.

Dani soltó una risa por lo bajo y Pipa lo fulminó con la mirada.

—No exageres.

Nico arqueó una ceja.

—¿Que no exagero?

La miró divertido.

—La última vez que hablamos de él creo que lo llamaste «imbécil integral».

Pipa carraspeó.

—Bueno…

—Y ahora me encuentro a ese mismo imbécil tomándose unas copas contigo.

Silencio.

—Entenderás que me sorprenda un poco.

Pipa dejó escapar una sonrisa resignada.

—Ha sido una reunión de trabajo.

—¿Que ha terminado en una copa?.

—Exacto.

—¿Con Dani?

—Sí, Nico.

Él volvió a mirar a Dani.

—No es por ti.

Dani levantó las manos.

—Lo sé.

—Es que me cuesta procesar esta imagen.

Ella miró un segundo a Dani antes de responder.

—Reconozco que quizás llevaba demasiado tiempo juzgándolo sin escuchar su versión.

Eso hizo reír a los dos. La tensión desapareció casi por completo.

Pipa señaló la silla vacía.

—¿Te vas a quedar ahí haciendo un interrogatorio o te sientas?

Nico sonrió por fin.

—Ahora sí me siento.

Se dejó caer en la silla mientras hacía un gesto al camarero para pedir una cerveza.

Al principio, la conversación fue más contenida. Nico hablaba, pero con ese punto de atención constante, como si no terminara de

soltar del todo la situación. Pipa lo notaba y Dani también, pero ninguno lo señaló. Fue Pipa la que volvió a romperlo.

—Estábamos hablando de Lía —dijo, sin rodeos.

Nico alzó una ceja.

—Claro que sí.

Miró a Dani.

—Entonces mejor me pongo al día.

Y Dani lo hizo. Sin esquivar, sin competir, sin marcar territorio. Y eso terminó de bajar la tensión. El ambiente cambió poco a poco. Las copas ayudaron. La conversación también y Nico dejó de mirar a Dani como si tuviera que medirlo, porque ya no hacía falta, porque lo estaba viendo. De verdad.

Cuando Dani se levantó para irse, no hubo gesto extraño.

—Nos vemos —dijo.

Pipa se quedó mirando un segundo hacia donde había desaparecido y luego volvió a su copa.

Nico la observó.

—Me alegro de que hayáis hablado, es un buen tío y me cae bien —dijo.

Pipa alzó la vista.

—¿Sí?

—Sí.

Silencio breve. Pipa sonrió.

—A mí también.

Y eso… eso sí que no lo habría dicho esa mañana.



Carlos seguía dormido cuando Lía salió de la ducha, todavía con el pelo húmedo y esa sensación de no haber terminado de despertarse del todo. La habitación estaba en silencio, con la luz entrando limpia por la ventana, y durante un instante se quedó mirándolo desde la puerta, como si necesitara observar algo que hasta ese momento había dado por hecho. Había algo profundamente estable en él, en su forma de estar, en esa manera de ocupar el espacio sin invadirlo, de acompañar sin exigir.

Se vistió despacio, sin hacer ruido, moviéndose con cuidado por la habitación, como si cualquier gesto más brusco pudiera alterar algo que todavía no terminaba de entender del todo. Antes de salir, dudó un segundo. Podría haberse quedado. Volver a meterse en la cama, apoyarse en esa rutina que hasta ahora le había resultado suficiente.

Pero no lo hizo. Cogió el bolso, el móvil, y salió.

El aire de la calle la golpeó de una forma distinta a otros días, más consciente, más presente. Caminó sin rumbo fijo durante unos minutos, dejando que el movimiento le diera algo de claridad,

aunque no terminara de conseguirlo. Sabía que Carlos se despertaría, que vería que no estaba, que probablemente le escribiría y no había nada extraño en eso, era lo habitual, lo fácil.

El móvil vibró en su mano. Carlos. Lía lo miró un segundo antes de abrir el mensaje.

«¿Te has ido?»

Simple. Sin reproche. Sin tensión. Como él.

Tecleó despacio.

«Sí, no quería despertarte.»

La respuesta llegó casi al instante.

«Podías haberme despertado.»

Lía sonrió muy leve, apoyándose un momento en la barandilla de una calle cualquiera.

«Tenías cara de necesitar dormir.»

Pausa.

«¿Nos vemos luego?»

Ahí estaba lo de siempre. La continuidad, lo sencillo. Lía se quedó mirando la pantalla un par de segundos más de lo necesario, notando cómo esa pregunta, que antes no habría tenido peso, ahora se sostenía de otra forma.

«Vale». —respondió al final.

Siguió caminando sin prisa, con el móvil todavía en la mano, aunque ya no lo miraba. La conversación con Carlos había sido exactamente lo que esperaba: sencilla, sin tensión, sin preguntas que no quisiera responder. Y, aun así, no consiguió que le aligerara del todo lo que llevaba dentro. Porque el problema no estaba en Carlos. No lo había estado nunca.

El problema era lo otro. O, mejor dicho, lo que había vuelto. La conversación con Dani no había sido especialmente larga, pero se le había quedado instalada de una forma que no terminaba de irse. No por lo que había dicho, que también, sino por la forma en la que lo había sostenido. No había habido dudas, ni pausas incómodas, ni ese margen al que ella estaba acostumbrada, ese en el que siempre había podido interpretar, relativizar, incluso excusar. Esta vez no. Esta vez Dani había hablado como alguien que ya no estaba

esperando a ver qué pasaba, sino como alguien que había decidido que iba a pasar. Y eso era nuevo.

Lía bajó la mirada mientras caminaba, recordando con demasiada claridad el momento en el que él le dijo que no iba a desaparecer. No había sonado a promesa vacía, ni a algo dicho desde el impulso. Había sonado… firme. Como si, por primera vez, no dependiera de ella que aquello se mantuviera en pie, porque antes siempre había sido así. Antes Dani aparecía, decía lo justo para moverlo todo, para remover lo que ya estaba inestable, y luego se apartaba. Dejaba espacio, dejaba dudas, dejaba a Lía en ese punto incómodo en el que tenía que decidir sola qué hacer con algo que no terminaba de estar claro. Y, al final, siempre era ella la que se quedaba. La que esperaba. La que interpretaba.

Esta vez no. Esta vez él no se había ido. Y eso, que durante tanto tiempo había sido lo único que había querido, ahora le resultaba más difícil de gestionar de lo que esperaba.

Se detuvo en un semáforo, cruzando los brazos de forma automática, sin dejar de darle vueltas a lo mismo. Dani no le había pedido que dejara a Carlos. Eso también había sido distinto. No había presión directa, no había ultimátum, no había esa urgencia que lo simplifica todo porque te obliga a elegir rápido. Lo que había hecho era peor.

Le había dado tiempo. Pero no como antes, no como una forma de alargar algo sin concretarlo. Le había dado tiempo… sabiendo que iba a quedarse. Y eso cambiaba completamente la posición de Lía, porque ya no podía refugiarse en la idea de que él no estaba, de que no era una opción real, de que lo suyo siempre iba a quedarse en ese terreno ambiguo donde nada terminaba de pasar del todo. Ahora sí era una opción y lo sabía.

El semáforo se puso en verde, pero tardó un segundo más en reaccionar, como si el cuerpo necesitara ese margen para volver a moverse. Cruzó la calle con paso tranquilo, notando esa incomodidad que no era exactamente dolor, pero tampoco algo fácil de ignorar.

Pensó en el baño, en ese momento concreto en el que todo se tensó, en la forma en la que Dani la miró, en lo cerca que estuvo de

no irse. Porque eso era lo que más le costaba reconocer. No lo que él había dicho, sino lo cerca que había estado ella de quedarse, de elegir otra cosa.

Cerró los ojos un segundo mientras caminaba, como si pudiera borrar la imagen, pero no lo consiguió. Porque no era una imagen. Era una sensación. Esa mezcla de impulso y vértigo que había aparecido de golpe, sin aviso, recordándole algo que creía más controlado. Y ahora estaba ahí otra vez. Más claro. Más difícil de apartar.

Lía dejó escapar el aire despacio, apoyando la mano en la correa del bolso, ajustándola sin necesidad, solo por hacer algo con el cuerpo mientras la cabeza seguía en el mismo sitio.

No quería precipitarse. No quería tomar una decisión desde ahí, pero tampoco podía fingir que nada había cambiado. Porque había cambiado y lo sabía. Por eso, cuando volvió a pensar en ver a Carlos esa tarde, la sensación ya no era solo la de siempre. Seguía queriendo verlo, seguía estando a gusto con él, pero ahora había una capa más. Una especie de conciencia constante de que no estaba sola en esa decisión, de que había algo más en juego, algo que ya no podía dejar fuera del todo.

Y lo peor no era eso. Lo peor era que, por primera vez, no tenía claro qué quería que pasara. No de verdad. Y esa duda, que antes había estado siempre fuera de su alcance, ahora estaba justo en el centro de todo.

No tenía claro en qué momento decidió dejar de pensar en ello. O, más bien, no pensar demasiado, porque seguía dándole vueltas, pero de una forma más difusa, menos estructurada, como si el cuerpo hubiera tomado el control por delante de la cabeza. Caminaba sin rumbo fijo, girando por calles que conocía de memoria, dejándose llevar por el movimiento, por el ruido de fondo, por esa sensación de estar en medio de algo sin tener que decidir todavía hacia dónde iba.

Y fue entonces cuando lo vio. No de lejos, no con margen para prepararse. Dani apreció de frente, apenas a unos metros, caminando en dirección contraria, con las manos en los bolsillos, la

mirada distraída en cualquier punto que no era ella… hasta que lo fue.

Se detuvo. No de golpe, pero sí lo suficiente como para que el gesto no fuera casual. Lía también. No había forma de evitarlo.

Durante un segundo, ninguno de los dos dijo nada. No era tensión incómoda, no era incomodidad en sí. Era más bien ese momento en el que todo lo que ya se ha dicho sin estar presente se coloca entre dos personas sin necesidad de repetirlo.

Dani fue el primero en hablar.

—Hola.

Lía asintió ligeramente.

—Hola.

Se miraron un segundo más y fue suficiente, porque no había distancia real, no después de lo que había pasado.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó él, sin rodeos, pero sin invadir.

Lía negó muy levemente.

—No. Estoy… dando una vuelta.

Dani asintió, como si esa respuesta le bastara.

—Vale.

Silencio breve. Podrían haberse despedido ahí. Habría sido lo lógico, pero ninguno de los dos se movió.

—¿Tienes prisa? —preguntó él entonces, más despacio.

Lía lo miró y negó otra vez.

—No.

Y esa vez, tampoco fue una respuesta neutra. Dani esbozó una media sonrisa. No triunfal o forzada. Simple.

—¿Hacemos algo?

Era… una propuesta clara. Sin adornos. Lía dudó, pero solo por fuera, porque por dentro ya sabía que no se iba a ir.

—Vale —dijo al final.

Y ese "vale" pesó más de lo que parecía. Lía no supo muy bien en qué momento aceptó. O, más bien, no recordó haber decidido nada, porque cuando Dani dijo "hoy no vas a pensar", no sonó a plan, sonó a algo que, por primera vez en mucho tiempo, no necesitaba entender antes de vivirlo.

—Confía un poco —añadió él, viendo su cara.

Lía arqueó una ceja.

—Eso siempre ha sido mala idea contigo.

Dani sonrió.

—Ya. Por eso hoy no lo es.

El coche tomó la salida de Madrid sin que ella preguntara demasiado. Al principio sí, por inercia, pero dejó de hacerlo rápido. Había algo en la forma en la que él conducía, tranquilo, sin prisa, sin explicaciones innecesarias, que le quitaba la necesidad de anticiparse.

—Como me lleves a un sitio raro, me bajo —murmuró.

—No te da tiempo —respondió él.

Y cuando vio el cartel, lo entendió. Parque de atracciones. Lía lo miró.

—No.

Dani apagó el motor.

—Sí.

—No.

—Sí.

Lía soltó una pequeña risa, negando con la cabeza.

—Esto no es nada mi rollo.

Dani se apoyó en el asiento, girándose hacia ella.

—Eso crees tú.

Pausa.

—Pero no es verdad.

El parque estaba lleno. Gente. Ruido. Colores. Risas que no estaban contenidas. Nada que ver con sus planes habituales y eso fue lo primero que la hizo sentir… ligera. No había que comportarse de ninguna forma concreta. No había que encajar. Podía simplemente estar y disfrutar.

La primera atracción fue fácil. Algo suave. Para "calentar", según Dani.

—Te estás riendo —le dijo él cuando bajaron.

—No —respondió ella.

—Sí.

Y sí, se estaba riendo. Sin pensar. Sin medir. Pasaron por delante de un grupo de adolescentes que se empujaban entre risas, uno

intentando impresionar a una chica que claramente ya lo tenía decidido. Lía los miró de reojo.

—Qué básicos —murmuró.

Dani sonrió.

—Qué simples.

Ella no respondió, pero entendió la diferencia. La cola de la montaña rusa era otra cosa. Más alta, más ruido, más… real.

Lía se cruzó de brazos.

—No.

Dani la miró.

—¿No qué?

—No subo.

—Claro que subes.

—Dani, no.

—Lía.

Silencio. Ella miró hacia arriba. Las vías. La caída. La velocidad.

—Me bajo —dijo, dando medio paso atrás.

Dani la cogió suavemente de la muñeca. No fuerte, lo justo para que ella sintiera su contacto.

—No.

Lía lo miró.

—No quiero.

—Ya.

Pausa.

—Por eso.

Silencio.

—No pasa nada —añadió él, más bajo—. Estoy contigo.

Lía bajó la mirada un segundo. Luego volvió a levantarla y no se fue. Se sentaron, la barra bajó, el ruido aumentó y cuando el vagón empezó a subir, lento, marcando cada tramo, Lía le buscó la mano. No lo pensó, no lo midió. Simplemente la encontró y la apretó.

Dani no dijo nada. No la miró, pero no la soltó. El grito le salió sin querer. La risa después también. El miedo se mezcló con algo que no supo identificar del todo, pero que no quería que terminara. Y cuando bajaron todavía tenía la mano agarrada a la suya. No la soltó enseguida y él tampoco.

—Vale —dijo ella, respirando—. Vale.

Dani sonrió.

—Te ha gustado.

—No.

—Sí.

—Un poco.

Compraron la foto sin pensarlo. En ella, Lía no estaba mirando al frente. Estaba mirándole a él y él a ella. Ninguno de los dos lo comentó, pero los dos lo vieron.

El día pasó rápido, demasiado. Entre atracciones, comida sin importancia, risas que no necesitaban explicación y momentos que no parecían trascendentes… pero lo eran porque no había análisis, no había peso, no había que colocarse. Y eso, para Lía, era nuevo.

Cuando salieron, el cielo ya estaba cayendo. El camino de vuelta fue más silencioso. No incómodo, más bien… lleno, como si ambos supieran que ese día no necesitaba resumirse en nada.

Dani aparcó frente a su portal. El motor se apagó, pero ninguno de los dos se movió enseguida.

—Gracias —dijo Lía—. Lo pasé genial.

—De nada.

Lía abrió la puerta. Salió. Dio un par de pasos y antes de entrar, él la llamó.

—Lía.

Se giró y Dani se acercó. No demasiado, solo lo justo. Se inclinó hacia ella y no la besó. No donde habría sido fácil. No donde todo habría cambiado de golpe. Dejó el beso en la comisura. Cerca. Demasiado cerca. Y se quedó ahí un segundo más de lo necesario.

—Buenas noches.

Lía no respondió. No podía, porque en ese momento vio a Carlos. De pie, mirándolos desde la acera de enfrente. Estaba ahí, quieto, con las manos en los bolsillos, sin hacer ningún gesto, pero con esa forma de sostener la mirada que hacía evidente que llevaba tiempo observando.

El cuerpo de Lía se tensó. No por culpa, sino por realidad. Porque todo lo que había estado contenido durante el día acababa de colocarse, de golpe, en el mismo espacio.

Dani siguió la dirección de su mirada. Lo vio y no dijo nada, no hizo ningún comentario ni preguntó. Solo se quedó un segundo más, lo justo para entenderlo todo, y después dio un pequeño paso atrás, devolviéndole a Lía ese espacio sin invadirlo.

—Buenas noches —repitió, más bajo.

Y esta vez ya no había nada más que añadir. Se giró, caminó hasta el coche y se fue sin mirar atrás.

Lía cruzó la calle sin pensar demasiado. No corrió, pero tampoco dudó. Carlos no se movió. Esperó. Cuando estuvo frente a él, el silencio se volvió más incómodo. Más pesado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, intentando mantener la voz estable.

Carlos la miró.

—Te he llamado.

Lía bajó la mirada un segundo.

—No lo he visto.

—¿Subimos? —añadió—. ¿Y hablamos?

Carlos dudó apenas un instante. Luego asintió.

—Vale.

Subieron en silencio, sin tocarse, sin buscarse. La puerta se cerró detrás de ellos con un sonido más fuerte de lo habitual.

Lía dejó el bolso en una silla y se giró. Carlos seguía de pie, mirándola.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Directo. Sin rodeos.

—Nada.

Demasiado rápido. Carlos sostuvo la mirada.

—Lía…

Silencio.

—¿Por qué estabas con Dani?

Lía dejó escapar el aire despacio, pasando una mano por el pelo, como si necesitara ordenar algo antes de decirlo.

—Me lo encontré.

Pausa.

—Me propuso hacer algo y fuimos al parque de atracciones.

Carlos no apartó la mirada.

—¿Al parque de atracciones?

Lía asintió.

—Sí.

Silencio.

—Y fuiste.

No era una pregunta.

—Sí.

Carlos dio un paso lento por el salón. Sin acercarse demasiado.

—¿Y el beso?

Lía notó cómo esa palabra se quedaba un segundo más de lo normal.

—No fue…

Se detuvo.

—No fue nada.

Carlos la miró.

—Lía.

Ella sostuvo la mirada.

—Siempre hemos sido amigos.

Pausa.

—Nos habíamos distanciado… y estamos intentando retomar eso.

Silencio. Largo. Pesado.

Carlos no respondió enseguida. La observó, como si midiera cada palabra, como si decidiera si creerla o no. Lía no apartó la mirada, no podía. Porque en ese momento, más que sostener la verdad, estaba sosteniendo la versión que había decidido contar.

—¿Y eso incluye que te bese? —preguntó él al final.

Más bajo. Más contenido.

Lía tragó saliva.

—No.

Pausa.

—Ha sido… un momento.

Carlos asintió muy levemente, pero no relajó el gesto.

—Ya.

Silencio. Y en ese silencio lo que no había dicho pesaba más que lo que sí.

—No me besó en la boca —añadió, más despacio—. Aunque… —dudó un segundo— quizá sí que parecía algo que no era.

Carlos no respondió enseguida, la miró, sosteniendo la mirada el tiempo justo para que no fuera indiferente, pero sin convertirlo en un enfrentamiento.

—Parecía bastante claro desde donde estaba —dijo al final.

No sonó duro, pero tampoco ligero. Lía bajó la mirada un instante.

—Ya.

Pausa.

—Pero no fue así.

Silencio. Carlos dejó escapar el aire despacio, pasando una mano por la nuca, como si necesitara soltar algo antes de decir nada más.

—Vale.

Y ese "vale" no era aceptación completa, pero tampoco rechazo. Era… una forma de no romperlo ahí.

—No quiero discutir —añadió.

Lía levantó la vista.

—Yo tampoco.

Carlos asintió. Miró alrededor, como si de repente necesitara ocupar el espacio con algo más concreto, más fácil de manejar.

—¿Has cenado?

La pregunta la descolocó un poco.

—No.

—Pues cenamos algo —dijo él, con naturalidad—. Lo que sea.

Y Lía entendió. No estaba ignorando lo que había pasado, pero estaba decidiendo no hacerlo explotar. No todavía.

—Vale —respondió.

Cenaron algo sencillo, sin complicarse, sin hablar de Dani, sin volver a lo de antes. Conversación ligera, demasiado, como si ambos estuvieran de acuerdo, sin decirlo, en moverse por una superficie segura que no terminaba de sostener del todo lo que había debajo.

Lía hablaba, respondía, sonreía en los momentos correctos, pero notaba esa capa nueva entre ellos. Ese pequeño desplazamiento que no era visible… pero sí real. Carlos también lo notaba. Se veía en los silencios un poco más largos, en las miradas que no se sostenían

tanto, en la forma en la que evitaba volver al tema, no porque no quisiera, sino porque sabía que hacerlo ahora no iba a resolver nada.

Cuando terminaron, Lía recogió lo poco que había en la mesa, más por inercia que por necesidad.

Carlos se levantó.

—Me voy —dijo.

Lía se giró.

—¿No te quedas?

La pregunta le salió sola y en cuanto la dijo, supo que ya sabía la respuesta.

Carlos negó suavemente.

—No… hoy no me apetece —añadió, con calma—. Mañana tengo trabajo y prefiero descansar en casa.

No sonó a excusa. Sonó a decisión. A medida.

Lía asintió.

—Vale.

Carlos se acercó entonces, sin prisa, sin tensión. Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con un gesto natural, como había hecho otras veces, como si ese pequeño gesto siguiera perteneciendo a los dos.

—Está todo bien —dijo, más bajo.

No como una pregunta, como una forma de sostener lo que habían decidido no romper. Lía sostuvo la mirada y entonces la besó. Un beso normal, cálido, sin urgencia ni dudas. Como si, a pesar de todo, siguieran estando en el mismo sitio. Cuando se separó, no se alejó de golpe, se quedó un segundo más, lo justo.

—Hablamos mañana —añadió.

—Vale.

Esta vez, cuando se fue, no hubo ruptura. Solo esa sensación extraña de que, aunque todo seguía en pie… ya no era exactamente igual.



La puerta se cerró y el silencio que quedó no era cómodo. Lía se apoyó un segundo contra ella, con los ojos cerrados, dejando que el peso del día —todo el día— le cayera encima de golpe. El parque, Dani, el beso, Carlos, la conversación, las medias verdades. Todo en el mismo sitio. Todo demasiado cerca.

Se separó despacio y caminó hasta el salón, dejando el bolso en el sofá sin cuidado, como si ya no le importara mantener el orden de nada. Se dejó caer después, mirando al techo, sin pensar en nada concreto y en todo a la vez.

El móvil vibró. Lo cogió casi por inercia. Era Dani. No había nombre que le alterara tanto el pulso últimamente. Abrió el mensaje.

Era una foto. La foto. La de la montaña rusa. Los dos mirándose. No hacia delante. No a la cámara. El mundo cayendo detrás y ellos… ahí, congelados en algo que no se podía explicar del todo. Debajo, un mensaje.

«Creo que esta es la única foto en la que alguien mira peor el peligro que yo.»

Lía sonrió sin poder evitarlo.

«No estaba mirando el peligro.»

Pausa. Escribiendo…

«Ya lo sé.»

Otro mensaje.

«Y eso es lo que más me gusta.»

Lía bajó la mirada, sintiendo ese pequeño vuelco.

«¿Has llegado bien?» —escribió.

«Sí.»

Pausa.

«¿Y tú?»

Lía dudó un segundo. Miró alrededor. La casa en silencio.

«Sí.»

Tres puntos. Desaparecieron. Volvieron.

«Oye…»

Ahí cambió algo. Se notó.

«Espero no haberte complicado las cosas con Carlos.»

Lía apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

«No.»

Pausa.

«No ha pasado nada.»

No era del todo cierto, pero tampoco era mentira. Dani respondió rápido.

«Me alegro.»

Otro mensaje.

«Porque el beso me gustó.»

Lía cerró los ojos un segundo. Ahí estaba, sin rodeos, sin disfraz.

El móvil volvió a vibrar.

«Estuve a punto de dártelo en la boca.»

Silencio. Otro mensaje.

«Pero menos mal que no lo hice porque no habría sabido parar.»

Lía dejó escapar el aire despacio y se incorporó un poco en el sofá, apoyando los codos en las rodillas, con el móvil entre las manos.

«Dani…»

«¿Qué?»

«Esto no es fácil.»

Él tardó unos segundos.

«Ya.»
Otro.
«Pero tampoco lo es no hacerlo.»
Silencio.
«Llevo todo el día pensando en ti.»
Lía apretó ligeramente los labios.
«No deberías decir eso.»
«¿Por qué?»
«Porque complica las cosas.»
Pausa.
«No las complica, Lía. Las deja claras.»
Lía miró la foto de nuevo. La amplió. Sus caras, la cercanía, lo que no había pasado y lo que casi pasa.
«No sé qué quieres de mí.» —escribió.
La respuesta fue inmediata.
«Sí lo sabes.»
Silencio. Lía no contestó. No podía, porque sí, lo sabía.
El móvil vibró otra vez.
«Y no voy a desaparecer esta vez.»
Se le quedó el mensaje ahí. Clavado.
Otro.
«Ni voy a hacer como si esto no estuviera pasando.»
Lía tragó saliva.
«Dani…»
«Déjame hacerlo bien.»
Y entonces, otro mensaje. Más ligero, pero no menos intenso.
«Por cierto…»
Lía frunció el ceño.
«¿Qué?»
«No voy a lavarme la mano en una semana.»
Lía sonrió.
«Eres idiota.»
«El más idiota.»
Pausa.
«Pero todavía huele a ti.»

Y era ese tipo de frase que no debería funcionar, pero funcionaba. Demasiado. Lía dejó caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, con una sonrisa leve que no terminaba de reconocer como suya. Se quedó mirando la pantalla unos segundos más, sin escribir, con el móvil apoyado sobre el pecho, notando cómo la respiración le iba más despacio pero no terminaba de calmarse, como si algo se hubiera activado dentro de ella y no supiera todavía dónde colocarlo, ni cómo apagarlo.

Dani no escribió inmediatamente y, eso, por primera vez, no la puso nerviosa, porque no lo sintió como distancia, solo como pausa. Como si, igual que ella, estuviera midiendo lo que acababan de decirse, como si ambos fueran conscientes de que habían cruzado un punto al que no podían volver sin más.

El móvil vibró.

«No te voy a pedir nada más hoy.»

Lía leyó despacio. Otra notificación.

«Bastante has hecho dejándome entrar otra vez.»

Se mordió el labio, sin darse cuenta.

«Buenas noches, Lía.»

No había insistencia, no había presión, solo eso. Y, aun así, le dejó algo en el pecho que no se iba.

Lía bajó la mirada, deslizó los dedos por la pantalla un segundo antes de responder, dudando apenas un instante, lo justo para no hacerlo impulsivamente… pero sin esconderse tampoco.

«Buenas noches, Dani.»

Apagó la pantalla, dejó el móvil a un lado y se quedó unos segundos mirando al techo, notando ese cosquilleo incómodo y familiar en el estómago, esa mezcla de calma y vértigo que solo aparecía cuando tenía que ver con él. Porque nada estaba resuelto. Carlos seguía ahí, su vida seguía exactamente donde estaba, pero no sentía que estuviera escapando de algo, sino acercándose. Y eso… era incluso más peligroso.



Lía llegó puntual, como siempre, con el pelo aún ligeramente húmedo y unas gafas de sol que terminó dejando sobre la mesa nada más sentarse, como si ese gesto marcara el inicio de algo que llevaba demasiado rato dándole vueltas en la cabeza. Tana ya estaba allí, removiendo el café con una calma que no terminaba de ser del todo natural, como si intuyera que lo que venía no iba a ser una conversación cualquiera, y Pipa, fiel a su estilo, apareció unos minutos después, pidiendo un café casi sin mirar la carta, saludándolas con esa mezcla de energía y despreocupación que siempre llevaba encima.

—Vale —dijo Pipa, dejando el bolso en la silla—. ¿Qué cara es esta?

Lía no respondió inmediatamente. Apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos y las miró a las dos, una a una, como si necesitara asegurarse de que estaban ahí, de que podía soltarlo sin tener que medir demasiado.

—Han pasado cosas.

Tana alzó ligeramente las cejas.

—Eso suena a que han pasado muchas cosas.

—Demasiadas —añadió Lía, soltando una pequeña exhalación que no era exactamente nervios, pero se parecía bastante.

Pipa se inclinó hacia delante, interesada al instante.

—Empieza por donde quieras, pero empieza ya.

Y Lía lo hizo. No de forma ordenada, no cronológica, sino como le salía, volviendo a esa noche, al restaurante, al baño, a la forma en la que Dani la había seguido, a lo que le dijo, a cómo se acercó, a cómo la miraba, a lo que sintió en ese momento y, sobre todo, a la decisión de marcharse, a cómo eligió no quedarse aun sabiendo lo que eso implicaba.

No se dejó nada. Les habló del beso en el parque de atracciones, de cómo había vuelto a descolocarla, de esa mezcla de ganas y miedo que no había sabido gestionar, de lo que pasó después, de Carlos, de su casa, de esa necesidad de reafirmar algo que ni siquiera tenía del todo claro.

Pipa dejó de beber café y Tana dejó de remover el suyo. Y cuando Lía llegó a los mensajes de la noche anterior, al momento en el que Dani le escribió, a lo que le dijo, a cómo respondió ella, a cómo la conversación fue cambiando de tono, haciéndose más directa, más intensa, más… distinta, ambas estaban completamente en silencio.

—¿Y luego? —preguntó Tana, más despacio.

—Nada —respondió Lía—. Nos dimos las buenas noches.

Pipa entrecerró los ojos.

—No te creo.

Lía dejó escapar una pequeña risa.

—Te lo juro.

—¿Y ya está? ¿Después de todo eso?

—Sí.

Pipa se recostó en la silla, apoyando la espalda, mirándola como si estuviera procesando toda la información a la vez.

—Vale —dijo al fin—. Estoy flipando.

—Yo también —añadió Tana, sin apartar la mirada de Lía—. Pero… —hizo una pausa— …esto es distinto.

—Lo es —admitió Lía, más bajo.

Y ese reconocimiento se quedó un segundo en el aire. Pipa dejó la taza sobre el plato con suavidad.

—Pues yo lo tengo claro.

Las dos la miraron.

—Dale una oportunidad.

Silencio. Tana frunció ligeramente el ceño.

—¿Perdona?

Lía también la miró, sorprendida.

—¿Tú estás diciendo eso?

Pipa se encogió de hombros, pero no había ironía en el gesto.

—Sí.

—Pero si no podías ni verlo —insistió Tana—. Si decías que no lo soportabas.

—Y lo sigo pensando en muchas cosas —respondió Pipa, directa —. Pero eso no quita que el chico ahora mismo se lo esté currando.

Lía no dijo nada, pero no apartó la mirada.

—O sea —continuó Pipa—, ha pasado de no hacer nada a decirte que te quiere, a plantarse, a no desaparecer, a no pedirte que dejes a Carlos porque sí, a decirte que te lo va a demostrar… —negó suavemente con la cabeza—. Eso no lo hace alguien que está jugando.

Tana la observaba con atención.

—¿Desde cuándo eres tan razonable?

Pipa soltó una pequeña risa.

—Desde que veo a alguien hacer las cosas bien.

—¿Y ese cambio? —preguntó Lía, inclinándose un poco hacia ella —. Porque esto no es muy tú.

Pipa sostuvo la mirada de Lía un segundo más, sin ese punto irónico de siempre, como si esta vez no estuviera vacilando, sino hablando en serio.

—Porque hablé con él.

Tana y Lía intercambiaron una mirada rápida.

—¿Cuándo? —preguntó Tana.

—En la oficina —respondió Pipa—. Bueno… primero discutimos.

Tana soltó una pequeña risa.

—Eso sí me cuadra.

—Bastante —continuó Pipa—. Le dije todo lo que pensaba. Sin filtro. Que la había cagado contigo, que no tenía ni idea de lo que tenía delante, que era un desastre gestionando lo que sentía…

Lía bajó la mirada un segundo, sin decir nada.

—¿Y él?

—Se lo comió todo —respondió Pipa—. No se defendió. No intentó justificarlo. Simplemente… lo reconoció.

Eso hizo que Lía volviera a mirarla.

—¿En serio?

—En serio —asintió Pipa—. Y después, cuando salimos de trabajar, acabamos yendo a tomar algo los dos.

Tana levantó las cejas.

—¿Vosotros dos solos?

—Sí.

—Eso sí que no me lo esperaba —añadió Tana.

Pipa sonrió ligeramente.

—Yo tampoco.

Hizo una pequeña pausa antes de seguir.

—Y ahí ya no estaba a la defensiva. Habló de ti sin rodeos.

Silencio.

—¿Qué dijo? —preguntó Lía, más bajo.

Pipa no dudó.

—Que sabía que te había perdido por no hacer las cosas bien. Que no supo gestionarlo. Que le dio miedo, pero que nunca dejó de sentir lo mismo.

—No me dijo nada de eso… —murmuró.

—Ya —respondió Pipa—. Pero se le notaba que iba a explotar en algún momento.

Tana observó a Lía con atención.

—Y al final explotó.

—Sí —dijo Pipa—. Y contigo.

Hubo un pequeño silencio.

—Y aún no os conté lo de Nico…—rio Pipa.

—¿Nico? —preguntó de pronto Tana, mirando a Pipa.

—Apareció allí y se puso celoso —añadió Pipa, con una media sonrisa.

Lía levantó la mirada.

—¿Nico?

—Nico —confirmó Pipa—. Nos vio juntos y no le hizo ninguna gracia.

—Eso sí que no me lo esperaba —dijo Lía.

—Ni yo —admitió Pipa—. Pero… —se encogió ligeramente de hombros— …tampoco me molestó.

Tana la miró con una sonrisa ladeada.

—Eso ya lo sabíamos.

Pipa ignoró el comentario.

—El caso es que, después de eso, Dani y yo nos quedamos bien. Muy bien, de hecho.

Volvió a mirar a Lía.

—Y por eso te digo lo que te digo, porque yo he visto ese cambio de cerca.

Lía no respondió inmediatamente.

—Y no te estoy diciendo que dejes a Carlos —añadió Pipa—. Ni mucho menos. Eso es una decisión que debes tomar tú. Pero sí te digo que no cierres esa puerta.



Era el cumpleaños de Pipa. Y, siendo de Pipa, no podía ser en cualquier sitio. El local ocupaba la última planta de un edificio en el centro de Madrid, con vistas abiertas a la ciudad iluminada y una terraza que parecía sacada de una revista: sofás bajos en tonos crema, mesas de mármol, plantas altas perfectamente colocadas, luces cálidas colgando en guirnaldas discretas que no iluminaban demasiado, pero lo suficiente como para que todo tuviera ese aire cuidado, casi irreal.

Dentro, la música era actual, elegante, de esa que permite hablar sin tener que gritar, pero que te envuelve lo justo para que el cuerpo no se esté quieto del todo. Sonaba algo con base suave, ritmo constante, voces femeninas que parecían deslizarse entre la gente.

Todo el mundo iba bien vestido. No excesivo, pero sí medido. Vestidos que caían sin esfuerzo, camisas abiertas lo justo, trajes sin corbata, tacones que no parecían incómodos, relojes, perfumes caros que se mezclaban en el aire.

Pipa estaba en su sitio. Centro de todo. Riendo. Brillando. Con un vestido negro corto que dejaba los hombros al descubierto y el pelo recogido de forma imperfecta, como si no lo hubiera pensado demasiado… aunque claramente sí.

Nico estaba cerca. Demasiado cerca. No la tocaba constantemente, pero la miraba como si lo hiciera.

Lía llegó con Carlos. Y lo primero que notó no fue el sitio, fue la sensación, esa ligera presión en el pecho que no tenía que ver con el ambiente, sino con todo lo que venía de antes.

Carlos apoyó la mano en su espalda al entrar. Un gesto firme, tranquilo, seguro.

—Estás guapísima —le dijo, inclinándose lo justo para que solo lo oyera ella.

Lía sonrió.

—Tú también.

Y era cierto. Carlos encajaba en ese sitio sin esfuerzo, como si todo estuviera diseñado para gente como él.

—¡POR FIN!

Pipa apareció casi de la nada, abrazando a Lía con esa intensidad suya que no pedía permiso.

—Pensaba que no veníais.

—No me lo habría perdido —respondió Lía.

Se separaron. Pipa la miró de arriba abajo.

—Estás espectacular.

Luego a Carlos.

—Y tú… bien, sin más.

Carlos soltó una risa.

—Gracias.

—Es mi cumpleaños, puedo decir lo que quiera.

Tana estaba en la barra con Álex. Apoyada ligeramente hacia él, con una copa en la mano y esa expresión suya de control que, ahora mismo, no terminaba de sostener del todo.

Álex hablaba, ella lo miraba y no hacía falta más. Había algo entre ellos, algo que no estaba del todo definido, pero que se notaba en cada gesto, en cada pausa, en cada silencio cómodo. Y entonces, Lía

lo sintió antes de verlo. Esa sensación, esa atención, esa forma de ocupar el espacio sin moverse.

Giró la cabeza y ahí estaba Dani, al otro lado. Sin prisa, sin disimular, mirándola como si el resto no importara demasiado, como si el momento en el que ella había entrado hubiera sido suficiente para que todo lo demás dejara de tener interés.

Lía sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario y ahí ya no había vuelta atrás.

—Voy a por algo —dijo, apartándose ligeramente.

—Voy contigo —respondió Carlos.

—No te preocupes, yo te traigo. Quédate hablando con Álex.

Carlos dudó un segundo, pero asintió.

—Vale.

La barra estaba iluminada con una luz más fría, contrastando con el resto del local. Cristal, botellas perfectamente alineadas, el camarero moviéndose con precisión Lía apoyó las manos en la superficie. Pidió algo, lo que fuera, no estaba pensando en eso. Y entonces…

—Estás espectacular, Lía

Dani se colocó a su lado, sin tocarla, pero lo suficientemente cerca como para que la distancia fuera irrelevante.

—Gracias. Tú tampoco estás mal.

Lía cogió la copa cuando se la sirvieron. La sostuvo sin beber.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Y no era una pregunta cualquiera. No era superficial.

Lía lo miró entonces.

—Sí. ¿Tú?

Dani asintió.

—Mejor ahora. He pensado en lo que me dijiste —añadió él, más bajo.

Lía sostuvo la mirada. No preguntó. Sabía a qué se refería.

—No voy a meterme donde no me toca —continuó Dani—. No hoy, pero tampoco voy a fingir que no estás aquí.

La música subió ligeramente, el ambiente también, pero entre ellos todo iba más lento.

—Estoy con Carlos —dijo Lía.

No como recordatorio. Como límite.

Dani asintió.

—Ya lo sé, no me lo recuerdes.

Silencio.

—Y no te voy a pedir nada ahora. Solo que luego… me busques.

Lía no respondió.

—Tengo algo para ti —añadió.

No sonó a juego. No sonó a presión. Sonó a promesa.

—Lía.

La voz de Carlos. Demasiado cerca. Lía se giró y Carlos estaba a su lado. Su mirada pasó de ella a Dani en un segundo, demasiado rápido para no notar nada.

—¿Todo bien? —preguntó.

Lía asintió.

—Sí.

Carlos miró a Dani. Educado. Medido.

—Hola.

—Hola —respondió Dani.

El silencio duró lo justo para ser incómodo.

—Voy con ellos —dijo Lía, señalando hacia el grupo.

Sin mirar a ninguno de los dos directamente. Carlos asintió y Dani dio un paso atrás. Ese pequeño gesto, ese espacio fue más evidente que cualquier palabra. Cuando Lía se alejó, notó las dos miradas. No tuvo que girarse, sabía que seguían ahí, que ninguno de los dos estaba dispuesto a apartarse del todo.

En la pista, la música había cambiado. Más ritmo. Más gente. Tana bailaba con Álex, más cerca de lo habitual, dejando caer la cabeza hacia atrás en algún momento, riéndose, sin pensar demasiado en quién podía estar mirando.

Pipa estaba rodeada. Brillaba, pero, aun así, cada cierto tiempo, buscaba, observaba y cuando encontró a Lía, sonrió, como si entendiera algo que el resto aún no veía del todo.

Lía se movió entre ellos. Habló, rio, respondió, pero no estaba del todo ahí, porque sabía que, en algún momento de la noche iba a tener que decidir si buscaba a Dani o no. Y esa decisión ya no era pequeña.

La música había subido, ya no era fondo, era impulso. El cuerpo de la gente se movía sin pensar demasiado, las luces recorrían la pista en destellos suaves, las copas se alzaban, las risas se mezclaban con el ritmo.

Estaban todos bailando. Pipa en el centro, celebrando como si la noche le perteneciera. Nico a su lado, atento, sin perderla. Tana y Álex más apartados, demasiado cerca, demasiado cómodos para alguien que decía no perder el control. Y Lía… Lía bailaba con Carlos, pero no estaba con él. No del todo. Porque cada vez que levantaba la mirada, lo encontraba. Dani. Al otro lado, entre la gente, sin acercarse, sin invadir, pero sin apartar los ojos de ella. Ni una vez.

Carlos lo notó. Primero en pequeños detalles. En cómo Lía tardaba en volver. En cómo su cuerpo seguía el ritmo, pero su atención no. En cómo su mirada se iba y volvía y volvía a irse. Siguió esa dirección y lo vio. Dani no apartó la mirada ni siquiera entonces.

—Lía.

—¿Qué?

Carlos la miró.

—¿Qué está pasando?

—Nada.

Demasiado rápido.

—No me jodas. No soy imbécil.

Silencio.

La música seguía. Pero entre ellos todo se había tensado.

—No pasa nada —insistió ella.

Carlos negó.

—¿Entonces por qué cojones no dejas de mirarlo?

Lía no respondió, porque no podía. Porque cualquier cosa que dijera iba a ser peor.

—Llevas toda la noche igual.

Pausa.

—Y no es casualidad.

—No pasa nada —dijo ella.

—¿Nada?

Carlos soltó una risa breve. Sin humor.

—¿Eso es lo mejor que tienes? Porque yo sí estoy viendo algo.

Lía bajó la mirada un segundo y ese gesto, ese mínimo gesto, fue suficiente.

—Igual el problema no es lo que ves.

La voz de Dani. Cerca. Demasiado. Lía cerró los ojos un segundo.

—Dani, no…

Pero ya estaba dentro. Carlos se giró hacia él.

—Ni se te ocurra.

Dani no se detuvo.

—No le hables así.

Cambio de tono.

—¿Perdona?

—Que no le hables así —repitió Dani—. Como si te debiera algo.

Carlos dio un paso hacia él.

—¿Y tú quién eres para decirme cómo le hablo?

—Alguien que no la está presionando para que niegue lo evidente.

Silencio. Duro.

—Lo evidente —repitió Carlos—. Venga, dímelo tú.

—Que está mirando a otro.

—¿A ti?

—Sí.

Directo. Sin titubeo. Lía sintió cómo el aire se tensaba del todo.

—Basta.

Pero ninguno paró.

—Llegas tarde —dijo Carlos—. Muy tarde.

—Puede.

Pausa.

—Pero esta vez no me voy a ir.

—No tienes nada que hacer aquí.

—Eso no lo decides tú.

—Lo decide ella —cortó Carlos, señalando a Lía—. Y está conmigo.

Silencio.

Dani miró a Lía. No a Carlos.

—¿Seguro?

Eso fue lo que terminó de romper todo. Carlos giró la cabeza hacia Lía, esperando una respuesta, un gesto, algo.

Lía no habló y ese silencio fue la respuesta.

Carlos asintió. Muy despacio.

—Perfecto.

No gritó ni montó una escena, pero fue peor. Porque lo entendió todo.

—No voy a discutir esto aquí —añadió.

Miró a Dani.

—Y mucho menos contigo.

Luego a Lía.

—Pero esto no es "nada".

Pausa.

—Y tú lo sabes.

Se apartó. Se giró. Y se fue.

—Carlos —dijo Lía.

Y fue detrás.



El aire de la calle era más frío que dentro, más limpio, más real. Carlos caminó unos metros antes de detenerse. No iba rápido, pero tampoco despacio, como si necesitara esa distancia para recolocar algo que ya no encajaba.

—Carlos.

La voz de Lía llegó detrás. Él se detuvo y se giró. La miró sin enfado, sin reproche, pero sin la suavidad de antes.

—No hacía falta que salieras —dijo.

Lía negó.

—Sí. Sí hacía falta.

Se hizo un silencio de esos que no incomodan, pero pesan. Carlos asintió muy leve, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Vale.

Miró un segundo hacia la calle, hacia nada en concreto, y volvió a ella.

—No te voy a pedir explicaciones raras, pero necesito entender en qué punto estás

Directo. Sin rodeos. Lía respiró hondo. No había espacio para medias verdades. No ahí.

—Estoy… en un sitio que no esperaba.

Carlos esbozó una sonrisa mínima.

—Eso ya lo he visto.

—¿Tiene que ver con él?

—Sí.

Carlos bajó la mirada un segundo, como si encajara una pieza que llevaba tiempo moviéndose.

—Vale. ¿Desde cuándo?

Lía sostuvo su mirada.

—Desde antes de conocerte. Pero no así. No tan claro.

Carlos respiró despacio.

—Ya. Eso también se nota.

Lía dio un paso hacia él.

—Carlos, yo contigo he estado bien. De verdad. No ha sido mentira. No ha sido por no estar sola.

—Lo sé —respondió él—. Y yo contigo también.

El silencio volvió a colocarse entre ellos, más denso esta vez.

—Pero no estás aquí del todo —añadió Carlos.

Ahí estaba todo. Lía negó muy leve.

—Lo he intentado.

—Ya, pero no puedes.

No era una acusación, era una constatación.

Lía tragó saliva.

—A ti te quiero.

La frase se quedó suspendida, cargada de todo lo que significaba y de todo lo que no.

—Pero lo que siento por él…

No terminó. No hacía falta.

Carlos asintió.

—No es nuevo.

—No.

—Solo ha vuelto.

—Sí.

El silencio fue largo, tranquilo, doloroso, pero limpio.

Carlos soltó el aire despacio.

—No voy a competir con eso. No quiero. Ni puedo.

Lía sintió un nudo en el pecho.

—No se trata de ganar o perder.

Carlos negó muy leve.

—Para mí sí. Porque yo sí te estaba eligiendo sin dudas.

Pausa.

—Y tú no.

Lía bajó la mirada. No tenía forma de discutir eso.

—No te culpo —añadió él, más suave—. Pero tampoco me voy a quedar esperando a ver si algún día sí.

Se acercó. La abrazó despacio, sin urgencia, sin aferrarse, como quien cierra algo que ha sido importante.

—Cuídate —murmuró.

Cuando se separaron, la miró una última vez.

—Espero que te salga bien.

No sonaba irónico, sonaba sincero y eso dolía más. Carlos se giró y se fue y Lía se quedó unos segundos sin moverse, con todo en el pecho, sin poder colocarlo todavía. Había tristeza, culpa, una especie de alivio que no terminaba de aceptar… pero, sobre todo, había claridad.

Volvió al local. La música seguía, las luces, la gente, las risas. Todo exactamente igual. Como si nada hubiera pasado, pero para ella todo era distinto.

Buscó a Dani. Directa. Sin entretenerse. La pista, la barra, la zona de los sofás, la terraza. No estaba. El pulso empezó a acelerarse.

—¿Dónde está Dani? —preguntó al llegar hasta Pipa.

Pipa la miró un segundo y entendió.

—Se ha ido. Hace un rato.

Así. Sin más. Lía no dijo nada. No preguntó. No tenía sentido. Salió del local sin despedirse, atravesando la puerta con esa sensación de urgencia que no había sentido nunca antes. Levantó la mano y un taxi se detuvo.

—¿Dónde?

Dio la dirección sin dudar. Durante el trayecto, apoyó la cabeza contra la ventanilla. La ciudad pasaba en luces borrosas, pero no

veía nada. Solo pensaba en él, en todo lo que no había pasado, en todo lo que sí, en lo que acababa de hacer, en lo que acababa de elegir.

Cuando llegó, pagó, bajó y caminó hasta el portal sin detenerse. Subió, llamó al timbre y esperó. La puerta se abrió y Dani apareció al otro lado, quieto, como si no terminara de procesarlo.

—Lía…

Ella lo miró directo, sin rodeos, sin protegerse.

—Te elijo a ti.

El silencio que siguió no necesitó palabras. Dani dio un paso hacia ella, más despacio de lo habitual.

—¿Estás segura?

Lía asintió.

—No puedo seguir haciendo como que no pasa. No contigo.

Y esta vez no hubo pausa, Dani la besó. Sin contenerse. Sin frenar en el último segundo. Y Lía respondió igual, sin medir, sin pensar, como si ese gesto hubiera estado esperando demasiado tiempo.

Se buscaron con una urgencia que no venía solo de esa noche, sino de todo lo que se había quedado a medias. Las manos, la respiración, la forma en la que se acercaban sin dudas, sin espacio para volver atrás.

El resto ocurrió sin necesidad de pensarlo. Sin palabras, solo movimiento, cercanía, la sensación de encajar en algo que no era nuevo, sino inevitable.

Se quedaron frente a frente sobre la cama, de rodillas, sin tocarse durante un segundo que se alargó más de lo normal. La respiración de los dos era distinta, más profunda, más consciente, como si el cuerpo supiera antes que la cabeza lo que iba a pasar. Lía levantó las manos primero, despacio, sin apartar la mirada, recorriendo el pecho de Dani antes de deslizar la camiseta hacia arriba. Él la dejó hacer, observándola, con esa mezcla de incredulidad y deseo que no terminaba de desaparecer del todo. Cuando la tela desapareció, no apartó los ojos de ella, como si aún necesitara asegurarse de que seguía ahí.

Dani respondió acercándose un poco más, lo justo para acortar la distancia sin romper el momento. Sus manos encontraron la espalda de Lía, recorriéndola con calma, deteniéndose en la curva de su cintura antes de buscar la cremallera de su vestido. No tuvo prisa. Bajó despacio, sintiendo cómo ella cerraba los ojos apenas un instante, cómo su respiración se desordenaba ligeramente. Cuando el tejido cedió, no la desvistió de golpe. Se quedó un segundo más, con las manos apoyadas en su espalda, como si necesitara grabar ese momento antes de avanzar.

El vestido cayó poco a poco por sus hombros, y Lía lo dejó deslizarse sin apartar la mirada, sintiendo el vértigo mezclado con una calma extraña, nueva. Sus manos volvieron a encontrarse, ayudándose sin decir nada, sin guiarse, moviéndose con una naturalidad que no parecía aprendida, sino recordada. Cada gesto era más seguro que el anterior, cada roce más consciente, como si el cuerpo hubiera estado esperando ese instante desde hacía demasiado tiempo.

Cuando ya no quedó nada entre ellos, no se lanzaron de inmediato. Permanecieron así, de rodillas, muy cerca, mirándose, como si ese fuera el verdadero punto de no retorno. Dani fue quien se inclinó primero, besándola despacio, con una calma que contrastaba con la intensidad que había estado contenida hasta ese momento. Lía respondió acercándose más, apoyando las manos en sus hombros, cerrando por completo la distancia.

Dani deslizó los labios desde su boca hasta su cuello con una lentitud casi deliberada, como si quisiera saborear cada reacción antes de avanzar. Lía inclinó ligeramente la cabeza, dejándole espacio, cerrando los ojos apenas un instante cuando sintió el roce de su aliento sobre la piel. Él bajó despacio, sin prisa, marcando el camino con besos suaves que se volvían más firmes a medida que descendía, mientras sus manos encontraban su pecho y lo recorrían con calma, acariciando con una mezcla de cuidado y seguridad que la hizo estremecerse. No había urgencia en ese gesto, solo una atención constante, como si cada movimiento estuviera pensado para quedarse un poco más de lo necesario.

Luego dejó que su mano descendiera despacio, sin brusquedad, guiándose más por la reacción de Lía que por la prisa. Cuando la encontró, no se detuvo de golpe, sino que la acarició con una suavidad firme, como si quisiera explorar sin romper el momento. Lía contuvo el aire un instante, notando cómo ese gesto le recorría el cuerpo de forma inmediata, provocándole ese cosquilleo profundo en el estómago que se extendía poco a poco, haciéndola arquearse apenas hacia él, buscándolo sin darse cuenta.

Lía dejó escapar el aire de golpe, incapaz de contener la reacción que le provocaban sus manos, aferrándose ligeramente a él, acercándolo más. Abrió los ojos apenas un instante para mirarlo, con la respiración desordenada, y susurró, casi sin voz:

—Me estás volviendo loca…

Pausa, apenas un segundo, lo justo para acercarse más a su boca.

—No pares… por favor.

Lía notó cómo la intensidad crecía dentro de ella, cómo cada movimiento la acercaba a un límite que ya no podía sostener sin hacer nada. Se tensó ligeramente contra él, respirando más rápido, aferrándose a sus hombros mientras negaba muy leve, como si necesitara más, como si no fuera suficiente solo recibir. Bajó una de sus manos con urgencia contenida, buscándolo a él también, necesitando sentirlo, corresponderle, no quedarse al margen de lo que estaba pasando entre los dos.

—Dani… —murmuró, entrecortado, pegándose más a él—. Ven aquí…

Y en ese gesto ya no había duda ni control, solo la necesidad de encontrarse en el mismo punto, al mismo tiempo. Dani reaccionó al instante, acercándose más, dejando que ese gesto los colocara en el mismo ritmo, en el mismo punto. Sus frentes casi se rozaron un segundo, respirando el mismo aire, antes de que él volviera a besarla, más lento ahora, más profundo, como si quisiera sostener ese instante en lugar de precipitarlo.

Sus manos se movieron con más intención, acompañándola, sintiendo cómo Lía se tensaba contra él, cómo cada reacción la acercaba más a ese límite que ya no podía disimular. Ella se aferró a

él con más fuerza, dejándose llevar, sin intentar controlar nada, dejando que todo lo que había contenido durante tanto tiempo saliera de golpe.

—No… —susurró, casi sin voz, buscando su boca de nuevo—. No pares…

Se aferró a él con fuerza, hundiendo el rostro en su cuello mientras la intensidad terminaba de desbordarla, recorriéndola por completo en un instante que no pudo frenar. Su cuerpo se tensó contra el suyo y después se soltó poco a poco, quedándose sin aire, con la respiración rota y un leve temblor que aún no terminaba de irse.

Dani no se apartó. Al contrario. Se quedó ahí, sosteniéndola, sintiendo cada reacción, cada resto de ese momento que aún seguía latiendo en ella. Sus manos recorrieron su espalda con calma, pero sin perder la intensidad en la mirada, sin desconectarse ni un segundo.

—Mírame —murmuró, más bajo.

Lía levantó apenas la cabeza, aún cerca, todavía recuperándose, encontrándose con sus ojos de frente y ahí no había prisa, pero tampoco pausa, porque lo que había entre ellos no se había terminado.

Dani se dejó caer despacio hacia atrás, sin apartar la mirada de ella en ningún momento, como si no quisiera perder ni un solo gesto, ni un solo matiz de lo que estaba pasando entre los dos. Lía lo siguió con la mirada, todavía con la respiración irregular, sintiendo cómo algo dentro de ella cambiaba también. Ya no había prisa. Ya no era solo dejarse llevar. Era decidir.

Se incorporó ligeramente, colocándose sobre él con un movimiento lento, consciente, dejando que sus manos recorrieran su pecho mientras buscaba su boca de nuevo, esta vez sin urgencia, saboreando cada segundo. Dani apoyó las manos en su cintura, mirándola, con esa mezcla de intensidad y asombro que no terminaba de desaparecer.

—Ahora no pares tú… —murmuró él, casi sin voz.

Lía sonrió apenas, inclinándose hacia su cuello, repitiendo el mismo camino que él había trazado antes, pero a su manera, más

lenta, más segura, deteniéndose donde sabía que la respiración de Dani cambiaba, donde el cuerpo reaccionaba sin poder evitarlo.

Sus manos descendieron despacio, sin brusquedad, explorando con una atención distinta, más consciente, como si ahora quisiera aprenderlo a él, descubrirlo sin prisas, devolviéndole todo lo que había sentido hacía apenas unos minutos.

Dani cerró los ojos un instante, dejándose hacer, aferrándose suavemente a ella, notando cómo cada gesto de Lía lo acercaba a ese mismo límite, cómo el control que había mantenido hasta entonces empezaba a desaparecer.

—Lía… —murmuró, entrecortado.

Pero ella no se detuvo. Se movió con más decisión, más segura, encontrando su ritmo, el suyo, guiándose por sus reacciones, por su respiración, por la forma en la que su nombre cambiaba en su boca. Y en ese momento, por primera vez en toda la noche, no era él quien marcaba el ritmo, era ella y Dani se dejó llevar completamente.

Dani no se quedó completamente tumbado. Se incorporó despacio, apoyándose en los codos primero y luego sentándose un poco más, acercándose a ella, reduciendo la distancia hasta que sus rostros quedaron casi a la misma altura.

Sus manos subieron de nuevo por su cuerpo con una familiaridad que ya no dudaba, deteniéndose en su pecho, acariciándola con una mezcla de firmeza y cuidado que la hizo cerrar los ojos un instante, sin dejar de moverse sobre él.

Lía inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás, dejándole espacio, dejándose llevar por la forma en la que sus manos y sus labios empezaban a recorrerla otra vez, más lentos ahora, más atentos. Dani bajó la mirada un segundo antes de acercarse, dejando un rastro de besos que no eran apresurados, como si quisiera prolongar cada reacción, cada gesto, cada pequeño cambio en su respiración.

Ella respondió sin frenar el movimiento, manteniendo el ritmo, sintiendo cómo la cercanía entre los dos se volvía aún más intensa, cómo ya no había espacio para nada más que para ese momento.

Dani levantó la cabeza despacio, buscó sus ojos y se quedó ahí, mirándola, con la respiración más profunda, más contenida.

—Lía… —murmuró, con la voz más baja, más rota—. No voy a aguantar mucho más.

Y en esa forma de decirlo no había prisa, pero tampoco control, solo la certeza de que ya no podían detenerse. Lía no apartó la mirada. Al contrario. Se inclinó un poco más hacia él, acercándose lo justo para que sus frentes casi se rozaran, manteniendo ese ritmo que ahora ya no necesitaba pensar, guiándose solo por lo que sentía, por la forma en la que él reaccionaba a cada movimiento.

Sus manos se apoyaron en sus hombros, firmes, acercándolo más, sintiendo cómo la respiración de Dani se volvía cada vez más irregular, más contenida.

—No pares… —susurró él, casi rozando sus labios.

Dani mantuvo la mirada fija en la suya, sosteniéndola con esa intensidad que no dejaba espacio para nada más. Sus manos volvieron a recorrerla, subiendo por su espalda, deteniéndose en su cintura, marcando el ritmo con más firmeza, acercándola más a él, hasta que ya no hubo distancia posible. Y entonces llegó ese punto, ese en el que todo se desborda, en el que ya no se puede sostener más.

Dani cerró los ojos un segundo, dejando escapar el aire de golpe mientras se aferraba a ella, dejándose llevar por completo, sin intentar frenarlo, sin contenerlo. Lía no se detuvo. Se quedó ahí, con él, acompañándolo, sintiendo cómo todo se intensificaba y luego se soltaba poco a poco, cómo la tensión se transformaba en algo más calmado, más profundo.

Durante unos segundos no se movieron. Solo respiraban. Muy cerca. Todavía conectados. Dani apoyó la frente contra su pecho, pasando una mano por su espalda, ahora más despacio, más suave.

—Lía… —murmuró, casi sin voz.

Y en esa forma de decir su nombre ya no había duda. Solo la certeza de que, esta vez, no había nada que interrumpir. Nada que dejar a medias. Nada que esconder.

Cuando todo se calmó, la noche entraba suave por la ventana. El silencio llenaba el espacio. Lía se quedó allí, con él, sin moverse. Sin pensar en lo que venía después. Porque por primera vez en mucho tiempo no estaban en medio. No estaban dudando. No estaban

esperando. Habían elegido. Y esta vez, ninguno de los dos pensaba irse.

EPÍLOGO

La ciudad se extendía a sus pies como un mar de luces en movimiento, viva, inabarcable, ajena a todo lo que estaba ocurriendo allí arriba. Lía llegó la primera, como casi siempre.

Se apoyó en la barandilla con una copa aún sin empezar, dejando que el aire de la noche le rozara la piel mientras observaba el horizonte. Había algo en esa altura que le ordenaba las ideas, que le daba perspectiva, como si desde allí todo fuera un poco más claro. Respiró hondo, despacio, y por primera vez en mucho tiempo no sintió la necesidad de anticiparse a nada.

Tana fue la siguiente en aparecer. Caminaba con esa calma suya, segura, midiendo cada paso como si todo estuviera siempre bajo control. Al llegar a su lado, no dijo nada al principio. Se colocó junto a Lía, apoyándose también en la barandilla, mirando hacia el mismo punto.

—Ya estás aquí —dijo al cabo de unos segundos.

—Siempre —respondió Lía, girando la cabeza lo justo para mirarla.

Tana asintió, con una media sonrisa que no necesitaba más explicación.

—Todo bien.

—Sí —respondió Lía, y esta vez era verdad.

El sonido de unos tacones apresurados las hizo girarse casi al mismo tiempo.

—No me lo puedo creer —dijo Pipa antes siquiera de llegar—. Soy la última otra vez.

—Como siempre —respondió Tana sin esfuerzo.

Pipa se acercó con una sonrisa amplia, deshaciendo la distancia en un abrazo rápido que pasó de una a otra sin detenerse

demasiado, como si ese gesto siguiera siendo automático entre ellas.

—Os he echado de menos —añadió, aunque no hacía falta decirlo.

—Mentira —dijo Lía—. Llegas tarde siempre.

—Porque sé que vais a estar.

No hubo respuesta, porque tampoco hacía falta. Se colocaron las tres juntas, mirando hacia la ciudad, compartiendo ese silencio cómodo que solo existe cuando no hay nada que demostrar.

—¿Os dais cuenta? —dijo Lía de repente.

Pipa alzó una ceja.

—Depende de lo que vayas a decir.

—De que todo ha cambiado.

Tana apoyó la copa en la barandilla, observando las luces un segundo más.

—Sí.

Pipa suspiró suavemente.

—Y menos mal.

Lía las miró a las dos. A sus amigas. A las de siempre. A las que habían estado antes de todo lo demás. Antes de ellos, antes de las decisiones, antes de todo lo que había venido después. Y entendió algo que no había sido capaz de poner en palabras hasta ese momento: no habían cambiado, habían crecido.

—Por nosotras —dijo Pipa, levantando la copa.

Tana la imitó. Lía también. Pero antes de chocar las copas, algo cambió, porque ya no estaban solo ellas.

Dani apareció primero, acercándose sin llamar la atención, pero sin apartar la mirada de Lía en ningún momento. Se colocó a su lado con naturalidad, como si ese sitio le perteneciera desde hacía tiempo. Lía giró ligeramente la cabeza y sonrió, sin esfuerzo, sin dudas.

—Hola —dijo él, besando a Lía en la sien mientras la agarraba por la cintura.

—Hola —respondieron Tana y Pipa casi a la vez.

Pipa lo observó un segundo más de lo necesario, evaluándolo sin disimulo.

—Bueno… no eres tan gilipollas como pensaba.

Dani soltó una risa breve.

—Me lo voy a tomar como un halago.

—Deberías.

Nico llegó poco después, y esta vez nadie necesitó fijarse demasiado para darse cuenta de que algo había cambiado. Pipa lo vio antes incluso de que se acercara del todo, y la forma en la que su expresión se suavizó fue suficiente. Cuando estuvo a su altura, no hubo dudas. Se besaron sin esconderse, sin exagerar, pero sin necesidad de justificar nada.

—Vaya, vaya… —murmuró Lía—. La que no se iba a enganchar.

Pipa la miró, negando con la cabeza.

—Cállate.

Pero sonreía.

Tana no miraba la entrada. Miraba el reflejo del cristal. Y cuando Álex apareció detrás de ella, no se giró de inmediato. Lo dejó acercarse, lo dejó colocarse a su lado, dejando que el gesto hablara por sí solo.

—Llegas tarde —dijo ella.

—Sabía que me ibas a esperar.

Tana alzó una ceja.

—No te emociones.

Pero no se apartó cuando él pasó el brazo por su cintura.

Y entonces sí. Los seis estaban allí. En el mismo lugar. En el mismo momento, pero todos habían cambiado.

Lía levantó la copa de nuevo, esta vez mirándolas a ellas y a ellos.

—Por nosotros.

Pipa y Tana la imitaron. Y esta vez Dani, Nico y Álex también. Las copas chocaron. El sonido fue limpio, claro, pero distinto. Más lleno, más real. Y mientras la ciudad seguía girando abajo, ajena a todo, ellas se quedaron allí arriba, donde todo había empezado, entendiendo por fin que no se trataba de que nada cambiara. Se trataba de que, pese a todo, habían sabido quedarse.

Agradecimientos

Escribir un libro nunca es un camino que se recorra en soledad. Detrás de cada página hay conversaciones, cafés interminables, mensajes de madrugada, dudas, risas y personas que, sin saberlo, terminan formando parte de la historia.

Gracias a mis amigas, porque de vuestra amistad nació la semilla de esta novela. Ojalá siempre encontremos tiempo para seguir escribiendo recuerdos juntas.

Gracias a mi familia, por recordarme siempre que merece la pena perseguir aquello que nos hace felices.

Y gracias a ti, que has decidido abrir este libro y acompañar a Lía, Tana y Pipa en su historia. Espero que, al cerrar la última página, te lleves contigo algo más que una novela: una emoción, un recuerdo o la certeza de que algunas personas llegan a nuestra vida para quedarse para siempre, porque, al final, la vida no se mide por los lugares a los que vamos, sino por las personas con las que elegimos volver una y otra vez.

Emma Bennet